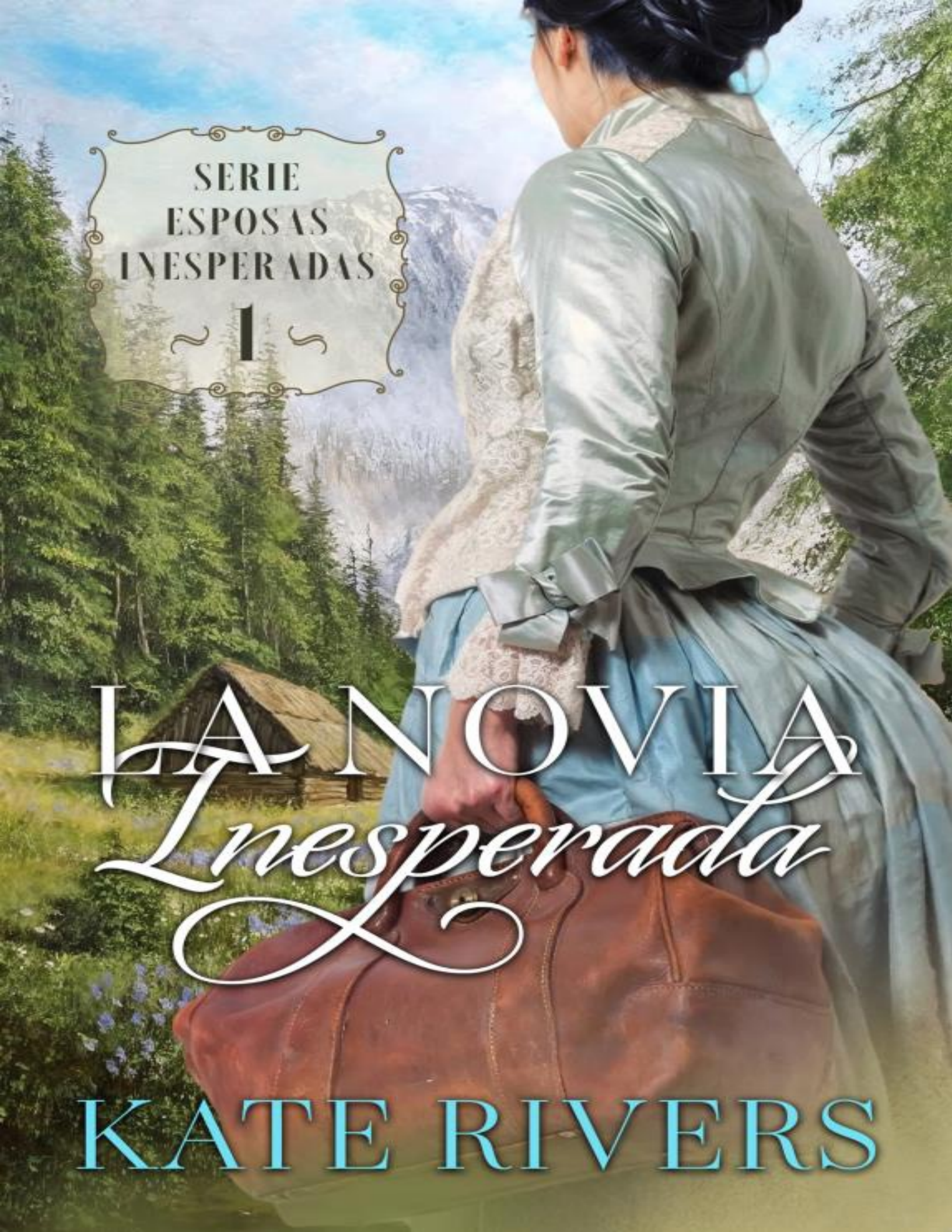

SERIE
ESPOSAS
INESPERADAS
1
LA NOVIA
Inesperada
KATE RIVERS

# LA NOVIA *Inesperada*

KATE RIVERS



©KATE RIVERS

Título original – La esposa inesperada

Primera edición, 2025

Todos los derechos reservados.



**Justo cuando renunció definitivamente al amor fue cuando lo encontró.**

Tras contestar a un anuncio de novias por correo, Shannon Chandler llega al pueblo minero donde le espera su marido, para descubrir que él ha muerto. Sola, y en una ciudad peligrosa, deberá buscar la manera de ganarse el pasaje de vuelta en la diligencia. Lo que nunca imaginó es que un desconocido le ofreciera un trabajo y que se sintiera atraída por él.

Novak está desesperado. Necesita a alguien que cuide a sus dos hijos pequeños huérfanos y nadie parece adecuado para el trabajo. Hasta que conoce a Shannon. Una mujer que en pocos días se habrá ganado el corazón de sus hijos y de la que comenzará a sentir una creciente atracción.

Pero, aunque Shannon anhela la seguridad de sus brazos, ¿podrá aceptar el peligro que corre Novak al trabajar en una mina?

**No te pierdas esta primera entrega de una serie donde el destino y el corazón caminan de la mano.**

# Índice

CAPITULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÏTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41

# CAPITULO 1

*Baltimore, Maryland 1859*

—No. —Gina Spencer sacudió la cabeza, deseando con ese gesto poder deshacerse de la súbita imagen que cobraba vida en su mente—. No más ornamentos, Getty.

—Bueno... —Su prima mordisqueó el borde de su labio inferior, naturalmente rosado, y acarició con los dedos los adornos de terciopelo que tenía delante—. Quizá tengas razón.

—¡Tonterías, querida, es tu vestido de novia! —La madre de Getty, la tía que la había criado junto con su hija, ya que los padres de Gina no sobrevivieron a la travesía a América, se acercó presurosa y le arrebató los lazos—. Además, sabes que no debes pedirle a Gina su opinión en cuestiones de moda.

*Cierto. Getty ya debería saberlo.* Una sonrisa irónica ladeó los labios de Gina. *La tía Portia siempre me desautorizará.* No es que importara: Getty podía llevar un arco iris de llamativos lazos de terciopelo y aun así dejar a todos boquiabiertos en cualquier reunión.

Su sonrisa se tornó apenada cuando Gina vislumbró su propio reflejo en el espejo de la modista. El sentido del estilo de la tía Portia no entorpecía el encanto de Getty, pero de algún modo Gina no conseguía llevar con garbo los mismos adornos recargados. Mientras que los toques femeninos realzaban la grácil complexión de Getty, su propia complexión más generosa hacía que tales florituras resultaran llamativas. Y nunca antes sus parientes se habían permitido tantas florituras como para la tan esperada boda de Getty. El vestido de Gina para el acontecimiento caía hasta el suelo, sobrecargado de capas de volantes.

—Son preciosos, —tranquilizó los nervios de su tía—, pero el encaje belga es tan exquisito que no me imagino desviando la atención de él. —*Por no hablar de los volantes y la pedrería de cristal...*

—Bueno, hay algo de verdad en eso. —La mujer mayor apartó los dedos de los lazos como si fueran el mismo demonio—. Puede parecer exagerado.

—Sí, podría ser posible. —Estrangulando despiadadamente la sonrisa que amenazaba ante el comentario de su tía, Gina se movió para apartar los lazos lejos del vestido.

—¡Espera! —Getty examinó las cintas y luego lanzó una mirada especulativa a Gina.

*Oh, no.* Cerrar los ojos no podía detener lo inevitable. Lo había aprendido cuando tenía seis años, y el mar se llevó los cuerpos de sus padres, y lo volvía a recordar cada vez que surgía algo que quería desesperadamente cambiar pero no podía.

Como el matrimonio de Getty, su bella, vibrante y cariñosa prima. La mujer que podía casarse con cualquier hombre de la ciudad, había elegido al señor Hayden, Reginal Hayden

tercero. Gina arrugó la nariz. Cubriría de lazos todas las prendas que poseía si con eso su prima eligiera a un hombre que se preocupara más por Getty que por sí mismo, pero tenía la enfermiza sospecha de que sólo conseguiría los lazos.

—Mamá, ¿no crees que al vestido de Gina le vendrían bien unos cuantos lazos? Las cosas que suele llevar son siempre muy sencillas.

—Es una tontería que una maestra se vista así, Getty. Mi ropa es servicial, como corresponde. —Era un milagro que su prima no pronunciara las palabras junto con ella, esta discusión se había repetido muy a menudo.

—Sí, pero mi boda será una buena oportunidad para... —un delicado encogimiento de hombros completó la idea.

—¿Para...? —Esto no era algo para dejar pasar. Getty nunca se cortaba de decir lo que quería, así que algo que quedaba sin decir hacía saltar las alarmas.

La tía Portia sacó uno de los lazos de su estuche y lo acercó al corpiño de Gina.

—Con Getty casada dentro de nada, tu momento llegará muy pronto.

—Ya veo. —Parpadeó contra una punzante sequedad en los ojos. *Ahora que Getty no está disponible, los hombres tendrán que conformarse. Tengo la oportunidad de ser la segunda opción de alguien—*. En ese caso, tía, añade esos lazos. *—¡Lo que sea para ahuyentar a los antiguos pretendientes de mi prima!*

*Ainsworth, Territorio de Nebraska*

—Está que echa humo, hijo. —La ronca carcajada de la abuela Mildred hizo que Daryl Sanders apartara la mano del bolsillo a toda prisa—. Deberías publicarlo de una vez.

—La próxima vez que esté en el mercantil, se lo pasaré a Jordan. —Terminó sus huevos y se apartó de la mesa—. No es un asunto urgente.

—Los hombres no se molestan en escribir cartas si no es algo importante, muchacho. El hecho de que tengas un apego antinatural por ésta lo hace aún más sospechoso. Ahora, bébete el café antes de levantarte de la mesa. —Golpeó con un dedo nudoso la superficie de madera alisada—. Ningún nieto mío es tan cobarde como para huir del desayuno y de unas cuantas preguntas.

Daryl levantó su taza y frunció el ceño. La abuela hacía su café de la misma manera que conducía su conversación, fuerte.

*Y eso es una bendición,* se recordó a sí mismo. Si la madre de su padre no tuviera una personalidad tan fuerte, el padre de su madre no habría patrocinado su traslado al oeste para montar su propio molino. Daryl y la abuela Mildred se llevaban tolerablemente bien la mayoría de los días, así que traerla con él funcionaba bien la mayoría de los días.

Dejó la taza sólo para que ella se la volviera a llenar en un santiamén.

—Entonces, ¿quién es la chica?

—¿Qué chica?

—No te hagas el tonto conmigo. —Sus ojos se entrecerraron, las líneas que arañaban a su alrededor se convirtieron en telarañas—. Georgina.

—¿Georgina? —Durante una fracción de segundo, Daryl no situó el nombre que había escrito en el sobre.

—¿Qué te dije de hacerte el tonto? Vi tu garabato tan claro como el agua: Georgina. No me importa que hayas intercambiado cartas con esa Getty que solías mencionar. —Las cosas que la anciana guardaba en su memoria nunca dejaban de sorprenderle. ¿Cuántas veces había mencionado a la mujer que había dejado en Baltimore? ¿Dos veces?

—Es el nombre de su abuela, pero nadie la llama por él. —Le explicó para evitar más café.

—Qué elegante. —Levantó el meñique justo cuando tomaba un sorbo de leche—. Y como los jóvenes de hoy en día que hacéis caso omiso de la mejor opción, seguro que tu Getty no es una gran cosa.

—Te equivocas. —No es que pensara explayarse poéticamente sobre el buen aspecto de Getty. La abuela se daría la vuelta y le acusaría de estar cegado por la belleza. Ella hacía cosas como ésa: agarrarse a lo que fuera y pinchar hasta que movía las cosas para que salieran a su manera. Lo que constituía una razón tan buena como cualquier otra para enviar la carta hoy, pues ella lo estaría molestando al respecto hasta que se ocupara del asunto.

—¿Oh? —Cuando una ceja levantada no consiguió provocar una reacción, la otra alzó el vuelo—. Pelo castaño de ratón, liso como un alfiler, lo más probable.

—Rizos negros. —*Ese meneo cuando camina o mueve la cabeza para reír.* Su risa fácil le había atraído en primer lugar.

—¿Ojos grises como el agua de fregar?

—Verdes.

Un brillo marcial iluminó los ojos de la abuela mientras lanzaba más desafíos.

—Demasiado alta para una mujer, apostaría.

—Pequeñita. —Las alas de sus fantasiosos sombreros sólo le llegaban al hombro. Una mueca fue lo más parecido a una sonrisa que Daryl solía ver en la cara de su abuela mientras negaba con la cabeza. Parecía que estaba disfrutando.

—¿Dientes marrones y aliento fétido?

No pudo contener una carcajada ante su tono esperanzado y el contraste de su recuerdo con el retrato que la abuela pintó con sus palabras.

—¿Una viuda ensillada con mocosos chillones?

—Nunca se ha casado y es joven.

—¿Estás seguro de todo esto? —Su alegría se agudizó hasta convertirse en una fina sonrisa al ver que él estaba de acuerdo—. En ese caso, no tienes razón para no enviar la carta.

Levantando su taza, Daryl tomó un trago de café admirado de cómo ella cerraba su trampa con el tipo de precisión de la que él se enorgullecía con su molino.

—Cierto.

—Ahora sí que piensas con claridad. —Desmintiendo sus palabras anteriores, la abuela vertió una buena medida de café en la salpicadura de leche que cubría el fondo de su taza—. Después de todo, aparte de que ella diga que no, ¿qué es lo peor que podría pasar?



—Getty, recogí el correo mientras estaba fuera. —Gina inclinó la cabeza hacia el estudio cuando se cruzaron en las escaleras—. Encontrarás algunas respuestas tardías a tus invitaciones de boda en el escritorio, cuando encuentres un momento para echar un vistazo.

—Gracias, Gina. —Getty dio un rápido abrazo a su prima antes de seguir bajando los escalones, haciendo un viaje lateral al delicado escritorio que prefería junto a la ventana del estudio.

Se acomodó en la silla, perfectamente combinada con el estudio y tapizada en su tono favorito de verde, a juego con sus ojos, aunque jamás lo admitiría. Desde allí, divisó una ordenada pila de cartas. La visión le arrancó una sonrisa, no sólo por la alegría básica de recibir correo, sino también por lo completamente ordenado que parecía el montón.

Las cartas más grandes estaban abajo, las más pequeñas encima, con todas las esquinas cuadradas para formar líneas rectas. Gina proporcionaba un sistema para todo, creaba orden a partir del caos y hacía que el mundo tuviera sentido hasta en el más mínimo detalle. Getty no sabía muy bien cómo su prima conseguía estas proezas, pero hacía tiempo que lo había aceptado como un hecho y había determinado lo que eso significaba en su vida.

En primer lugar, por mucho que lo intentara, Getty nunca sería ni la mitad de capaz que su prima, algo mayor que ella. Ni tan lista, ni tan útil, ni tan buena haciendo que las cosas funcionaran como debían. Mientras su abrecartas rebanaba la primera misiva con una lágrima de satisfacción, Getty recordó el tiempo que había malgastado intentando estar a la altura, cuando le molestaba no poder ser tan perfecta como Gina.

*Otra carta aceptando la invitación para la boda. Qué bonito. Tendré que ajustar los números de la recepción...* Lo dejó a un lado y cogió el siguiente, dando rienda suelta a sus pensamientos. Al final, todo aquel montaje la había llevado a su segunda realización: Mientras Gina hiciera que las cosas funcionaran bien, Getty no necesitaba hacerlo. Las cosas se hacían mejor cuando Gina las hacía, y ambas eran lo bastante felices mientras Getty hiciera su trabajo, que consistía, básicamente, en arrastrar a Gina a algún tipo de vida social.

Por supuesto, en eso era en lo que destacaba Getty. En la diversión. Siempre dispuesta a reír, le encantaba el torbellino social. Su deber, a cambio de que Gina le permitiera este tipo de vida despreocupada, era asegurarse de que Gina no cediera por completo a su lado serio y experimentara cierto disfrute de la vida.

Pero con el próximo matrimonio de Getty, una tercera constatación la asaltó. Le había fallado a su prima. Getty se marcharía a un alegre matrimonio con Reginal, cuyos besos robados eran cada día más insistentes, y dejaría atrás a Gina condenada a una vida sin risas ni pasión. Durante toda su vida, desde que los padres de Gina no sobrevivieron a la travesía a América, su

madre había intentado ocultar el hecho de que Getty, como su verdadera hija, era su favorita.

Y Getty había intentado compensar el hecho de que su madre fuera un desastre intentando ocultar algo tan obvio. Conocía a su prima mejor que nadie, y Gina necesitaba una familia a la que llamar suya, pero si Getty no encontraba algo, y pronto, Gina se hundiría en el papel de maestra solterona para el resto de sus días de nacida.

Con un profundo suspiro, abrió la última carta dirigida muy formalmente a Georgina. Lo cual debió de ser el motivo por el que Gina la puso en el montón de Getty: las respuestas de boda podían ser más formales que las cartas cotidianas, donde la mayoría de la gente hablaba y escribía a cualquiera de ellas como Getty o Gina. Lo hacía menos confuso, ya que compartían el nombre de su abuela.

Sus ojos se abrieron de par en par al leer el mensaje. ¡Una proposición! De Daryl Sanders... Pero Getty estaba prometida. Y seguramente Daryl lo sabía... Se redactaron y se enviaron las notificaciones. Santo cielo, había enviado invitaciones de boda a casi todas las personas que había conocido, y seguro que el hijo del molinero más rico de Baltimore, que había sido un buen amigo tanto de ella como de Gina, había recibido una.

Había guardado una lista en alguna parte... Una búsqueda por todos los cajones y cubículos del escritorio dio finalmente con la susodicha y, efectivamente, aparecía el nombre de Daryl Sanders. Había recibido una invitación para su boda.

Getty dio un grito ahogado y se puso en pie de un salto. Eso significaba que esta carta tenía que ser para…

# CAPÍTULO 2

—¡Gina! —El bramido poco femenino de su prima hizo que Gina corriera a toda velocidad escaleras abajo a velocidades que el ferrocarril difícilmente podría igualar—. ¡Gina, ven rápido!

Casi chocó con su tía, que se precipitó hacia el pasillo viniendo del estudio con una mirada de pánico que Gina estaba segura que coincidía con la suya. Getty *nunca* gritaba. Algo tenía que ir horrible, espantosa e inauditamente mal.

La tía Portia atravesó la puerta un escaso segundo antes que Gina, y sólo porque Gina sabía que no se enteraría de nada si infringía el derecho de una madre. *No importaba que Getty gritara por mí a pleno pulmón.* Aplastó el pensamiento. No importó una vez que se dio cuenta de que su prima, lejos de yacer destrozada o desconsolada sobre la alfombra de felpa que cubría la mayor parte de los suelos de madera del estudio, estaba saltando, sí, *saltando,* en ellas. Getty era la única mujer de la que Gina había sido testigo que realmente podía saltar como medio de desplazamiento.

—¡Gina! —Getty no ajustó el volumen mientras se lanzaba en un abrazo asfixiante—. ¡Me alegro mucho por ti!

*¿Por qué?*

Generalmente, ella daría casi cualquier cosa por mantener una sonrisa en la cara de Getty, pero había aprendido por las malas que siempre que Getty se alegraba por ella, se avecinaban problemas. Sencillamente, las cosas que Getty creía que debían hacer más feliz a Gina tenían la extraña habilidad de hacerla desgraciada. Las capas de volantes y las hileras de lazos en los vestidos elegantes eran un ejemplo menor.

—Querida, nunca te había oído… —obviamente, la tía Portia buscaba a tientas un término para describir los chillidos desgarradores de Getty— gritar... de tal manera. Causaste no poca alarma. Gina y yo pensamos que te pasaba algo.

—Ni mucho menos. —Getty se soltó de alrededor de Gina, con su tono más tranquilo subrayado por una extraña arruga que no se había notado antes—. ¡Es que es tan excitante!

—¿El qué? —Por primera vez, Gina vio que Getty sostenía una carta, ahora maltratada y arrugada, apretada contra su pecho. Al instante supuso que ella era la instigadora del arrebato de Getty.

—¡Está en la lista! —Su prima empujó otro papel, éste apretado en la mano, hacia Gina—. Daryl Sanders.

—Daryl... —A Gina se le cortó la respiración ante la mención del viejo amigo que se había ido al oeste. Ella y Getty no habían sabido nada de él desde que se marchó, convirtiéndose en

una molesta fuente de disgusto que se había negado a reconocer. Después de todo, no había depositado esperanzas en el hombre apuesto, decidido y con talento que realmente se había tomado la molestia de hablar con ella y con Getty.

*Mentirosa.* Le remordía la conciencia ante su intento de autoengaño mientras alisaba lo que ahora reconocía como parte de la lista de invitados a la boda.

—¡Aquí! —Los rizos perfectamente peinados de su prima le bloquearon la vista un momento antes de que una uña pulida golpeara el papel justo encima del nombre de Daryl—. ¿Ves? ¡Está en la lista, Gina!

—Así es. —*Claro que lo está. Lo puse ahí, esperando que apareciera.* Gina se sonrojó al sentir el primer atisbo de excitación. ¿Quizá Getty sabía de su pequeño enamoramiento por su amigo?— ¿Respondió? ¿Vendrá a la boda?

—Nooooo... —La dilatada respuesta apagó la nueva expectación de Gina hasta que Getty le empujó la segunda hoja de papel, la que había acunado contra su pecho, a las manos—. ¡Mucho mejor! ¡Lee esto, Gina!

Gina aceptó la nota, se deslizó las gafas sobre la nariz desde donde colgaban de una fina cadena de plata alrededor del cuello y prácticamente pudo sentir el aliento de su tía sobre la página cuando se dispuso a leer. Con el pretexto de querer más luz, se acercó a la ventana, asegurándose de girarse ligeramente para tener más intimidad.

Alisando las arrugas, las yemas de sus dedos rozaron las líneas que Daryl escribía, la profesora que había en ella se fijó en los trazos gruesos de su caligrafía, los huecos llenos de tinta de sus vocales, la forma amable en que sus palabras se inclinaban hacia la derecha. Se permitió una pequeña sonrisa antes de escudriñar el saludo.

*Querida Georgina,*

—Esto no es para mí, Getty. —Se giró de nuevo hacia su prima. Dice Georgina, y nadie me llama así.

—*A* mí tampoco me llama nadie así. —Una expresión truculenta marcó sus rasgos—. Y no puede ser por mí. Sigue leyendo.

Se volvió hacia la ventana, con los hombros rígidos, y leyó una vez más.

*Querida Georgina,*

*Sé que nadie te llama por tu nombre de pila, pero un hombre sólo hace esto una vez en la vida y quiero hacerlo como es debido. Somos amigos desde hace años, y no es de extrañar que te haya admirado durante ese tiempo, pero quería probarme a mí mismo antes de presentarme. Pienso con cariño en nuestras conversaciones sobre la aventura de hacer una vida en el oeste.*

La visión de Gina se nubló por un momento, su cabeza mareada por una repentina esperanza que nunca podría ser. Cerró los ojos hasta que se sintió firme, con una palma de la mano apoyada contra el calor del cristal de la ventana tostada por el sol. El calor la calmó,

permitiéndole seguir leyendo.

*Ahora mi molino funciona bien, me gano bien la vida y estoy en condiciones de mantener bien a una esposa en mis propios términos. ¿Me haría el honor de convertirse en mi esposa? Si es así, mi padre se encargará de organizar su viaje para que se reúna conmigo en Ainsworth.*

*Atentamente, Daryl Sanders*

Gina volvió a leerlo antes de apoyar la frente contra el cristal de la ventana. *No puede ser. Debe referirse a Getty.*

—¿Gina? —El peso de la mano de su tía descendió sobre su hombro, con preocupación evidente en su voz—. ¿Estás bien, querida?

—Es para Getty. —Gina se enderezó y empujó la carta hacia la tía Portia—. No es para mí. —Ni siquiera podía mirar a su prima, no fuera a ser que su decepción se convirtiera en amargura.

—No, no lo es. —Getty se acercó a ella con mucha más vacilación y tocó su lista—. Daryl sabe que estoy prometida, Gina. Recibió una invitación de boda.

Una nota pura y dulce de esperanza resonó en su corazón.

—¿Respondió?

—Bueno, no...

—Los solteros rara vez lo hacen, a menos que sus madres lo hagan por ellos. —La tía Portia le devolvió la carta—. El señor Sanders no tiene madre que lo haga. ¿Y qué es esa mención de aventuras hacia el oeste?

—Fuiste tú, Gina. —El tenue recordatorio de Getty, tan diferente de su exuberancia natural, le dio más credibilidad.

—Hablamos de ello, pero Getty estaba allí.

—Asentí, pero estaba aburrida. Tú eras la que hablaba de granjas y pueblos y de artículos que habías leído y de hacer historia. —Getty arrugó la nariz—. Me gustan las tiendas, Gina. No las hay en el desierto. Todo el mundo lo sabe.

—Eso es, —Gina hizo una pausa—, cierto. —*Y lógico. ¿Qué ha pasado para que Getty esté siendo la lógica?* Se le secó la boca como un desierto—. Recordaste las conversaciones sobre la expansión hacia el oeste, y por eso buscaste la lista, ¿verdad? —Su prima nunca buscaba nada, pero ella había considerado esto importante. *Porque sabía que no creería que Daryl se refería a mí.*

—Sí. —Getty agitó la lista—. ¡Y está justo aquí!

—Gracias. —Gina la enterró en un abrazo. *Daryl me pidió que me casara con él. Me quiere a mí, no a Getty.*

—Así que, —la tía Portia deslizó sus brazos alrededor de ambas, convirtiéndolo en un abrazo de grupo al unirse—, sabes lo que esto significa, ¿verdad? —Si las otras dos mujeres no la hubieran estado abrazando, Gina tenía la extraña certeza de que flotaría.

—Sí, —corearon Gina y Getty.

*¡Me caso!* Gina habría gritado su respuesta en voz alta, pero Getty se le adelantó.

—¡Ahora tenemos que comprar dos ajuares!



La vio hacerlo de nuevo. La señorita Allis Travers se dirigió hacia él, con la cofia olvidada como de costumbre, y el sol resaltando los tonos rojizos de su pelo caoba, sólo para cambiar de rumbo en cuanto lo divisó. Esta vez, se escabulló detrás de la herrería.

Nick no pensaba dejar que se saliera con la suya. Moviéndose por el lado más alejado, detrás de los establos anexos, podría cortarle la ruta de huida, y doblando la esquina, eso es exactamente lo que hizo. Con un hombro apoyado contra la estructura y el bulto de él inclinado en su camino, la hizo detenerse en seco, y no sólo porque ella fuera una cosita menuda.

Tenía la impresión de que la mayoría de la gente se olvidaba de lo pequeña que era en realidad, porque el resto de ella le quedaba grande. Algunas personas tenían esa manera: una sonrisa, un ingenio agudo, una forma de sostenerse que las hacía diez veces más grandes de lo que eran. Lo aprendían por necesidad, sin embargo, y ése era sólo un misterio más que añadir al montón que formaba Allis.

—Señorita Travers. —Se inclinó el sombrero.

—Señor Turner. —Sus fosas nasales se encendieron al verse frustrada, haciendo bailar algunas de esas pecas—. Si me disculpa, yo...

—No. —Cruzó un pie calzado sobre el otro y se puso cómodo.

—¿Qué ha dicho? —Sus cejas se juntaron en evidente frustración.

—He dicho que no. No estoy de humor para disculparla, señorita Travers. —Nick desató su sonrisa—. Tenemos que tener una discusión sobre por qué me ha estado evitando.

—¿Quién dice que le he estado evitando?

—Nadie lo dice, porque nadie más se ha dado cuenta, pero yo sí, y quiero saber por qué.

Ella lo miró durante un largo momento, como midiéndolo.

—Sabe, si sigue haciendo preguntas, puede que se encuentre con una respuesta que no le guste.

—Pruébeme.

—Muy bien, ¿qué tal esto? —Ella se inclinó más cerca, lo suficiente para que él percibiera una especie de aroma ligero y floral—. ¿Quiere saber por qué le evito?

Él apartó el hombro de la pared y se inclinó más para oír sus tonos bajos.

—Sí.

—Bueno, señor Turner... —Rápida como un ciervo, se deslizó entre él y la pared y salió corriendo, gritando su respuesta—: No siempre puede conseguir lo que quiere.

Nick soltó una risita al ver el borde de sus faldas revolotear por el edificio. *Eso habrá que*

*verlo.*

# CAPÍTULO 3

-Que no dejes de moverte no hará que la diligencia llegue antes. —La diversión de la abuela Mildred se oyó alta y clara.

—Llegará esta tarde, —concedió Daryl—, y Getty estará en ella...

Caminó más deprisa.

—¿Así que quieres hacer un agujero en el suelo para darle la bienvenida?

—¿Quieres cambiar de opinión y venir a cenar al café y esperar en el andén?

—¿Para sentarme y mover los pulgares hasta que llegue su alteza? —Nadie podía resoplar como la abuela—. Si no me gusta, ¿piensas mandarla a paseo?

—Getty es fácil de querer. —Hizo a un lado una pizca de recelo. No era tan fácil llevarse bien con la abuela, pero Getty encantaba a todo el mundo.

—De todos modos, esperaré hasta que la traigas aquí. No tiene sentido convertir lo privado en un asunto público. Vosotros dos haríais bien en pasar algún tiempo juntos antes de celebrar la ceremonia. —Sacudió la cabeza hacia el molino—. ¿Has preparado tu litera?

—Todo listo. —Daryl había decidido no llevar a Getty al altar inmediatamente después de su llegada a Ainsworth, pensando que era mejor para ella descansar un poco y asentarse primero en la vida de la ciudad. Con la abuela para hacerlo como es debido, se acostaría en el molino unas cuantas noches hasta que Getty supiera con seguridad que estaba dispuesta a hacer su vida en el Territorio de Nebraska. —Si no me acompañas entonces, me voy ya a la ciudad.

Getty creció protegida, rodeada de cosas bonitas. Su visión romántica del Oeste podría no durar lo suficiente como para que ella pudiera salir adelante. Por encantadora y vivaz que fuera, Daryl no pretendía encadenarla a él y a un modo de vida que ella resentiría. Era mejor pensar bien las cosas y no acumular arrepentimientos.

El viaje en carreta hasta el pueblo no hizo nada por aclarar sus pensamientos o desviar su energía. Sería fácil averiguar por qué... si fuera lo bastante hombre para admitirlo. Esta inquietud no provenía puramente de la excitación. No, un nerviosismo subyacente le picaba. Preguntas sobre si Getty se alegraría de verle, si le gustaría el pueblo, si la casa que había construido cerca de su molino era lo suficientemente buena... todas se arremolinaban en su cerebro para formar una masa de incógnitas.

—¡Señor Sanders! —El cálido saludo de la señora Grogan le detuvo frente al mercadillo. Con un niño pequeño en una cadera y otro niño obviamente en camino, Opal Grogan parecía una mujer que se había tomado bien la maternidad—. Me alegro de verlo.

—Sanders. —Su marido, Adam, saludó amistosamente. Adam era uno de los granjeros más prósperos de la zona, los Grogan llevaban en Ainsworth desde que el pueblo comenzó

siendo uno de los raros focos fértiles junto al Platte.

—Hoy es el gran día. —Otra voz femenina hizo que Daryl se inclinara para no bloquear a la señora Jordan, que había llegado detrás de él—. La diligencia debería llegar pronto.

—Así es. —Allis Travers se unió a ellos, sacudiendo la cabeza—. Esperemos que el resto del pueblo sea un poco más sutil en su intención de cotillear para ver a la futura esposa del señor Sanders.

—Nos gusta ser acogedores, —protestó alguien, Daryl no supo decir quién—. Es bueno ser amables y presentarnos.

—Bueno, la abuela Mildred no se sentía con fuerzas para hacer el viaje a la ciudad y querrá verla la primera, y estoy seguro de que después de un largo viaje en diligencia, mi futura esposa, como usted dice, estará agotada. —Daryl bendijo en silencio a la abuela por su sabiduría a la hora de evitar un espectáculo—. Así que las presentaciones tendrán que esperar un poco.

—Parece que un vistazo es todo lo que tendremos. —La señorita Travers sonaba divertida, pero a Daryl no le importaba. Ella había sido útil, señalando algo que él ahora estaba decidido a evitar.

—Todo el mundo sabe que la boda no es hoy. —Adam Grogan hizo una muestra de apoyo masculino—. Y hace bien en llevarla para que conozca a su abuela antes de hacer la ronda por el pueblo.

—Me alegro de que lo entienda, —añadió Daryl, y decidió cobrarle a Adam sólo la mitad de la tarifa por la siguiente carga que el hombre llevara a su molino. No se podía poner precio a facilitarle el camino a un hombre, pero sí mostrar gratitud—. Cuando llegue el momento, todos se alegrarán de tenerla como parte del pueblo.

—Seguro que sentimos curiosidad por ella. —Los pálidos ojos verdes de la señora. Jordan bailaban con ella incluso mientras hablaba—. Pero eso no es malo, no dejamos que ninguna de las cotillas se queje de que se quede con tu abuela hasta que te cases. Se sabe que usted ha hecho arreglos para dormir en otra parte.

—La señorita Spencer no será menospreciada, —intervino la señora. Grogan, y por primera vez, Daryl se dio cuenta de que estaba siendo testigo de la estructura de poder de las mujeres del pueblo, y de cómo funcionaban las cosas, y parecía que Opal Grogan, Clara Jordan e incluso la joven Allis Travers tenían un peso considerable.

Tenía sentido, teniendo en cuenta sus conexiones. La señora Grogan unía dos granjas anteriormente enemistadas, la de los Specks y la de los Grogans, las dos propiedades más poderosas del pueblo. La señora Jordan y la señorita Travers estaban emparentadas con el médico del pueblo y propietario del único mercantil. Por no hablar de que todas eran jóvenes y simpáticas.

*Getty haría bien en hacerse amiga de ellas. Se sentiría más a gusto con compañeras de su edad y le facilitarían el camino.*

—Gracias. Tiene un verdadero corazón para los demás, y le hará bien saber que ya tiene amigos en Ainsworth.

Eso funcionó. Las mujeres casadas le sonrieron, y la señorita Travers frunció una ceja en señal de reconocimiento. Daryl sintió que su primera sonrisa del día le tiraba de las comisuras de

los labios.

—Si lo desea, podríamos organizar una pequeña cena, —se ofreció la señora Jordan—. Yo misma, Saul, Allis, Opal y Adam, y, por supuesto, Josiah y Doreen. —Enumeró a todos los presentes, más el dueño del mercantil y su esposa—. ¿Algo privado para facilitarle las cosas antes de la misa del domingo?

—¡Es una idea maravillosa! —intervino la señora Grogan—. O incluso después, para conocerla mejor. Cuando ella se sienta cómoda.

—Eso nos gustaría. —A Daryl apenas le salió la aceptación antes de divisar lo que parecía una nube marrón en el horizonte. La diligencia se acercaba, una hora antes de tiempo.



Desde su posición ventajosa a unos pasos de distancia, fuera de la vista del señor Nick Turner, Allis no podía evitar fruncir el ceño. El señor Sanders parecía estar conteniendo su excitación antes, pero ahora que llegaba la diligencia, la parte superior cargada con más equipaje del que él podría haber soñado incluso con su considerable imaginación, su postura delataba sorpresa.

Había estirado la mano para ayudar a bajar a una mujer, le había sonreído de forma amistosa pero no cariñosa y le había preguntado algo que la hizo sacudir ligeramente la cabeza. ¿Por qué miraba hacia atrás en la diligencia? Vio la rigidez de sus hombros mientras hacía señas para que bajaran el equipaje.

El señor Sanders ya no parecía emocionado. Su sonrisa se tensó en lugar de ensancharse, y sus movimientos se volvieron espasmódicos, como los de un cuerpo cuando hace algo bajo protesta.

Allis miró a la nueva dama, la señorita Spencer, que parecía vagamente insegura y masivamente sobrevestida.

*No... algo va mal aquí.*

Observó cómo el señor Sanders tomaba el codo de la señorita Spencer, tocándola lo menos posible mientras la ayudaba a subir a su carro.

*Muy mal, de hecho.*



Demasiado consciente del escrutinio del pueblo cuando la diligencia se detuvo, Daryl respiró hondo. No importaba lo que pensaran los demás, aunque el encanto y el aspecto de Getty se ganarían al gruñón más estirado en un santiamén, pero sí importaba que se sintiera incómoda en cuanto pusiera un pie en la ciudad.

La diligencia se detuvo unos metros delante de él, haciéndole caminar a su encuentro. Bajó los escalones plegables mientras el polvo se asentaba y luego se enderezó para abrir la puerta curva. Una masa de faldas color lavanda apareció a la vista antes de que una mano delicada,

vestida de suave cuero color canela, se acercara a él.

*Getty*. Él estrechó su diminuta mano entre las suyas, dando un paso atrás mientras un pequeño pie se extendía hacia los escalones, ofreciendo un atisbo de botas negras pulidas cuyos interminables botones encajaban unos tobillos tentadoramente recortados. Ella descendió, con la mirada baja para vigilar su paso, con el sombrero tapándole la cara hasta que se alejaron una corta distancia de la dirigencia. Sólo cuando levantó la cabeza para sonreírle, Daryl reconoció a la mujer que tenía delante.

—¿Gina? —Le estrechó la mano con las dos suyas por un momento. Puede que fuera inesperado, pero era un placer ver a su vieja amiga. Getty debería haberle dicho que había traído a su prima para que la acompañara en el viaje—. ¡Qué alegría verte, que guapa estás!

—Yo también me alegro de verte… —un leve rubor coloreó sus mejillas antes de añadir —, Daryl. —El uso que ella hizo de su nombre de pila le produjo una extraña, aunque no desagradable, punzada en el vientre, pero se la quitó de encima. Después de todo, pronto serían familia—. Me he querido vestir con mi color favorito para la ocasión.

Miró más allá de ella.

—¿Dónde está Getty?

—Me temo que no ha podido acompañarme. —Gina levantó la barbilla—. Con la fecha de su boda tan cerca, no podía marcharse, y la tía Portia y yo decidimos que no sería demasiado impropio que una mujer prometida viajara sola, y aquí estoy. —Una sonrisa burlona ladeó sus labios—. Getty me dijo que me asegurara de mencionarte lo disgustada que está de que no hayas respondido a su invitación.

—La invitación... —El eco salió ahogado cuando el conductor de la diligencia empezó a bajar el equipaje de Gina.

*Getty se va a casar... ¿pero por qué está Gina aquí? Gina...*

De repente, la idea encajó en su sitio con la finalidad de un clavo en un ataúd. Gina... llamada así por su abuela, igual que Getty.

*¡Me equivoqué de Georgina!*

# CAPÍTULO 4

Gina se encaramó al asiento de la carreta, con la mano derecha enroscada alrededor de la áspera tabla para ayudarla a mantener el equilibrio mientras rodaban hacia el molino de Daryl. Después de días y días en la diligencia, brincar por los caminos de tierra de la pradera no era nada nuevo. Su trasero podía dar fe de ello, pero no importaba, el viaje se quedaba en nada en comparación con lo que encontró a su término.

*Daryl....* Le echó un vistazo de reojo a su perfil, con la mirada recorriendo desde la ondulación de su pelo de marta hasta la firmeza de su mandíbula. En casa, la familia animaba a los amigos y conocidos cercanos a llamarla Gina, y a Getty la llamaban así por su apodo favorito. Tener dos señoritas Spencer creaba demasiada confusión. Así que Daryl había estado utilizando su nombre de pila durante bastante tiempo, pero hoy era la primera vez que ella utilizaba el de él. Él había parecido sorprendido, aunque no disgustado, una reacción que la tranquilizó sobre su nuevo lugar en su vida.

No había dicho mucho, pero a Gina eso también la tranquilizó. Las palabras que Daryl pronunció fueron suficientes: «¡Me alegro de verte!» Sencillo, cálido y acogedor, auténtico. Su prometido seguía siendo el hombre de sus recuerdos, lo que significaba que tendrían un buen matrimonio. Sólido y cómodo.

Gina lo miró una vez más a través de sus pestañas, observando la forma en que el duro trabajo bajo el sol había bronceado su piel desde la última vez que lo vio. Sus labios formaban una línea casi recta, cambiando la ligera plenitud que ella recordaba. Parecía como si estuviera pensando....

Como si percibiera su mirada, giró la cabeza. Su mirada castaña oscura escrutó su rostro como si buscara respuestas a alguna pregunta no formulada.

La repentina intensidad de la misma calentó sus mejillas en lo que ella sabía que era un rubor... aunque Gina no tenía por costumbre ruborizarse.

Sonrojarse, como siempre había dicho, era para dos tipos de chicas: las tontas gallinas que no se daban cuenta de que era quien soltaba la tontería quien debía avergonzarse, o aquellas mujeres encantadoras por naturaleza como Getty, cuyo rubor significaba que estaba disfrutando. Gina no encajaba en ninguna de las dos categorías.

Lo que significaba que el escrutinio de Daryl la había convertido en una gallina temporal.

Culpó en silencio a Getty incluso cuando le ofreció una sonrisa y él volvió a prestar atención a la carretera.

*¡Todo este comportamiento es culpa de Getty! Parloteando una y otra vez sobre lo romántico que fue que Daryl sintiera afecto por mí pero nunca hablara hasta que llegó el momento adecuado, y luego me trajera al otro lado del país para estar a su lado...*

De acuerdo. Quizá no fuera del todo culpa de Getty. Gina pensaba lo mismo, pues dejaba que la ilusión la llenara de deleite hasta que parecía que nada ni nadie podía hacerla cambiar de opinión. Lo que ella podía, y querría, echarle en cara a Getty eran las ridículas fantasías a las que se había entregado durante el largo viaje. Si su prima no le hubiera llenado la cabeza con escenarios ridículos sobre su gran reencuentro con Daryl, ahora no se sentiría defraudada.

Pero, en verdad, ella había sabido muy bien que no habría ningún despliegue exagerado de pasión. No había esperado que él la estrechara entre sus fuertes brazos en cuanto bajara de la dirigencia y le declarara cuánto había deseado su llegada. Tal comportamiento no estaría en consonancia con la naturaleza fiable y firme que ella tanto valoraba en su futuro esposo.

Gina Spencer no era una mujer que esperara o incluso buscara una gran pasión. Tales teatros se desgastaban con el tiempo y se descascarillaban para revelar la sustancia chabacana que había debajo. Como el dorado sobre el yeso: no duraría. No, ella buscaba algo más sencillo y robusto, y Daryl Sanders le proporcionó exactamente lo que siempre había soñado.

*Me eligió a mí.*

Una suave brisa apartó el último resto de calor de su rubor cuando el molino apareció a la vista. No parecía estar en funcionamiento, pero ella no había esperado que lo estuviera, sin Daryl allí para atenderlo.

El más mínimo cambio o tensión en el funcionamiento podía desencadenar una reacción que arruinara toda la operación, así que un molino requería una vigilancia constante.

*Muy parecido a un aula.*

Sonrió ante la conexión hasta que una pequeña punzada de arrepentimiento la ahuyentó. A las mujeres casadas no se les permitía enseñar, y ella lo echaría mucho de menos. Pero ahora no era el momento de pensar en los alumnos que había dejado atrás o en la injusticia de que los hombres pudieran trabajar y mantener familias y a las mujeres no se les permitiera enseñar... No, ahora era el momento de comenzar su nueva vida. Como prometida ahora y más adelante como esposa.

Ahogó un gemido de frustración cuando volvió el rubor. *El futuro me espera.*

En lugar de detenerse en ese pensamiento, inspeccionó la estructura que tenían ante ellos. De tres pisos de altura, el edificio de piedra se alzaba hacia el cielo como un faro, rompiendo la implacable llanura de la pradera, a pesar de la colina que se había construido detrás para el estanque del molino. La fuente de energía del molino tenía un aspecto plácido pero ligeramente turbio, típico de las aguas del río Platte. Un grueso conducto de molino conectaba el estanque con la noria que se erguía junto al edificio, alcanzando fácilmente el segundo piso.

—Es hermoso, tan elegante como cualquier molino de una gran ciudad. —Ella arqueó el cuello mientras cabalgaban hacia una modesta casa encalada de dos pisos que había más allá.

—Me gusta pensar que sí. —El orgullo tiñó su voz cuando Daryl bajó de un salto y se acercó para levantarla del carro. Unas manos anchas se cerraron en torno a su cintura, haciendo que el calor le recorriera la columna vertebral hasta que él la dejó en el suelo—. Después de meter a Alzán en el establo, tengo que ponerlo en marcha. ¿Quieres verlo?

*¿Alzán?* Gina observó el enorme caballo de tiro, decidió que se parecía bastante a un alce con forma de caballo y asintió con entusiasmo.

—No sabría decir si la rueda de sobremarcha tiene cubos o paletas.

—Paletas. Los cubos no mantienen el paso tan firme, en mi opinión, y las paletas son más sencillas de sustituir. —Su mirada apreciativa le hizo alegrarse de haber leído sobre molinos de agua. Un corto paseo hasta el pequeño establo y se dirigieron hacia el molino.

La ladera fabricada facilitaba el acceso al segundo piso, donde las piedras de molino y la carcasa dominaban el centro de la planta. Una tolva de madera para el grano se deslizaba desde el techo hasta justo encima del gran receptáculo situado sobre las piedras.

—Ésta es la tolva. —Daryl tiró de una palanca y el vertedero se abrió, permitiendo que el grano llenara la tolva. Cuando estuvo satisfecho con la cantidad, cerró el vertedero—. El grano bajará por el agujero de la piedra superior, se triturará por debajo y saldrá por aquí. —Tocó varias partes de la máquina mientras hablaba, y Gina pudo ver la cariñosa familiaridad aun sabiendo que estaba dando una explicación demasiado simplificada.

—Los engranajes están alojados en el piso inferior y tienen que ser girados por la rueda, esa en la que te has fijado antes. Ahora que le hemos dispuesto grano que moler, estamos listos para ponerla en marcha.

Gina siguió a Daryl hasta una puerta en el extremo más alejado, que se abría a una especie de pasarela de madera sobre el final del molino.

—La compuerta de la esclusa —se agachó y señaló el mecanismo mientras hablaba— se ajusta a diferentes alturas, dependiendo de la velocidad y la presión del agua necesarias para hacer girar la rueda en un momento dado. —Levantó la compuerta, liberando un chorro de agua que bajaba sin cesar hasta golpear las paletas planas de la rueda de sobrepresión, empujándolas hacia abajo hasta que la rueda captó el impulso en un giro constante y suave.

—Parece sencillo, pero no lo es en absoluto. Necesita mucho discernir y tiempo y precisión para hacerlo funcionar...

Cuando él sonrió ante sus cavilaciones, Gina decidió hacerle una petición.

—Después de conocer a tu abuela, me gustaría ver los engranajes y aprender más.

—Será un placer enseñártelo. —La cogió del brazo y la condujo de nuevo al exterior y el placer de mostrar su molino se desvaneció de su expresión—. Déjame decirle a la abuela Mildred que estás aquí y luego te llevaré ante ella. —Con eso, la soltó del brazo y se apresuró a entrar en la casa por delante de ella.

Parpadeando ante el repentino cambio y el extraño comportamiento, Gina le siguió a paso más lento. ¿Por qué no la acompañaba simplemente al interior y las presentaba si la anciana sabía que ella llegaría hoy?

Un revuelo de voces y un sonido de exasperación que seguramente provenía de Daryl, empezaron a sembrar dudas en su mente.

—Gina. —Le oyó subrayar su nombre pero no captó la respuesta de la abuela. Poco dispuesta a escuchar a hurtadillas, se detuvo a unos metros de distancia e intentó calmar el tumulto que de repente surgía en su estómago.

Algo no le gustaba...



De algún modo, Daryl tenía que averiguar qué iba a hacer antes de que se le pasara el desgarrador entumecimiento. Shock, lo llamaba la gente. Claro, lo había sentido a través de una la superficial de presentaciones en el pueblo, cambiando el equipaje de carro y en el viaje a casa. Llegó a dejarlo todo de lado por unos momentos porque ella parecía genuinamente interesada en el molino, pero ahora tenía que llevarla a la casa.

Y a conocer a la abuela Mildred.

El malentendido no podía ocultarse allí. Todos los demás sólo conocían el nombre de su futura esposa como Georgina Spencer, como correspondía, pero la abuela, por su parte, trataría inmediatamente de sacar ventaja llamándola Getty.

*Y entonces se descubriría el secreto: que mandé a buscar una esposa y conseguí a su prima por error. Mi error.*

Hizo una mueca de dolor.

La farsa se desarrolló sin que él lo supiera hasta que fue demasiado tarde para evitar el desastre. Olvidó que Getty y Gina eran *ambas* Georginas cuando escribió la propuesta. Ellas la recibieron, sabían que le había enviado una invitación a la boda de Getty y lógicamente supusieron que la había enviado para Gina. Así que aquí estaba él, llevando a la prometida equivocada de vuelta a su casa, y ella no tenía ni idea de nada de esto. Ésta era la clase de situación que podría llevar a cualquiera a abandonar la civilización y volverse un montañés.

Pero él no podía hacer eso. Tenía a su abuela, y ahora a Gina, en quien pensar. *Sin Getty*. Eso le afectó mucho, si ella hubiera rechazado la propuesta, él no tendría más remedio que haberla aceptado. ¿Pero haber estado pensando que ella había aceptado ser su prometida y que él tendría la esposa que deseaba para el resto de sus días, sólo para desilusionarse después?

Con un batiburrillo de pensamientos a medio formar chocando en su mente, le dijo a Gina algo sobre decirle a la abuela que estaba aquí y se marchó corriendo. No parecía muy caballeroso, pero cuando un hombre no tenía opciones, no podía ser exigente.

—Abuela. —Irrumpió por la puerta y entró en el salón—. Georgina está aquí.

—Eso espero. No es de buena educación dejar a tu futura esposa sola en la ciudad. —Levantó ligeramente la cabeza, a la manera de un zorro que intenta captar el olor de una nueva presa.

—No, la deje fuera.

—Pues hazla entrar, muchacho.

—En un momento. —Su mente corría enloquecida. Contarle a la abuela Mildred la confusión sería la forma rápida de asegurarse de que Gina pasaría vergüenza por ello, y Daryl no lo permitiría. Así que lo único que le quedaba era decir—: Cometí un error —*eso es cierto*—, ahora se llama Gina. No la llame Getty.

—¿Getty no?

—Gina. —Esperó a que ella asintiera antes de salir corriendo por la puerta a buscar a su prometida.

Y enfrentarse a su futuro.

# CAPÍTULO 5

—Está lista. —Daryl salió de la casa con una sonrisa que le estiraba la cara... pero eso era exactamente lo que parecía, un estiramiento doloroso.

El estómago de Gina se apretó aún más.

*¿Cómo de difícil podía ser una anciana?* Enderezó los hombros. *No más difícil que una sala llena de estudiantes.*

Aceptó la mano de Daryl y le devolvió la sonrisa tensa mientras caminaban hacia el interior de su nuevo hogar.

La abuela Mildred esperaba en el salón, con la postura erguida, la espalda sin ceder ni siquiera a tocar el respaldo del sofá. El pelo gris acero atrapado en un moño coronaba un rostro grabado con una dureza que rivalizaba con la de cualquier metal. Ojos entrecerrados, labios finos, manos cruzadas y apretando la parte superior de un bastón: la abuela Mildred podría haber descendido fácilmente de una Gorgona.

Así que Gina hizo lo que toda mujer valiente ante una amenaza inminente: recurrió a las galanterías.

—Encantada de conocerla, señora Sanders.

La mujer no respondió al principio, más allá de un nuevo entrecerramiento de los ojos y lo que Gina sólo pudo considerar un arrumaco indulgente. Y vaya si fue un arrumaco. Mildred Sanders lo convirtió no sólo en un sonido, sino en una expresión física de desdén, ya que sus hombros se alzaron y su pecho se hinchó de indignación antes de encontrar alivio en ese bufido no tan gentil.

—Eso ya lo veremos. —Una mano enjuta se levantó de encima de su bastón en un movimiento imperioso—. Ven aquí para que pueda echarte un buen vistazo.

Daryl parecía reacio a soltarla, una señal que Gina no podía interpretar como positiva o terrible, pero se movió para colocarse ante su futura abuela política.

—Quítate ese sombrero, mis ojos ya no son lo que eran.

De algún modo, Gina tuvo la sensación de que la mujer que tenía delante seguía siendo tan aguda como siempre, pero mantuvo la lengua entre los dientes. Se desató el sombrero y se lo quitó del pelo, resistiendo el impulso de alisar cualquier mechón que pudiera haberse escapado. Arreglarse sería un error, además de inútil.

Otro gruñido.

—No eres lo que esperaba, chica. —La inspección pasó de su pelo, a sus ojos, y luego bajó hasta la punta de sus pies—. Más alta, para empezar.

—Para ser justos, usted tampoco es lo que esperaba. —Gina imprimió a su encogimiento de hombros una despreocupación que estaba lejos de sentir—. Aunque no lo preguntó, mi viaje ha ido bien y me complace estar aquí. Confío en que su día haya sido agradable hasta ahora.

—Bueno, no es tonta. —Una carcajada acompañó el comentario dirigido a Daryl—. Eso es mejor de lo que esperaba, aunque no es tan guapa como me imaginaba.

Gina aspiró un suspiro ante eso pero aguantó.

—Dicen que la belleza es una buena cualidad de las personas, pero yo siempre digo que se puede juzgar mejor a una persona por sus decisiones.

—Interesante. —Dos ojos se afilaron sobre ella como puntas de cuchillo—. Has tomado bastantes decisiones recientemente.

—Sí. —Sonrió a Daryl, aunque su rostro podría haber sido grabado en la misma piedra que había utilizado para construir su molino—. Y las mantengo.

—Así que dígame, señorita Spencer... ¿cuándo decidió dejar de llamarse Getty?

—Abuela, no... —Una especie de miedo cruzó el rostro de su prometido ante la evidencia del lapsus de su abuela. Los hombres nunca llevaban bien ver debilidad en sus seres queridos. Gina lo había visto antes.

—No pasa nada. —Gina puso una mano en el antebrazo de Daryl cuando éste avanzó—. Es fácil confundirse, y la abuela Sanders nunca nos conoció a las dos, después de todo.

—No. —Daryl se sacudió la mano y miró severamente a la mujer mayor—. Necesita pensar y recordar.

—No lo he olvidado. —Una sonrisa multiplicó los surcos de su boca mientras ignoraba a su nieto—. ¿Las dos, dices?

—Sí, señora. —Gina luchó por reconciliar la dureza de Daryl con la imagen que tenía de él, eligiendo en su lugar centrarse en el cambio de Mildred—. Getty es mi prima, ya ve.

—¿Lo es? Gina es la abreviatura de Georgina, ¿verdad? —Una risa áspera respondió al asentimiento de Gina—. ¿Resulta que esta prima tuya es... supongamos... una pequeña encantadora de ojos verdes con tirabuzones negros?

—¿Acaso importa? —El estallido de ira de Daryl hizo que los finos pelos de la nuca de Gina se erizaran.

—No estoy segura. —De repente, sintió como si Gina se estuviera viendo a sí misma hablar desde un rincón—. ¿Por qué me preguntaste dónde estaba Getty después de bajarme de la dirigencia? Supuse que pensabas que ella me acompañaría, pero ése no es el motivo, ¿verdad?

La expresión de su rostro le proporcionó toda la respuesta que necesitaba. Vergüenza, decepción, ira... se persiguieron unas a otras a través de sus facciones hasta que se abrieron camino hasta su corazón.

—No es nada tonta, no. —La voz de Mildred penetró en el ánimo de todos—. Apuesto a que Gina es mejor opción que esa otra Getty a quien querías.

—¡Gina! —Daryl deslizó un brazo alrededor de su cintura sorprendentemente delgada y ahuecó su mejilla demasiado pálida con la mano libre. Al oír las palabras de la abuela, ella había cerrado los ojos y se balanceaba ligeramente.

—Ooh. —Un pequeño gemido, casi un quejido, brotó de sus labios, unos labios que llevaban el pálido color de su cara, aparte de los oscuros abanicos de sus pestañas.

—No te desmayes. —Puso las palabras al pánico que atenazaba su pecho.

¿Qué haría con una mujer desmayada?

Sus ojos se abrieron de golpe, dos pequeñas palmas se apretaron contra el pecho de él, y ella le apartó con una fuerza que contradecía su repentina palidez.

—No soy —le espetó— el tipo de tonta que se desmaya por todo.

—¡Bravo! —La abuela Mildred golpeó su bastón en señal de aprobación—. He visto suficientes flojas para toda una vida.

—Bueno, y el mundo ha visto suficientes mentirosos. —Con los ojos color avellana sospechosamente brillantes, Gina hizo ademán de empujarlo y salir por la puerta.

—¿Adónde vas? —Él le agarró el codo para pararla en seco. No era como si ella pudiera simplemente escaparse de su vista y marchar de vuelta a casa.

—Necesito algo de tiempo… —ella apartó su brazo del agarre de un tirón— para pensar.

—Ese es el único problema con las chicas que tienen sesos, que piensan. —El comentario encantador de la abuela hizo que el músculo de la mandíbula de Daryl se crispara.

*Si la vieja murciélago hubiera mantenido la boca cerrada, no tendría este problema.*

—No hay nada que pensar. Nos casaremos en cuanto estés preparada.

—¿Preparada? —Sus ojos se volvieron aún más brillantes mientras una risa extraña y plana salía de lo más profundo de su ser—. Tendrás que esperar mucho para eso.

—¿Has cambiado de opinión? —El aguijón caliente del orgullo herido azotó su garganta, haciendo que las palabras se volvieran tensas.

—¿Cambiaste tú la tuya? —Ella lanzó el desafío por encima del hombro mientras salía por la puerta principal.

—No. —Él acechó tras ella, la ira alimentando sus pasos de modo que la alcanzó justo a la salida del molino—. Me propuse casarme con Georgina Spencer, y eso es lo que pretendo hacer. —Esta vez le enganchó la muñeca, y la fuerza de su impulso detenido la hizo volverse para mirarle.

—Te propusiste casarte con Getty Spencer. —Aquellas largas pestañas suyas se habían vuelto más oscuras y, tardíamente, Daryl se dio cuenta de que estaban húmedas. Sus ojos brillaban tanto porque contenían lágrimas.

El aliento le abandonó tan rápido y doloroso como si le hubieran dado una patada en las tripas. La había hecho llorar.

El dolor arqueó sus cejas mientras susurraba su pregunta.

—¿Y ni siquiera ibas a contarme lo del error?

—Gina... —Quiso decir algo para mejorarlo pero no pudo—. No quería que lo supieras.

—¡Me habrías hecho vivir una mentira! —La furia ahuyentó las lágrimas, un cambio bienvenido desde la posición de Daryl, que con la ira podía lidiar.

—Yo… —El fuerte gemido del roble estresado se coló por las ventanas del molino, avisando de la calamidad—. Quédate aquí. Enseguida vuelvo. —Corrió a cerrar la compuerta, alcanzándola justo cuando un gran crujido de madera astillándose rasgó el aire.

El flujo de agua se detuvo, la rueda detuvo su giro y cesaron todos los sonidos del molino en funcionamiento. En algún lugar abajo, en la planta baja, encontraría un patín roto en una rueda dentada; pero ahora no era el momento de inspeccionarlo, tenía una prometida de la que ocuparse.

Volviendo a toda prisa, dobló la esquina para ir hacia donde había dejado a Gina... y no encontró a nadie.

Su prometida había desaparecido.



Nick Turner había vuelto a mirarla. Allis se estremeció y aceleró el paso, dirigiéndose al lugar que siempre la calmaba.

Cuando Daryl Sanders y su prometida se marcharon, ella había dejado de concentrarse en averiguar qué era lo que parecía un poco raro entre aquellos dos y había bajado la vista para ordenar sus pensamientos. Al levantar la vista, se encontró con un par de ojos azules, tan oscuros que parecían tormentosos, que la miraban directamente desde detrás de un mechón desgreñado de pelo color maíz que necesitaba desesperadamente un corte.

Parecía que había encontrado a un compañero vigilante.

Nada bueno.

Peor aún, parecía que él la había encontrado primero.

Allis dejó escapar un resoplido mientras seguía adelante. Vivir en Ainsworth los últimos cuatro años debía de haberla ablandado, tendría que trabajar en ello con otro vigilante cerca, y lo último que necesitaba era que alguien prestara atención a la vida que había construido en esta pequeña, aunque mucho mayor que cuando había llegado, ciudad.

Recordó la semana anterior, cuando Nick bloqueó su huida detrás de la herrería. Sí, ella le había estado evitando desde que apareció por primera vez en su pueblo. No había tardado más de un minuto en darse cuenta de que aquel hombre era demasiado seguro de sí mismo, demasiado perspicaz y demasiado curioso para ser otra cosa que un problema, pero cuando le confirmó que la vigilaba tan de cerca como ella a los demás, había sellado su veredicto respecto al alto recién llegado.

*Peligroso.* Había volcado esa considerable curiosidad en el misterio de Allis Travers, y ella había pasado años guardando esos secretos. Nada podía persuadirla de dejar al azar que Nick no recordara su encuentro de cuatro años antes.

Cuanta más distancia ponía entre ellos, mejor se sentía. Justo cuando rodeaba el estanque del molino, el punto en el que respiraba más tranquila sabiendo que el colmenar no estaba demasiado lejos, algo la sorprendió.

El sonido de las botas golpeando la tierra, aún audible a pesar de la amortiguadora capa de espesa hierba de la pradera, ganó urgencia cuando alguien se acercó rápidamente por la izquierda. Allis se dio la vuelta, agachándose instintivamente en posición defensiva, haciendo que sus partes vitales fueran menos accesibles a cualquier atacante.

Un destello violeta a través de los escuálidos matorrales de robles captó su atención justo antes de que la futura esposa del señor Sanders llegara a toda velocidad rodeando el estanque del molino. Con las faldas corriendo tras ella, el moño balanceándose precariamente sin la cobertura de ningún sombrero, la señorita Spencer presentaba una imagen de pánico.

—*¡Gina!* —Un profundo grito procedente del otro lado del molino proporcionó todo lo que Allis necesitaba saber. De algún modo, el señor Sanders asustaba a esta mujer, y los hombres que asustaban a las mujeres no las merecían.

Las mujeres que huían de esos hombres, sin embargo, merecían incuestionablemente su ayuda. Allis echó a correr, ayudando a acortar la corta distancia que las separaba, y agarró la mano de Gina. La otra mujer alzó los ojos brillantes para encontrarse con su mirada, pero sólo vaciló un instante cuando Allis igualó su zancada.

Pasaron a toda velocidad junto al roble con forma de matorral, rebasaron el límite de las tierras de Sanders y no pararon de correr hasta que Allis encontró la familiar arboleda de nogales negros que bordeaba el colmenar de Opal en los terrenos de Grogan. Gina igualó su ritmo, una hazaña impresionante y algo más que respetar en una mujer que tenía el suficiente sentido común para encontrar el camino cuando un hombre encontraba su mal genio.

Ninguna de las dos habló durante unos instantes, ambas demasiado preocupadas por beber grandes tragos de aire fresco aderezado con el más leve rastro de miel. A medida que su respiración se calmaba, se hizo perceptible el alegre *zumbido* de cientos de abejas obreras que entraban y salían afanosamente de las docenas de colmenas de marco móvil de madera que había en el prado ante ellas.

Al menos Allis pudo distinguirlo entre las respiraciones entrecortadas, cargadas de mocos y rápidamente sofocadas de su compañera. La señorita Spencer se secó los ojos y la nariz con un pañuelo de lino planchado, metiéndoselo en un bolsillo de la falda antes de levantar la vista, pero no había servido de mucho para ocultar el hecho de que se había puesto a llorar. La nariz roja y los ojos llorosos delataban tanto su disgusto como su incapacidad para interpretar a una buena damisela en apuros. Eso la hacía más simpática para Allis.

—No tiene por qué volver, —espetó una vez que la otra mujer pareció dispuesta a escucharla—, yo me ocuparé de usted. Ahora, ¿qué ha hecho?

—Es un error. —Los labios de la señorita Spencer se movieron casi con demasiada lentitud para las palabras que pronunció—. Un terrible error.

—No se preocupe. —Allis se acercó para darle una palmada tranquilizadora en la espalda —. Me aseguraré de que vuelva a casa sana y salva. Ninguna mujer tiene por qué aguantar a un hombre que le ha hecho mal. —Oyó rechinar sus muelas en el silencio mientras esperaba que su nuevo proyecto se confiara a ella.

Pero esta mujer logró una hazaña poco común: mantuvo los labios abotonados y los pensamientos cosidos. Se limitaba a mirar a la derecha, a lo lejos, como si intentara trazar un plan, y sacudía periódicamente la cabeza como para despejarla.

—¿Le ha golpeado? —Allis no pudo ver ninguna marca.

—¡No! Daryl nunca haría algo así. ¿Cómo puede decir eso? —En un instante, la pena y la incertidumbre dieron paso a una fuerte indignación—. Es un buen hombre.

—Si le tiene tanto cariño, no sé por qué se empeñó en huir de él. Supongo que eso es asunto suyo, pero viéndola correr pensé que le había hecho mal e intenté echarle una mano. ¿Quizás querría explicarme por qué no quiere casarse con ese hombre?

—Ojalá fuera tan fácil. —Volvieron las lágrimas—. Preferiría que nadie me viera así, pero necesitaba algo de tiempo para pensar por mi cuenta.

Obviamente, esto requeriría alguna aguijoneada adicional para obtener alguna información útil. Allis utilizó otra táctica. —Entendido. Esperaré aquí mientras termina de pensar en las razones por las que no quiere casarse con un hombre tan bueno.

—Sencillo, él no quiere casarse conmigo.

# CAPÍTULO 6

Si tuviera sus amigos, o preferidos como los llamaba la tía Portia, Gina no estaría confiando en esta chica que la había sacado del molino. Proclamar en voz alta que Daryl no la quería no hizo nada por aliviar el impacto desgarrador de su verdad y sólo sirvió para difundir su vergüenza.

Al contrario de lo que le había dicho a la abuela de Daryl, había hecho una excelente imitación de una boba cuando se escabulló de aquella manera.

Gina habría dicho que no creía en huir de los problemas, sino en mantenerse firme y afrontarlos de frente. Aplazar un problema no lo hacía desaparecer, después de todo. Sin embargo, cuando las cosas se volvieron insoportables, huyó.

Huyó de volver a entrar en la casa para enfrentarse a la horrible Mildred. Huyó de ver cómo el hombre con el que se había alegrado de casarse le decía que no la quería pero que la aceptaría por obligación. Sobre todo, había corrido hasta que su corazón no tuvo espacio para sentir otra cosa que la amenaza de estallar a través de su corsé por el sobreesfuerzo.

Lo que no había esperado era encontrarse con la mujer que tenía delante. Una mujer que la había visto, alterada y huyendo, y no había perdido el tiempo haciendo preguntas, sino que la había cogido de la mano y la había conducido a lo que debía de ser un lugar seguro. Una mujer que ahora pensaba lo peor de Daryl... por culpa de Gina.

—Sin ánimo de echar más leña al fuego… —empezó a decir la más joven de las dos, o al menos la que parecía más joven, a modo de disculpa, señalando un desacuerdo que se avecinaba.

—Espere —Gina levantó una mano, con la palma hacia fuera—, siempre que alguien dice que no pretende echar más leña al fuego, o cualquier cosa por el estilo, es una señal segura de que están a punto de hacerlo. Así que le reafirmaré que la causa de mi angustia reside en un error y nada más, con la esperanza de que no ponga en duda mi palabra cuando le diga que Daryl no quiere casarse conmigo.

—Ah. —La otra mujer, de la que Gina se dio cuenta de repente que no llevaba ni gorro ni sombrero, parecía estar librando una batalla silenciosa. Sus labios se crisparon—. Es evidente que no me conoce. Soy Allis Travers.

—Gina Spencer. —A duras penas se controló de añadir lo encantador que era conocerla, totalmente inapropiado en esta situación.

—Lo sé. —La señorita Travers perdió la batalla y en su rostro se impuso una amplia sonrisa—. También sé que el señor Sanders le escribió, la mandó llamar y la trajo aquí para que fuera su esposa. Así que dudo de que tenga motivos para preocuparse de que quiera casarse con usted.

—Usted me considera una ingenua, y no puedo decir que le culpe. ¿Qué prometida, recién reunida con su futuro marido, huye de él como perseguida por los sabuesos del infierno? —Gina se pellizcó el puente de la nariz, con la esperanza de aliviar un poco la tensión que palpitaba tras ella—. Pero se ha cometido un terrible error, y yo no soy la mujer que el señor Sanders esperaba.

—Tonterías. Usted es Georgina, Gina, si lo prefiere, Spencer. La mujer con la que le ha dicho a todo el mundo que se va a casar. La mujer que recogió en la diligencia y llevó a casa de su abuela. No hay duda. —Toda la alegría se desvaneció de sus facciones—. Si le ha amenazado o hecho daño, no intente protegerle, sólo lo empeorará.

—Casi tiene razón, señorita Travers. —Gina veía que no había más opciones que contarle a esta mujer la confusión. De lo contrario, la reputación de Daryl estaría perdida—. Soy Georgina Spencer, que se hace llamar Gina. Daryl Sanders sí que se propuso casarse con Georgina Spencer, pero el problema, verá, es que él quería a mi prima. Las dos nos llamamos como nuestra abuela, pero ella se hace llamar Getty.

—Me está tomando el pelo. —La sospecha se deslizó por la mandíbula de la otra muchacha—. Hay dos Georgina Spencer, ¿y usted es la equivocada?

—Exactamente.

A pesar de sus mejores esfuerzos, la sal caliente de las lágrimas aguijoneó sus ojos y su respiración se entrecortó una vez más. Gina buscó a tientas su pañuelo, y apenas se dio cuenta de que su recién descubierta confidente se desplomaba sobre el sombreado trozo de hierba que tenían delante.

—Bueno, eso está tan retorcido como una serpiente en un cactus. Ah, y mi nombre es Allis, cualquier mujer que pueda seguirme el ritmo cuando corro por las llanuras se gana el derecho a tutearme.

—Gracias, Allis. —La oferta tácita de amistad alivió en cierta medida el aislamiento que la bañaba en olas invasoras—. Por favor, llámame Gina.

—¿Sabes? —ofreció su compañera, tamborileando los dedos contra una rodilla mientras pensaba en voz alta— esta situación en la que te encuentras desprende un hedor horrible, y Mildred Sanders no va a dulcificar las cosas. —Su amiga dejó de tamborilear con los dedos—. Puedes quedarte con mi familia hasta que regreses a casa, si quieres.

—Regresar a casa... —Con las rodillas repentinamente temblorosas, Gina decidió sentarse antes de que el suelo saliera a su encuentro.

*Oh, Señor... si me voy a casa, todo el mundo lo sabrá. La mitad de Baltimore sabe de mi compromiso con Daryl, y a ninguno le sorprenderá saber que él quería a Getty en su lugar. Seré el hazmerreír, y Getty se sentirá atormentada por la culpa. La tía Portia se compadecerá de mí y me hará trotar delante de posibles pretendientes hasta que caiga exhausta...*

—No. —El horror de semejante futuro pasó ante ella con una claridad tan agonizante que a Gina se le revolvió el estómago—. No puedo volver.

—Si fuera yo, tampoco tendría prisa por hacérselo saber a todo el mundo. ¿Cuánto tiempo crees que tienes? ¿Puedes quedarte hasta que llegue Getty?

—Getty no se casará con Daryl, se casará este mismo fin de mes con otro. Daryl no lo tuvo en cuenta cuando compró mi billete para venir aquí. —A Gina se le escapó una carcajada sin

gracia—. De lo contrario, habría esperado un poco más antes de venir. Viendo lo visto, me perderé la boda de mi prima y no tendré ninguna propia.

—No me extraña que pensarais que se había declarado a la Georgina no comprometida. —Las palabras salieron con una mueca de dolor pisándoles los talones. *Podría haber sido más sensible ahí.*

—Incluso le habíamos enviado una invitación a la boda de Getty. —La atribulada futura esposa se afanó en buscar un punto seco en su pañuelo—. ¡Me siento tan tonta!

—No lo eres. —Allis rebuscó en sus propios bolsillos hasta que encontró un cuadrado de lino arrugado pero útil y se lo pasó—. Sin embargo, proponerle matrimonio por carta a Georgina sin aclarar a cuál parece ser bastante estúpido, ya que debemos suponer que pensaba que ambas estabais solteras.

—Un mero descuido... —El resto del murmullo fue a parar al pañuelo.

—Un gran descuido, en mi opinión. Es más, cuando se dio cuenta de lo que había pasado, no debió decírtelo.

Eso exactamente era lo que la tenía furiosa; no importa que Daryl Sanders se equivocara de mujer, su trampa debería haber permanecido cerrada. Mandó llamar a una Georgina, recibió a una Georgina, y no tenía por qué hacerla sentir no deseada. Los hombres de verdad cumplían sus compromisos. Era evidente lo mucho que había herido a la pobre Gina.

—No me lo dijo. —Un golpe delicado puntuó la confesión—. La abuela Sanders me preguntó por qué ya no me hacía llamar Getty, y me lo imaginé.

—¿Entonces planea casarse contigo de todos modos?

—Eso es lo que él dice. Supongo que está menos que encantado, pero eso no va a ocurrir.

—Bravo por ti. Las mujeres no son intercambiables, y yo tampoco le daría la satisfacción de mi mano cuando no se molestó en pedirla adecuadamente. —Allis se echó hacia atrás—. Ahora va a tener que cortejarte.

El hipo de risa de Gina no presagiaba nada bueno.

—Daryl no quiere casarse conmigo, y no lo hará. Como mucho, no quiere que se corra la voz de que se ha equivocado de prometida. —Ella gimió—. La gente de por aquí se enterará pronto. ¿Hay alguna posada cerca? Necesito un lugar donde quedarme hasta que pueda pensar un plan.

—No hay posada, pero eres más que bienvenida en casa de los Jordan, que son mi familia. Soy adoptada, por si te lo preguntas. —Allis se puso en pie de un salto y se sacudió el trasero—. ¿Qué clase de plan crees que se te ocurrirá, siendo una mujer soltera por su cuenta?

—Seguro que puedo encontrar trabajo como profesora en el oeste. Tengo experiencia y cartas de recomendación. —Su nueva amiga siguió su ejemplo quitándose el polvo de las faldas —. Nunca pensé que necesitaría esas cartas, pero siempre pienso que es mejor estar preparada. Merece la pena intentarlo.

—¿Eres profesora? —Allis apenas contuvo un grito. El ayuntamiento había estado buscando a alguien que se hiciera cargo de los niños de la localidad en cuanto terminaron de construir la casa escuela, y demasiados de ellos había abordado el tema con ella últimamente. Si

no reunían el suficiente sentido común para ver que sería una mala maestra, tendría que buscar otra solución—. Parece que eres la respuesta a mis oraciones, Gina. Ainsworth necesita una maestra.

—Eso sería... genial. —Los ojos color avellana parpadearon con incredulidad—. ¿Crees que el ayuntamiento consideraría a una mujer para el puesto, o sólo buscan a un maestro de escuela?

—No hay necesidad de preocuparse por eso. —Allis comenzó a caminar de vuelta hacia el molino—. Mi padre adoptivo y mi abuelo están en el consejo. También el marido de una amiga íntima. Ninguno de ellos despreciaría a una mujer, y todos ellos te apoyarían, en mi opinión, y especialmente una vez que Clara y Opal lo hagan.

—Las conocí brevemente antes de que Daryl y yo dejáramos la ciudad.

—Sí. Les gusta conocer a todo el mundo nuevo. Clara era la rubia de ojos verdes y Opal la pelirroja de ojos azules. Clara está casada con el doctor Jordan, el hombre que me acogió.

Se apresuró, complacida cuando Gina aumentó su velocidad para igualarla. Allis lo hizo tanto para pasar por alto el tema de su adopción informal como para llegar más rápido al molino. Por mucho que le gustara hacer preguntas, responderlas no le sentaba bien.

Cuando rodearon el estanque del molino, los pasos de Gina se ralentizaron.

—Daryl deberá sentirse aliviado al librarse de mí. —Una sonrisa forzada acompañó a unas palabras melancólicas.

Allis sacudió la cabeza.

—Si he de juzgar a los hombres y su temple, Daryl no dejará que le abandones tan fácilmente.

—Él no puede impedirme enseñar.

—No he dicho que pueda o que lo haga. —Alcanzó a ver al falso prometido de su amiga mientras rodeaba el molino como un toro de carga—. Es mi presuponer, pero diría que subestimas su determinación de casarse contigo.

# CAPÍTULO 7

Daryl rodeó el molino. Buscó en el interior del molino: los tres pisos. Dos veces. En el granero tampoco había señales de una novia a la fuga. Ninguna mujer sensata volvería a la casa con la abuela Mildred, y Gina siempre le pareció la Georgina práctica, así que recurrió a gritar como un loco.

Sin resultados.

En unos instantes, su futura esposa se había convertido en una novia a la fuga. Sin ningún lugar al que huir, ¿qué extraños pensamientos se agolparían en su mente? La opción más ilógica, la volver a la casa, le llevó a encontrarse cara a cara con la abuela.

—¿No conseguiste la mujer que querías y ya has perdido a la que encontraste? —Sonaba como si ella le hubiera estado esperando para decirle esto mismo desde que se dio cuenta del error—. Se nota que tienes muy buena mano con las damas.

—Supongo que entonces no ha vuelto aquí.

—Te dije que tenía cerebro entre sus orejas. Ninguna mujer con sentido ni orgullo se queda donde no la quieren si tiene la más mínima opción. —La abuela Mildred ladeó la cabeza—. No es que ésta tenga elección, sólo necesita tiempo para pensárselo y volverá.

—Te dije que no la llamaras Getty. —Daryl dio rienda suelta a la ira que seguía in crescendo, hinchándose a cada momento que no podía cuidar de Gina—. ¿Por qué no podías simplemente dejarla en paz?

—¿Por qué no pudiste decirme la verdad?

—La habrías usado contra ella. —¿Quería la verdad? Pues él se la daría.

—¡Uy! Yo nunca… —un dolor largamente enterrado surgió de las profundidades de su mirada y la voz de la abuela se suavizó—, nunca le haría eso a otra mujer.

—¿Abuela?

Su habitual agudeza volvió en un instante. —Aunque sí que me habría burlado de ti.

—Entonces no preguntes por qué no te solté toda la historia con ella esperando fuera. —La rabia contra sí mismo por cómo había manejado las cosas y contra ella por cómo le influían sus maneras pendencieras hizo que su tono fuera áspero—. Me has dado muchos motivos para dudar de cómo reaccionarías.

—Culpar a los demás de tus errores hace que haya más errores.

—Seguro que los habrá. —Con eso, se dirigió de nuevo al molino. Hasta que Gina regresara, se dedicaría a reparar el mecanismo de la rueda dentada que había cedido antes. Se puso manos a la obra, inquieto en el silencio. Ninguna corredera girando, ningún sonido de agua

agitándose, ni engranajes trabajando y grano moliéndose le acompañaban esta tarde. No había ningún alegre sonido de molienda mientras el grano bajaba por la tolva hacia el hueco entre las piedras del molino, sólo quietud.

Se detenía de vez en cuando para subir y salir, comprobando si ella había regresado. No hubo suerte. Repitió el proceso tres veces, pero no fue hasta que hubo sustituido por completo el diente astillado e hizo varias pruebas para asegurarse de la integridad de la pieza cuando vio que alguien se acercaba.

Alguien no, dos mujeres bordeaban el estanque del molino en dirección a él, y una llevaba el color violáceo con el que llegó Gina, así que Daryl abandonó su puesto y se apresuró a salir a su encuentro. Cuando se acercó, identificó a su acompañante como nada menos que Allis Travers, una de las mujeres de las que esperaba que Getty se hiciera amiga.

El alivio por el regreso a salvo de Gina chocó con la rabia de que se hubiera marchado. El arrepentimiento se unió a las otras dos emociones cuando vio su nariz enrojecida.

*¿Habría estado llorando todo este tiempo?*

—Gina... estábamos preocupados por ti.

De alguna manera no sonó como la reprimenda que había pretendido o la media disculpa que casi sintió apropiada. Sonaba rígido.

—¿Lo estabais?

La señorita Travers se dio cuenta de que su voz sonaba apagada, y que su misma postura hablaba de desaprobación y sospecha.

—Qué imprudente he sido al desaparecer así. —El murmullo apenas sonaba a Gina—. Pero en tiempos difíciles, creo que es mejor ordenar los pensamientos y determinar un curso de acción. —Esto último sonó más propio de ella.

—Ya he determinado lo que haremos, —dijo sin profundizar, sin saber cuánto le había contado Gina a la señorita Travers, pues cuanto menos supiera nadie del problema, mejor.

Ya podía oír los cotilleos si se corría la voz: «*¡Ahí está nuestro molinero del pueblo, con una cabeza tan hueca sobre sus hombros que ni siquiera puede declararse a la chica adecuada!*»

—Tu plan es inaceptable. —El rojo casi abandonó su nariz—. Afortunadamente, me encontré con la señorita Travers y hemos ideado uno mejor.

—Esto no es asunto de la señorita Travers. —Con gran esfuerzo, Daryl evitó gritar—. Eres mi prometida, y esto es un asunto entre nosotros.

—Ah, pero ese es justo el problema, ¿no, señor Sanders? —la señorita Travers se adelantó — que Gina no es su prometida.

—Lo será. —La mandíbula de Daryl se adelantó en una expresión de tal determinación que Gina casi podría haber creído que quería casarse con ella.

*Casi.*

Abrió la boca para replicar, pero sonó otra voz.

—¿Queréis entrar todos en esta casa —dijo con un gruñido la abuela Sanders, —para que

una anciana pueda oír lo que está pasando?

De pie en la entrada, con el bastón plantado en la tierra un escalón más abajo, los miró a todos con desprecio desde una buena distancia. A tal distancia, que era un milagro que se las hubiera arreglado para saber que estaba pasando algo, sobre todo con el sonido del molino en marcha.

—Otro vigilante. —El murmullo de Allis no tenía ningún sentido, y Gina no se molestó en preguntar—. Sabes, siempre la consideré una cascarrabias, pero empiezo a pensar que tiene agallas. ¿Por qué no entramos todos?

¿Por qué iban a estar más cerca de la verdad con la cascarrabias? Se mordió la lengua, admirando en cambio la forma en que Allis se las arregló para abrirse paso dentro de la casa. A pesar de la evidente incomodidad de Daryl, los tres entraron en tropel para seguir la orden de la anciana, aunque Allis fue la única que logró algo parecido al entusiasmo.

La abuela Sanders inclinó la cabeza de una manera digna de la realeza.

—Señorita Travers, ¿cómo es que ha venido a unirse a nosotros esta tarde?

—Me topé con… —la elección de palabras de Allis habría divertido a Gina en cualquier otro momento— Gina mientras buscaba algo de tiempo para reflexionar en privado, y me temo que saqué algunas conclusiones erróneas respecto al señor Sanders. —Aquí, su mirada se desvió hacia Daryl—. Así que Gina me explicó su situación para dejarme claro que él no le había hecho ningún mal.

—Gracias por no dejar que la gente del pueblo de Ainsworth piense que la he echado. —El tono seco de Daryl reforzó la determinación de Gina.

—Deberías agradecérselo a la chica. —La abuela Sanders decidió hablar en su favor—. Si hubiera dejado que la señorita Travers pensara que la mandaste huir así por cualquier razón que no fuera la verdad, lo lamentarías mucho. Tal como están las cosas, esto no debe haber sido algo fácil de contar para Gina.

—Difícilmente es culpa de Gina, desde mi punto de vista —dijo Allis, que ya demostraba la lealtad de una amiga—, pero transmitir que no era la mujer que su nieto quería difícilmente mejorará su posición o sus opciones en Ainsworth.

—¿Opciones? —La palabra salió como un rugido sordo—. ¿Qué opciones? Gina se casará conmigo, como estaba previsto.

—Desde luego que no. —dijo Gina que ni siquiera le importó sonar impertinente, —Como he dicho, Allis y yo hemos hecho otros planes.

—¿Ah, sí? —La cabeza de una anciana realmente no debería girar tan rápido ni tan lejos como lo hizo la de la abuela Sanders durante esta conversación—. Las cosas se ponen más interesantes por momentos.

—No, no lo han hecho.

—Sí, lo hemos hecho. Gina mencionó que es maestra —intervino Allis, refutando la negación de Daryl—. Ainsworth necesita una maestra, y estoy dispuesta a hablar en su nombre. Todo saldrá bien.

—¿Lo ves? —Un fuerte trago le aclaró la garganta lo suficiente como para dejar pasar las

palabras—. No tengo que casarme contigo.

—No tienes que casarte conmigo, pero lo harás —Daryl cruzó los brazos sobre el pecho—, como estaba planeado.

—No planeaste casarte conmigo, así que es discutible.

Se acercó tres grandes pasos y la miró.

—Lo planeo ahora. Lo planeé desde que bajaste de la dirigencia y supe a qué habías venido. No te equivoques, Georgina Spencer, dentro de poco serás Georgina Sanders.

El hecho de que él hiciera hincapié en su nombre formal, lejos de recalcar el error o subrayar cualquier compromiso, la indignó de nuevo.

—Gina. —Le clavó un dedo en el pecho con cada palabra que pronunciaba—. Llámame Gina.

—Buena observación. Si hubieras llamado a Getty… no estaría aquí. —Allis se puso cómoda en una silla con respaldo—. Yo, por mi parte, me alegro bastante de que Gina haya venido a Ainsworth, la necesitamos.

De repente, Gina se dio cuenta de que acababa de pinchar a un hombre, que no era su prometido, en público. Sintió cómo el rubor calentaba sus mejillas incluso mientras cerraba las manos en puños y las metía profundamente en los bolsillos de su conjunto de viaje lila.

—La llamé Georgina porque le propuse matrimonio como tal, y ella aceptó esa propuesta. Estamos obligados por ese acuerdo, y ella necesita que se lo recuerden.

—Los tontos no vienen de mi árbol genealógico, esto lo heredó de la sangre de su madre. Mi hijo no transmitió el tipo de pensamiento que haría que un hombre siguiera mencionando que no especificaba a qué mujer se declaraba. —La abuela Sanders hizo este anuncio general mientras Gina se dirigía directamente a su retícula, la abría y sacaba lo que buscaba.

—Recordarle a todo el mundo que todo este lío es culpa suya no le servirá de nada. —Allis se puso del lado de la anciana—. Gina, ¿qué estás haciendo ahí?

—Yo... —Se puso al lado de Daryl y le puso el dinero en la palma de la mano, doblándole los dedos sobre él—. No te me declaraste, te declaraste a Getty. Una mala interpretación no me une a ti, aunque sí te debo algo. Esto es por el pasaje de la diligencia.

—No quiero tu dinero. —Hizo ademán de devolvérselo, pero ella retrocedió—. Quiero tu mano.

—¿De verdad la quieres? —Alguien más formuló la pregunta que Gina llevaba en el corazón, y tardó un momento en darse cuenta de que era Allis.

Daryl no contestó inmediatamente, una bendición y una maldición, en el sentido de que demostraba que se estaba tomando su tiempo para considerar realmente la pregunta. Su mirada la abarcó desde la parte superior de la cabeza hasta la punta de los dedos de los pies antes de pronunciar una palabra.

—Sí.

El aire se hizo irrespirable por un instante. Hasta que le vio abrir la boca y supo que las siguientes palabras la arruinarían de algún modo.

—Ella es mía.

Algo primario le subió por la espina dorsal, pero su mente y su corazón lo rechazaron.

—No te pertenezco, Daryl Sanders.

—Él ya dijo que la quería. —Parecía que la abuela Sanders, junto con Allis, estaba disfrutando del espectáculo—. ¿Qué más quieres?

—Díselo, Gina. —Allis la animó—. Dile lo que tiene que hacer si te quiere a ti.

—No voy a representar esta farsa. —Su nariz tembló, señal de otra avalancha de lágrimas.

—Gina... —La petición de Daryl cortó su confusión—. Dímelo.

—De acuerdo. Si quieres casarte conmigo, Daryl Sanders, tendrás que hacer una cosa.

—¿Cuál es?

—Demostrarlo.

# CAPÍTULO 8

-¿Demostrarlo? —Daryl se hizo eco del desafío que ella había lanzado como un guante—. ¿Acaso no lo hago ya diciéndolo y preguntándolo repetidamente?

—Por parte de su madre, os lo digo. —La abuela Mildred parecía no poder contenerse—. Si tan sólo se pareciera un poco a mi hijo, se solucionaría todo mucho más rápido.

—Me inclino a creerla, señora Sanders.

¿Cómo había podido pensar que la chica Travers sería de ayuda? La unión con su abuela dejó perplejo a Daryl en ese momento. Debió de ser evidente, porque ella dirigió su siguiente comentario a él.

—Desde mi punto de vista, bastante cómodo debo decir, tiene mucho que demostrar. Para empezar, no le he oído pedirle a Gina que se case con usted ni una sola vez. Sin embargo, demuestra usted un talento especial para dar órdenes.

—Eso sí que lo heredó de mí. —Aseguró la abuela Mildred.

—Ambas se equivocan. Yo no di órdenes, declaré hechos. Gina se casará conmigo. Es la decisión obvia basada en lo que ella ya ha hecho.

—Perdóname por no ver cómo mis negativas harían del matrimonio una conclusión inevitable.

—Un hombre se declara para estar seguro de que la mujer quiere casarse con él. —Daryl no sabía cómo se las arreglaban las mujeres para tergiversar tanto estas cosas, pero él las enderezaría—. Sé que Gina quiere casarse conmigo. Si no, no estaría aquí.

—Crees... que es por eso... ooh. ¡Te equivocas! —La mujer por la que acababa de proclamar querer casarse balbuceó la negación más vehemente que jamás había oído.

—Si no quisieras casarte conmigo, no habrías dejado tu casa y tu familia para venir aquí como mi prometida. —Podía ser paciente, incluso comprender que su posición la hacía vulnerable, pero su prometida tenía que entrar en razón—. No me equivoco.

—La proposición sí que estaba equivocada. —La abuela Mildred sacudió la cabeza—. Un hombre no sólo le pide a una mujer que se case con él para ver si ella quiere o no.

La señorita Travers se limitó a fulminarle con la mirada.

—Que ella quiera es sólo la mitad del asunto. Un hombre debe trabajárselo para demostrar a su mujer cuánto la valora.

—El mero hecho de pedírselo ya implica eso. —Decir eso no ayudaría a Daryl a conseguir una esposa.

—Y no me lo has pedido. —Gina recuperó la capacidad de hablar—. Se lo has pedido a Getty, por lo que has demostrado que quieres casarte con mi prima.

Acortó la poca distancia que los separaba, se arrodilló y tomó una de las manos de ella con las dos suyas. Mirando a unos ojos color avellana muy abiertos por la sorpresa, Daryl le dio a su futura esposa la única cosa que mejoraría todos los errores: una proposición. Mejor aún, una proposición ante testigos.

—Gina Spencer, ¿quieres casarte conmigo?

Sus labios se entreabrieron, sus ojos buscaron los de él, ella se mantuvo perfectamente quieta durante un momento embelesada. Entonces ella le arrebató la mano de su agarre y retrocedió.

—¡No!

—¿Qué quieres decir con no? —Se puso en pie de un salto y la siguió—. Dijiste que faltaba la proposición. —Ella se apartó aún más de él—. Dijiste que un hombre se declaraba para demostrar cuánto valoraba a su mujer.

Su desquiciado baile continuó: él acercándose, ella retrocediendo por la habitación en un intento de evitarle.

—Me he declarado, he demostrado que te valoro. —Con ese último punto la arrinconó literalmente.

—Quiero decir: No, no me casaré contigo. —Ella levantó la barbilla, desafiante a pesar de estar atrapada—. O, si lo prefieres: No, desde luego no has demostrado tu valía.

—No puedes cambiar las reglas. —Se inclinó más cerca, apoyando deliberadamente una palma contra la pared.

—No me acuses de hacer trampas. —Chispas de verde resplandecieron en el marrón miel de su mirada; nunca antes se había fijado en eso—. Sí, un hombre se declara para demostrar que valora a su mujer —ella levantó la mano y le empujó el codo, y cuando éste no cedió, ella se agachó bajo él y emprendió la huida—, pero el problema es que no puedes saltarte los pasos que vienen antes.

—No has mencionado otros pasos. —Miró el espacio donde ella había estado tan limpiamente emparedada un instante antes. Un leve olor a algo... limpio... persistía. Le gustó—. ¿Qué otros pasos son?

—No soy tu mujer. —Se había refugiado entre la señorita Travers y la abuela Mildred.

—No tuve que demostrar que eras mi mujer cuando creías que te había escrito a ti. ¿Por qué ahora? Y sobre todo… ¿Cómo?

Sonó un golpe exasperado del bastón de la abuela.

—Piensa, muchacho. ¿Cómo se conquista a una mujer?

Daryl se tragó un gemido cuando la respuesta le golpeó como un guijarro entre los ojos con la fuerza suficiente para derribar a un hombre pequeño.

—Vosotras tres estáis diciendo que tengo que cortejar a mi propia prometida.

—Creo que es mejor que te quedes aquí con la abuela Sanders mientras enseñas —la

señorita Travers dirigió la afirmación a Gina—, en lugar de venir a casa conmigo, después de todo. Parece justo dar al señor Sanders la oportunidad de… —se volvió para dirigirle una mirada significativa—, ponerse a trabajar.



Nick se adelantó y estiró las botas bajo el banco que tenía delante. Más valía ponerse cómodo; su presencia era más una formalidad que otra cosa.

No era como si tuviera mucho que decir en la contratación de una nueva maestra. No llevaba en el pueblo el tiempo suficiente como para tener derecho a voto en algo tan importante. No, el párroco Carter y Josiah Jordan, ministro y alcalde, o el ratón de campo y el zorro, como Nick los apodaba en privado, requirieron su presencia para que todos pudieran discutir los avances en la casa escuela. Ostensiblemente, si contrataban a la nueva mujer, ella podría hacer algunas peticiones y cosas por el estilo.

No importaba. Se adaptaría a lo que quisieran. La reunión de hoy captó su interés por algunas razones: el hecho de que tuviera cuatro hermanos en edad escolar ni siquiera figuraba entre las dos primeras. Unas cuantas preguntas bullían en los archivos de su mente, así que Nick se aseguró de presentarse temprano, lo que fue una buena decisión.

El consejo entró en fila y ocupó las sillas de la parte delantera de la iglesia. Luego entraron los dos puntos de interés. Nick dejó de estar repanchingado y se sentó erguido cuando Allis Travers entró junto a la nueva prometida del señor Sanders.

Nick no pudo evitar darse cuenta de que el señor Sanders no se había unido a su futura esposa para la entrevista de trabajo de esa mañana.

La atención de Nick se deslizó hacia Allis y se quedó allí. Ahora había una mujer por la que trabajar, y ella también lo sabía. Tenía a la mitad de los muchachos de la ciudad olfateando tras sus faldas, pero sabía que no debía ir sacudiéndoselas a nadie. Todo hombre vivo había oído hablar de mujeres que se hacían las difíciles. Bueno, aquí había encontrado a una mujer que lo decía en serio.

Nunca podía resistirse a un reto que mereciera la pena, y no estaba de más que ésta viniera envuelta en un envoltorio menudito, con esa sonrisa descarada y unas cuantas pecas. Siempre tuvo debilidad por las pecas.

Así que observó y escuchó mientras Allis explicaba al consejo cómo la señorita Spencer acudía a ellos altamente cualificada, con cartas de recomendación, y que le gustaría ayudarles a poner en marcha la escuela de Ainsworth.

Más importante aún, escuchó lo que Allis evitó decir: ni una mención a cómo se había rumoreado que a ella misma le iban a dar el puesto, ni una palabra sobre el inminente matrimonio del señor Sanders y la señorita Spencer. Lo no dicho llamaba cada vez más la atención.

—Señorita Spencer, sus referencias superan las expectativas y su experiencia habla de su capacidad. —Saul Jordan asintió satisfecho y guardó silencio entre asentimientos.

—Queda un asunto por tratar. —Frank Fosset, un hombre bajo y jovial que vendía e

intercambiaba bueyes a las caravanas que se dirigían a Oregón, al parecer no había recibido la misma información que otros miembros del consejo—. Señorita Spencer, tengo entendido que ha venido a Ainsworth para ser la mujer del señor Sanders. Como usted sabe, las mujeres casadas se encuentran con muchas responsabilidades que les impiden enseñar. Le pido disculpas por hacerle una pregunta personal, pero parece que el consejo ha olvidado ocuparse de este asunto de sus planes matrimoniales. ¿Va a casarse o no?



—Eventualmente. —Gina se negó a amedrentarse—. Pienso casarme en el futuro, pero el señor Sanders y yo aún tenemos que determinar la compatibilidad y fijar una fecha.

A pesar de los esfuerzos de Allis en su favor, Gina sabía que habría preguntas, y esta reunión del consejo sólo sería el principio de las preguntas, las especulaciones y los chismes sobre ella y Daryl.

*Daryl.* Era extraño cómo no podía volver a levantar la barrera de su nombre en su mente. Después de llamarlo Daryl en su mente para cuando lo reclamaba como su prometido, y luego durante una hora escasa en persona, no podía convencer a su cabeza ni a su corazón de reclasificarlo como señor Sanders, como correspondía. Oh, cuando hablaba con los demás podía atenerse a las convenciones sociales con bastante facilidad, pero en privado...

—Los Grogan, mi hijo y yo somos conscientes de la... incertidumbre respecto a los arreglos de la señorita Spencer con el señor Sanders. —Josiah, o al menos pensó que ése era su nombre, Jordan, propietario de la mercantil y alcalde de Ainsworth intervino—. Hasta que se resuelva el asunto, tenemos entendido que ella vivirá con Mildred Sanders, mientras Daryl se instala temporalmente en el propio molino.

—Mientras la señorita Spencer y el señor Sanders se reencuentran, —añadió el doctor Jordan, padre adoptivo de Allis—, ella está solicitando el puesto de maestra. Si se casara, obviamente se necesitaría otro candidato.

—Lo que nos dejaría en la estacada. —El señor Fosset no parecía dispuesto a ceder ante la opinión popular—. Necesitamos algún tipo de estabilidad o plan de contingencia si vamos a asumir tal riesgo. —Se dio cuenta tardíamente de cómo había sonado y añadió—: Sin ánimo de ofender, señorita Spencer.

—No me ofendo.

*Aunque no soy ni la mitad de riesgo de lo que podrían pensar. ¿No se han dado cuenta de que Daryl no se ha molestado en acompañarme esta mañana? Con toda probabilidad, seré una maestra de escuela hasta que ya no pueda recordar las asignaturas que enseño.*

—No estaríamos peor que antes. —El granjero, el señor Grogan, se mantuvo fiel a la predicción de Allis.

—No. Recuerdo que hablamos de la señorita Travers como posible candidata para el puesto.

Gina contuvo un suspiro. Normalmente no le gustaba juzgar, pero a su entender, el señor Fosset comerciaba con bueyes. ¿Ésa era quizás la fuente de su altanera obstinación?

—No creo que sea una buena candidata. —Allis no se anduvo con rodeos—. Además de no tener experiencia, la paciencia no es mi fuerte. Todo el mundo lo sabe.

Las carcajadas acompañaron su admisión.

—¿Y si llegamos a un acuerdo? —Parson Carter se inclinó hacia delante—. Contratar a la señorita Spencer para ayudar a montar la escuela y mantenerla en ella tanto tiempo como sea posible, pero con una condición añadida.

La esperanza, vibrante y bienvenida tras las aplastantes revelaciones del día anterior, revoloteó de nuevo.

—¿Qué condición?

—La señorita Travers entrenará a su lado como su sucesora. —El párroco no podía parecer más complacido mientras el resto del consejo asentía con la cabeza.

Gina no estaba en posición de protestar, aunque una mirada a la cara de su amiga le dijo que Allis se sentía igual que ella cuando se dio cuenta de que Daryl no la quería.

Atrapada.

# CAPÍTULO 9

Paz y tranquilidad, eso era todo lo que realmente quería Allis, un silencio total, un lugar sin nadie y nada más que quietud absoluta, y así podría destrozarla chillando.

En lugar de eso, consiguió una visita guiada a la nueva escuela en construcción. Guiada nada menos que por el mismísimo Nick Turner, la verdadera razón, aparte de su total falta de paciencia y su incapacidad para permanecer quieta en un lugar cerrado durante un periodo de tiempo significativo, por la que se resistió a convertirse en maestra.

En el momento en que contrataron a Nick Turner para construir la escuela, Allis decidió no tener nada que ver con ello. La gente siempre decía que escuchara a su instinto, y ese hombre hizo que el suyo se revolviera, no por angustia, sino en plan manténgase a distancia.

Una advertencia a la que había hecho todo lo posible por hacer caso hasta que un intrigante pueblo la superó, y todo porque había intentado hacer lo correcto por una compañera forastera.

*El viejo dicho es cierto: ninguna buena acción queda sin castigo.*

A duras penas se contuvo de dar una patada a la roca perdida en su camino; eso habría sido infantil. En lugar de eso, jugó a un pequeño juego mientras los tres se dirigían hacia el edificio. Un juego de: cuántas cosas sobre Nick no son atractivas. Allis se preparó para crear una larga lista.

Cuatro años atrás, aquel incidente en Fort Bridger, para empezar. Lo más probable es que él ni siquiera lo recordara.

Luego estaba el triste asunto de su exceso de confianza, pues sólo su forma de caminar debería ser motivo de vergüenza. Esa zancada, las piernas tragándose la distancia como si no fuera nada, los hombros relajados como si estuviera completamente a gusto.

¿Por qué no podía encorvarse, pavonearse o ponerse rígido de cuello como cualquier otro hombre de la ciudad? Aquellos hombres tenían el sentido que Dios le dio a una cabra y sabían muy bien que todo el mundo tenía algo que les causaba molestias. Cualquier hombre inconsciente de sus defectos era un tonto.

Y cualquier hombre que pudiera ocultar tan bien los suyos se convertía en una amenaza.

—Aquí estamos.

Una afirmación obvia, y otra cosa más que añadir a su lista de cosas que no le gustaban, ya que la gente que decía cosas obvias carecía de ingenio, mientras Nick señalaba con un gesto los cimientos ya colocados de la casa escuela.

—Puede ver que tendrá un buen tamaño, queremos que las paredes sean gruesas.

—Es más grande que el aula que dirigí en Baltimore. —Gina parecía satisfecha, al menos

—. ¿Por qué serán tan gruesas las paredes, si me permite la pregunta?

—El consejo barajó algunas ideas cuando me planteé el coste de los materiales de construcción. La madera escasea por estos lares, así que tendríamos que enviar por barco lo que utilizáramos. No es el mejor aislante contra la intemperie y también necesitaría un mantenimiento y repintado constantes, pero el principal argumento en contra parecía centrarse en la cuestión de la seguridad.

—El fuego. —Allis luchó por no ponerse pálida y eso hacía que sus pecas resaltaran. Nick se daría cuenta.

—Sí. —Su asentimiento no pareció notar nada inusual—. Algunas personas veían una escuela de madera llena de niños bulliciosos y una estufa como una catástrofe a punto de ocurrir.

—No merece la pena correr el riesgo. —Ella les hizo saber a ambos que estaba de acuerdo con esa opinión—. Es mejor opción el ladrillo.

—Caro. —Gina frunció el ceño—. ¿No sería mejor gastar el dinero en libros, pizarras, tinta y papel para que lo usen los niños?

—Se opusieron al alto coste del flete, pero encontré un sustituto. —Se dirigió detrás de una piedra angular y levantó un trozo de lona para revelar un bloque rojo anaranjado mucho más grande que un ladrillo normal—. Está hecho de un tipo de arcilla roja que se encuentra no muy lejos de aquí. Aguanta bien al viento y al agua, y el grosor de los bloques hará que el edificio sea lo bastante resistente como para soportar las peores tormentas.

A su pesar, Allis se agachó, se quitó un guante y pasó una mano por encima del bloque. Una fina capa de suave arenilla rojiza espolvoreó las yemas de sus dedos. Se las frotó. —La pequeña escuela roja de la pradera, no es de ladrillo y no hay que pintarla. Ingenioso.

—Ahora entiendo por qué las paredes serán tan gruesas, —comentó Gina—. Nos alegraremos de ello en el calor del verano.

—Esto oscurecerá el lugar. —Sólo de pensarlo, el estar obligada a permanecer encerrada en una habitación oscura con paredes gruesas, los dedos de los pies de Allis se crisparon con la necesidad de una rápida huida.

—Hemos pedido un total de seis ventanas. —Nick señaló primero la longitud y luego la anchura de los cimientos—. Cada lado tendrá dos, para que entre luz por la mañana y por la tarde. El tercer par es algo más pequeño, para enmarcar la entrada.

—Me alegra oírlo. —Los dedos de sus pies dejaron de crisparse, al menos. Bueno... al menos en su mayor parte.

—¿Tendré que hablar con el consejo para pedir una pizarra, pupitres y suministros? —Parecía que Allis no era la única que hacía listas mentales, ya que Gina empezó a enumerar cosas como cartillas y libros de texto—. ¿O ya se han ocupado de eso?

—La pizarra y los pupitres, están ordenados. No podría hablar del resto. —Nick se subió a los cimientos, caminando hasta el centro—. Aquí es donde planeamos poner la estufa para que caliente más uniformemente en invierno. Si usted lo aprueba, entonces no hay mucho más que discutir.

—Lo apruebo.

Allis miró expectante a Gina.

—¿El consejo mencionó una campana? —Puede que la pregunta de su amiga fuera razonable, pero a Allis no le hizo ninguna gracia.

Especialmente cuando todos regresaron al almacén general y Nick Turner señaló un estrecho tramo de escaleras.

—Está ahí arriba, no tiene pérdida.

Gina se puso en marcha sin dudarlo un instante. Allis, sin embargo, se resistió cuando Nick dio un paso atrás para dejarla ir delante.

—Ya la he visto, gracias. —Se necesitaría mucho más que una campana para hacerla subir esas escaleras, sabiendo que su grupa estaría directamente en su línea de visión.

—Bien. —Una amplia sonrisa reveló que la ligera brecha entre sus dientes delanteros no se había cerrado del todo en los últimos cuatro años. Se puso de tal forma que bloqueó las escaleras —. Ahora puedes explicarme por qué me has estado evitando.



Nick no se molestó en ocultar su diversión mientras su presa miraba a izquierda y derecha en busca de vías de escape.

—¿Señorita Spencer? —Entonó su voz para que se oyera por las escaleras pero no por la tienda.

—¿Sí, señor Turner? —La aspirante a esposa del molinero se asomó por encima de la escalera—. ¿Seguro que no tiene pérdida?

—Seguro que sí, está a la izquierda. —Una sonrisa la tranquilizaría, y preocuparía a Allis, así que esbozó una—. Puede que el señor Jordan haya mencionado una caja de tizas ahí arriba, si quiere mirar un momento. —Oyó una rápida exhalación de la mujer a su lado, el tipo de sonido que sólo podía llamarse un resoplido. Su sonrisa creció.

—No mencionó tal cosa, —habló Allis entre dientes apretados. Cómo alguien podía llamarla algo tan estirado como señorita Travers escapaba a la comprensión de Nick.

—Dije que podría haberlo hecho.

—Los dos sabemos que no.

—Entonces dígame algo que no sepa. —Realmente no debería estar disfrutando tanto con esto—. ¿Qué he hecho para que huya de mí?

—¿Qué le hace pensar que huyo de usted? —La ceja imperiosamente levantada podría haber engañado a alguien que no hubiera observado su sistemática evasión a lo largo de semanas.

—Hable claro. ¿Está enfurruñada porque cree que no me acuerdo de usted? —La provocó deliberadamente, con la intención de ver si sabía lo que quería decir.

—¿Enfurruñada? —Ella se aferró a la palabra e ignoró la pregunta—. Las mujeres adultas no se enfurruñan.

—Una chica que conocí una vez lo hizo... en Fort Bridger. —Nick vio el destello de reconocimiento en sus ojos y sintió una oleada de satisfacción.

*Se está acordando.*

—Por diversión, ¿por qué no me habla de ese supuesto encuentro?

—Era una chica escuálida. —Vio que ella entrecerraba los ojos. *Bien*—. Pensé que tendría unos once años cuando la vi por primera vez metiendo su bonita naricilla donde no debía. Sin tiempo suficiente para gritar una advertencia y estar segura de que me oiría, y mucho menos de que me hiciera caso si lo hacía, corrí y la aparté de la puerta.

Allis abrió la boca, obviamente preparándose para interrumpir, pero él levantó una mano para detenerla. Ella le había pedido que contara la historia, y él terminaría su versión antes de que ella pudiera opinar.

—Verá, mi hermano Billy casi muere en esa habitación unos días antes, y no la habían limpiado. Esa niña entrometida podría haber muerto si yo no la hubiera salvado. ¿Pero acaso me dio las gracias por mis molestias? —Nick sacudió la cabeza afligido mientras el ceño de Allis se volvía aún más fiero—. No. En lugar de eso, me pisó el pie, me dio un codazo en las costillas y me amenazó con hacerme sangrar la nariz. Esa niña sí que tuvo suerte de que yo tuviera debilidad por las pecas.

—¡Me agarró por detrás con la mitad de la fuerza de un tren de mercancías y sin ninguna palabra de advertencia!, —estalló ella en su refutación en el momento en que él se detuvo—. Luego tuvo el descaro de decirme que no era manoseo. Cualquier hombre que se acerque sigilosamente a una mujer se merece lo que le pase, incluida esa nariz sangrante con la que escapó. —Allis tomó aire, aun visiblemente lívida—. Y se equivoca. Le di las gracias.

—Pero no se disculpó. —De repente recordó que ella le había dado las gracias después de que él le explicara lo de Billy.

—Lo hice.

—Sólo por pisarme el pie, no por darme un codazo en las costillas. Ahora que sé que recuerda Fort Bridger —dijo acercándose y bajando la voz—, aún me debe una disculpa.

—No la tendrá.

—Parece que tiene suerte. —Nick oyó el inconfundible sonido de pasos femeninos en las escaleras y dijo la última palabra—. Me siguen gustando las pecas.

# CAPÍTULO 10

Daryl metió la mano en el saco de harina medio lleno, sabiendo por el tacto que tenía en la palma que estaba mal. *Mal, mal, mal.* Todo lo que había hecho esa mañana o iba a parar a los animales o tenía que volver a pasar por la molienda con ajustes exactos para arreglar lo que debería haber salido bien la primera vez.

Para asegurarse, aunque ya sabía exactamente lo que encontraría, frotó el índice de una mano en el pequeño montículo de harina que cubría la palma opuesta. Pequeños granos brillaban como ámbar entre el polvo blanco. Dejó que volviera a caer en el saco con un lúgubre *puf* pálido y fue a cerrar la compuerta. Si un molinero perdía su toque, lo perdía todo.

Pero con la mente llena de Georginas, quedaba muy poca concentración para lo mundano. No cuando en ese mismo momento, Gina se presentaba ante el consejo municipal, revelando que, con toda seguridad, no pensaba casarse con él.

Una situación imposible. Irse, y parecer que respaldaba su decisión de rechazarle. O quedarse, y enfurruñarla por su deserción. De cualquier modo, él sería el blanco de todas las bromas de la ciudad hasta que llevara a su testaruda prometida al altar, donde debía estar.

Cómo hacer el trabajo presentaba un problema. Sobre todo cuando quiso preguntarle a la mujer qué demonios pretendía, transmitiendo sus asuntos a todo el mundo de esa manera. Los ánimos no tentaban a nadie, así que tendría que mantener a raya los suyos.

Podía hacerlo. La ira era una mala forma de vida, y Daryl no guardaba rencores. Sin embargo, guardar rencor no se correspondía con cargar con la responsabilidad, y él no la tenía toda en esta situación.

*Gina tiene que encontrarme a mitad de camino.*

—He venido hasta Ainsworth. —Una voz sorprendida detrás de él le hizo darse cuenta de que había hablado en voz alta... y Gina había regresado—. Eso es más que la mitad del camino.

—No es lo que quise decir. —Mantuvo la exasperación de su tono y se volvió para encontrarla silueteada en la puerta. Por primera vez, Daryl la miró como la mujer con la que se casaría, la mujer que estaría y dormiría a su lado el resto de su vida.

Con hombros fuertes para una mujer, cintura ceñida, Gina no era una mujer que él hubiera pasado por alto si hubiera estado junto a alguien que no fuera su prima. Mejor aún, ahora mismo, parecía incluso divertida.

—Esta mañana volví a casa desde el pueblo, y cuando la abuela Sanders me dijo que estabas aquí, vine para el molino.

¿Era un brillo burlón en su mirada? ¿Le había tomado el pelo Gina alguna vez?

—Acércate un poco más, —le invitó. Según sus recuerdos, Getty era la prima divertida y

de risa fácil.

—¿Le dijo la araña a la mosca? —Ella terminó la primera línea de la canción infantil y sacudió la cabeza, balanceando el bonete. El movimiento recorrió sutilmente las líneas de su cuerpo, haciendo oscilar sus faldas.

—Creía que la araña decía: Entra en mi salón.

—Los molinos no tienen salones.

—¡Mujer! ¿Quieres entrar o no!?

—No creo que sea conveniente que esté a solas con un hombre. Y más aún si él está enfurruñado —dijo ella divertida.

—No estoy enfurruñado. Es solo que…. —Se acercó unos pasos a ella—. Esta mañana parece que no hago nada bien.

—Tal vez si dejaras de dar órdenes a todo el mundo, las cosas te irían mejor. Y de paso, dejara de pensar que soy tuya por derecho. No soy tuya. —Sus ojos ardían de indignación—. Recuérdalo, Daryl.

—Mientras tú recuerdes que estoy dispuesto a conseguir lo que quiero. —Señaló la escasa distancia que los separaba—. Con el tiempo, conseguiré que seas mía.

—Qué sea suya, —murmuró Gina para sí misma mientras se dirigía hacia la casa—, como si fuera un premio de consolación.

—Bufff. —El pronunciado bufido le advirtió de la presencia de la abuela Sanders demasiado tarde para que pudiera mantener sus pensamientos donde pertenecían, dentro de su cabeza. La anciana parecía estar volviendo de a saber dónde. —Aireando penas, ¿verdad, señorita?

—No, señora. —Sostuvo la puerta abierta para su compañera y la siguió al interior—. Sólo repetía algo que mencionó su nieto.

—Puedes pelar esas patatas mientras me lo cuentas todo.

La abuela se sentó a la mesa y empezó a cortar un montón de nabos y zanahorias. La carne de venado ya se estaba asando en la olla sobre la elegante y moderna estufa que Daryl había encargado para su casa.

*El hornillo en el que pensaba hacer que Getty le preparara las comidas durante el resto de sus vidas.*

Una sonrisa cosquilleó los bordes de su boca ante ese pensamiento. Por muy moderna que fuera, una estufa no podía hacer milagros y cocinar por sí misma. Daryl podría sentirse decepcionado al saber que Getty no sabía ni hervir agua...

Pero no, no servía de nada mencionar tal cosa. Y Gina no era tan vanidosa como para señalar la falta de habilidad de su prima con la esperanza de que Daryl apreciara a la mujer que había venido a Ainsworth para casarse con él. Eso sería una locura.

—Perdemos gente por muchas cosas: el tiempo, la enfermedad, el calor, los ahogamientos, los ataques de animales, las guerras... —La voz ligeramente ronca de su compañera sacó la atención de Gina de sus cavilaciones—. Con todos esos peligros, parece pura tontería perderse en pensamientos.

—Si la gente pensara más, se podrían evitar muchas tragedias. —Dejó una patata pelada y cogió la siguiente del montón.

—¿Situaciones desagradables como las cartas de proposición que salen mal?

*Chac!* Su hoja cortó un gran trozo de la patata que había estado pelando. Parecía bastante inútil fingir despreocupación después de aquel movimiento delator, pero Gina hizo lo que pudo.

—Tal vez.

—Tal vez un error irreflexivo resulte para bien. Me pareció que esa prima tuya era todo sonrisas sin un espíritu detrás para respaldarlas.

—Getty está llena de espíritu. —El cuchillo chocó contra la mesa mientras ella volvía a perder la concentración—. Mi prima es una fuerza en sí misma, algo que no puede apreciar quien no la haya conocido. Y no hay nadie a quien no le guste una buena sonrisa.

—Cierto. Por eso quizá sería mejor que dejaras de fruncir el ceño.

—¡No estoy frunciendo el ceño! —Gina miró la patata destrozada que tenía delante un momento antes de darse cuenta. Se le escapó una risita nerviosa ante su propia ridiculez.

La abuela Sanders añadió una carcajada de aprobación.

—Me alegra ver que tienes sentido del humor, empezaba a preguntármelo. De hecho, lo necesitarás si vas a casarte con ese nieto mío.

—Oh, pero no voy a casarme con su nieto. —Golpes lentos y cuidadosos del cuchillo de acero enviaron las cáscaras enroscándose hacia la mesa—. Voy a enseñar aquí en Ainsworth. Con el tiempo las cosas se arreglarán lo suficiente como para que no me quede más aquí, y Daryl pueda encontrar una nueva prometida.

*Una que él quiera.*

—Ya tiene a la sustituta de Getty. ¿Por qué necesitaría a alguien más?

—No es una cuestión de necesidad. —Otra patata perfecta y metódicamente pelada se unió al montón—. Es una cuestión de lo que su nieto quiere en una esposa, y yo, con toda seguridad, no soy esa mujer.

—Un hombre quiere una mujer. Simple y llanamente. —A pesar de la brusquedad de las palabras, la mirada de la mujer mayor permaneció fija en la mesa—. Una que le ponga la cena en la mesa y los bebés en el mundo. Lo harás bastante bien.

—No, no lo haré. No seré la segunda opción.

—Puedo entender eso, puede que incluso lo respete, pero si piensas la mitad de lo que pareces, acepta el consejo de una anciana. —La abuela Sanders levantó la barbilla, con los ojos encendidos por alguna vieja brasa de la memoria—. Nadie quiere ser la segunda opción, pero es peor ser esclavo de tu propio orgullo.

# CAPÍTULO 11

-¿No me quieres? —Reginal levantó la vista de donde había estado mordisqueando, de forma ligeramente babosa, detrás de su oreja.

—Sabes que sí, cariño. —Getty le dio un tirón juguetón a uno de sus perfectos rizos con la esperanza de que el gesto lo distrajera. Últimamente sus momentos robados parecían ser cada vez más incómodos. Y si las urgencias de Reginal eran algo a juzgar, era bueno que se casaran antes del fin de semana.

—Ya hemos hablado de esto. —Se echó hacia atrás, ahuecando una mano protectora sobre la parte posterior de su cráneo—. Sabes que Richards tarda demasiado en verme bien peinado. No permitiré que lo estropees.

—Lo siento. —Ella trató de parecer penitente incluso mientras se movía hacia delante desde la posición medio reclinada en la que él la había presionado sobre el sofá—. Tu ayuda de cámara hace maravillas. —Reprimió un desleal chorro de diversión ante la vanidad de su prometido. Los ayuda de cámara para hombres habían pasado de moda hacía décadas, después de todo.

—¿Adónde vas? No hay prisa, querida. Tu madre no esperará que te traiga de vuelta hasta dentro de unas horas.

—Mmm... —Ella buscó una razón para su llamativo movimiento—. De repente estoy sedienta. Sin sirvientes aquí, quise ir a buscar un vaso de agua. —Una sonrisa brillante cubrió esperanzadamente su repentina incomodidad.

Abandonar el musical de Brodington un poco antes con el pretexto de un dolor de cabeza le pareció una buena idea cuando Reginal se la susurró, después de aquella espantosa actuación de una de sus primas. Ningún recelo revoloteó en su estómago cuando él la condujo a la casa adosada de dos pisos que había comprado al comprometerse, diciéndole que quería hacerle una visita privada antes de que los criados se instalaran al día siguiente.

Pero ahora... ahora las débiles campanadas del apagado sentido común golpeaban desagradablemente en el fondo de su mente. Las jóvenes correctas simplemente no desaparecían en casas vacías con un hombre.

Ni siquiera un compromiso excusaba tal laxitud.

—Permíteme. —Sin dudarlo ni un momento, Reginal salió de la habitación, su larguirucho cuerpo se inclinó hacia la puerta como si estuviera ansioso por cumplir su misión.

*Ese es mi Reginal.* Ante su muestra de devoción, las alarmas se aquietaron. Después de todo, se podía confiar en Reginal para mantener la respetabilidad. Ella le confiaba su mano, su corazón y todo su futuro; ¡claro que podría estar tranquila durante una hora o así en su compañía!

Le esperaría toda una vida de veladas así.

Esperó a que la sobrecogedora sensación de euforia la invadiera, como siempre lo hacía ante la idea de ser la señora de Reginal Hayden III. Y esperó... y la euforia habitual se le escapó, dejando una extraña sensación de desinflamiento en la que no deseaba revolcarse a escasos días de su boda.

—¡Querido! ¡Gracias! —Su regreso la libró de la incertidumbre, dándole una buena razón para alejar cualquier duda y deslizarse por la habitación a su encuentro. Aceptó el vaso que le ofrecía y bebió un profundo trago sin molestarse siquiera en mirarlo.

—Tranquila, cariño. —Su advertencia llegó demasiado tarde, ya que el penetrante brebaje le quemó la garganta, dejándola balbuceando—. Pensé que podríamos brindar por nuestra próxima boda con un escocés especialmente fino.

—¡Reginal! —Ella tosió su nombre, deseando poder toser el vil brebaje que en ese momento serpenteaba hasta su estómago, arrastrando un calor incómodo a su paso—. ¡Sabes que no bebo! —Getty parpadeó, intentando ocultar cómo se le aguaban los ojos, algo que él seguramente desaprobaría.

—Estoy decepcionado. Pensaba compartir un placer sofisticado contigo, y tú te comportas como una colegiala. Dame el resto. No permitiré que lo desperdicies. —Las afiladas líneas de su mandíbula parecían quebradizas cuando señaló con la cabeza el vaso de ella—. Si no brindas conmigo por nuestra felicidad, me lo llevaré.

La sensación de ardor se desvaneció, dejando un calor sordo en desacuerdo con el frío de sus palabras.

—No, espera.

—¿Te lo beberás? —El triunfo brilló en sus ojos mientras levantaba su propia copa—. Por mi chica. Por mi hermosa prometida y toda la felicidad que nos espera.

—Por nosotros.

Getty levantó su propio vaso y dio un sorbo tentativo. Esta vez, la embriagadora mezcla se arremolinó contra su lengua antes de recorrer su abrasador camino por la garganta. Sólo permitió que un pequeño jadeo delatara su incomodidad.

La desaprobación nubló la mirada de Reginal cuando vio cuánto remoloneaba con su vaso.

—He visto más entusiasmo en ti por un par de guantes nuevos. —Miró señaladamente de su vaso vacío y el de ella—. Sólo tienes un marido, guantes muchos.

—Estoy superada. —Su risa sonó estridente a sus propios oídos, así que levantó su vaso una vez más, esta vez conteniendo la respiración para tragarlo profundamente. Esta vez no ardía tanto, aunque seguía picando.

—Ven conmigo. Deseo mostrarte el resto de la casa. —La cogió del brazo, guiándola por los lugares que ya había visto. Salón, sala de estar, sala de desayunos, comedor formal, cocinas, despensa, sala de música... y para entonces ya no recordaba por qué alguna vez se había sentido incómoda por pasar tiempo con su prometido en su casa.

Un calor embriagador le inundó el estómago, su cabeza se sintió ligera de esperanzas cuando subieron las escaleras y él le mostró el cuarto de los niños, las habitaciones de invitados

y, finalmente, el dormitorio principal. Fue aquí donde la estrechó entre sus brazos y empezó a apretarle besos húmedos y urgentes en los labios y el cuello.

Ella soltó una risita y se apartó, girando para mirar la decoración de la habitación. Los colores se desdibujaron un poco... crema y morado...

—Preciosa, —pronunció.

—Sí, lo eres. —Él la guio hasta la cama—. Pareces un poco inestable, dulzura. ¿Por qué no te sientas?

—Sólo un momento. —Ella se acomodó en el colchón de plumón y dio un bote para probarlo—. Es cómodo.

—Sí, lo es. —Se sentó a su lado, acercándola para darle uno de esos besos profundos que siempre la ponían nerviosa y la emocionaban. La sujetó con fuerza cuando ella intentó apartarse —. Tranquila, pequeña. No hay nada que temer, éste es nuestro hogar.

Su sonrisa arrancó una de ella a cambio.

—Ahora, cariño —murmuró, arrastrando un dedo por el borde de su corpiño mientras hablaba—, vas a demostrarme lo mucho que me quieres...



Gina se quedó mirando la hoja de papel que tenía delante con una mezcla de rabia y consternación. Mañana pasaría otra diligencia por la ciudad... y la gente de casa estaría esperando noticias suyas sobre cómo habían ido las cosas.

Getty esperaría ansiosa noticias sobre las tendencias románticas de Daryl. Descripciones de miradas anhelantes, palabras fulgurantes y gestos extravagantes de los que su prima había disfrutado desde que aprendió a pestañear a los hombres. De algún modo, un relato irónico de cómo la abuela de Daryl le contó que ella era la mujer equivocada no estaría a la altura.

En el otro extremo de la balanza, la tía Portia llevaría ya marcado un surco en las alfombras de tanto ir y volver, preocupada porque algo hubiera salido mal y Gina no hubiera hecho el espléndido trato del que todos se habían regodeado. Su preocupación se compondría de una parte de horror ante la idea de enfrentarse a la sociedad en caso de que Gina hubiera metido la pata y se hubiera convertido, a los ojos de la gente civilizada, en una mujer arruinada y sin perspectivas.

Puede que Getty fuera la niña de los ojos de la tía Portia, pero su tía seguía preocupándose mucho por ella. En realidad, Gina sólo ponía la preocupación por su seguridad en un segundo plano porque le gustaba pensar que había demostrado ser muy capaz. Lo suficientemente capaz como para mitigar parte de la preocupación que asolaría a su familia si se llegaba a saber algo de este pequeño fiasco.

Lo que la llevó de nuevo a la carta que necesitaba escribir. Una página, llena de palabras para aliviar la preocupación cuando, por supuesto, cualquier persona con un mínimo de sentido común y el más mínimo indicio del verdadero estado de las cosas estaría llena de recelos. Así que Gina no podía hacérselo saber todo, pero tampoco podía mentir. Eso no dejaba mucho que

decir, y ellos sabrían en un instante que las cosas no iban bien si ella no llenaba toda la hoja. Maldito odio al desperdicio de papel, estarán esperando una página llena de noticias y descripciones de su nuevo hogar.

Gina se quedó mirando el escritorio que tenía delante antes de levantarse por fin, dirigirse a la imponente colección de equipaje que dominaba su habitación y desenterrar el baúl que buscaba. El enorme volumen de bolsas, valijas, baúles y cajas que había arrastrado hasta esta pequeña ciudad constituía una prueba irrefutable de su insensatez.

Cuando había preparado la lista de cosas que debía llevar, había pensado largo y tendido en lo que necesitaría para toda una vida en un pequeño pueblo fronterizo. Lo que necesitaría su familia, y como siempre había sido una gran creyente en estar preparada para cualquier cosa, la lista cobró vida propia. Ahora, mientras desenterraba su escritorio de viaje del baúl en cuestión, Gina no podía evitar sentirse golpeada por la ironía.

*Estaba preparada para todo menos para la realidad.*

Levantó el cuero y extrajo la hoja de papel más pequeña que pudo encontrar antes de destapar el pequeño frasco de tinta acurrucado cómodamente en el nicho tallado de la esquina. Con su pluma de inmersión de nácar favorita en la mano y una plegaria en los labios, Gina se puso manos a la obra.

*Queridas tía Portia y Getty,*

*Confío en que esta carta os encuentre a las dos estupendamente, como siempre. En cuanto a mí, estoy muy contenta de ver el final de mi viaje hacia el oeste. Días y días apretada en el interior de una diligencia que se abría paso por todos los surcos del Camino de Oregón me dieron un nuevo aprecio por la libertad cotidiana de caminar sobre los propios pies, respirando aire que no ha sido mezclado generosamente con polvo.*

*Es hermoso aquí, en el bosque de Button.* Getty, *¿recuerdas el tiempo que pasamos intentando imaginar cómo sería? Es verde, con praderas onduladas hasta donde alcanza la vista. Me han dicho que cuando el verano caliente, el verde se volverá dorado, pero por ahora parece exuberante de flores silvestres. El cielo se extiende casi interminablemente de horizonte a horizonte, en gran parte no marcado por ninguna formación rocosa. Hay pocas edificaciones y ningún humo empaña el aire. El pueblo en sí es diminuto, aunque con suficientes comodidades para que parezca hogareño.*

*Aún no he tenido la oportunidad de conocer a todo el mundo; eso vendrá el domingo, después de la iglesia. Por ahora, me he hecho amiga de una joven llamada Allis Travers. Es una chica muy animada y ha sido elegida para ser la maestra de Ainsworth. Me han reclutado para ayudar a poner en marcha la escuela en cuanto esté terminado el edificio, lo que me hace sentir que formaré parte del pueblo en poco tiempo.*

*Daryl es tal y como lo recordábamos. Encantador y guapo como siempre, aunque un poco bronceado por el sol, lo que le sienta bastante bien. Su abuela es una mujer de gran espíritu y parece que da pie a una animada conversación, por no decir otra cosa. La casa y el molino son hermosos y completamente modernos, debo decir. Entraré en detalles en mi próxima carta, ya que parece que me he quedado sin espacio y mi vela empieza a desaparecer. Mañana por la noche habrá una especie de cena para presentarme algunas de las personas más prominentes de la ciudad, ¡así que necesito descansar bien y causar la mejor impresión posible!*

*Todo mi cariño para las dos,*

*Gina*

Si apretó con especial fuerza la pluma de su bolígrafo mientras firmaba con su nombre, no creía que nadie pudiera culparla. Era todo lo que podía hacer para dejarlo en Gina a secas. Tal como estaba, sin embargo, podrían sospechar que no todo iba tan bien como retrataba su carta si añadía “¡Georgina no!” al final de su firma...

# CAPÍTULO 12

Si no fuera por el sonido de los pájaros que gorjeaban una alegre canción, Daryl no habría tenido forma de marcar la llegada de la mañana. El piso inferior del molino, construido en la ladera de una colina artificial junto al estanque del molino, estaba diseñado para albergar las carcasas de los engranajes y aislarlas de la humedad.

Había elegido instalar su residencia temporal aquí abajo por motivos prácticos, no por comodidad. Los clientes solamente veían la planta principal y la zona de almacenamiento sobre ella, donde colocaban el grano que le traían para molerlo y convertirlo en harina. Daryl no podía tener un camastro y artículos varios tirados por el negocio, por lo que escondido en el rincón más alejado de los engranajes aquí abajo, nadie lo veía, y la falta de luz ayudaba a ello, por supuesto.

Aquí abajo, ninguna ventana invitaba a los alegres rayos de sol a iluminar la oscuridad. La mañana llegaba sin ser anunciada por nada más que el canto de los pájaros mientras revoloteaban alrededor del estanque del molino.

Esta mañana, los cantos de los pájaros sonaban estridentes en sus oídos, como si estuvieran decididos a despertar a todo el mundo. Con la forma en que habían transcurrido los dos últimos días, se encontró echando de menos la casa más que nunca. Despertarse en una habitación húmeda y sin ventanas parecía valer la pena cuando un hombre sabía que tendría una cama, y una esposa con quien compartirla, en cuestión de días.

Ahora que podía estar seguro de no tener ni esposa ni cama en un futuro a corto plazo, Daryl no tenía que adivinar por qué su perspectiva había dado un giro a peor. Un largo estiramiento le provocó una serie de chasquidos no inoportunos a lo largo de la columna vertebral, aflojando los músculos para el día que tenía por delante.

Aparte de un día completo de trabajo, tenía esa cena en casa de los Jordan que le esperaba esta noche. Darse la vuelta y dar un puñetazo a la almohada no sirvió de mucho para desatar la oleada de indignación que le provocó aquel pensamiento. Justo antes de que Gina bajara de la dirigencia, había aceptado la comida como una especie de introducción informal a la sociedad de Ainsworth, tal y como era.

Había pensado que era una oportunidad para hacer pasar un buen rato a Getty y presumir de su encantadora futura esposa en lo que, con suerte, sería el primero de una serie de compromisos sociales acordes con su estatus. Ahora, en lugar de traer un premio, traía un torrente interminable de preguntas. Peor aún, muchas de esas preguntas eran de las que no podía responder.

Sin embargo.

Daryl saltó de la cama. No tenía mucho tiempo. Las preguntas exigían respuestas y Gina necesitaba darle unas cuantas antes de que el día empezara en serio.

Cuando llegó a la mesa del desayuno, vio a Gina y a la abuela Mildred colocando bandejas de tocino y bollitos. Su estómago soltó un gruñido que sólo podía esperar que ninguna de las dos oyera.

Tomando su lugar en la cabecera de la mesa, cruzó las manos y esperó a que las mujeres siguieran su ejemplo antes de pedir una bendición sobre la comida. El aroma cálido y pastoso de los bollitos se elevaba bajo el olor más pesado del tocino fresco y el café amargo.

—Querido Señor, venimos ante ti esta mañana y te damos las gracias por la comida que hay en nuestra mesa y la compañía que hay en ella. —Ignoró el divertido bufido de la abuela Mildred y continuó—: Te pedimos que nos guíes mientras avanzamos, dejando atrás el pasado y fijando nuestros ojos en el futuro que Tú has puesto ante nosotros. Amén.

—Amén. —Gina no le miró mientras le pasaba los bollitos, ¿quizás una señal de que estaba considerando dejar atrás los errores del pasado?

Daryl cogió tres y le entregó la bandeja a la abuela, sirviéndose una abundante loncha de tocino. Su tenedor partió el primer bollito sin ninguna dificultad, permitiéndole esparcir un gran trozo de mantequilla por la superficie con facilidad.

*Me pregunto si los ha hecho la abuela o si los ha hecho Gina.* No podía recordar si su futura esposa sabía o no cocinar.

*Ése es el tipo de cosas que un hombre debe saber sobre la mujer que pretende convertir en su esposa.* Un bocado grande y mantecoso contribuyó en gran medida a calmar su malestar. *Aunque se me puede perdonar que no sepa si Gina sabe cocinar o no. Originalmente fue a Getty a quien se lo propuse.*

Apartó la súbita comprensión de que no tenía ni idea de si Getty sabía o no cocinar. Todas las mujeres deberían saber hacerlo, y Getty, siempre el epítome de todo lo femenino, seguro que no le decepcionaría. Gina, sin embargo, con su naturaleza más práctica y libresca, podría haber pasado por alto la habilidad doméstica.

—Mmm. —Decidió que un cumplido podría ser la forma más rápida, y diplomática, de descubrir la verdad. Se acabó la primera galleta y empezó a untar otra mientras hablaba—. Esto está delicioso.

—Me alegro de que te guste. —La diversión de la abuela Mildred no le ayudó ni un poco —. Hacía tiempo que no te entusiasmaba tanto el desayuno. Me pregunto por qué será.

—¿Adulación? —Cuando sus ojos se abrieron de par en par, él pudo ver más motas verdes animando el ámbar. Los labios de Gina se movieron ligeramente, sólo una vez, como conteniendo una sonrisa—. ¿Estás suponiendo que yo horneé los bollos, Daryl?

—De hecho, sí. —Bien atrapado, no tuvo más remedio que echarle valor. Sus esperanzas de obtener una respuesta se quedaron en nada cuando ambas mujeres le miraron en divertido silencio—. ¿Me equivoco?

—A menudo. —La pertinaz respuesta de Gina dejó escapar la sonrisa que había estado conteniendo—. Aunque dudo que ésa sea la respuesta que buscas.

Se le escapó una risita.

—Ciertamente.

—¿No sabes si sabe cocinar o no? ¿Estás pescando para averiguar qué habilidades aporta a la mesa tu prometida sorpresa, o no si resulta que yo he hecho los bizcochos?

—No creo que su nieto y yo hayamos hablado nunca de mis habilidades culinarias, señora Sanders.

—Mildred. —El ladrido de la abuela tomó a Daryl por sorpresa; la anciana rara vez daba permiso a alguien para usar su nombre de pila—. Si todo va bien, tú serás la próxima señora Sanders.

—Eso está por ver. —La sonrisa huyó del rostro de Gina ante la primera mención directa de la cuestión matrimonial aquella mañana—. Aunque debo decir que yo horneé los bizcochos.

*¿Tan horrible es la idea de casarse conmigo?* Su comida perdió sabor ante la fuerza de su reacción. *Soy el mismo hombre por el que has venido hasta aquí. ¿Qué debo cambiar para que quieras volver a ser mi esposa?*



—¿Cómo van las cosas? —Allis se apresuró a doblar la esquina de la casa y abordó a Gina antes de que llegara a la puerta—. ¡Cuéntamelo todo!

—No hay mucho que contar. —Su encogimiento de hombros debería, según ella, decirlo todo.

—Tonterías. Puedes contarme lo que dijo cuando llegaste a casa de la reunión de ayer y le dijiste que darías clases. —Los ojos de su amiga brillaron de expectación.

—En realidad, Daryl y yo no lo discutimos. Parecía dar por hecho que me darían el puesto y ni siquiera me preguntó cómo me había ido. —Un chorro de indignación la invadió—. ¡Al menos podría haber fingido cierto interés!

—No, parece que ése no es su estilo. El señor Sanders finge que el puesto de profesor es un capricho, algo secundario, algo que realmente no se interpondrá en lo que él quiere. —La chica más joven se balanceó sobre sus talones—. Bien, eso significa que sí te quiere. De lo contrario, estaría ansioso por saber todo sobre los arreglos que hiciste, cuándo entrarían en vigor, etc.

—Teniendo en cuenta que la escuela aún no está en pie, que pregunte por ese tipo de cosas le haría parecer demasiado ansioso. —El buen humor que había levantado su ánimo en el camino al pueblo la abandonó ahora—. Daryl siempre ha sido educado.

—¿No crees que habría sido educado acompañarte a la reunión y mostrarte su apoyo? —Allis dio voz a una de las dudas que atormentaban a Gina—. ¿O al menos mostrar algo de interés por cómo te fue una vez que regresaste? No... si ignora todo el asunto, eso no es bueno. No le gusta la idea de que tengas otras opciones más que casarte con él.

—A algunos hombres les gusta ejercer el control. Daryl siempre pareció del tipo que controla bien lo que pasa a su alrededor. —Gina cambió su costurero de una mano a otra—. Lo que debe hacer que toda esta situación le resulte aún más desagradable.

—No me digas que vas a ponerte melodramática o a hacer una apuesta por el martirio. —Los ojos de su amiga se entrecerraron—. No me parecías del tipo «ay, pobre de mí». Nunca me

han gustado las de ese tipo, a decir verdad.

Aturdida, Gina levantó la barbilla.

—A mí tampoco, aunque me he inclinado ligeramente hacia los abatidos desde que descubrí que mi prometido no es realmente mío. La dificultad merece un reconocimiento al igual que las cosas más amables de la vida. No fingiré que estoy satisfecha de cómo han salido las cosas.

—Mmmmh. Eso pensaba. —Allis hizo ademán de caminar detrás de Gina.

A Gina se le escapó una breve carcajada y le dijo con falso formalismo:

—Serás una profesora mucho mejor de lo que crees, Allis Travers. Algunas personas nacen con el don de dar lecciones.

—No todos tenemos la paciencia para planificarlas.

—Tú pareces del tipo que siempre tiene un plan o dos. Hablando de eso, —continuó Gina, bajando la voz—, ¿fue idea tuya invitarme a un círculo de costura esta tarde antes de la cena... o tengo que agradecérselo a otra persona?

—No fue idea mía. Fue Clara, que planea averiguar por qué la prometida del molinero solicitó ser la maestra de la escuela. Unas pocas horas de tiempo acogedor sin nada más que mujeres, té y costura bastarían para hacer que cualquiera se derrumbe.

—Es lógico que tengan preguntas. —*No hay forma de evitarlo.*

—Abundan las preguntas. —Allis dio el profundo y satisfactorio suspiro que Gina contuvo —. Pero son las respuestas las que siempre causan problemas.

# CAPÍTULO 13

Los problemas entraron por la puerta justo después del señor Sanders y justo antes de la cena. Allis interrumpió una muy agradable ronda de felicitaciones, una breve y privada celebración de que ella y Gina habían conseguido pasar por el círculo de costura aquella tarde sin desvelar demasiados detalles personales sobre su complicada situación, para quedarse boquiabierta.

Su boca, al igual que la puerta, quedó colgando abierta por un momento en lo que prometía ser una forma muy poco atractiva. La cerró de golpe cuando Nick Turner entró en el salón, con todo el aspecto de haber sido invitado a cenar con todos. Mientras Clara le cogía el abrigo, a Allis le asaltó la sospecha de que eso era precisamente lo que había ocurrido.

¿Cuándo había conseguido Nick Turner una invitación para entrar en su casa? ¿Y cuándo se había vuelto tan laxa en su vigilancia que no se había dado cuenta hasta que fue demasiado, demasiado tarde para detener o siquiera minimizar el daño? Tales pensamientos se detuvieron cuando pintó una agradable sonrisa en su rostro. Después de todo, él estaba haciendo precisamente lo que hacía que ella quisiera evitarle a toda costa...

Nick Turner estaba observando a Allis, otra vez. Con una intensidad que ella apenas podía creer que pasara desapercibida para su familia. Aunque, si pensaba en el asunto, ella no quería en absoluto que se dieran cuenta de su interés.

Allis más bien esperaba que después del interrogatorio que le había hecho el día anterior se hubiera aburrido. Ahora que él sabía que ella se acordaba de él, ella sofocó un ramalazo de satisfacción por lo bien que la recordaba, podía dejar de preguntarse y seguir adelante.

Excepto que estaba avanzando hacia el salón, directamente hacia ella. A Allis le pareció oír el rechinar de sus muelas, y eso le arrancó una sonrisa ridículamente cálida.

—¡Vaya, señor Turner! —Salió a su encuentro, su sonrisa crecía a medida que la de él vacilaba—. No sabía que se uniría a nosotros esta noche. —Una rápida mirada acusadora a Clara no la llevó a ninguna parte. Su madre adoptiva se afanó en tratar de sonsacar información al señor Sanders, quien Allis creía que no sería más comunicativo que ella misma o Gina.

—Señorita Travers. —Hizo una reverencia superficial, casi imperceptible—. La señora Jordan me invitó. Cuando me enteré de los planes para una pequeña cena íntima entre amigos, no pude resistirme a conocer un poco mejor a algunas de las personas más fascinantes de Ainsworth.

—Una sabia elección. —Ella mantuvo la sonrisa en su sitio y no le dio una patada, a pesar de que notó el leve énfasis que él había puesto en la palabra íntima—. Me pregunto qué otras... sorpresas... nos tiene reservadas Clara para esta noche. —Hizo ademán de mirar hacia la puerta como si esperara invitados adicionales.

Nick inspeccionó al resto de la fiesta, pareciendo hacer algún tipo de recuento.

—Tradicionalmente, la anfitriona se asegura de que los números sean pares. —Un brillo lobuno iluminó su mirada—. Creo que estoy destinado a ser su compañero de cena.

El burbujeo nervioso de la risa se apagó cuando Allis miró a su alrededor. Tía Doreen y tío Josiah. Saul y Clara. Adam y Opal. El señor Sanders y Gina.

*Tenía razón.*

Ahogó un gemido.

*Clara le invitó para igualar los números: ¡la razón perfecta para que se pegara a mí como un percebe durante toda la velada!*

—Disculpe; necesito comprobar la comida. —Más exactamente, necesitaba marcharse, pero desde luego no pensaba explicárselo a Nick. Así las cosas, se apresuró a retirarse y se dirigió a la cocina sin esperar su respuesta.

Allis no pudo evitar fijarse en las distintas reacciones de los rostros de sus seres queridos mientras se abría paso: un asentimiento de aprobación por parte de Saúl, el brote de compasión en la mirada de Opal... aunque no lo admitiera, un encogimiento de hombros de aceptación que alzaba los hombros de tía Doreen y el exasperado meneo de los rizos rubios de Clara. Esto último le causó una punzada en el esternón, Allis sabía muy bien que Clara pensaba que su preocupación por la cocina no era sana.

Pero de todas las personas de la casa, Clara debería ser la que más lo entendiera. Para ser realmente justos con las cosas, Clara debería ser la más preocupada por que ocurra otro incendio, después de todo, ella había sido la que había vivido el primero. Debería estar al menos tan alerta como Allis para asegurarse de que no volviera a ocurrir.

Se detuvo en la puerta de la cocina, escudriñando en busca de cualquier signo de chispas o pequeños rizos reveladores de humo en cualquier lugar al que no pertenecieran. El primer vistazo no mostró nada fuera de lo normal.

De todos modos, Allis cogió una toalla y la pasó por los bordes más alejados del hornillo para limpiar cualquier trozo de comida que pudiera chisporrotear más tarde. Entonces Allis se dio la vuelta... para encontrarse a Nick Turner merodeando en la puerta.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí? —Sonaba brusca, pero con su presencia se sintió expuesta.

—Más o menos desde el principio. —Apoyó un hombro ancho contra el marco de la puerta en lo que Allis estaba empezando a reconocer rápidamente como una de sus posturas favoritas y como ella, dejó los formalismos de lado—. Lo suficiente para saber que no me oíste decir que me gustaría ver la cocina.

—Me seguió.

*Otra vez.*

—Sí. Planeaba ver más de la casa, tengo aprecio por la arquitectura. —Eso tenía sentido, teniendo en cuenta que había ayudado a construir el molino y ahora trabajaba en la escuela. Eso podría haber tranquilizado a Allis, si no la estuviera mirando de arriba abajo y mientras seguía hablando—. Resulta que he visto mucho más de lo que había planeado.

Nick la observó luchar contra el rubor que subía por la cresta de sus mejillas. El resplandor rosado de alguna manera hacía que sus pecas fueran más brillantes. Eso le gustaba. También le gustaba la forma en que conseguía incomodarla; obviamente, la chica estaba demasiado acostumbrada a ser la que llevaba las de ganar. Le haría bien que eso cambiara.

—Me visto ordenando las cosas y comprobando la cena. —Su tono despreocupado chocó con el rubor que finalmente logró controlar—. No hay nada interesante en eso.

—Siento discrepar.

Su carcajada le pilló desprevenido.

—Qué raro. No me pareces el tipo de hombre que pide mucho.

Con eso, su máscara volvió a su sitio. Desapareció el rubor, el destello de vacilación en su mirada que le hizo saber que se había metido bajo su piel. Ante él estaba la mujer serena y segura de sí misma con una vena traviesa que prometía animar los días más aburridos.

Pero él ya conocía a esa Allis. Todo el mundo conocía a esa Allis. Nick quería ver más de la mujer que mantenía tan bien oculta, sondear las profundidades de las pequeñas grietas de su intrépida fachada. Por ahora, no importaba por qué quería hacerlo, simplemente lo quería.

—Tiene razón, no suplico. Pero difiero.

—Difiere tanto como quiera. Sigo diciendo que no hay nada de interés en espiarme haciendo mis tareas —dijo volviendo a trazar la distancia con él.

—¿Espiar? —Él notó la forma en que los ojos de ella se entrecerraron infinitesimalmente durante un escaso instante, un reconocimiento accidental de que había revelado más de lo que pretendía.

—Espiar, acechar... el término que prefiera —Un gesto aireado para apartar su incomodidad—. En verdad, señor Turner, debería encontrar un nuevo pasatiempo.

—¿Y si me gustase acechar? —Dejó entrever su diversión—. Sigue sin llevarme muy lejos.

—No planeo ir a ninguna parte, así que eso no es un problema. Debería planear reunirse con los demás.

—Lo haremos. —No se movió ni un milímetro—. Tan pronto como me diga qué le hizo tener tanto miedo de los incendios.

Su boca se abrió y se cerró dos veces antes de que consiguiera pronunciar una sola palabra.

—¿Qué?

—Al principio, supuse que quería una razón para evitar mi compañía. —Nick ignoró la ligera inclinación de su cabeza ante esa afirmación—. Porque su tía Doreen acababa de llegar de esta dirección unos momentos antes de que se fuera. Ahora lo sé mejor.

—Me alegra oírle reconocer que no mentí. Ahora que hemos aclarado eso, podemos volver a la fiesta. —Ella dio un paso adelante, la primera vez que se acercaba voluntariamente a él. Obviamente ella quería que esta conversación terminara.

Lo que hizo que él quisiera proseguirla aún más.

—O es excesivamente ordenada y concienzuda, lo que me parece fuera de lugar, o tiene miedo a un incendio.

—Espero no ser excesivamente nada.

—Oh, sí que lo es. Pero ese es un tema para otro momento. Ahora mismo, quiero saber por qué todo el mundo parecía esperar que fuera a la cocina casi tan pronto como su tía se fue. Por qué se detuvo en la puerta y miró por toda la habitación como si buscara algo. Por qué revisó cada rincón de la cocina y del horno y luego lo limpió y retrocedió con una escoba que estaba a varios metros de distancia.

Una sucesión de emociones parpadeó en su mirada. La ira, el miedo y el anhelo le deslumbraron con su rápida intensidad antes de que ella endureciera sus facciones para no revelar nada. Ella no dijo una palabra, no reconoció sus observaciones.

—Estoy en lo cierto. —Abandonó el umbral de la puerta para situarse ante ella mientras algo más caía en su sitio—. Tiene miedo al fuego. Es la razón por la que el consejo decidió hacer la escuela de ladrillo, ¿no?

—Es una sabia decisión. —El brillo protector permaneció el tiempo suficiente para que esta vez lo apreciara de verdad—. Una que apoyo de todo corazón.

—La apoya con creces. —Otro paso más cerca—. Insistió, admítelo.

—No hay nada en el mundo en lo que pudiera insistir, si los hombres de la ciudad se inclinaran en otra dirección. —Evasiva y demasiado modesta, la respuesta tocó una fibra falsa.

—Me parece justo. Es demasiado inteligente para insistir abiertamente en algo, pero sugirió y persuadió hasta salirse con la suya.

—Me gusta pensar que la lógica se impone cuando se presenta adecuadamente.

—¿Ah, sí? Entonces seguro que sabe que persistiré en mis preguntas hasta que explique el razonamiento que hay detrás de su impresionante vigilancia contra cualquier chispa caprichosa en la cocina.

—Insista cuanto quiera. No servirá de nada.

Una cara bonita y una mente aguda formaban una combinación intrigante. Si encima se añade algo de misterio, Nick vio la oportunidad de entretenerse durante mucho tiempo.

—Oh, no sé nada de eso, señorita Travers. —Le dejó dar un paso a su alrededor hacia la puerta—. Tiene razón, acechar se vuelve tedioso. Debería agradecérselo.

Ella se detuvo y miró por encima de su hombro.

—¿Por qué?

—¿No lo sabe? —Una sonrisa se dibujó en su rostro—. Por proporcionarme un nuevo pasatiempo. Este es mucho más interesante...

# CAPÍTULO 14

-Oh no, no me pillarás acompañándote a una cena. —La abuela sacudió la cabeza.

Por mucho que Daryl insistiera en que la acompañara, o la persuadiera e incluso le insinuara que seguramente la abuela podría más que defenderse en cualquier discusión, acabó yendo solo a casa de los Jordan. No es que fuera una sorpresa, la abuela ya se había negado el día anterior y él había tenido que mencionarle al doctor Jordan que la anciana no se sentía demasiado sociable estos días.

No es que Daryl pudiera recordar algún momento en que la abuela se hubiera sentido demasiado sociable. Bueno... quizá aquella tarde en la que Gina llegó, salió corriendo y regresó con Allis Travers a cuestas. La abuela Mildred parecía francamente entretenida cuando estaba rodeada de tanto conflicto.

No le habría importado que su pariente le acompañara esta noche para ayudar a controlar la conversación y poner en su sitio a cualquier nariz que empezara a husmear en sus asuntos. Sinceramente, Daryl se preguntó si no le haría bien a la abuela salir más. Si unos amigos no mejorarían su perspectiva y le darían algo que esperar más allá de soltar esas pequeñas barrabasadas cada vez que hablaban.

No es que pudiera manipularla para que viniera. Había pensado que tal vez el atractivo de la compañía de la señorita Travers, junto con el hecho de presenciar de primera mano cómo él y Gina manejaban su incursión en la vida de la ciudad, podrían convencerla. Al fracasar eso, no tuvo más remedio que llegar a la puerta con nada más que preocupaciones firmemente reprimidas sobre lo mucho que Gina habría mencionado durante el círculo de costura al que había asistido esa tarde.

—¡Señor Sanders! —Clara Jordan abrió la puerta y cogió su abrigo, mirando hacia atrás como si esperara a alguien más.

—La abuela no se sentía con ánimos para venir, le mencioné ayer a Saul que podría ser ese el caso. —Parecía que hacía falta una explicación.

—Oh, Saul me lo dijo. —Ella aún mantenía la puerta abierta—. ¡Señor Turner, bienvenido!

—Gracias, señora Jordan. —Nick apareció en la entrada justo detrás de él, haciendo que Daryl se maravillara de lo silenciosamente que se movía ese otro hombre—. Me alegro de estar aquí.

—Me alegro de verle, Turner. —Asintió en señal de reconocimiento mientras la señora Jordan llevaba sus abrigos a algún armario.

—Y yo a usted. —La mirada del otro hombre recorrió la habitación, deteniéndose en el

lugar donde Gina y la señorita Travers estaban de pie charlando. Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro—. Conocí a la señorita Spencer el otro día. Ainsworth tiene mucho que agradecerle.

—No hay de que dar las gracias. —A Daryl no le gustó la forma en que Nick Turner miraba en dirección a su mujer. Ni la forma en que se dirigió a Gina: ni «su prometida», ni «su futura esposa», ni siquiera «su señorita Spencer», como hubiera sido apropiado. No, Turner lo dejó en un simple «señorita Spencer», como si Gina aún pudiera estar disponible. Daryl forzó una risita—. Mis razones para traerla aquí son totalmente egoístas, después de todo. Discúlpeme.

Sin esperar respuesta, se dirigió directamente a Gina.

—Buenas noches, querida. —Le cogió el codo con la mano y se acercó. Casi de inmediato, se sintió más tranquilo.

—Si me disculpa...

La señorita Travers murmuró algún pretexto para ausentarse cortésmente. Su consideración elevó un peldaño su opinión sobre ella, aunque haría falta mucho más para que se alegrara de su incipiente amistad con Gina.

—Daryl, ¿cómo te ha ido el día? —Ella no debió darse cuenta de que había utilizado su nombre de pila: ningún rubor manchó sus mejillas.

No quiso mencionarlo. Si ella continuaba con la familiaridad, él tendría una buena razón para llamarla Gina como estaba acostumbrado, una clara señal para cualquier advenedizo que pensara que «señorita Spencer» podría no estar firmemente unida a él. Además, le gustaba el sonido de su nombre en sus labios.

—Bastante bien, aunque mucho mejor ahora que puedo disfrutar de tu compañía. —Ah... aquí llegaron los primeros leves brotes de ese rubor. Excelente.

Ambos se dirigieron hacia el sillón más cercano y se sentaron, uno junto al otro.

—Veo que te sientes bastante cómodo en esta casa. —Repuso ella al ver que él se ponía cómodo, y se desperezaba más cerca de ella, ocupando cada centímetro de espacio que ella acababa de poner entre ellos.

—Creo que subestimas lo mucho que significa para un hombre tener algo que esperar al final de un largo día de trabajo.

—La señora Jordan estará encantada de oír que tienes tan buena opinión de su cena. —Su sonrisa se iluminó cuando Opal y Adam Grogan se acercaron a ellos.

Daryl se sentó en silencio un momento antes de intercambiar saludos con los Grogan. Ocuparon unas sillas cercanas y comenzaron la cháchara sin sentido siempre presente en tales ocasiones: el tipo de conversación que animaba a la mente de un hombre a divagar. Sobre todo cuando tenía mucho en qué pensar.

Observó a Gina sonreír y hablar, fijándose en lo animada que estaba, en la forma en que utilizaba las manos y se inclinaba hacia quien hablaba. Su futura esposa era realmente una cosita atractiva, pero no estaba resultando fácil pillarla. La facilidad con la que desviaba los cumplidos creaba un reto imprevisto.

*Getty siempre los tomaba como algo que le correspondía. ¿Por qué Gina no?*

Daryl no dejaba de mirarla. Cuanto más intentaba ignorarlo, más crecía la sensación de estar siendo observada, hasta que se acurrucó en un apretado y nervioso manojo de incertidumbre que rebotaba dentro de sus costillas.

*¿Por qué me mira fijamente? ¿Qué está buscando? ¿Me está comparando con Getty? ¿Está buscando defectos?*

Esto casi lo entendía, pero fue la última posibilidad la que le dio ganas de llorar.

Durante todo el tiempo que discutió los métodos agrícolas modernos con el marido de Opal, apenas pudo concentrarse en recordar todos los datos de los artículos de la revista que había leído. Sinceramente, aunque se daba cuenta de lo importantes que serían para los agricultores los avances en la trilla impulsada por vapor, los intereses de Gina estaban tomando un giro decididamente egocéntrico.

Apartó las dudas y trató de centrarse en la conversación. Después de todo, el señor Grogan parecía fascinado por sus comentarios. Por fortuna Daryl se dio cuenta de eso... y pareció complacerle.

No es que ella se propusiera complacerle. Gina guardó silencio cuando los dos hombres empezaron a discutir los méritos relativos de la energía del vapor frente a la del agua para diversos aspectos del cultivo.

*Getty se aburriría como una ostra.*

Incluso Opal, que tenía el mismo interés en la maquinaria agrícola que su marido, parecía menos que entretenida que antes.

Gina le dedicó a la otra mujer una sonrisa comprensiva.

—Es un broche precioso el que llevas, Opal.

—Perteneció a mi madre. —Su mano revoloteó hasta tocar el colgante largo y fino que adornaba su cuello. Tachonado de perlas de siembra y el brillo facetado de las marcasitas, relucía a la luz de la lámpara.

—Siempre lo lleva. —Su marido deslizó el brazo alrededor de su cintura, acercando a Opal, y a la silla en la que estaba sentada—. Opal es muy cercana a su familia.

—El broche de mamá y mi alianza, no me los quito nunca. —Su esposa señaló con el pulgar el fino círculo de oro que adornaba el dedo anular de su mano izquierda.

—Es mejor que todos los que vi en Boston. —Gina se inclinó hacia delante para verlo más de cerca—. Lo que tienes ahí son verdaderos tesoros.

—Exactamente. —Los ojos azules de Opal brillaron con el destello de la alegría—. Me alegro mucho de que lo aprecies. —Impulsivamente, alargó la mano y estrechó la de Gina—. Y me alegro de que hayas venido a Ainsworth.

—Yo también. —La profunda voz de Daryl dijo lo que pensaba antes de que Gina abriera la boca.

—¿Tú también te alegras? —Le costó un esfuerzo increíble mantener las palabras ligeras y

burlonas, pero Gina se apartó de los Grogan para buscar la expresión de Daryl mientras respondía.

*¿De verdad?*

—¡Claro que se alegra! —El señor Grogan intervino, pero no antes de que Gina captara el destello de incertidumbre en los ojos de Daryl—. ¡Apenas ha hablado de otra cosa que de tu llegada hasta ahora!

—Lo dudo mucho.

—El señor Grogan exagera, —murmuró su falso prometido.

—Un poco, —admitió Opal—. Aunque el señor Sanders habló bastante bien de ti. Era evidente lo mucho que esperaba tu llegada, Gina.

Clara se levantó.

—Tal vez no sea la mejor de las maneras mencionarlo, pero es fácil ver que el señor Sanders está encantado de tenerte aquí. Apenas puede apartar los ojos de ti.

*¡Ah, ja! Así que no es simplemente mi imaginación.* Gina pudo sentir el calor de un vivo rubor que le recorría las mejillas hasta el cuello. Daryl la estaba mirando. Ahora la única pregunta era ¿por qué parecía avergonzada por el hecho cuando él era el culpable de todo?

—¿Por qué querría hacerlo? —levantó una ceja—. Tu conversación está tan animada que es fácil quedar atrapado en lo que dices.

—¿A que sí? —Clara se encaramó en el último asiento de la disposición—. Perdonad mi ausencia; sólo estaba controlando a Maggie, pero lo importante ahora es que antes yo misma me di cuenta de esto, incluso con las manos ocupadas cosiendo, Gina es una oradora excelente.

—Algo que sus alumnos apreciarán. —Las palabras de Adam Grogan hicieron que Daryl se pusiera rígido a su lado, pero desde luego nadie más lo notó—. Debo admitir que cuando Allis vino por primera vez a pedirnos que contratáramos a su señorita Spencer para ayudar a poner en marcha la escuela, tenía mis dudas. Ahora, cada vez me complace más la decisión.

*¿Su señorita Spencer?*

La columna de Gina se enderezó para coincidir con la bien recta de Daryl. Lo último que necesitaba era que la gente del pueblo lo presionara para que se casara con ella. Es cierto que el señor Grogan no conocía los detalles de su situación, pero ese tipo de comentarios llevarían a Daryl al altar tanto si quería ir allí con ella como si no. Y Gina no veía ninguna manera de detenerlo, a menos que confesara toda la lamentable situación.

Lo que significaba que Daryl y ella seguirían jugando a ese infernal juego del gato y el ratón, mientras él jugaba con ella antes de tragarse su orgullo y sus esperanzas y conformarse con una pobre imitación de lo que realmente había querido. A menos que ella se mantuviera fuerte y se diera cuenta de sus estratagemas el tiempo suficiente para liberarlos a ambos de todo aquel enredo.

—Gina será un activo maravilloso mientras ayuda a montar la escuela. —Daryl puso un énfasis en «montar» que nadie podría confundir—. Tengo entendido que la señorita Travers será la maestra oficial después del período inicial de puesta en marcha, ¿no?

—Es demasiado pronto para hablar de eso. —De alguna manera Gina se las arregló para no

fulminar al hombre con la mirada—. Disfrutaré mucho trabajando junto a Allis para implantar un plan de estudios y un horario viable que se adapte mejor a las necesidades de los niños. Sin el edificio y sin haber conocido a los alumnos, obviamente es imposible juzgar lo que se necesitará.

—Te das muy poco crédito. —La sonrisa de Daryl pareció de repente depredadora—. Estoy seguro de que no tardarás mucho en tener las cosas en orden.

—Ya veremos. —Gina mantuvo un tono de no compromiso, pero por dentro se revolvía. ¿Cómo se atrevía a interferir en su medio de vida en un intento de conducirla ante el altar? ¿Acaso este hombre no tenía sentido común?

# CAPÏTULO 15

-Getty, ¡ya está aquí! —Su madre asomó la cabeza por la puerta—. Bajaré en un momento. —Getty forzó una sonrisa hasta que su madre volvió a cerrar la puerta. Entonces la sonrisa se le cayó de la cara.

Ayer había sido el primer día desde su compromiso y, si realmente pensaba en el asunto, mucho antes incluso, en que Reginal no la había llamado o acompañado a algún que otro evento. Una ausencia que resultaba aún más llamativa teniendo en cuenta lo que había sucedido la noche anterior.

*No quiero pensar en eso.*

Se sacudió las faldas y luego se las alisó nerviosamente. Getty no había rememorado lo de aquella noche, pero cada vez que empezaba a recordar, apartaba los pensamientos. Eran demasiado vergonzosos, demasiado embarazosos, demasiado... desagradables. Y ahora, por primera vez, no quería ver a Reginal.

*Sí, sí que quería ver a Reginal.*

Miró su reflejo, consternada por lo pálidas que parecían sus mejillas. Getty les dio un rápido pellizco.

*Es tu prometido y te casarás antes de que acabe el mes. Cualquier cosa que haya pasado no es importante porque estaréis juntos.*

Excepto... excepto que ella tenía la persistente sensación de que era importante, que la forma en que él insistió en que ella bebiera el líquido escocés... y cómo sus manos iban a todas partes... la forma en que exigía cosas a las que aún no tenía derecho... De alguna manera, todo eso sí parecía importante, pero ya era demasiado tarde. No podía cambiar de opinión, no podía cambiar el pasado, y no podía cambiar el hecho de que él la estaba esperando abajo.

Puso un ímpetu extra en su paso al llegar al pequeño salón, su habitación favorita de la casa. Aquí, la iluminación era mejor, los asientos eran más acogedores e incluso la alfombra parecía más afelpada. Siempre le levantaba el ánimo recibir a alguien querido en esta habitación… hasta hoy.

—¿Reginal? —Su paso vaciló ante la expresión de su rostro.

—Señorita Spencer. —Hizo una escasa inclinación de cabeza.

—¿Por qué me llamas así? Hace siglos que me llamas Getty. —Ella miró y vio una nueva dureza en su boca, una rigidez en su cuello, un brillo desdeñoso en los ojos que antes la habían adorado tan abiertamente. Su corazón cayó hasta los dedos de sus zapatillas bordadas—. ¿Qué ha pasado?

—Creo que ya lo sabe.

—Estás... disgustado conmigo. —Sus dedos se enroscaron en el respaldo de una silla.

*¿No debería estar estrechándome entre sus brazos, jurándome su amor eterno? ¿Diciéndome lo mucho que mi confianza significa para él, lo mucho que lamenta haberme hecho daño?*

—Oh, no. —Su mirada la recorrió con una mirada apreciativa que ella habría protestado en cualquier otra circunstancia—. Me ha complacido demasiado, *señorita* Spencer.

Los recuerdos que había pisoteado salieron a la superficie, abrasando la parte posterior de su garganta con el sabor ácido de la bilis.

—Te dije que no debíamos... que quería esperar.

—Pero no lo hizo. Y, aunque disfruté de la experiencia, tengo que decir que no merece la pena llevar a una zorra como esposa.

Ella retrocedió como si él la hubiera abofeteado en la cara.

—¿Qué estás diciendo, Reginal?

—Es el señor Hayden para usted. —¿Cómo no se había dado cuenta antes de lo siniestra que era su mueca?— Y obviamente, estoy diciendo que no me ataré a mercancías sucia. No es mejor de lo que debería ser, lo que hace que no sea lo suficientemente buena para ser mi esposa.

—Pero me quieres. —Ella parpadeó para contener las lágrimas, pero de todos modos se derramaron por sus mejillas mientras se acercaba a él, con las manos extendidas—. Sé que me quieres. Soy tu cariño.

—Disfruté de lo que me ofreció. —Otra sonrisa burlona—. Ahora puede hacer de cariñito para otro hombre. Sigue pareciendo inocente, querida. Estoy seguro de que podrá atrapar a algún pobre incauto antes de que se dé cuenta de la verdad.

Algo dentro de ella cedió en el momento en que su bofetada chasqueó contra su labio curvado.

—Desgraciado... —Su voz se quebró antes de que pudiera pronunciar una palabra que nunca debería salir de una dama. Levantó la mano para golpear de nuevo, buscando ciegamente desahogar la rabia y el dolor que él le había infligido.

—Quieta. —Él le cogió la mano con facilidad—. Permitiré el primero, es poco comparado con lo que me llevé, pero otra más y harás que me replantee mi decisión de ser generoso contigo. —Los dedos de Reginal, fríos, siempre tan fríos, se aprisionaron alrededor de su muñeca en un agarre cada vez más apretado.

—No quiero nada de ti, —siseó ella, intentando soltarse.

Getty se mordió un grito cuando él le tiró de la muñeca con un movimiento cruel e intentó apartarle con la otra mano.

—Oh, creo que sí. —Él le agarró la otra muñeca y tiró de ella para acercarla, con el hedor de sus cigarros bañándola. Su boca se aferró a la de ella, cortándole la respiración en un asalto viscoso.

Forcejear sólo la acercó más contra él, así que finalmente Getty se aquietó, sintiendo de algún modo que eso era lo que él quería.

—Buena chica. —Respiraba con dificultad—. Si hubiera sospechado que tenía ese espíritu, no habría terminado las cosas tan rápidamente.

Reginal le soltó la mano derecha, arrancándole el anillo de compromiso familiar de la izquierda.

—Tal como están las cosas, es demasiado popular para que pueda disfrutar de algo más de lo que he probado.

—No obtendrás nada más de mí. —Ella se apartó de un tirón, retirándose detrás del sofá—. No te engañes.

—No se engañes tú, Getty. —Se detuvo en su nombre, burlándose de la forma en que la había cortejado—. Si quisiera, podría exigir más de tu deliciosa... compañía... a cambio de mi silencio respecto a tu comportamiento licencioso.

El grito ahogado de ella le hizo sonreír.

—Tal como están las cosas, te doy a elegir. O rompes el compromiso a gritos, dando la razón estándar de que has decidido que no nos conviene, o lo romperé públicamente y quedarás arruinada, —le dijo en un amenazante susurro.

—No. —A Getty le temblaron las rodillas—. ¿Cómo la señorita Lindner? —Una horrible certeza la inundó al recordar la forma en que la anterior prometida de Reginal rompió repentinamente su compromiso, dejándolo con el corazón roto y gallardo cuando empezó a cortejarla—. Ya has hecho esto antes.

—Un caballero nunca lo cuenta, querida. —Reginal se dirigió a la puerta, la abrió y miró hacia atrás por última vez—. A menos, claro, que me obligues.



—No me obligues a preguntarte qué pasó anoche. —Mildred se abalanzó en cuanto Gina asomó la cara por las escaleras a la mañana siguiente—. No preguntaré, ya lo sabes.

—Acabas de hacerlo. —Sacudió la cabeza ante el descarado intento de la mujer mayor de sonsacarle todos los detalles sin hacer ni una petición—. Omitir el signo de interrogación no lo hace menos inquisitivo, ¿sabes?

—No sé nada de eso, ni me importa saberlo. Lo que sí me importa saber es cómo aguantaste ante tanta curiosidad anoche. Fue la primera vez que sentí la tentación de asistir a algo que no fuera la iglesia desde que llegamos.

—¿Entonces por qué no lo hizo? —Ella le siguió hasta la cocina.

—Los inconvenientes pesaban más que el atractivo que puedan tener. A medida que pase el tiempo y las decepciones de décadas se graben en tu mente y en tu carne, aprenderás a evitar tantas como sea posible.

Gina se detuvo, con los ojos clavados en la mujer mayor que avanzaba con paso decidido para ignorar cualquier reacción a las palabras que acababa de pronunciar. Notó la ligera inclinación de la espalda de Mildred y de pronto se preguntó si ésta delataba el peso de los

remordimientos.

*¿Cuánto tiempo ha vivido así, esperando tan poco que no hace concesiones por los demás?*

La lástima brotó, sin proponérselo, ante la idea.

*¿Y ella espera que yo me convierta en lo mismo?*

—Espero que no.

—Yo sé que no. —Mildred levantó su bastón y lo empujó hacia la despensa—. Jamón frito y tortitas para esta mañana, señorita.

Se dirigió a los estantes y escogió un gran cuenco para mezclar, acercándolo a la mesa. Colocando la silla pesadamente en el suelo y acomodándose en ella, esperó a que Gina trajera la harina, el azúcar, la vasija de mantequilla y los huevos.

—Necesitaremos leche, para que puedas ordenar tus pensamientos e intentar rebatirme cuando vuelvas.

—Muy bien.

Enrollándose las mangas tanto para prepararse para la batalla como para sacar el gran cubo que colgaba en el pozo, manteniendo la leche fresca y fría, Gina reunió sus argumentos. Marchó de vuelta a la cocina con la leche en una mano, un cubo de agua en la otra y el plan de ataque preparado.

—Tienes fuego en los ojos y la mandíbula apretada para decirme que se avecina una buena conversación. —Mildred cascó un huevo en el borde del cuenco con una destreza que desmentía su edad—. Dime, Gina, no Getty, ¿cómo es que prevés con tanta claridad que no buscarás protegerte de las decepciones con el paso de los años?

Dejó la botella de leche con un ruido sordo.

—Un golpe bajo, mencionando a Getty. —Gina se tragó cualquier sabor amargo que le causara el recordatorio y se centró en la injusticia de las tácticas de su oponente—. Recurrir a tales trucos tan pronto huele a desesperación.

—En absoluto. Tú eres profesora, es fácil ver que te inclinarías por hacer de cualquier debate un debate académico. —Salpicó leche en la masa—. Lo académico no es mi estilo, y será mejor que estés preparada para enfrentarte a la escuela de la experiencia. —Mildred empujó una cuchara de madera y el cuenco hacia Gina—. Nadie escapa de ella.

—¿Por qué escapar de ella, —contraatacó Gina mientras encajaba el cuenco mezclador en el pliegue de su brazo izquierdo—, cuando se le puede dar forma?

—Rápida. Me gusta.

El brillo de agradecimiento dio paso a la incomodidad mientras se dirigía hacia el hornillo para poner a hervir agua para el café de la mañana.

—Aunque sea propio de una maestra pensar que puede controlar lo que la vida le depara o lo que hacen los demás. Nunca funciona así.

—Es una tontería pensar que uno puede controlar a otra persona. —Hundió la cuchara en el cuenco y empezó a mezclar, su brazo se movía más rápido a medida que las palabras salían a

borbotones—. Por mucho que deseemos poder ordenar lo que los demás quieren o piensan, es imposible.

*Si fuera posible, todo sería diferente. Daryl me querría por esposa, nos casaríamos mañana y todo el mundo sería feliz.*

—Ya está bastante mezclado. —La mujer mayor apartó el cuenco, haciendo que Gina se diera cuenta de que había mezclado distraídamente la masa hasta que se formaron burbujas—. Evitar las decepciones es mucho más fácil que desquitarlas con tortitas, Gina.

—Te estás centrando en lo equivocado, Mildred, al pensar sólo en lo negativo.

—Sólo hay una cosa que la gente hace sistemáticamente cuando no puede tener lo que quiere. Lo mismo que harás tú una vez que dejes a un lado tu orgullo.

—No soy una mujer orgullosa. —Una punzada le dijo que tal vez eso no fuera del todo cierto.

—Por eso harás lo que yo hice, lo que Daryl ya está dispuesto a hacer.

A pesar de que el revuelto estómago le advertía de lo contrario, Gina cedió a la curiosidad.

—¿Qué es eso?

—Asentarse.

# CAPÍTULO 16

-Parece una mujer de buen ver, —una voz que Daryl no supo situar emergió de la herrería. Todos los hombres Burn sonaban igual, y con tres de ellos, todos herreros con talento, daba lugar a cierta confusión a menos que un cuerpo se pusiera justo delante de quien estuviera hablando—. No se suelen ver demasiadas de esas por aquí.

Unas cuantas carcajadas apreciativas compitieron con el calor de la forja para llenar el aire mientras Daryl entraba. El padre, Kevin, y su hijo menor estaban de pie junto al barril de agua.

—Buenas tardes. —Habló lo suficientemente alto para que supieran que estaba allí.

—Te deben arder los oídos. —Kevin se acercó—. Acabo de decirle a Brett que esperaba ver a tu prometida mañana en la iglesia. —El herrero canoso le hizo un amplio guiño—. No le culpo por mantenerla en secreto hasta entonces.

—Le dije a mi padre que es una mujer muy guapa. —Brett, Daryl se aseguraría de recordar el nombre, ya que se trataba del hermano soltero, se dirigió de nuevo hacia su yunque—. No hay muchas de ésas por aquí.

—Siempre que recuerdes que Gina está cogida. —No tiene sentido arriesgarse—. Sólo le estoy dando tiempo para que se instale en Ainsworth antes de hacerla mi esposa.

—¿Qué te trae por aquí hoy? —El mayor de los Burn cambió sabiamente de tema—. No puedo imaginar que algo de lo que hicimos para ese molino suyo ya le esté dando problemas. —Un ceño disgustado ante la idea de que cualquier cosa en la que trabajasen él o sus hijos estuviese por debajo de la norma hizo nacer un profundo surco entre sus cejas.

—En absoluto. —Daryl le desengañó de la idea inmediatamente—. Aunque el molino ha pasado fácilmente por el doble de trabajo de lo normal. Mucho grano almacenado por estos lares, mucha necesidad, y mucho trabajo, así que hay un poco más de desgaste de lo que normalmente debería.

—Es lógico. —El alivio relajó los rasgos del otro hombre. Los Burns, como todos con los que Daryl trataba en Ainsworth, se enorgullecían de su trabajo—. ¿Qué necesitas?

—Un pico de molino. —Sacó la vieja, con el mango de madera desgastado y liso por los años de uso.

El maestro herrero extendió una enorme mano, con la palma hacia arriba, para recibir el objeto. Pasó los dedos por el trozo de cincel y luego se movió y agarró el mango, su gran mano empequeñeció la pieza.

Finalmente, asintió.

—Tienes razón, —La levantó a la altura de los ojos—. Para la nueva versión, supongo que querrás el mismo estilo de mango.

—Sí, que sea lo más parecido posible. —Que el herrero la inspeccionara tan minuciosamente y tomara nota de sus rasgos distintivos hizo que Daryl se quedara tranquilo—. Es obvio que aprecias la calidad.

—Por supuesto que sí. —Una sonrisa traviesa iluminó el rostro de Kevin—. En herramientas y mujeres. Así que, ¿por qué no me hablas de esa prometida tuya?

—Ahora sé por qué has estado tan callado. —El herrero más joven se acercó—. No quería que ninguno de los otros hombres se preparara para zamparse a tu futura esposa antes de llevarla al altar. Le eché un vistazo cuando bajó de la dirigencia y es fácil ver que tienes buenas razones para estar preocupado.

Los ojos de Daryl se entrecerraron ante la amenaza. Puede que la dijera en broma, pero le tocaba demasiado de cerca para su gusto.

—No conoce a Gina. No es de las que revolotean de un hombre a otro.

*Getty sí.*

El repentino pensamiento le cogió desprevenido, pero no podía negar que era cierto. En parte por eso se había sentido tan sorprendido y aliviado cuando pensó que ella había aceptado su proposición: había calculado que lo más probable era que ella hubiera encontrado otro pretendiente. *Y tenía razón.* Su ceño se frunció. *No hay ninguna posibilidad de que también deje que Gina se me escape de las manos.*

—Una mujer firme vale su peso en oro. Si lleva una cara bonita, tanto mejor.

—Lleva una cara bonita. Es bonita y menuda cuando la vi, papá.

*Claro que Gina es guapa.*

—No deberías quedarte embobado mirando a una mujer desde el otro lado de la calle y decidir si es de tu agrado.

—Todo el mundo podrá verla de cerca mañana después de la iglesia para ver que tengo razón sobre su aspecto.

—Acuérdate, Burn. —Daryl dio un paso adelante—. Más de una mirada y podríamos enredarnos en una discusión.

—Lo recordaré. —El fornido y joven herrero se cruzó de brazos y movió las cejas—. Pero tú también recuerda algo. Hablar no es lo mismo que tomar.

Allis se despertó temprano quel domingo.

Gimió y dejó caer la cabeza sobre la almohada. *Hoy es domingo.* Lo que significaba horas encerrada, sentada en bancos duros, escuchando a ese párroco Carter zumbar una y otra vez sobre la luz que nadie podía ver.

Incapaz de permanecer quieta ni un segundo más, rodó fuera de la cama y se acercó a trompicones a su pila de agua. Con la mente agitada por otras cosas y los ojos teniendo que sortear más sombras que de costumbre, se golpeó la espinilla con el pequeño tronco de madera

que había junto a su lavabo, con fuerza.

Asombrada de que el sonoro golpe no hubiera despertado a nadie más, Allis se enderezó, se subió el camisón por las rodillas y se palpó la espinilla magullada para determinar la gravedad del golpe. Palpando cerca del hueso, sus dedos dieron con una cálida humedad: sangre.

Luego, asegurándose de mantener la ropa alejada de la herida, encendió una lámpara de aceite en su tocador y se asomó para ver mejor.

Pequeños riachuelos rojos corrían por su pierna hacia los tablones de madera desnuda más allá del borde de la alfombra. Allis los atrapó de un manotazo con un trapo limpio, se secó el corte, se sentó y entrecerró los ojos para intentar determinar si tendría que contarle o no el percance a Saul. Tener un médico que te adoptara resultaba útil, pero también tendía a exagerar con los rasguños menores, sacando cremas, vendas y demás a la mínima.

Presionó el trapo con fuerza, exhalando un siseo ante la sensación de escozor, pero siguió presionando hasta que contó hasta cien. Con cautela, levantó el trapo. Efectivamente, la hemorragia disminuyó hasta casi desaparecer. Lo había pasado peor otras veces.

Una oleada de recuerdos la hizo soltar el trapo. La aplastante presión de tener la mano atrapada en una de las máquinas del molino cuando tenía siete años: perdió tres uñas y se le partió el pulgar antes de que el capataz la hiciera parar. Fue entonces cuando Nancy no le permitió seguir trabajando. Su mano se curó, y el dolor palpitante fue sustituido por la insistencia del hambre mientras se escondía en la habitación de su hermana. Hasta que el capataz la encontró y las echó.

Allis se llevó las rodillas al pecho mientras recordaba. *Culpa mía.* Se había pillado accidentalmente la mano casi curada con el escritorio abatible y dejó escapar un pequeño grito. No muy fuerte, pero lo suficiente para que la encontraran y despidieran a Nancy. Fue entonces cuando se mudaron con Rodney, el pretendiente de Nancy. Allis empezó a mecerse de un lado a otro.

*El dolor agudo de cada respiración después de que Rodney me tirara al otro lado de la habitación por replicarle aquella primera semana...* lo que ahora ella sabía que era el síntoma de una costilla rota. Los constantes moratones que ella y su hermana llevaban mientras luchaban por ganarse la vida a duras penas, hasta que Rodney puso a su hermana en la calle como vulgar prostituta. Hasta la noche en que decidió acabar con la vida del hijo que Nancy había concebido y se llevó a las dos al hacerlo.

Sus ojos se fijaron en el profundo negro rojizo de su propia sangre en el trapo, recordando el jergón empapado de sangre de su hermana. Recordando la cara de cera de Nancy mientras Saul Jordan comprobaba si había señales de vida y no encontraba ninguna, diciéndole a Allis que Dios se había llevado lo último bueno de su vida.

Su hermosa hermana, tan buena y amable que rezaba incluso por los hombres que utilizaban su cuerpo y la menospreciaban por el privilegio, arrancada de este mundo. Nancy no podía tener ninguna de las cosas que Allis disfrutaba ahora: una buena cama, comida abundante, ropa bonita, amigos que nunca sabrían las cosas que ella había hecho en el pasado. Todo lo que Allis tenía, Nancy lo merecía… pero Nancy se había ido para siempre.

*Culpa mía.*

Dejó de mecerse y apoyó la frente en las rodillas.

*Soy tan vieja como Nancy cuando murió por lo que hice.*

Allis se metió medio puño en la boca para amortiguar los sollozos entrecortados.

*Y nadie lo sabe excepto yo.*

# CAPÍTULO 17

El raspado de la navaja de afeitar puede irritar a algunos hombres, pero a Daryl le resultaba tranquilizador. Se miró en el espejo, levantó la barbilla una fracción de centímetro, colocó la cuchilla con precisión y dio hábiles pasadas para terminar el trabajo.

*Que ese armatoste de herrero intente superarme esta mañana.*

Daryl se alisó el cuello de la camisa, sabiendo que su traje de domingo estaba mejor confeccionado que la mayoría de las prendas de la ciudad. Silbando, se dirigió escaleras abajo, sólo para detenerse en seco ante la visión que le esperaba en el salón.

Mildred se había puesto su conjunto más llamativo para la ocasión, una monstruosidad naranja oscuro que había intentado perder durante la mudanza al Oeste, pero que de algún modo siempre reaparecía. Por horrible que fuera esa visión, no fue lo que le hizo detenerse. No, reservaba ese honor para su prometida.

Gina debía de haber conspirado con la mujer mayor, pues parecía una aprendiz de modista con un vestido color melocotón ribeteado de piel. Por si el color no fuera lo bastante desagradable, Daryl lidió con el hecho de que le quedaba bien. Francamente deliciosa, si alguien le ponía bajo juramento.

No le gustaba nada.

De algún modo, el tinte melocotón resaltaba un color tornasolado en sus mejillas que él no había notado antes.

*No debería estar tan esbelta y elegante.*

—Parece que se ha tragado un puercoespín. —La alegre observación de la abuela Mildred le dijo que debía alejar mejor sus pensamientos de su semblante—. Te dije que odiaba el naranja. No sabes cuántas veces intentó deshacerse de mi vestido favorito, y todas las veces lo frustré— dijo orgullosa y pasó una mano cariñosa por la línea de sus faldas.

—¿Seguro que no intentaste deshacerte del vestido favorito de tu abuela? —La incredulidad no ocultó del todo la diversión de Gina—. Tal cosa sería un despilfarro... y una grosería.

—Me he ofrecido a reemplazarlo tres veces.

—El estilo puede cambiar, y no me importaría actualizarlo, pero dudo que encontrara el color dos veces.

*Ese es el punto.*

—Seguro que algo te gustaría.

—Los dos sabemos que no. —El comentario de su abuela fue lanzado como un guante,

pero Daryl sabía que no debía comentarlo. Cuando él simplemente se acercó y les ofreció un brazo a cada una, ella dio un suspiro resignado.

—No has mordió el anzuelo.

—No.

—Sabia decisión. —La risa de Gina sonó sospechosamente como una risita, pero Daryl nunca la había oído reír antes—. Por si sirve de algo, debería haber aceptado tu oferta. Tres vestidos en varios colores hacen un mejor negocio.

—Eso pensé. —Estuvo a punto de sugerirle que eligiera un tono más suave, como el que exhibía Gina, pero no quería que su prometida supiera que le gustaba.

—¡Tres veces la oportunidad de llevar creaciones únicas que desaprobarás! —Cuando se mordió el labio, un hoyuelo asomó por su mejilla izquierda—. Así que Mildred podría cambiar de opinión, después de todo, e irnos de compras.

—Estoy siempre en deuda contigo. —Daryl respondió como era de esperar, con humor irónico, pero interiormente se rio. Las sonrisas de Gina valían la broma a su costa. Además, no importaban sus amenazas, nada de lo que se les ocurriera podría ser tan feo como aquel vil naranja quemado. Sobre todo teniendo en cuenta la recién descubierta sofisticación de Gina en sus propios hábitos de vestir...

Lo cual tuvo motivos para deplorar cuando estuvieron a la vista de la iglesia. O, más exactamente, a la vista de todos los pueblerinos que esperaban echar un vistazo a su prometida.

La prometida con la que en realidad no había tenido intención de casarse pero ahora sí... en cuanto la convenciera de que aceptara. La prometida a la que no podía reclamar realmente a pesar de que todos comprendían la situación. La prometida que parecía demasiado atractiva con su sencillo vestido melocotón de esta mañana.

Daryl no se perdió la forma en que los ojos de Brett Burn se abrieron de par en par cuando echó una buena y larga mirada a Gina. Tampoco se perdió la forma en que la gente susurraba y los codos se clavaban en las costillas. Parecía que su falsa prometida era el éxito arrollador que había predicho que sería Getty... y aún no había pronunciado ni una palabra.

Su espina dorsal se puso rígida cuando los hombres Burn se separaron de la multitud y se dirigieron hacia ella, con el aprecio masculino escrito claramente en sus facciones.

Daryl miró a Gina, que se sonrojó convenientemente al saber con certeza que acaparaba la atención de todos, y empezó a maquinar formas de hacer que volviera a ponerse vestidos rosas... inmediatamente.



Nunca había agradecido tanto sentarse sobre un incómodo banco en todos sus días de vida. Gina ahogó un suspiro de alivio al haber conseguido atravesar una multitud de curiosos y bienquerientes para tomar asiento en la iglesia. Durante las próximas horas, al menos, la atención estaría donde debía estar, en Dios.

Después del servicio, volvería a estar en medio de todo, pero aprovecharía el tiempo para

recogerse. Gina sabía que no sería más que una curiosidad por unos días. Una vez que todos descubrieran que ella no ocultaba ningún secreto profundo y oscuro ni revelaba ningún talento excitante, perderían el interés. Esperar a que se pasara la novedad sólo le llevaría un poco de tiempo.

# CAPÍTULO 18

Allis se sentó en un banco sin forro, con la espalda sin tocar el respaldo de madera detrás de ella, la postura rígida como un palo de escoba mientras escuchaba al párroco Carter hablar sobre la confianza y la esperanza.

No fue hasta que sintió un calor húmedo alrededor de los dedos de los pies cuando se dio cuenta de que la herida se había abierto. y que, tal vez, era más profunda de lo que había pensado en un principio.

La sensación punzante, seca y rasposa subió por la parte posterior de su garganta hasta sus párpados hasta que el calor de las lágrimas hizo desaparecer la sequedad. Allis quiso que las lágrimas desaparecieran, clavándose las uñas en las palmas de las manos con apretones rítmicos hasta que pareció que la serie de medias lunas rojas nunca se desvanecería, pero lo haría, siempre lo hacía.

Por ahora, lo importante era que se deshiciera de las lágrimas para que nadie supiera lo mucho que odiaba estar sentada aquí, lo mucho que odiaba fingir que pertenecía al lado de los Jordan, y lo mucho que quería gritarles a todos que despertaran, que se merecían algo mejor que un Dios que no acudiría en su ayuda cuando más lo necesitaban. Allis lo sabía: lo había vivido. Su hermana lo vivió... y luego murió de ello. Y ni todas las bonitas canciones de alabanza del mundo lo cambiarían.

En un momento dado, Clara casi la hizo convencerse de que se había equivocado de camino y que necesitaba añadir más alabanzas a sus oraciones y menos peticiones. Así que, después de pensarlo, Allis decidió hacer un último intento y dar gracias a Dios por la única cosa sólida por la que no podía evitar estar agradecida, y le alabó por la buena casa que la mantenía a ella y a las nuevas personas que le importaban seguras y felices.

Al día siguiente, la casa se incendió y casi mata a Clara y a Opal en el proceso. Mientras miraba las cenizas, Allis supo que algo había salido mal. O bien ella había metido la pata en sus oraciones de alguna manera, o bien Dios había vuelto a meter la pata. Fuera como fuese, era un patrón que no pensaba repetir.



Al concluir el servicio, mientras todos se agrupaban en torno al molinero y la señorita Spencer, Nick se acercó a un grupo de personas con quien le interesaba hablar.

—Buenas tardes, familia Jordan. —Hizo un respetuoso gesto con la cabeza, dirigido sobre todo a los hombres—. Les agradezco que hayan venido a hablar conmigo con tan poca

antelación.

—Hablemos, pues. —De cualquier otra persona, las palabras podrían haber sonado cortas, pero Josiah Jordan tenía una sonrisa en los labios y una mirada cómplice en los ojos que hablaban de una buena naturaleza.

—No le metas prisa, Josiah. —Su esposa, una mujer aún de mejor carácter llamada Doreen, que, si Nick no recordaba mal, lanzó a su marido una mirada de advertencia antes de volver a fijarse en él.

—No hay ninguna prisa. Quiero que sepan que me he tomado mi tiempo con esto, antes de traerles el asunto a ustedes. —Asentimientos de aprobación, y un inquieto movimiento de la esposa del doctor Jordan, acompañaron este pronunciamiento—. Normalmente, sólo hablaría con el doctor Jordan sobre este asunto, pero su familia está tan unida como la mía, y eso es algo que respeto. Así que me presento ante todos ustedes esta tarde, solicitando su permiso para cortejar a la señorita Travers.

—¡Lo sabía! —estalló Clara Jordan—. Lo supe en la cena. Tiene mi aprobación, señor Turner.

—Lo mismo digo. —Josiah le dio dos centavos a Clara—. Ahora que lo sabemos. —Un guiño suavizó su gesto.

—Bueno, ¿no estáis aceptando todo muy rápidamente? —El doctor Jordan levantó las cejas mirando a su mujer y a su padre—. Tradicionalmente, el hombre explica lo que tiene que ofrecer a la chica y por qué está interesado.

—Eso es cuando pide permiso para casarse, —recordó su esposa—. El señor Turner sólo preguntó por el cortejo.

—Yo desde el primer momento supe que Clara era la indicada para ti, —le recordó Josiah a su hijo, un hecho que Nick ni siquiera conocía—. Quizá algún día aprendas a confiar en mis instintos.

—Allis confía en sus propios instintos. —La voz tranquila de la anciana señora Jordan cortó la charla—. Y ella evita al señor Turner. —Sus ojos se fruncieron—. No estoy del todo segura de que eso sea una mala señal, pero de ninguna manera es algo que yo asuma como bueno. Así que lo dejaré así: Tienes mi aprobación para pasar con Allis todo el tiempo que ella te permita. Si eres el hombre adecuado, la convencerás para que vea las cosas a tu manera.

—¿Ella le evita, señor Turner? —El buen doctor parecía estar mascando algo en su mente.

—Sí. —Por mal que sonara, Nick no mentiría—. Le desconcierto. Parece bastante acostumbrada a salirse con la suya y a ganar la mayoría de las batallas de ingenio o voluntad.

—Y eso resuelve mi siguiente punto: si la conoce lo suficientemente bien como para estar seguro de querer cortejarla.

—Lo suficientemente bien como para querer saber más; aunque tengo una pregunta que me gustaría que me respondiera, si no le importa. —Nick aprovechó la afirmación del doctor Jordan—. Algo que yo suponía, pero que Allis no admite ni explica, por lo que les agradecería que arrojaran algo de luz sobre el tema.

Las miradas incómodas y los movimientos subrepticios de cabeza le hicieron preguntarse qué temían los Jordan que preguntara.

—Lo intentaremos, —parecía lo mejor que podía esperar.

—La noche de la cena, noté que Allis parecía inusualmente preocupada por mantener el orden en la cocina. Creo que tiene miedo al fuego.

—No me extraña que te evite: le prestas mucha atención. —La mayoría de la gente habría pasado por alto el comentario de Doreen bajo un aluvión de explicaciones, pero Nick lo oyó alto y claro.

—Hace cuatro años, tuvimos un incendio en casa. Opal Speck, que ahora es Grogan, y yo estábamos dentro y casi no conseguimos salir. Saul y Adam nos pusieron a salvo. Desde entonces, Allis se ha vuelto muy vigilante con el fogón... aunque fue una chimenea la que causó el problema.

—Ya veo. Ahora tiene sentido.

—Es muy protectora con los que quiere. —Una sonrisa se dibujó en el rostro del doctor Jordan—. Allis necesita un hombre fuerte, y hasta ahora ninguno en Ainsworth ha podido estar a su altura. —Le tendió la mano para que se la estrechara con firmeza—. Está decidido. Tiene nuestra bendición.

—Gracias. —Nick avanzó para estrechar la mano de Josiah—. No se arrepentirá, se lo aseguro.

—Por supuesto que no, señor Turner. —El hombre mayor negó con la cabeza—. No podemos prometerle lo mismo.

# CAPÍTULO 19

Getty, querida, lo siento mucho por ti. —Cornelia Walthingham asomó su nariz respingona y miró hacia abajo—. Debes estar perfectamente destrozada porque te haya dejado.

—Se ha ido llorando, el ganso estúpido. —Alice Porth, una chica que Getty solía considerar en privado demasiado franca para su propio bien, salió en su defensa—. Él no la dejó, ningún hombre en su sano juicio lo haría.

—Yo nunca diría tal cosa. —Getty logró esbozar una pequeña y reservada sonrisa, que se disolvió en el instante en que su taza de té llegó a sus labios.

—Terriblemente intrigante por tu parte sugerir lo contrario, Cornelia. Huele a celos. —Daphne Kessel se unió a las filas de amigas que apoyaban a Getty en su momento de necesidad —. Sobre todo teniendo en cuenta la forma en que Reginal lleva todo el asunto.

El pavor le atenazó el estómago, haciendo que Getty alcanzara otro pastelillo mientras intentaba parecer despreocupada.

—¿Qué quieres decir? No le he visto, por supuesto.

—¿No lo sabes? Está destrozado por tu deserción. Afirma que nunca amará a otra. —Alice se llevó el último pastel de la bandeja, así que Getty llamó para pedir más—. Ha llegado a ponerse un brazalete negro para significar que llora tu pérdida.

—Ridículo.

De repente perdió el apetito. La sola idea de que Reginal hiciera tanto drama por la forma en que la había utilizado y puesto fin a su relación, haciendo un espectáculo de sí mismo para llamar la atención y la compasión, le creaba una oleada de rabia tal, que ni siquiera ir de compras podría ayudarla.

—Pura teatralidad. Es una de las razones por las que vi que no nos llevaríamos bien.

—Jura que volverás con él. —Un brillo de celos iluminó la mirada de Cornelia—. Que ninguna otra mujer puede captar su atención y que no cejará hasta que vuelvas a ser suya.

—Reginal persistirá precisamente el tiempo que tarde en darse cuenta de que los brazaletes negros, cuando se llevan constantemente, manchan ciertos tejidos. —Getty sabía que había hecho sonar mezquino a su ex prometido, y quizá ella misma sonaba bastante mala, pero no le importó—. Es extremadamente concienzudo con su aspecto.

—No tan concienzudo como para no luchar por ti. —Daphne dio un pequeño suspiro—. Es muy romántico el modo en que ha amenazado a duelo a cualquier hombre que tan sólo te mire.

—¿Qué? —La postura de Getty, que ya se mantenía erguida gracias a su corsé fuertemente

atado, se volvió aún más rígida.

—El señor Hayden dice que simplemente no puede soportar la idea de que estés con otro hombre, y por eso no permitirá que ninguno se acerque a ti. —Alice se inclinó hacia delante—. ¿No te has preguntado por qué ninguno de tus antiguos pretendientes ha venido a mostrar su interés?

—Supuse que estaban ejerciendo unos modales juiciosos y dejando pasar un respetuoso período de tiempo para no ofenderme a mí o al señor Hayden. —Getty pronunció la frase tal como la había ensayado, pues por supuesto que se lo había preguntado—. Nunca se me ocurrió que Reginal estuviera lanzando amenazas para mantenerlos a raya. ¡Qué descaro!

—Toda mujer aprecia a un hombre que sabe lo que quiere. ¿Cuándo le sacarás de esta miserable espera y le aceptarás de nuevo?

—Sí, ¿cuándo?

—¿Puedes organizar que veamos la reunión? —Una ráfaga de exclamaciones saludó la pregunta de Portia.

—Mamá, ya lo he dejado claro. No aceptaré que Reginal vuelva.

—¡Pero debes hacerlo! Simplemente debes. —El torrente de gritos femeninos se mezcló en un balbuceo estridente, haciendo que Getty diera un respingo.

—Es tan gallardo el modo en que se esfuerza por reconquistarte. —Alice, en particular, se negó a dejar el asunto—. Parecerás una persona horrible y dura de corazón si le rechazas.

Un trozo de sus turbios recuerdos de aquella noche salió a la superficie, haciéndola jadear:

—Se acabó el recreo, Getty. —Reginal la retuvo tratando de acortar la distancia entre ellos —. Me perteneces, y a ningún hombre le gustan las burlas.

—Disculpadme, pero me temo que me ha dado migraña.

—Estás espantosamente pálida. —Su madre frunció el ceño—. Ve a descansar un rato. Iré a verte después.

Poniéndose una mano en la sien, Getty bordeó a sus amigas y varios muebles hasta llegar al vestíbulo. En el momento en que se perdió de vista, se dejó caer contra la pared, inspirando entrecortadamente.

*Es sólo cuestión de tiempo que vean a lo que he llegado.* Se tragó un sollozo, y le llegó a sus oídos la conversación que había abandonado.

—No tenía buen aspecto. —Las palabras eran adecuadas, pero el tono de Cornelia no llevaba preocupación. En su lugar, un malicioso matiz de satisfacción subrayaba su observación.

—Getty no ha sido la misma desde que se deshizo del señor Hayden. —Daphne tamborileó con las uñas en el borde de su platillo como hacía siempre que estaba inquieta—. Me preocupo por ella.

—Como todas.

—Si no recupera pronto la compostura, puede que sea demasiado tarde para que encuentre a otro prometido. —La satisfacción sonaba aún más pronunciada ahora, y Getty decidió no tener nada más que ver con Cornelia—. Si es tan tonta como para dejar escapar un premio como el

señor Hayden...

Ella no quiso oír nada más. Apoyando una mano en la barandilla, Getty subió las escaleras lo más silenciosamente posible hasta llegar a su habitación.

*Ojalá poder escabullirse... si sólo pudiera conseguirlo, todo iría mejor.*

Evitando la cama, se reclinó en el diván cercano a su vestidor y pensó en lo mucho que deseaba que su prima estuviera allí.

Las lágrimas que había mantenido a raya rodaron por el puente de su nariz y su moflete.

*Ojalá Gina estuviera aquí, en vez de en el oeste. O que pudiéramos cambiar de lugar y yo pudiera estar lejos, muy lejos de Reginal y de todas las señoritas bocazas que seguían enamoradas de él.*

Se sentó veloz como un rayo.

*Puedo estar lejos, es la solución perfecta.* Su primera sonrisa de verdad en días tiró de las comisuras de sus labios y cedió a una mueca poco femenina. *¡Sorprenderé a Gina con una visita!*



Daryl se bajó el ala del sombrero y entrecerró los ojos, tratando de distinguir las diferentes plantas bajas ocultas por las hierbas de la pradera. No tenía por costumbre recolectar plantas, pero existían excepciones para cada regla. No importaba si tenía que recorrer kilómetros antes de encontrar y recoger lo suficiente de lo que había venido a buscar. Daryl no tenía intención de presentarse en el desayuno con las manos vacías esa mañana.

*Demuéstralo.*

Su desafío resonó en sus oídos cuando divisó la primera de sus cosechas no oficiales y se puso a ello con ganas. Si las palabras no lo demostraban y estar a su lado no lo demostraba y respetar su deseo de ayudar a montar la escuela no lo demostraba, Daryl tenía un arma más en su arsenal para demostrar a una mujer que la valoraba. Lo demostraría con una estrategia tan bien trazada que ni siquiera Gina Spencer podría negarlo.

Y a ella le gustaría.

Con un resuelto movimiento de cabeza, Daryl avanzó y pisó el suelo que había desnudado.

*Muéstrame a un hombre que no recorra diez millas de pradera recogiendo flores silvestres para salvar su orgullo y ganarse una mujer, y te mostraré a un mentiroso o a un patán.* Aunque no todos los hombres podían darle un toque personal al ejercicio: un dulce sentimiento diseñado para ganarse el corazón de una mujer.

No sólo se ganaría el favor obsequiando a Gina con flores, sino que subió la apuesta de varias maneras. Primero, recogiéndolas él mismo, lo que significaba que ponía empeño, a diferencia de cómo se hacían las cosas en Baltimore, donde un hombre simplemente las compraba. Luego, se había acordado del color favorito de ella, el morado, y sólo había elegido flores de ese tono.

*Menos mal que la extraña variedad florece por aquí.*

Éste era el tipo de cosas por las que las mujeres se volvían locas. Romance, consideración, individualidad, un toque creativo... en resumen, debería tener su consentimiento para casarse con él antes de que acabara la semana. Estarían ante el párroco Carter, con todo el pueblo mirándolos y deseándoles lo mejor, el próximo domingo.

*Tres días es poco tiempo. Mejor que sea algún día de la semana que viene. Dejaré que Gina decida, para mantenerla contenta. Es bueno hacer que la mujer se sienta implicada.*

Para cuando hubo recogido un enorme ramo y regresó a la casa, Daryl se sentía mejor de lo que se había sentido en más de una semana.

*¡Hora de ganarse una esposa!*

# CAPÍTULO 20

Los días se asentaron en un patrón fácil, demasiado fácil. Gina se despertó el jueves siguiente con la sensación de que algo había cambiado.

Al abrir los ojos, Gina lo supo de repente. Los gélidos recelos que había apretado alrededor de su corazón desde el momento en que Mildred mencionó por primera vez el nombre de Getty se estaban descongelando. Toda la preocupación y el dolor y la decepción no se habían derretido, pero la presión implacable y punzante de ello disminuyó.

Esa mañana se adelantó a la mujer mayor, y ya tenía la leche y el agua dentro para cuando Mildred apareció.

—O tú te levantas antes o yo duermo hasta más tarde. Elijo creer que es lo primero.

—Estoy de acuerdo.

—Eso sí que es una agradable sorpresa. —Las cejas de Mildred se alzaron hasta casi tocar la línea de su cabello—. ¿Supongo que te has cansado de perder nuestras pequeñas discusiones cada mañana y has decidido tomar el camino fácil a partir de ahora?

—Difícilmente. Disfruto mucho con nuestras discusiones. —Gina enfatizó la última palabra de esa frase—. Pero yo no lo llamaría discusión, indica una especie de amargura y una inutilidad cíclica que no creo que describa nuestra forma de conversar.

—Eso me gusta más. —Golpeó el suelo con su bastón en señal de aprobación—. Me alegra ver que no has perdido tu espíritu.

—Al contrario, cada día es más fuerte.

—Entonces Ainsworth debe estar haciéndote algún bien. —El profundo timbre de la voz de Daryl en el umbral de la puerta hizo que ambas se dieran la vuelta. Estaba allí de pie, con un brazo a la espalda, y una amplia sonrisa iluminando su rostro.

—Tú también llegas pronto. —El gruñido de Mildred sonó genuino, y Gina se ablandó ligeramente ante la idea de que la mujer mayor se sintiera estafada en su tiempo de debate.

—Continuaremos nuestra conversación más tarde. No creas que te has escapado. —Su broma tuvo el efecto deseado, haciendo que su oponente se enderezara de inmediato en anticipación.

—¡Serás tú la que quiera escapar!

—Ninguna va a escapar. —Daryl torció un dedo, manteniendo aún un brazo a la espalda mientras la llamaba—: Gina, ¿puedes venir aquí?

Sospechando al instante, ella no se movió.

—Ya hemos jugado a esto, Daryl. Dije que no daría más pasos hasta que demostraras que eras digno. —No ayudó a la situación que Mildred los observara a ambos con ávida curiosidad.

—Eso es lo que intento hacer.

En contra de su buen juicio, guiada por su curiosidad, Gina arrastró los pies hasta que sólo unos metros las separaron.

—Hasta aquí llego.

*Físicamente, al menos.* Su corazón y sus sueños tamborilearon hacia adelante, hasta que sus esperanzas la colocaron firmemente en sus brazos.

—Te dije que me ganaría tu corazón. —Su mirada la atrapó y la mantuvo firme—. Me dijiste que me probara a mí mismo. He pronunciado las palabras, te he mostrado ante mis iguales y he estado orgulloso de reclamarte, te he tratado como a la mujer de mi casa. —Aquí ignoró un débil graznido de Mildred, aunque sonó más como un recordatorio de su presencia que como una verdadera protesta—. Me he probado a mí mismo de todas las formas que conozco, salvo los tradicionales regalos de cortejo.

—Oh, Daryl. —La vergüenza la inundó incluso cuando algo se ablandó ante su determinación. *¿Podría ser que Daryl realmente quisiera casarse con ella por razones más allá del deber o la culpa por su error?*— Nada de regalos. Nunca fue mi intención que compraras nada.

—Dicen que la intención es lo que más importa. —Sacó un enorme ramo de flores de detrás de su espalda con una dramática floritura—. Te traigo esto y espero que leas mis pensamientos y encuentres todas las pruebas que buscas. —Sostuvo el ramo de flores frente a él, con expresión alegremente expectante.

Gina miró fijamente el macizo demasiado grande de flores que él empujaba hacia ella, con la mente trabajando furiosamente. Aplastadas unas contra otras, las flores se marchitaban, se doblaban y se inclinaban en posiciones antinaturales. Las hojas atrapadas entre los tallos se asomaban a través de los gruesos dedos de Daryl como si intentaran escapar de su confinamiento. En conjunto, las flores parecían tan manipuladas y maltratadas como se sentía Gina.

—Gracias. —De algún modo ahogó la esperada frase.

*Lo está intentando. Te trajo flores, las escogió él mismo e incluso son de tu color favorito, no es que sea maravilloso, pero al menos lo intenta.*

Alguna parte lógica y optimista de su mente envió una letanía de pensamientos alegres en un intento de mitigar la estrepitosa decepción, pero fue inútil.

*Promete mostrarme su verdadero corazón y demostrarme que me quiere, pero trae lo único que podría encontrar para simbolizar a la mujer que no puede tener, si me conociera no habría traído flores.*

El frío rígido extendió sus dedos por su pecho una vez más, estirando su alcance más allá de donde se habían sumergido la primera vez que había sentido la decepción.

—¿No vas a cogerlas? —Dos líneas se fruncieron entre las cejas de Daryl mientras inspeccionaba su ofrenda.

—No parecen estar en su mejor estado. —La afirmación sonó como una pregunta cuando Gina empezó a levantar una mano para aceptar su regalo y luego la dejó caer de nuevo a su lado —. No puedo aceptarlas, Daryl. —Ella dio un paso atrás, un paso más grande de lo normal, aunque dudaba que él lo notara—. Aprecio lo que intentas decir y la manera tan considerada que elegiste para hacerlo, gracias.

—Si no te gustan puedo elegir otra cosa. —Su agarre se tensó, forzando a las pobres plantas a adoptar posiciones aún más contorsionadas—. A tu prima sólo le gustan los claveles y las rosas, pero pensé que apreciarías éstas.

—¿Sigues pensando en ella a menudo? —Gina soltó una carcajada sin humor. Era eso o permitir que el dolor reseco de la parte posterior de su garganta se convirtiera en sollozos secos —. No puedes tener a Getty, así que para decirme que has hecho las paces con tu segunda opción, ¿me traes su regalo?

—¿Qué? —El asombro cubrió sus facciones—. No, las moradas son tus flores favoritas.

—Pero yo no me identifico con las flores.

—Pero... —La frustración hizo que sus cejas se juntaran por completo, y ella prácticamente pudo ver cómo le daba vueltas en la cabeza a la interpretación que ella hacía de su regalo, incapaz de rebatirla—. Abuela, no me dijiste que ni siquiera le gustan las flores. Estas son flores silvestres, diferentes. —Sonrió como si eso hiciera que todo fuera mejor... en vez de peor.

—Uu…u…g…h…h…— Un ruido sordo acompañó el gemido de Mildred.

Gina no podía estar segura, pero sospechaba que la mujer mayor había dejado caer la cabeza sobre la mesa, con fuerza. Lo que significaba que Mildred, al menos, veía la razón por la que Daryl debería haberse guardado este pequeño gesto para sí.

—Ya veo. —Miró fijamente a la cada vez más desaliñada agrupación como si amenazara con morderla—. ¿Así que son flores silvestres?

Gina vio el momento en que se dio cuenta de dónde se había equivocado: se sorprendió a sí mismo a medio asentir y empezó a sacudir la cabeza con vehemencia.

Demasiado poco, demasiado tarde.

*¿Dónde se había equivocado?* Daryl sabía muy bien que no tenía tiempo para averiguar en qué se había torcido su plan, pero todo el asunto tenía el sabor de una emboscada.

Ahora, ella se había apartado de él. No un pequeño paso, ni siquiera una serie de pasos vacilantes, sino un gran paso decisivo que demostraba que esta vez había dañado sus posibilidades. Peor aún, por muy atractiva que pareciera con los ojos tan brillantes, Gina parecía estar ganando más fuelle del que soltaba.

—¿Silvestres, supongo? ¿Flores de segunda como yo? —Su voz se alzaba con cada pregunta, ganando volumen pero perdiendo plenitud, como si subir el volumen la estirara de algún modo.

—No, en absoluto. Gina, no me refería a eso en absoluto. —Se movió para acortar la distancia que ella había aumentado, pero ella retrocedía más con cada movimiento que él hacía, hasta que la mesa de la cocina se interpuso entre ellos, con Mildred justo en el centro de todo—. Te lo estás tomando a mal.

—Puesto que me pediste que leyera tus pensamientos por tu don y trajiste flores de segunda para la impostora que llegó en lugar de la Getty que buscabas, me lo estoy tomando bastante bien.

—Si así lo hubiera querido, no lo estaría haciendo. —La frustración empezó a filtrarse en su propio tono. Después de todo, había hecho un verdadero esfuerzo—. Pensé que te gustarían, así que fui y te las cogí. Estar equivocado sobre tu reacción no cambia la razón por la que lo hice. —Un músculo le hizo tictac en la mandíbula—. El morado es tu color favorito.

—¿Lo sabías? —La postura de su prometida se relajó ligeramente.

—Sí. Lo dijiste el día que viniste a la ciudad: tu vestido era de tu color favorito. —Frunció el ceño al pensar que ella insinuaba que mentiría sobre algo así—. Bastante fácil de recordar.

—Pero no todo el mundo lo haría. —Ella se ablandó un poco más.

—Lo recordé y las flores me recordaron a ti, pero cuando te he dado el ramo, lo has mirado como si te hubiera insultado. —Se quedó mirando el lamentable, aunque aún enorme, bulto de flores que tenía en la mano. De repente ya no quería estar en la casa, de pie delante de la mujer que seguía rechazándole, sosteniendo un manojo de flores destrozadas como si aún esperara que ella las aceptara.

—Llama cuando el desayuno esté listo. —Con eso, salió al exterior, dando unos pasos antes de arrojar las flores al suelo.

*Por eso los hombres no hacen grandes gestos muy a menudo.*

# CAPÍTULO 21

Allis sabía que algo sucedía y su familia se lo estaba ocultando. Algo le hacía pensar que tenía que ver con Nick, pero no se podía imaginar qué podría ser y porqué todos permanecían malditamente callados.

Clara le sonreía en la cocina pero no quiso soltar nada. Así que Allis se escabulló a la oficina de Saul, esperó a que terminara de tratar a un paciente y se lanzó a un interrogatorio que él soportó con buen humor, pero sin soltar prenda.

Lo que la llevó hasta Josiah, en el almacén general. Allis se mostró agradable y útil, pero su abuelo adoptivo no le devolvió el favor. Se rio abiertamente de sus intentos de sonsacarle algo y le indicó que fuera a preguntar a Nick.

Cuando Allis localizó a la tía Doreen ayudando a los Dunstall con una tarde de repostería en el café del pueblo, había oído el mismo consejo.

Un día agotador de intentos infructuosos de sonsacar algo a sus seres queridos llevó a Allis al borde de ponerse de mal humor. Aplastó su irritación y volvió a intentarlo al día siguiente, y al siguiente. Ahora, después de una semana intentando cansar a cualquiera de los adultos de su improvisada familia y sin conseguir nada más que diversión, Allis necesitaba una nueva estrategia.

Fingir que no le importaba era una pérdida de tiempo. No sólo todos los Jordan lo sabían, sino que Nick sospechaba su verdadera reacción. Si no le diera tanta pena, Allis podría incluso haberle mostrado cierto respeto por su astuta estratagema. Ella le evitaba siempre que se acercaba, así que él había ideado una forma de hacer que se acercara a él. Sin embargo, un aprecio a regañadientes por su cambio de táctica no la acercó más a frustrarle.

El sol de la tarde brillaba dorado sobre su pelo arenoso, oscurecido en las sienes por la transpiración. Al acercarse, Allis le observó sacar un pañuelo grande del bolsillo trasero, su mirada siguió el movimiento de su mano hacia arriba. Vagamente notó que se enjugaba la frente, pero la atención de Allis se fijó en la anchura de sus hombros.

En algún momento del día, mientras daba forma con arcilla, paja y agua a los gruesos ladrillos tostados por el sol para construir la rojiza escuela, se había quitado la chaqueta, y su camisa blanca y suelta atrapaba cualquier escasa brisa que pasara, mientras el viento jugaba a un feliz juego del escondite con su pecho mientras alternativamente presionaba y luego levantaba la tela. Unos tirantes oscuros perfilaban la ancha V de su espalda mientras se limpiaba el cuello y devolvía el pañuelo a su bolsillo.

Allis aspiró un suspiro. Por muy retorcida que fuera su mente, no se podía negar que Nick Turner tenía una buena figura que poder contemplar.

Al menos, lo hizo hasta que se volvió para dedicarle una de esas lentas y exasperantes

sonrisas suyas.

—¿Te gusta lo que ves?

Su pregunta hizo que se le secara la garganta.

—Supongo. —Allis enmarcó su respuesta con cautela. La había atrapado con la mirada y no serviría de nada fingir que no sabía a qué se refería—. Aunque la vista mejora con la distancia.

—Qué raro, los muros aún no son lo bastante altos para que se vean desde lejos. —Sus cejas se fruncieron como si considerara sus palabras, y Allis se dio cuenta de su error.

—Es más fácil de imaginar, —se apresuró a cubrir su error. *Nick no vio que le miraba.* El alivio le llegó hasta los dedos de los pies.

—Es la primera sonrisa que te veo desde hace tiempo. —Se echó el sombrero hacia atrás sobre la cabeza—. Bonita vista.

—Sonrío a menudo. —Se detuvo a media sonrisa y soltó una mueca demasiado dulce—. Que casualidad que no lo hayas visto antes.

—Toda pícara necesita algo de tiempo para afilar su lengua, y supongo que me atribuyes la capacidad de soportar tu práctica.

Allis estranguló una carcajada ante la rápida brillantez de su réplica, centrándose en cambio en su respuesta.

—¿Es de extrañar que pierda mi habitual buen humor a tu alrededor?

—Las casualidades existen. —Su mirada se hizo más intensa—. Aunque no pareces de las que pierden mucho.

—¿Oh? —*Si tan sólo supiera*—. Te sorprenderías.



Nick observó cómo la alegría se desvanecía de sus facciones y lamentó haber sido la causa de esta tristeza.

*Tonto. Los Jordan la acogieron, obviamente ha perdido mucho en la vida.* Era demasiado fácil olvidarlo ante su vitalidad.

—¿Qué ha perdido? —Quiso acercarse pero intuyó que ella lo vería como una violación de su espacio. En lugar de eso, se mantuvo firme.

—No menos que otra gente. —La tristeza se transformó en recelo. Debió darse cuenta de que sus pensamientos se mostraban demasiado.

Nick se encontró dividido entre querer que dejara de levantar barreras y ponerse máscaras alegres y odiar ver cualquier atisbo de sufrimiento en esta mujer indomable.

—¿Como por ejemplo? —Él siguió el impulso de su exagerado suspiro.

—Pierdo la noción del tiempo cuando estoy disfrutando, y mi buen humor, cuando no lo estoy. —La sonrisa se volvió astuta—. Pero sobre todo, parece que no puedo mantener mi

paciencia.

Se echó a reír ante su despliegue de ingenio.

—¿Así que ahora hemos llegado al centro de la cuestión: la razón de su visita no programada a la escuela?

—Señor Turner, sabe muy bien por qué he venido hoy aquí.

—¿Se le acabó su paciencia, o es que ha podido más su curiosidad? —Nick se arriesgó a adivinar.

—¿Curiosidad? No sé de qué está hablando.

Era casi demasiado fácil, pero no pudo resistirse a pincharla. Mientras ella se había negado a venir a preguntarle de qué había hablado con su familia, él se había enfriado esperando su orgullo. Levantó las cejas en una creíble imitación de sorpresa.

—¿Qué es ese el motivo de que haya venido a hablar conmigo? ¿Por qué siente curiosidad sobre el asunto que traté con su familia?

—¿Cómo…? —El tono mordaz hizo ampollas en el eco, pero ella se calló y no continuó con lo que casi había soltado. Lo que, por supuesto, hacía todo aún más interesante.

Por suerte, Nick sabía muy bien lo que ella había estado tramando durante los últimos cinco días. Allis Travers no se entretuvo, preguntó, interrogó, engatusó y, directamente, exigió información, pero se había mantenido ocupada intentando sonsacar información durante toda la semana. Nick lo sabía, porque se había entretenido viéndola aventurarse por toda la ciudad avasallando a los miembros de su familia. Al parecer, ninguno de ellos había roto su promesa de no revelar lo que les había preguntado. Doreen incluso llegó a elogiar su estrategia.

—Tu familia no quiso explicar mi petición, supongo.

—Ni pío. —Esto era lo más parecido a una admisión de que intentaba descubrir lo que les había dicho. Sin embargo, ella no salió a preguntarle.

—Es adorable cuando se frustra.

—Yo —espetó ella ante su cumplido—, no soy adorable.

—Adorable la describe muy bien, ya que bonita es demasiado común. —Él se cruzó de brazos e hizo ademán de mirarla de arriba abajo—. Ambos sabemos, señorita Travers, que es cualquier cosa menos común.

—Soy muchas cosas. —Parecía algo apaciguada a pesar suyo.

—Si no es adorable, es sólo porque no se deja adorar. —Finalmente dio el paso que se había estado negando a sí mismo, acortando la distancia entre ellos—. Ahora dígame que me equivoco.

Ella le miró fijamente en un silencio que le produjo más satisfacción que todo el sparring que había disfrutado antes.

—No.

—¿No?

Notó que ella no daba un paso atrás. Si simplemente se mantenía firme por terquedad o si no le molestaba su cercanía era difícil de decir. Excepto que él recordaba su primer encuentro y

sabía que Allis no se pondría al alcance de la mano a menos que se sintiera cómoda.

—Quiero que lo diga.

—Pues tiene razón, la adoración no es para mí. No la busco y no la inspiraré. —Inclinó un poco la cabeza para mirarle a los ojos—. Así que, por una vez, estamos de acuerdo.

—En ese caso, —Nick alargó la mano y tomó entre los dedos un mechón de pelo que se le escapaba del moño, acariciando su suavidad antes de metérselo detrás de la oreja—, tengo la intención de demostrar que ambos estamos equivocados.

# CAPÍTULO 22

*Desconcertada*. Allis sólo podía encontrar esa palabra para describir como Nick la había hecho sentir. No lograba superarlo, y él también lo sabía. El conocimiento bailaba en sus ojos y en la inclinación ligeramente ladeada de su sonrisa.

Esperó a que se le ocurriera una respuesta mordaz, pero no se le ocurrió ninguna. Se fijó en esa sonrisa de medio lado, negándose a apartar la vista pero incapaz de encontrarse con su mirada expectante.

—¿Se ha

vuelto loco? —La sola idea de que Nick Turner consiguiera burlarse de ella hizo que Allis volviera en sí.

—En absoluto.

Esperó una explicación, pero parecía que esperaría en vano. Mientras tanto, su sonrisa no disminuyó ni un ápice. *No puede hablar en serio. ¿Un hombre como Nick Turner, adorando a una chica como yo?*

No tuvo que fingir el bufido de risa que le brotó con sólo pensarlo.

—¿Qué es tan gracioso?

—Usted. —Ella se sintió salvajemente satisfecha al ver cómo la sonrisa de él cambiaba—. Casi parecía hablar en serio.

—Estoy hablando en serio. —Nada en su rostro indicaba lo contrario. Ni risa, ni enfado por la suya, sólo una intensidad que hizo que su alegría se secara en un instante.

—No puede ser.

*Yo no. No la verdadera Allis Travers.* Ella le devolvió la mirada. *Si supiera siquiera una pizca de la verdad, vería por qué me reía.* Ella tomó una bocanada de aire. *Y por qué no me río ahora.*

A decir verdad, Allis sabía, tan profundamente como puede saberlo un cuerpo, que no era una buena mujer. Intentó serlo, cuatro años con Saul y Clara le enseñaron mucho sobre la forma en que la gente debe vivir y amar, y había recorrido un largo camino desde la niña amargada que el doctor Jordan arrancó de un callejón. Pero las lecciones aprendidas tarde en la vida sólo calaban hasta cierto punto. Nadie podía lavar el tipo de suciedad que se filtraba en el núcleo de una persona a una edad temprana.

La suerte era que la mayoría de la gente no miraba tan hondo. No les importaba y no sabían cómo hacerlo. Así que Allis se las apañaba siendo simpática e inteligente y siguiendo las reglas. Bueno, la mayoría de ellas, al menos. Algún día se casaría con un hombre que no mirara

tan de cerca y nunca se diera cuenta de la mancha que llevaba encima, y ella se aseguraría de que fuera feliz.

—Pregúntame de qué hablé con tu familia, Allis. —El timbre profundo de su voz acarició su nombre, atrayéndola más cerca, sin dejarle ver que la había llamado por su nombre.

—¿De qué habló con mi familia? —Pero no contaba como obedecer órdenes, ya que ella había planeado preguntárselo mucho antes de que sus pies la trajeran aquí.

—Quería permiso para cortejarte. —Con eso, cerró la puerta a cualquier duda sobre su sinceridad y sobre su acercamiento al tutearla.

Pero Nick Turner era raro. Ante ella estaba un hombre que no se limitaba a mirar el corazón de la mujer que elegía, sino que le exigía que se lo entregara por completo. Si la miraba mucho más tiempo, vería lo que escondía. Lo cual, pensándolo bien, podría ser la forma más fácil de convencerle de que no la quería.

Allis ignoró una punzada ante ese pensamiento. Lo cierto era que había luchado demasiado para llegar hasta aquí y seguir siendo Allis. No pensaba hacer muchos cambios ni renunciar a todo lo que había construido por un hombre, por muy inteligente o guapo que fuera.

—Lo aprobaron.

No era una pregunta. Ambos sabían que no mencionaría el asunto si no hubiera recibido el permiso. Asintió de todos modos.

—Bueno, entonces, —ella se permitió un suspiro—, supongo que será mejor que me acompañes a casa.

—Será un placer. —Volvió a sonreír mientras le ofrecía el brazo, sin sentirse en absoluto desanimado por su fácil capitulación.

*Así que no sólo le interesa un desafío.* Ella le observó por el rabillo del ojo mientras caminaban en silencio. *No importa. Sólo tengo que ser yo misma y le ahuyentaré enseguida. Es por su propio bien, porque pasar tiempo con Nick Turner no me atrae lo más mínimo.*

Siguió caminando, ignorando el silencio. Ignorando las miradas de la gente del pueblo al pasar. Pero sobre todo, ignorando la vocecita en su cabeza que se hacía más fuerte a cada paso.

*Mentirosa.*

Si volvía a oírla, Getty mucho se temía que gritaría allí mismo, en medio de la velada. Tal y como estaban las cosas, apenas mantenía el control de su temperamento. Pero hasta la más educada de las mujeres tiene sus límites.

—¡Getty! —Ni siquiera vio la cara de la mujer antes de verse envuelta en un abrazo de matrona—. Lo siento mucho... —La señora Such, cuyo nombre se le escapaba a Getty en ese momento, parloteaba sobre corazones rotos y su contrapartida más horrible: los compromisos rotos.

En realidad, ella no escuchaba. Las vibraciones de sus dientes rechinando gentilmente tras

un asentimiento agradecido bloquearon la mayor parte del discurso. No es que importara: ya lo había dicho. La frase que ahora Getty detestaba con cada fibra de su ser. Había oído decir a la gente con bastante frecuencia que nadie deseaba que le tuvieran lástima, pero nunca antes había experimentado su naturaleza humillante.

Las salidas solían estar marcadas por las sonrisas y las risas, las charlas y los halagos, las miradas de admiración y la algarabía. Ahora, esa única y horrible frase lo eclipsaba todo.

—Lo siento, lo siento mucho, lo siento tanto, lo siento muchísimo e incluso el exagerado lo siento de corazón. Todos se abrieron paso en un ataque para enorgullecer a las arpías griegas. No importaba si el orador ponía el énfasis, las sílabas seguían siendo las mismas. Y también su efecto.

—Debo irme. —Con un movimiento superficial de cabeza, abandonó a la matrona bocazas en medio de su monólogo y dio una vuelta por la habitación. *A Ainsworth, para ser exactos.*

Había pensado en coger el tren, pero como debería haber recordado de conversaciones anteriores con Gina, el tren no pasaba por esa zona. La diligencia no saldría hasta dentro de un par de días y tardaría un tiempo espantosamente largo... si Getty era tan tonta como para pensar que podría arreglárselas viajando sola.

Gina manejaba esas cosas con aplomo, pero Getty no.

*No hay más que ver lo que pasó la última vez que estuve sin compañía durante algún tiempo.*

Empujó el pensamiento de vuelta a los oscuros recovecos de su memoria, allí donde casi podía convencerse de que estaba olvidado.

Su madre la detendría si conocía sus planes, aunque Getty tenía toda la intención de dejar una nota tranquilizadora si su nuevo plan funcionaba. Lo había urdido al llegar con ella esta tarde y ver a la señorita Lindner y a su hermano saliendo de su carruaje casi al mismo tiempo.

Su madre insistía en seguir la moda, así que los Spencer se desplazaban en un veloz landó, sólo apto para una conducción urbana ligera. Mientras tanto, los Lindner no parecían tener tiempo para modas. Para ser sinceros, todo el mundo pareció sorprenderse cuando Reginal empezó a cortejar a la callada y libresca Elizabeth. Sus mismas diferencias les convertían en una pareja llamativa, o eso exclamaban todos. Ella era bastante guapa, con ese pelo negro y esa piel pálida, similitudes que Getty ignoró cuando Reginal empezó a cortejarla, pero no compartían ningún interés.

Getty deseaba haber prestado más atención; ahora que conocía el ruin juego de su ex pretendiente, se fijaba más en la señorita Lindner. Esta noche, se fijó en su carruaje: regio, bien amortiguado, de costosa fabricación, y diseñado para resistir el paso del tiempo y el uso. El tipo de transporte con el que uno podría recorrer largas distancias, si fuera necesario.

*Pues yo tengo necesidad, y la señorita Lindner debe tener comprensión.*

Getty recordó cómo Elizabeth desapareció durante casi todo el invierno después de dejar a Reginal. Por supuesto que ella sentiría una empatía natural con la necesidad de soledad y evasión de Getty.

Por eso Getty observó a la otra mujer como un auténtico halcón durante toda la velada, esperando el momento justo para engancharle el codo y atraerla a un salón abandonado.

Funcionó de maravilla, salvo por la completa consternación que pintó las facciones de su nueva amiga cuando se encararon.

—Mis disculpas. —Getty se negó, se negó rotundamente, a volver a decir lo siento a menos que se viera obligada a hacerlo—. No nos conocemos muy bien, pero tengo una necesidad imperiosa de hablar con usted.

La señorita Lindner no asintió ni dijo nada alentador, pero tampoco se acercó a la puerta. Seguramente eso significaba algo bueno.

—Creo que tenemos algo en común, usted y yo. —Getty se acercó a un sofá y tomó asiento, palmeando el cojín que había a su lado en una invitación que la señorita Lindner podía elegir rechazar.

—Espero fervientemente que se refiera sólo a nuestra sensatez al no casarnos con el señor Hayden. —Se dirigió hacia la puerta y el corazón de Getty se hundió al pensar que había perdido su oportunidad. En cambio, Elizabeth cerró la puerta y se unió a ella en el sofá.

—Mayormente. —Ahora que había llegado el momento, Getty se dio cuenta de que no podía mencionar su desgracia. Todo era demasiado... vergonzoso.

—Ya veo. —Los ojos de su compañera se volvieron suaves pero de algún modo enfadados —. Aunque espero que nuestras razones difieran un poco.

—No. —No pudo contener un resoplido delator cuando la enormidad de la situación se abatió sobre ella una vez más—. Me temo que no, señorita Lindner.

La otra mujer no dijo una palabra, simplemente le pasó un pañuelo perfectamente planchado y tomó una de las manos enguantadas de Getty entre las suyas. Esta muestra de hermandad, después de estar sin Gina durante un momento tan confuso e importante, resultó ser la perdición de Getty. Las lágrimas corrieron por sus mejillas y gotearon por su nariz.

—Tengo que irme. —Apenas pudo pronunciar las palabras entre sollozos—. Mi prima se fue al oeste, y la echo mucho de menos. Pensé que, de entre toda la gente, usted lo entendería. —Getty se disolvió en lágrimas una vez más.

—Ni se imagina lo bien que lo entiendo, yo misma fui a Vicksburg durante unos meses a visitar a mi abuela después de... —Un gesto aleteante de la mano terminó una frase que ninguna de las dos pudo pronunciar en voz alta.

—¿Me ayudará, señorita Lindner?

—Es Elizabeth, y por supuesto.

Rápidamente, Getty esbozó su plan para ir a la casa de Gina en el oeste, utilizando el carruaje de Elizabeth para llevarla allí sana y salva. Cuando terminó, el silencio se extendió entre ellas.

—Pertenece a mi hermano; tendrás que convencerle. Aunque haré todo lo posible por ayudar. —Su nueva amiga se puso en pie—. Tómate un momento para recomponerte mientras le encuentro, —le aconsejó mientras se escabullía por la puerta.

Getty no perdió tiempo en sonarse la nariz y respirar hondo unas cuantas veces para recuperar el color. Para ganar un momento extra entre las lágrimas y enfrentarse a Shane Lindner, un hombre imponentemente inteligente que nunca dejaba de hacer que se le trabara la

lengua, se mantuvo de espaldas a la puerta. La oyó abrirse y cerró los ojos para rezar rápidamente para que las cosas salieran bien.

—¿Qué tenemos aquí? —La voz de Reginal rezumó por la habitación—. Una bonita florecilla, ya arrancada pero aún lo bastante fresca para disfrutarla.

Ella saltó del sofá y se encaró con él.

—Vete.

—No. —Se desabrochó el abrigo, dejando al descubierto el chaleco que llevaba debajo. El movimiento hizo que el estómago de Getty se revolviera al recordarlo—. Me ha decepcionado al pillarla manteniendo conversaciones privadas con mi otra prometida. —Un brillo frío iluminó su mirada mientras la recorría—. Y estoy dispuesto a enseñarte a comportarte.

# CAPÍTULO 23

-No soy tuya. —Ella casi escupió las palabras mientras él avanzaba. Dividida entre huir o lanzarse sobre él, clavándole las uñas en la cara, Getty se mantuvo firme.

—Sí que eres mía. —En lugar de respetar su nuevo valor, él avanzó—. Mía para ver y mía para tocar.

—¡No! —Ella retrocedió un segundo demasiado tarde cuando los brazos de él la atraparon y la atrajeron hacia él en un pesado apretón.

—Sí. —A Reginal parecía divertirle su determinación de mantenerle a raya mientras ella enderezaba los brazos y se inclinaba todo lo posible hacia atrás para evitarle. Le agarró ambas muñecas con una mano y la acercó de un tirón—. Mía para tomarte, cuando yo quiera.

Echando un pie hacia atrás, lamentablemente vestida sólo con unos zapatitos de noche de satén en lugar de un par de robustas botas de media caña, le propinó una despiadada patada en la espinilla. Un grito de dolor brotó de sus labios cuando los dedos de sus pies se llevaron la peor parte del ataque destinado a incapacitarle, pero, increíblemente, él la dejó ir...

Getty aprovechó su distracción para corretear hacia la puerta, dándose cuenta en cuanto se puso en marcha de que no había sido su patada lo que había detenido a Reginal. Shane Lindner lo sujetaba por el cuello.

*Qué raro, nunca me había dado cuenta de que su notable estatura le daba la fuerza suficiente para levantar a un hombre adulto del suelo.*

Pero eso es exactamente lo que Shane le hizo ahora a Reginal, aunque sólo fuera por un momento. Bruscamente, soltó a su atacante, dejando que Reginal cayera pesadamente de pie, pero no es que se quedara en eso. El rápido gancho de derecha de Shane lo envió desparramado por la alfombra, y Reginal no volvió a levantarse.

—Siempre pensé que tenía una barbilla débil, —se maravilló, mirando al señor Lindner con un nuevo respeto—. Gracias por darle un buen uso.

—Es un placer, Srta. Spencer. —Una sonrisa renuente levantó sus labios, aunque intentó reprimirla. Sus esfuerzos sólo sacaron a relucir un hoyuelo bien escondido que Getty nunca había notado antes—. Ahora, ¿he oído que necesita transporte?



Gina se quedó mirando el mostrador desplegable de la habitación de invitados, todo un lujo tan al oeste. Daryl ordenaba, transportaba e implantaba cosas hermosas y se rodeaba sólo de lo

mejor.

*Necesito recordarlo.* Permaneció sentada en la cama, con las manos en el regazo, remachada por aquel escritorio.

Sería tan fácil fingirlo todo y actuar como si Daryl la quisiera. Si lo deseaba, Gina podría caminar hacia el altar con la cabeza bien alta, su futuro asegurado, y nadie se daría cuenta.

En el fondo, había conocido la carta de Daryl por lo que era: un tentador vistazo a una vida que no estaba destinada a ella. Sólo que lo había deseado tanto que se agarró a él y salió a su encuentro… pero la realidad ganó.

Gina no pudo soportarlo más. Se levantó de la cama, cruzó la habitación y apoyó una mano sobre el frontal del escritorio. Deslizando un dedo por la ranura, desenganchó el compartimento con bisagras, acunándolo para que no tensara la cadena destinada a sostenerlo como superficie de escritura. Se abrió para revelar el secreto de su interior.

Las margaritas moradas, una vez aplastadas, se marchitaban dentro de un jarrón de cristal. Privadas de la luz del sol y del aire fresco, se marchitaron mucho más rápido de lo que lo harían si Gina hubiera tenido el valor de exhibirlas en su mesilla de noche.

En lugar de eso, las escondió.

Gina alargó la mano para tocar los suaves y frágiles pétalos de una flor. Después de que Daryl se marchara, le había visto arrojar las flores al suelo, y algo dentro de ella aulló ante la visión. Había resistido el impulso de salir corriendo a recogerlas todas, en lugar de eso esperó su momento hasta que Daryl se metió en el molino y Mildred descansó los ojos un rato.

Entonces se había aventurado a salir, había seleccionado cuidadosamente las flores suficientes para llenar el jarrón de cristal que había traído de casa y había vuelto a entrar a hurtadillas. Colocar el jarrón le llevó más tiempo del que esperaba, y una vez que las tuvo bien colocadas, Gina se dio cuenta de lo que había hecho, de lo que les parecería a Daryl o Mildred si vieran su hazaña, parecería una imbécil.

Así que las guardó a buen recaudo en su escritorio, compañera de las palabras que Daryl le envió hurgando en su corazón después de que ella hubiera desafiado su elección de margaritas: El morado es tu color favorito... Tú lo dijiste.

Sí, es cierto que ella lo dijo. Sin embargo, Daryl lo consideró lo suficientemente importante como para recordarlo. Eso significaba algo. No significaba un amor apasionado e imperecedero, no significaba que él hubiera estado esperando que Gina bajara de ese escenario, pero aun así... contaba.

—*Eres como una flor.* Esto fue lo que la hizo escabullirse para salvar algunas de ellas. El sonido de su voz, tan serio mientras decía palabras dulces. No eran halagos ni cumplidos ni un intento calculado de ganarse su favor. No, eran dulces palabras pronunciadas con exasperación. *Eran palabras verdaderas.* Giró ligeramente el jarrón mientras suspiraba.

—Vaya suspiro.

Gina cerró de golpe el escritorio al oír la voz de Mildred. Se giró para ver y, efectivamente, la mujer mayor estaba de pie en el umbral de su puerta. ¿Quién sabía cuánto tiempo llevaba observando a Gina suspirar? Su única esperanza residía en la idea de que su cuerpo le impedía ver las flores. Seguramente Mildred no había visto el jarrón.

—¿Primero un gran suspiro y luego aguantas la respiración? —Mildred se abrió paso en la habitación, encontrando aparentemente innecesaria una invitación—. ¿Pensando en la cantidad de equipaje que has traído, deseando haber mostrado un poco de moderación?

—No me sirve de nada ordenar el equipaje y volver a empaquetarlo todo pronto. Intenté esperar lo mejor y empaquetar para lo peor. —Gina contempló la montaña apilada contra la pared del fondo, extendiéndose por la habitación sorprendentemente grande, y empezó a preguntarse dónde lo pondría todo una vez que asumiera su cargo oficial de maestra.

Acomodándose en la cama, y consiguiendo parecer excesivamente cómoda, Mildred fijó su atención en Gina.

—No te hace ningún bien tener todo guardado en el equipaje.

—Sí, pero da igual. —Gina no pudo evitar admitir la triste verdad—. Nada de lo que he traído ayudará con la contingencia de que mi prometido esperaba a otra mujer.

—Hay mucho que decir sobre la versatilidad. Llevas días debatiendo sobre la inutilidad de esconderse de las decepciones.

—No me escondo de mi equipaje. —*Aunque hay cosas que no quiero desenterrar*. La sola idea de ver su vestido de novia bastó para hacerla sentarse. La honestidad la obligó a añadir—: Bueno, de la mayor parte, sí.

Por un momento inusual, Mildred mantuvo el silencio. La quietud reinó durante un momento interminable hasta que Mildred volvió a hablar.

—Déjame decirte algo, Gina. Con el tiempo, las esperanzas se desvanecen lentamente en recuerdos y remordimientos.

—Si te sientes triste o sola, ¿por qué no asistes a las funciones del pueblo, ni invitas a la gente a tu casa, ni aceptas invitaciones cuando te las ofrecen? ¿Por qué te castigas?

—No lo hago. No tengo por qué hacerlo. La vida ya ha hecho bastante de eso. —Una pausa le dijo a Gina que Mildred se daba cuenta de lo brusca que sonaba—. No, me mantengo al margen porque el contraste de la compañía empeora las cosas cuando vuelve la soledad. Así, las cosas se mantienen en equilibrio. Pero volviendo al asunto que nos ocupa… —señaló los baúles de Gina—, no desperdicies las oportunidades que te ofrece la vida.

—Si acepto tu consejo, ¿aceptarás tú el mío? —preguntó Gina.

—¿Desharás las maletas y te instalarás si lo hago? —Una luz astuta iluminó la mirada de la anciana, su capitulación era demasiado fácil.

Ante el asentimiento de Gina, Mildred no dudó.

—De acuerdo.

Gina se preguntó por un momento si Mildred estaba tan empeñada en que deshiciera las maletas porque pensaba que sería un paso más para que Gina se quedara.

—Entonces vas a empezar a asistir a las funciones religiosas.

—¿Qué tiene que ver eso con mi consejo?

—Quedamos en que seguirías mi consejo si yo seguía el tuyo. —Se inclinó para abrir el primer baúl, sacando una colcha de estrellas bellamente trabajada—. Es demasiado tarde para

cambiar de opinión ahora.

—¿Qué debería hacer exactamente? Porque no pienso cambiar la forma en que vivo mi vida. —La curiosidad dominó la irritación de la pregunta de su anciana amiga, y Gina supo que había ganado.

Miró el pequeño baúl del rincón, sabiendo que no lo abriría pero deseando tener motivos para hacerlo algún día.

—Ya lo iremos viendo.

# CAPÍTULO 24

El día resultó especialmente difícil. Pero los dos días transcurridos desde que había intentado regalarle a Gina aquellas flores parecían llenos de pequeñas dificultades.

Las cosas se habían vuelto complicadas desde aquella mañana. La conversación fácil entre la abuela y Gina se paraba cuando él llegaba a la mesa. Más de una vez había sorprendido sus ojos clavados en él, preguntándole algo, pero no sabiendo el qué. Las bromas caían en saco roto, y ella había empezado a retirarse a su habitación por las tardes en lugar de leer junto a él en el salón.

Era extraño que no se hubiera dado cuenta de lo mucho que disfrutaba de su tranquila compañía hasta que ella se la quitó. Si lograba encontrar la manera de pedirle que volviera sin parecer exigente o, peor aún, tonto, Daryl la vería en el sillón a juego frente a él esa misma tarde.

Le gustaba lo cómoda que se la veía siempre. Le hacía sentir a gusto y eso, a su vez, hacía que el lugar pareciera más... bueno, hogareño. Había algo hogareño en la forma en que ella colocaba los pies bajo las faldas y se acurrucaba para disfrutar de algo edificante o entretenido.

Pero lo mejor, lo que más echaba de menos, era algo que Gina probablemente no creería. Sólo se ponía las gafas cuando leía, la primera vez que las había sacado de un estuche que llevaba en el bolsillo, colocándose la fina cadena al cuello y deslizando las delicadas monturas doradas sobre su nariz, Daryl se quedó paralizado. Sólo una noche desde entonces se había perdido ese momento: cuando la abuela le pidió que fuera a por agua. Por lo demás, lanzaba miradas furtivas por encima de su propio libro hasta el momento en que ella se transformaba.

Porque eso fue lo que ocurrió. Gina desenterró sus gafas y, de algún modo, desenterraron algo oculto en ella. Le suavizaron la cara, atrajeron la atención hacia su naricilla respingona, hacia la forma en que se mordisqueaba distraídamente el labio inferior mientras leía o abría la boca con sorpresa y deleite, según lo que encontrara entre las páginas.

Daryl estaba bastante seguro de que ningún otro hombre había sido testigo de esta revelación nocturna, sólo él.

Excepto que él tampoco la había visto las dos últimas noches.

*Estoy perdiendo terreno en lugar de ganarlo.*

Este tipo de situaciones hacen que un hombre se reevalúe, y cuanto más miraba, menos le gustaba a Daryl lo que veía. Hace un par de semanas escasas, el escenario le trajo una prometida. Un error intrascendente, un mero tecnicismo, le arrebató la posibilidad de una unión una vez que ella descubrió la verdad. Y al intentar hacerla cambiar de opinión, había perdido incluso el simple placer de su compañía.

Cuanto más pensaba en ello, más le enfurecía.

—Deja de mover la cabeza y saluda a tu abuela. —Le ordenó desde donde estaba medio sentada, medio tumbada en la cama, rodeada de un surtido de cosas de niña—. Gina necesitaba... salir un momento.

—Ya veo. —Se sintió extraño entrar en su habitación, ver los signos reveladores de que estaba deshaciendo las maletas.

*¿Se está instalando?*

—Ha guardado todas sus cosas todo este tiempo, así que la convencí para que al menos las coloque.

Ordenadas pilas de ropa cubrían los pies de la cama; un costurero se apoyaba en la cadera de la abuela mientras ésta ojeaba un álbum de tintypes.

—Toda una colección.

Pero, sobre todo, vio libros. La Biblia de Gina yacía en su mesilla de noche, pero otra Biblia, una que parecía escrita en francés, yacía ahora a su lado. Pilas de volúmenes desfilaban por el suelo en ordenadas filas. Las obras recopiladas de Shakespeare velaban junto a un juego completo de McGuffey's Readers.

Los viajes de Marco Polo rivalizaban con *Los viajes de Gulliver*, superados por conjuntos atribuidos a Dante y Milton.

—Si te preguntabas qué había metido en todos esos baúles suyos, ahora ya lo sabes. Gina trajo toda una biblioteca con ella.

—Lo creo; lo habría creído sin verlos. Es Gina por todas partes. —Palabras, sabiduría y asombro: eso es lo que ofrecían los libros. Y Gina sabía que eran raros en el oeste—. Allá en Baltimore, hablamos de la falta de educación y disponibilidad de material de lectura en los territorios. —El recuerdo le tomó desprevenido.

—Parece que ella pretende arreglar eso.

—Es una apasionada de los libros. —Seguro que la abuela no notó la nota de disgusto que se le formó cuando dijo libros.

*Quiero que se apasione por más cosas.*

—Necesito papel. —La mirada de la abuela se volvió afilada como la navaja que usó Daryl para afeitarse, pero el atisbo de una sonrisa ahondó los surcos de su boca—. Tráeme un poco del escritorio, ¿quieres?

No era una pregunta. Daryl apretó el pestillo, abatiendo el frontal para buscar algo de papel. Dejó de buscar cuando vio lo que había en el escritorio.

Un jarrón de cristal, lleno de agua fresca, acunaba unas cuantas flores moradas ligeramente marchitas. Flores silvestres, para ser exactos. Daryl cerró el escritorio, se disculpó con la abuela por no haber encontrado ningún papel y emprendió el camino de vuelta al molino, con la mente dándole vueltas.

*Gina aún siente algo por mí. No es demasiado tarde para recuperarla.*

Parecía muy temprano para retirarse a su habitación, pero desde el día en que había hecho un desastre al aceptar el regalo de Daryl de las flores silvestres, Gina no había reunido el valor para sentarse frente a él en el salón a leer, como se habían acomodado.

—Dale tiempo para que se enfríe ese temperamento suyo... y luego dale un día más para que se dé cuenta de lo que se pierde, —le había aconsejado Mildred después de que su nieto se marchara aquella horrible mañana. También había murmurado algo sobre un saludable cambio de perspectiva para las mujeres con cabeza de mula, pero eso, Gina lo ignoró.

*Ya han pasado unos días. ¿Quizás había pasado suficiente tiempo como para que su temperamento se enfriara y no le disgustara la compañía esta noche?* La chispa de esperanza murió rápidamente. *Apenas me ha mirado desde aquel día, y mucho menos ha pasado un momento a solas.*

Negándose a dejar que sus hombros se desplomaran, Gina apagó la lámpara de la cocina, ahora recogida, preparándose para seguir a donde Mildred había subido una hora escasa antes.

Su cabeza se volvió hacia el salón al pasar, a pesar de su determinación de no asomarse. La verdad era que Gina no podía dejar pasar la oportunidad de ver a Daryl relajado al final de un largo día, aunque sólo fuera echar una mirada furtiva de camino a su exilio autoimpuesto. Las noches mostraban a Daryl bajo una luz diferente, más tranquilo y calmado, y no tan ajetreado como durante el día.

Daryl se sentó, se recostó, apoyó los pies calzados en una otomana y se hundió en una relajación tan completa que sólo le faltó un suspiro de satisfacción. Por supuesto, un suspiro podría arruinar todo el atractivo masculino que presentaba sin esfuerzo.

—¿Gina? —Su voz retumbó justo a su lado, le hizo darse cuenta de que había merodeado en la base de la escalera durante demasiado tiempo—. ¿Estás bien?

Un rubor impropio pintó con seguridad sus mejillas.

—Solo estaba recogiendo lana. Si me disculpas... —Se dirigió hacia las escaleras, mortificada por haber sido sorprendida soñando despierta. *¿Habrá visto que le miraba fijamente?*

Su mano atrapó su codo, bloqueando su intento de huida.

—Espera.

Aunque ella hubiera querido dejarle allí plantado, no habría sido posible, no cuando él le pedía que se quedara, no cuando él estaba tan cerca, no cuando el calor se extendió desde las puntas de sus dedos hasta subir por el brazo de ella, cinco vetas de calor que rivalizaban con la fuerza de su rubor durante un latido. El sonido del suyo propio retumbó en sus oídos lo bastante fuerte como para que ella lo notara. Durante un breve instante permaneció quieta como una estatua, esperando.

—Esperaba que te unieras a mí esta noche. —Daryl inclinó la cabeza hacia el salón pero no movió la mano.

—¿Oh? —Si la palabra le salió un poco chillona, Gina no pudo hacer nada para evitarlo.

*¡Está pidiendo pasar tiempo conmigo!* Sonrió como una tonta.

—Sí. —Ahora retiró la mano, quitándole calor.

—Será sólo un momento. —Se volvió de nuevo hacia las escaleras, con paso ligero—. Déjame buscar mi libro.

—Por supuesto. Ah, y… ¿Gina? —Su sonrisa iluminó su tono; ella podía oírla incluso de espaldas a él—. No olvides tus gafas.

# CAPÍTULO 25

¿Había pasado más de una semana desde que le dijo a Allis que tenía la intención de demostrarle que un hombre podía adorarla? Nick apenas podía creer que el tiempo hubiera pasado tan rápido. Se empeñó en buscarla todos los días y se sintió gratificado cuando ella rara vez declinó un paseo o una comida con su familia. De hecho, los dos únicos días que no habían pasado tiempo juntos habían sido los dos últimos domingos.

*No parece ella misma los domingos.*

Él se apresuraba a alcanzarla después de la iglesia, pero ella o se rodeaba de amigos o se escondía como una liebre cazada. Si hablaba con amigos, sonreía demasiado y se reía demasiado. Así que incluso cuando pasaba tiempo con ella y disfrutaba más de su ingenio, su humor y el corazón que escondía bajo ellos, Nick descubrió que había más distancia entre él y la chica que había elegido.

El rompecabezas de cómo salvar la *brecha de Allis*, como había llegado a llamar al problema, cosquilleaba su mente. Allí estaba ella, junto a los Jordan, sonriendo cuando su abuelo/tío se volvió para mirarle. Nick había tardado un tiempo en comprender con precisión por qué Josiah Jordan podía reclamar cualquiera de los dos títulos, pero ahora sabía que Josiah era padre de Saul y marido de Doreen, la tía de Clara, por lo que se erigía como abuelo adoptivo y tío abuelo de Allis. Nick se puso en guardia cuando el alcalde de Ainsworth le hizo un gesto para que se acercara.

—Aquí está el hombre que nos ha traído hasta aquí. Vamos a terminar estos muros y a levantar el tejado, incluido el campanario, hoy mismo.

—Esta mañana —Nick no quería interrumpir, exactamente, pero con los grandes y gruesos ladrillos ya hechos y secos, colocarlos en su sitio y unirlos con mortero no debería llevar demasiado tiempo—. El trabajo se hace rápido con todo el pueblo para ayudar, sí, las damas también. Los hombres deben admitir que no estaríamos tan dispuestos a hacer esto sin la promesa de la buena cena que sabemos que están preparando mientras construimos—. Las risas y el acuerdo saludaron su reconocimiento, pero Nick observó a Allis, cuya lenta sonrisa era toda la aprobación que necesitaba.

Rápidamente dividió a los habitantes del pueblo en cuatro equipos, uno para cada muro, mientras las mujeres se dispersaban. Para cada equipo, seleccionó a un capataz. Adam Grogan, Daryl Sanders y Saul Jordan se unieron a él para organizar sus cuadrillas y poner el trabajo en marcha. Pronto tuvieron las cosas en marcha a un ritmo que Nick esperaba que se mantuviera hasta que terminaran los muros.

Se arremangó y se ensució las manos, deleitándose con los diferentes olores y texturas como hacía siempre que trabajaba con las manos, sobre todo cuando lo hacía al aire libre.

El olor rico y gomoso de la arcilla húmeda rozaba el aroma más ligero de la piedra calentada por el sol mientras un suave limo arenoso cubría sus manos y le hacía respirar la tierra. Nick siguió adelante, trabajando hasta que su cuadrilla necesitó utilizar una de las poleas que había montado para balancear los enormes ladrillos hasta su lugar en la parte superior de los muros.

Con el trabajo ralentizándose, miró a su alrededor para ver a los otros equipos a su altura, o cerca de ella. El sol no había alcanzado su altura. Su optimista predicción podría hacerse realidad, ya que completarían la mayor parte del trabajo antes de romper para comer.

Un destello rojo le llamó la atención, y se volvió para ver a Allis observándole. Una sonrisa, un gesto con la mano, y ella se volvió hacia los niños que tiraban de sus faldas en una evidente demanda de atención. Con la brisa en el pelo, una sonrisa en la cara y los niños reunidos a su alrededor, Allis parecía estar en su elemento. Eso hizo pensar a Nick en algo que había ido surgiendo cada vez más a medida que la veía interactuar con sus hermanos y hermanas.

*Allis será una buena madre…*



*Algún día seré la peor madre del mundo.* Allis correteaba por ahí con toda una manada de niños imitando cada uno de sus movimientos. *Se supone que las madres son severas, se supone que son gentiles, se supone que enseñan a las niñas a ser señoritas.*

Allis, por su parte, prefería con mucho jugar con los niños que criarlos. Toda la diversión, muy poca responsabilidad; si no fuera porque deseaba tanto tener una niña a la que llamar Nancy y dar todas las cosas que le habían quitado a su hermana, se contentaría con ser la tía Allis el resto de sus días.

Tía. *No* Maestra. *Maestra* implicaba responsabilidad y estar a la altura de unas normas a las que Allis no podía aspirar.

Un ceño fruncido surcó el entrecejo; podía sentir cómo se formaba la arruga. Peor aún, los niños lo notaron.

—Señorita Travers, —Annie Doan, una niña brillante y franca de unos ocho años que a Allis le recordaba a su propia juventud, habló en nombre de todos—. ¿Hemos hecho algo mal?

—Por supuesto que no. —Su sonrisa parecía forzada, así que Allis la convirtió rápidamente en una de exagerada suspicacia. Entrecerró los ojos en un ceño dramático y levantó una ceja.

—¿Entonces podemos jugar a esquivar? —Billy Turner, el hermano menor de Nick, llevaba una pelota de cuero y los ojos llenos de esperanza.

Con su pelo arenoso y sus ojos marrones, era la viva imagen del aspecto que debía de tener Nick a esa edad.

Como respuesta ella cogió un palo y dibujó un gran círculo en la tierra, un improvisado campo de juego. Los niños no tardaron en ponerse a jugar, aunque ella se quedó pensando en lo agradable que era estar rodeada de gente que la quería. Que la trataba bien, igual que ella

intentaba tratar a los demás, por despreciable que fuera.

*Un ruido sordo.*

La amortiguada declaración de una pelota de cuero golpeando las espinillas a través de las capas de faldas y enaguas de algodón llegó al mismo tiempo que un contundente golpe en la parte posterior de las rodillas de Allis. Titubeó, casi se corrigió, pero retrocedió bruscamente cuando la pequeña Sadie Warren se lanzó justo delante de ella. Entonces todo terminó.

Allis cayó, golpeando la dura tierra de la pradera con un impacto estremecedor. Su tobillo se dobló en un ángulo incómodo bajo ella, un subproducto de intentar evitar a Sadie. Consciente de que todos los niños se quedaban paralizados en el instante en que ella tocaba el suelo, Allis se impulsó hasta quedar sentada e intentó tranquilizarlos.

La forma en que los niños manejaban una situación perturbadora decía mucho del tipo de personas en que se convertirían, y Allis tuvo la oportunidad de presenciar de primera mano los cimientos del futuro de Ainsworth.

La mayoría de ellos se inquietaron, preguntaron si estaba bien, rondaron ansiosos. Un excitable niño de cinco años rompió a llorar y corrió en busca de su madre, mientras que uno de siete ignoró todo el lío y persiguió a la pelota de cuero renegada. A pesar de las reacciones habituales, unos pocos pequeños destacaron enseguida.

Maggie Jordan, la hermana de tres años de Allis, salió corriendo en un santiamén para ir a buscar a su padre que era médico, mientras que su mejor amiga, Tessa Burn, se acercó para ofrecerle un consuelo más inmediato. Metiéndose el pulgar en la boca y colocando a su muñeca favorita, Bessie, en el regazo de Allis, medio se sentó, medio se revolcó para acurrucarse a su lado.

Annie Doane anunció que era Roger Warren cuyo lanzamiento había salido mal y observó al chico mayor como un halcón. Daba la impresión de ser una chica dispuesta a arrastrar a un criminal ante la justicia en cuanto éste diera un paso en falso.

Roger Warren, por su parte, murmuraba disculpa tras disculpa, se acuclillaba sobre los talones y buscaba las manos de Allis para ayudarla a levantarse. Por supuesto, no podía aceptar su galante oferta con la pequeña Tessa arropada a su lado, pero Allis podía decir que el niño de diez años tenía madera de buen hombre. Algún día. De hecho, a Allis no le sorprendería que él y Annie se lanzaran miradas más apreciativas dentro de otros cinco años.

Pero fue la forma de actuar de Billy lo que más molestó a Allis. A los doce años, el chico debería saber que no debía correr a chismorrear a su hermano mayor por el más mínimo percance. No es que Billy pareciera haber aprendido el valor de la discreción. En lugar de eso, volvió trotando hacia ella con su hermano adelantándose a su paso a grandes zancadas.

Allis ahogó un gemido. *¿Tenía que ir a buscar a Nick?*

# CAPÍTULO 26

¡Señora Sanders, ¡cuánto me alegro de verla!

—Me alegro de que haya podido acompañarnos esta mañana, señora. Sanders.

—Es maravilloso tenerla levantada, señora. Sanders, ¿por qué no se sienta a mi lado?

Gina observó y escuchó cómo las mujeres del pueblo hacían precisamente lo que ella esperaba y se ocupaban de Mildred. La atención dividida no sólo le sirvió para ahuyentar las preguntas sobre su interés en la enseñanza cuando *debía* planear formar pronto su propia familia, sino que la cálida bienvenida contribuyó en gran medida a tranquilizar a su amiga.

Oh, Mildred no había dicho ni una palabra al respecto, pero Gina sabía que temía haber evitado a la gente del pueblo durante demasiado tiempo como para ser aceptada de verdad tanto tiempo después. No es que Mildred no hubiera dicho ni una palabra sobre todo lo que tenía que ver con su primera interacción social forzada en años. Pero por más que refunfuñara, amenazara o arrugara, la anciana mantuvo su trato y se unió a Gina en el lugar donde se levantaba la escuela.

—Tú las metiste en esto. —Los murmullos fueron ampliamente ignorados—. No creas que no sé que les dijiste que se portaran bien con el viejo cascarrabias que te ha estado haciendo desgraciada.

—No creas que no sé que intentas intencionadamente que le falte al respeto a uno de mis mayores cediendo a la tentación de mandarte callar. —Gina empujó a Mildred hacia una mesa grande—. No hice tal cosa, y tú no me haces sentir miserable excepto cuando intentas atribuirte el mérito de un logro tan escandaloso.

El arrumaco resultante no estuvo a la altura habitual de Mildred, señal de que disfrutaba más de lo que quería dejar entrever.

—¿Vas a depositarme en la mesa de los golosos y escabullirte para reunirte con tus amigos, ¿verdad? —Detrás del desafío se vislumbraba la verdadera preocupación de la mujer mayor.

—En absoluto. —Gina se acomodó frente a Mildred—. ¿No estás acostumbrada ya a pelar patatas conmigo? Pronto vendrá alguien más a unirse a nosotras. Se necesitará mucho puré de patatas para repartir cuando todos en el pueblo quieran una ración.

—No tiene ni idea. —Opal Grogan se deslizó en el banco junto a ella—. Me alegro mucho de que Adam les hiciera preparar estas mesas de antemano. Hará que preparar y servir todo sea mucho más sencillo. Buenos días, señora. Sanders. Me alegra el corazón verla. He sido una mala vecina, me temo, al no pasarme más a menudo.

—En absoluto. —Mildred agitó su cuchillo de pelar de una forma tan magnánima como se

puede agitar un cuchillo—. Tiene a un pequeño tirando de sus faldas y a otro que pronto le seguirá. Además, se pasó por aquí unas cuantas veces. Debería haberle devuelto el favor, pero no quise imponerme.

—¿Imponerse? —La risa de Opal hacía juego con su aspecto: ardiente y lleno de vida—. Sería un respiro tenerla como invitada durante unas horas.

—Había pensado que, con su familia y su colmenar, se mantenía tan ocupada como esas abejas suyas.

El pelado de Mildred aceleró el ritmo, un barómetro de su opinión sobre la conversación.

—Nunca estoy demasiado ocupada para una nueva amiga, Sra. Sanders.

—Oh. ¿Tiene tiempo para nuevos vecinos pero no puede molestarse en traer a Rachel a visitar a su abuela? —Una fruncida de rostro cuyo nombre Gina no podía recordar en ese momento se acercó a la mesa y plantó las manos en las caderas—. Estoy segura de que la Sra. Sanders no aprobaría su elección.

—Considerando que apenas se ha molestado en dirigirme dos palabras desde que llegó a este pueblo, dudo que esté en posición de especular sobre lo que apruebo y lo que no, Lucinda Grogan. —La rápida respuesta de Mildred proporcionó el nombre que Gina necesitaba.

*Ah, sí. Se trata de la suegra de Opal.* Aprovechó la oportunidad para mirar por encima de Lucinda cuando la mujer hizo ademán de acomodarse cansadamente en el banco junto a Mildred. Una profunda amargura arrastraba las cejas grises hacia un ceño habitual sobre un rostro envejecido más allá de sus años, rasgos delgados envueltos en las arrugas de un ceño perpetuo.

*Nunca habría recordado, y mucho menos adivinado- que ésta era la madre de Adam.*

A Gina le costó todo su esfuerzo no lanzarle a Opal una mirada de conmiseración. Esas cosas se malinterpretaban con demasiada frecuencia y Opal, aunque mostraba la promesa de una buena amistad, no la conocía lo suficiente como para leer su intención. Además, podía tener debilidad por la desagradable mujer que la arengaba y tomar a mal cualquier cosa que pudiera considerarse negativa.

*Aunque,* admitió Gina para sí misma tras vislumbrar la sonrisa en el rostro de Opal mientras Mildred tomaba los garrotes en su favor, *eso no parece probable.*

Mildred, que con al menos una docena de años más que su nueva compañera de banco, puso en aprietos a la mujer más joven mientras su montón de patatas crecía a pasos agigantados. Para el caso, las avergonzaba a todas. Gina supuso que era seguro asumir que su amiga estaba disfrutando.

—Se equivoca, Sra. Sanders. —Un resoplido desdeñoso puntuó la respuesta de Lucinda—. Hablo con todo el mundo. Si ha elegido no entablar conversación cuando se presenta la oportunidad, no tiene a nadie a quien culpar sino a sí misma. —Dejó sin decir -apenas- la verdad evidente de que Mildred había evitado el contacto con todo el mundo.

—No soy yo quien se equivoca, Lucinda. Verás, he estado observando cómo se hacen las cosas aquí, informándome antes de unirme, por así decirlo. —Mildred hizo una pausa en su pelado como saboreando el momento.

Nick echó un vistazo al andrajoso séquito de Allis y luego se encontró con su mirada exasperada con una divertida propia.

—Niños, ¿por qué no os vais mientras me aseguro de que la Srta. Travers se encuentra bien? —Varios tardaron en marcharse, hasta que finalmente sólo quedaron Tessa y Billy.

—Iré a decirle a Doc que lo tienes bajo control.

Billy debía de estar intentando resarcirse por haber ido a buscar a Nick, porque se dirigió al lado más alejado de la escuela en crecimiento, donde varios de los hombres habían ido a por agua antes de empezar a levantar el tejado.

—Parece que te han abandonado. —Nick se agachó para estar a la altura de sus ojos—. Excepto por la bella durmiente de ahí, que casi te avergüenza.

Negándose a morder el anzuelo, Allis miró hacia donde yacía Tessa acurrucada contra su costado, con el pulgar aún en la boca. Una pequeña como ésta podía hacer que se derritiera el corazón más duro. Sally y Matthew tenían mucho de lo que enorgullecerse en su primogénita.

—Tienes razón. —Ella arqueó el cuello como si intentara mirar más allá de Nick—. Esos Burn hacen unos bebés preciosos....

Ella sabía tan bien como él que Brett Burn, el más joven de los herreros, quería una esposa.

De hecho, Brett había empezado a acercarse desde que Pete Speck renunció a reclamar a Allis y empezó a cortejar en su lugar a Amanda Dunstall. Las malas lenguas decían todo tipo de cosas sobre la deserción de Pete, pero cuando él y Allis siguieron siendo amigos íntimos, la gente empezó a aceptar algo que se parecía más a la verdad: Allis veía a Pete más como un hermano que como otra cosa, y por fin había conseguido convencer a su amiga de ello.

—Ése es el lado Fosset, —Nick se refirió a Sally, la esposa de Matthew Burn y madre de Tessa. Casi consiguió sonar completamente indiferente, pero Allis vio el ligero descenso de sus cejas antes de que se contuviera—. Cualquiera puede verlo.

—¿En serio? ¿Qué más puede ver cualquiera? —Allis acarició con la punta de los dedos los rizos suaves como los de un bebé que cubrían la cabeza de Tessa. A su forma de pensar, muchas cosas pasaban no sólo desapercibidas sino completamente insospechadas para la mayoría de la gente.

Por ejemplo, ella y Pete. La mayoría llegó a comprender que ellos dos no estaban destinados a ser más que amigos, a pesar del enamoramiento de tamaño gigante que él había alimentado durante un par de años. Sin embargo, nadie llegó a suponer que Allis había enviado a Pete con Amanda porque era demasiado bueno para ella y se merecía algo mejor. A Allis le gustaba demasiado Pete como para casarse con él, simple y llanamente.

A Brett, en cambio, lo evitaba por motivos menos altruistas. Aunque todos los hombres de Burn trabajaban duro, sonreían a menudo y se ganaban con creces su buena posición en el pueblo, los herreros poseían ciertos rasgos a los que Allis prefería dar manga ancha. Los hombres de pecho de barril y manos del tamaño de un jamón no podían ser controlados por ninguna medida de ingenio rápido o engatusamiento cuidadoso.

¿No lo habían aprendido ella y Nancy hacía años, cuando el profundo pecho de Rodney albergaba un pozo infinito de rabia sondeado por unas manos enormes convertidas en sólidos puños? No, Allis no elegiría a un marido grande y fornido, por muy jovial o amable que pareciera. Rodney encantó a su hermana a una vida de degradación y suciedad con tal pretensión....

El aleteo de una brisa sobre sus enaguas hizo que Allis cambiara de lugar, tanto sus pies como su atención. El temor momentáneo de que hubiera estado sentada con una pierna al descubierto por su pequeño rasguño se convirtió rápidamente en asombro al ver cómo Nick le subía las enaguas y la falda por encima de la línea de su bota de cordones.

—¿Qué está haciendo? —siseó la pregunta, intentando callarse y alejarse sin despertar a Tessa ni llamar indebidamente la atención del resto del pueblo.

Una sonrisa diabólica iluminó su rostro.

—Revisándote el tobillo, algo que no todo el mundo puede ver.

—¡Tú tampoco puedes!

Él le cogió la mano, impidiendo su avance al tirar del dobladillo de la falda para cubrirse el tobillo.

—Billy dijo que te vio torcerlo. Déjame asegurarme de que estás bien.

—Estoy bien. De verdad —La preocupada determinación en sus ojos la hizo dudar una fracción de segundo de más. Él volvió a agarrar las capas de tela cuando ella intentó apartarse, el resultado final dejó al descubierto su pantorrilla casi hasta la rodilla—. ¡Basta!

—¿Qué es esto? —Una mano grande se aferró para sujetarle la falda a la rodilla mientras Nick entrecerraba los ojos al feo y fruncido color rosa que marcaba su espinilla—. ¿Qué te has hecho?

—No es nada. —Intentó zafarse, sólo para que la sujetaran con fuerza. No por la fuerza, sino por la forma tierna en que él utilizó la yema de un dedo para trazar alrededor de la herida que se estaba curando. Allis sabía que le quedaría cicatriz cuando había reabierto la herida hacía dos semanas en la iglesia, pero las cicatrices se desvanecían. Ahora mismo, la marca se sonrojaba de un rosa intenso y furioso.

—No está cicatrizando bien, así que supongo que no se lo dijiste al doctor Jordan cuando ocurrió. —Le soltó la rodilla, su negativa a soltar una pregunta que Allis no podía responder la agitaba más de la cuenta—. Eso *no* es nada.

—Sólo tenemos diferentes definiciones de la palabra. —Allis se puso en pie haciendo palanca, acunando el pesado peso de la niña dormido mientras se levantaba—. La caída no fue nada, el rasguño no fue nada, y lo mismo ocurre con esta conversación.

# CAPÍTULO 27

Nick observó cómo su hermano se alejaba para dejarlo a solas con Allis. O, al menos, tan solos como podían estar un hombre y una mujer con todo el pueblo a menos de un acre de distancia y una niña pequeña dormido acurrucado a su lado.

Dado que Allis parecía ilesa, un poco de burla estaba en orden. Como era de esperar, cuando llamó a Tessa su rival, Allis le devolvió la broma. Lo que Nick no esperaba era la punzada de envidia que le asaltó cuando ella pareció mirar a su alrededor en busca de Brett Burn. Por un momento, pensó en levantarla del suelo y arrastrarla ante Parson Carter en ese mismo instante.

*¿Quiere bebés? Yo le daré bebés.* Algunos de los celos irracionales se filtraron ante ese pensamiento.

Pero no podía decir algo así en voz alta. Allis saldría corriendo como un conejo asustado. Nick sabía muy bien que ella había visto este noviazgo como una farsa desde el principio. De lo contrario, su pecosa fogosa no habría capitulado tan fácilmente ante la idea. Si tuviera la menor sospecha de que él tenía serias intenciones de convertirla en su esposa, Allis dejaría de jugar a ese jueguecito de esperar a que él se cansara de sus maneras descaradas.

En lugar de expresar cualquiera de estos pensamientos, ignoró su cumplido a los hombres Burn y atribuyó el mérito de la monada de Tessa a quien correspondía, a su madre.

El brillo de sus ojos se apagó. La inclinación de su boca se aplanó. Su respiración se hizo superficial y luego se profundizó en un suspiro ocasional lo bastante triste como para desgarrarlo. Sólo había una cosa que hacer: sacudirla de vuelta de cualquier recuerdo que la atrapase.

Así que Nick aprovechó el pretexto de su caída para empujarle las faldas por encima de las botas. Aunque sólo fuera eso, la acción captaría su atención y la devolvería a donde pertenecía: a ellos. Ahora.

Obviamente, reconoció Nick mientras el dobladillo fruncido de sus enaguas ondeaba para revelar unos esbeltos tobillos enfundados en cuero de cordones apretados, el plan tenía otras recompensas. Además, funcionaba.

—¿Qué estás haciendo? —Si no hubiera estado intentando evitar una escena o despertar a Tessa, probablemente Allis habría chillado en lugar de graznar. Tal y como estaban las cosas, se mantuvo bastante callada mientras intentaba escabullirse y remangarse el dobladillo por encima de las puntas de las botas.

Como si un vistazo a los cordones de sus botas pudiera darle ideas. Nick se habría reído de la idea, si sus preocupaciones no estuvieran tan bien fundadas. Un vistazo le hizo tramar la forma de desatar esas botas.

—Revisándote el tobillo, algo que no todo el mundo puede ver.

—¡Tú tampoco puedes!

La visión de aquella piel clara, cubierta únicamente por la pura seda de sus medias, casi le hizo polvo. No pudo encontrar otra razón para su embobamiento poco caballeroso. Nick podría haber permanecido mudo durante un buen rato más si no fuera por el rosa furioso de una herida aún en proceso de cicatrización que le miraba fijamente a medio camino entre la parte superior de su bota y la parte inferior de la rodilla de Allis.

—¿Qué es esto? ¿Qué te has hecho?

—No es nada—. Por primera vez, Allis sonó insegura. Dejó de intentar retroceder, y Nick pudo sentir su mirada siguiendo donde él trazaba la zona alrededor del corte.

Las yemas de sus dedos, ásperas de trabajar todo el día con los ladrillos, se engancharon en sus medias, pero Nick sintió el calor de su piel y el calor de su vergüenza con mucha más fuerza. E interés. *Allis no es torpe. Incluso su caída de hoy se debió a un golpe con la pelota.*

—No se está cicatrizando bien, así que supongo que no se lo dijiste al doctor Jordan cuando ocurrió. —Retiró la mano antes de que hiciera una tontería—. Eso *no* es nada.

—Sólo tenemos diferentes definiciones de la palabra. —Allis se puso en pie, sujetando firmemente a Tessa para que la niña yaciera acunada en sus brazos—. La caída no fue nada, el rasguño no fue nada, y lo mismo ocurre con esta conversación.

No quiso hablar de lo que causó el corte, ni de por qué no se lo había contado al doctor Jordan.

*Lo que significa que o está avergonzada, o...*

—¿Quién te hizo daño? —Exhaló las palabras, convirtiéndolas en una demanda de información más que en una simple pregunta. Nick sintió que se le aceleraba el pulso cuando ella hizo una pausa, pareciendo debatir si contestar o no.

—Me golpeé la espinilla con un cofre de mi habitación. —La explicación de Allis tenía visos de verdad, pero su tono llano le dijo a Nick que detrás de la historia había algo más.

—Avísame si necesitas a alguien que lo desmenuce. —Él supo que su pequeña broma era la respuesta adecuada cuando parte de la rigidez abandonó su columna vertebral.

—No, gracias. —Empujó a Tessa en sus brazos, recolocando a la niña para que durmiera más cómodamente. Luego estropeó la imagen madura y maternal mirando hacia arriba con un brillo travieso.

—Es un buen recordatorio de que las cosas me mantienen alerta cuando menos lo espero.

Nick la acompañó de vuelta hacia donde trabajaban las otras mujeres y le dirigió una mirada mordaz.

—Sé exactamente lo que quieres decir.

La rabia agrió el aire que Daryl respiraba cuando Lucinda Grogan abrió la boca para criticar la intención de Gina de enseñar y lo que significaba para su matrimonio, como si a ella le importara algo. No había tratado mucho con esa mujer, pero había oído y notado lo suficiente como para tomarle la medida hacía tiempo. Era parte de la razón por la que, una vez que los muros estuvieron levantados y la mayoría de los hombres se tomaron un breve descanso antes de empezar a trabajar en el tejado, se había dirigido hacia donde Gina y la abuela estaban sentadas con la amargada entrometida.

También había pensado en dirigirse a Brett Burn y disfrutar de la compañía de Gina durante uno o dos momentos robados, pero era innegable que la lengua agria de Lucinda era la razón más apremiante para estar a su lado. O detrás de ella, según el caso.

—Estás asumiendo que el matrimonio y la enseñanza son mutuamente excluyentes. —Ni siquiera luchó por mantener su tono uniforme, en su lugar dejó que la honesta ironía de su comentario llenara sus palabras de humor seco.

—Lo son. —El desprecio emborronó la certeza de la afirmación de Lucinda—. Todo el mundo con un poco de sentido común lo sabe.

—Ya sabemos que sus propios hijos no comulgan con sus teorías, ya que dos de ellos se casaron con los hijos de su enemigo jurado, así que supongo que deberíamos estar agradecidos de que no se molestara en enseñar nada una vez que llevó al Sr. Grogan al altar. —La abuela aguzó el ingenio con el cotilleo y, aunque Daryl sabía que no era muy piadoso por su parte, no pudo evitar alegrarse por ello.

Si Lucinda no se cuidaba, acabaría pareciéndose a ese montón de cáscaras de patata: rebanada y puesta al desnudo por la mejor cuchilla: su lengua.

—No sabes nada de la situación. —Cómo conseguía la mujer que una frase sonara como un siseo con tan pocas *ese*estaba más allá de Daryl, pero de algún modo la anciana Sra. Grogan se las arreglaba bastante bien—. La gente no debería opinar sobre algo que no entiende.

—Bueno, a mí, por mi parte, me gustaría entender mejor la opinión del Sr. Sanders sobre los profesores casados. —Opal Grogan intervino para calmar las aguas turbulentas, un rasgo admirable que Daryl sospechaba que utilizaba a menudo teniendo en cuenta a su familia política.

—Sí, Daryl, —Gina inclinó la cabeza hacia atrás en lo que debía ser un ángulo incómodo para verle la cara—. Explica a las señoras a qué te refieres exactamente.

Si él detectó algún desafío en su invitación, su curiosidad lo eclipsó enormemente. Daryl pensó que esta oportunidad podía ser de oro.

*Después de todo, una de las cosas que Gina quiere es que la aprecien por sí misma, y la enseñanza es una parte tan importante de lo que ella es...*

—Dios dio a Gina una pasión por la enseñanza, y cualquier niño que estudie con ella se alegrará de ello. No veo ninguna razón por la que nuestros hijos, —le dio un ligero apretón en el hombro—, deban ser los únicos bendecidos por sus dones.

—Gracias.

La sonrisa de Gina, se había dado cuenta, contenía la clave de otra de sus intrigantes transformaciones. No las sonrisas pequeñas y apretadas que daba cuando se sentía incómoda, ni las demasiado amplias que intentaba disimular cuando no quería sonreír en absoluto, sino las de

todo corazón. Las que se extendían hasta sus ojos y hacían que el verde parpadeante brillara sobre su fondo ámbar.

Le puso la mano libre en el otro hombro en una especie de medio abrazo vigorizante.

—De nada. Sé lo importante que es la familia para ti, Gina. La nuestra nunca faltará sólo porque respondas a una llamada fuera de nuestro hogar.

—¿Ves eso? —La abuela movió la cabeza hacia él—. Eso le viene de mi parte de la familia. Me he propuesto intentar enseñar a los chicos a apreciar más a una mujer que los hijos que lleva. —Siguió una pausa inusualmente pensativa—. Sabes, Lucinda, es una lección que harías bien en aplicar a tu nuera. Opal parece una mujer poco común.

—Lo es. —Gina habló casi antes de que Lucinda abriera la boca para responder. Casi, pero a Daryl le pareció que ignoraba el resplandor de la víbora—. Opal se las arregla para ser esposa, madre y empresaria. Los colmenares no se manejan solos.

—Oh, sí. Ahí está todo el problema. —El Grogan mayor se negó a echarse atrás, a pesar del buen sentido que había detrás del consejo de la abuela—. Opal me oculta a mi nieto porque tiene demasiadas exigencias en su tiempo.

—Eres bienvenida a visitarlo cuando quieras. —Las palabras tenían el sabor de haber sido repetidas a menudo, ya que Opal Grogan ni siquiera levantó la vista de la patata que cogía—. Es su elección.

—Quizá lo haría, si no fueras una abejita tan ocupada.

Daryl decidió que ya estaba harto de oír a la mujer sembrar conflictos.

—Es bueno llenar el tiempo de uno. Mantiene a la gente alejada de cosas más problemáticas.

*Como hacer desgraciados a los demás.*

—Estoy segura de que no sé a qué se refiere. Tengo mucho para mantenerme ocupada.

—Lo que mi nieto quiere decir, Lucinda, —contestó la abuela, dejando el cuchillo mientras hablaba, con el montón de patatas peladas ante ella más grande que cualquier otro de la mesa—, es que es mejor ser una abeja ocupada que una entrometida.

# CAPÍTULO 28

*Nuestros hijos* Gina siguió oyendo a Daryl decir esas palabras, sintiendo su mano presionando en silenciosa promesa contra su hombro, mucho después de que él se marchara para reunirse con los hombres.

Le parecía como si su corazón pudiera hacer las veces de fuelle de repuesto para la herrería, la forma en que se expandía muchas veces más allá de su tamaño original, luchando con ella cada vez que intentaba reducirlo a algo manejable. La lucha se repetía una y otra vez, y cada vez, Gina perdía un poco más de terreno frente a la creciente felicidad cuando Daryl hacía algo considerado o amable o... incluso... simplemente pasaba tiempo con ella.

Había cerrado los sentimientos de golpe en cuanto se enteró de su intención original de casarse con Getty, decidida a contener el daño y a no volver a dejar que las falsas esperanzas le levantaran el ánimo. Porque al principio, no había visto forma alguna de que Daryl se sintiera complacido con ella como esposa sustituta. El reto de Allis de que demostrara que realmente quería casarse con Gina le parecía imposible.

Toda la situación parecía una auténtica caja de Pandora. Así que Gina dejó salir el dolor, la confusión y la decepción negándose a casarse con un hombre que no la había elegido. Volcó su corazón en las páginas de su diario, haciendo todo lo posible por librarse de la ira y el disgusto. Lo único que no dejó salir fue su esperanza, la tonta y desesperada esperanza de que de algún modo Daryl llegaría a quererla. Y demostrarlo.

Eso permaneció encerrado. Gina conocía la esperanza, sabía que no se marchitaba ni se desvanecía. La sentía fortalecerse con cada gesto de Daryl. Las margaritas. Su petición de que leyera con él en el salón. Y ahora... él diciéndole a la cotilla del pueblo lo mucho que respetaba su juicio y su capacidad. Y mencionando, por primera vez, a los niños que completarían su familia...

Era esa confusa esperanza la que hinchaba su corazón hasta que Gina apenas podía estarse quieta. Parecía que flotaba durante el resto del día. Si alguien le hubiera preguntado, no habría podido recordar los detalles de los constantes tijeretazos de Mildred y Lucinda. No sería capaz de describir la comida que ayudó a preparar, y mucho menos a qué sabía. Sólo dos cosas marcarían el día en la memoria de Gina.

Daryl, y los niños.

No los suyos. Aunque el pensamiento la mareaba, fueron los niños de Ainsworth -sus futuros alumnos- quienes apartaron los pensamientos de Gina del romanticismo e hicieron del día de la recaudación escolar algo aún más especial.

Al principio del día, Gina sintió la necesidad de permanecer cerca de Mildred y asegurarse de que su amiga se sintiera cómoda. No es que necesitara preocuparse, ya que la abuela de Daryl

se adentró en las aguas sociales de Ainsworth con la bravuconería que cualquiera que la hubiera conocido llegaría a esperar. Gina no se preocupó de si Mildred parecería sentirse a gusto o no... pero observó atentamente para ver si era o no todo espectáculo.

Después de la comida, cuando se recogieron los platos y los hombres volvieron a levantar el tejado de la escuela, Gina decidió que Mildred se había hecho un hueco espléndido entre las demás mujeres mayores del pueblo. Salvo Lucinda Grogan, por supuesto. Pero, de un modo extraño, Gina suponía que tener una compañera para animar las cosas era lo que hacía que Mildred se sintiera más a gusto. Después de todo, tenía que haber algo satisfactorio en encontrar un adversario cuando a alguien le gustaba debatir tanto como a Mildred.

Así que con su amiga instalada, Gina aprovechó para reunirse con Allis. Se había dado cuenta de que su amiga y co-maestra vigilaba a los niños del pueblo mientras las otras mujeres preparaban las cosas para la multitudinaria comida. Ahora, se apresuró a acercarse al grupo de jóvenes antes de que alguien la detuviera para seguir charlando.

—¡Señorita Spencer! —Allis la saludó con el mismo tipo de voz alta que la propia Gina utilizaba para llamar la atención de sus alumnos durante el recreo—. Me alegro de que hayas venido.

El controlado alboroto de actividad en torno a las dos mujeres se detuvo. Los niños mayores levantaron la vista de un juego de canicas; las niñas mayores aquietaron sus cuerdas de saltar. Se abandonaron los cuadrados de rayuela rayados en la tierra; las voces delgadas y chirriantes de los niños más pequeños llamaron a sus amigos de vuelta de los juegos. En un abrir y cerrar de ojos, Gina se encontró rodeada -y mirando fijamente- por un grupo de unos veinte jóvenes.

—Buenas tardes. —Gina se esforzó por sonreír a todos y cada uno de ellos, incluso a los niños demasiado pequeños para ir a la escuela. Y, sobre todo, a los que parecían lo bastante mayores como para que les necesitaran en casa o decidieran no asistir o hacerlo esporádicamente.

—Buenas tardes, señorita Spencer. —La cadencia ligeramente cantarina del saludo en clase comenzó en diferentes momentos, pero todos los niños terminaron juntos. Una buena señal.

—Estoy deseando conoceros. —Miradas nerviosas recibieron su pronunciamiento.

—¿Por qué? —Una niña, que parecía tener unos ocho años, ladeó la cabeza como un búho curioso.

Gina se rió entre dientes.

—Porque merece la pena conocer a cada uno de vosotros.

Los otros niños observaron la reacción de la niña. Parpadeó, como si se lo estuviera pensando, antes de romper en una amplia sonrisa.

—Podría arrepentirse de conocer a algunos de nosotros—. Un chico con cabeza de remolque que parecía mayor que la chica infló el pecho.

—¡Habla por ti, Roger! —Algunos empujones de buen carácter parecían que iban a derivar en empujones, así que Gina se aclaró la garganta. Inmediatamente los niños dejaron de alborotarse.

Allis enarcó una ceja, un reconocimiento silencioso de que estaba impresionada y, si Gina no se equivocaba, una advertencia de que los niños no siempre se dejarían dominar tan

fácilmente. Eso era lo normal: los alumnos siempre andaban con pies de plomo al principio y se volvían más atrevidos con el paso del tiempo.

Entonces era cuando las cosas se ponían interesantes. Por ahora, sin embargo, Gina aprovecharía el periodo de dulzura para establecer unas normas básicas de orden y conocer a los niños.

—Esto es para la maestra. —Una niña pequeña -muy probablemente la más joven que iría a la escuela- se adelantó, con un tirabuzón de flores ligeramente marchito como el que llevaba Allis agarrado en la mano. La tímida ofrenda procedía obviamente no sólo de la pequeña, sino del grupo de niñas que la animaban a dar un paso adelante.

—Gracias. —Gina se agachó, se desató la cofia y se la quitó para que la pequeña pudiera ponerse de puntillas y coronarla—. Es precioso. ¿Cómo te llamas?

—Rachel. —Ella levantó la vista—. Quiero ir a la escuela, pero mamá no está segura de que tenga la edad suficiente.

—¿Cuántos años tienes?

—Tiene cinco, —La niña curiosa, Annie, tomó la palabra—. Y también es lista. Me aseguraré de que no dé problemas si la dejas venir. —Su cara, se dio cuenta Gina, era una versión mayor de la de Rachel. Las dos debían de ser hermanas.

—Cinco años es una buena edad para empezar a aprender. Rachel es bienvenida. —Una marejada de murmullos y risitas hizo que Gina levantara la vista del rostro radiante de la más pequeña, para darse cuenta de que casi todos los niños llevaban una sonrisa a juego.

Obviamente aprobaban su decisión. Parecía un grupo muy bien avenido, todos amistosos a pesar de la disparidad de edades. Su cercanía sería a la vez una bendición y un desafío mientras ella intentaba mantener la disciplina, pero Allis sería una ayuda en ese aspecto.

No fue hasta después de que Allis presentara a cada niño y luego los enviara a jugar que las dos mujeres tuvieron la oportunidad de hablar de sus alumnos.

—Son un puñado de buenos chicos. —Allis miró con cariño a todo el grupo—. ¿Sueles tener tantos?

—Sí. Baltimore es una ciudad grande, así que hay muchos niños.

Aunque no suelen estar tan unidos como éstos.

—Ya veo. —Su amiga parecía estar considerando algo—. Antes de que hablemos de la escuela, he estado deseando saber cómo van las cosas con el Sr. Sanders.

—Oh. —Gina sintió que su sonrisa se ensanchaba lo suficiente como para que le dolieran las mejillas—. No te preocupes -le dijo hoy a Lucinda Grogan que no ve ninguna razón por la que no pueda ser esposa y maestra, siempre que el pueblo lo apruebe.

—Bien. —El alivio, casi palpable, hizo de la única palabra una frase—. Entonces, parece que estás pensando en ser su esposa, —Lanzó una mirada hacia atrás, hacia la escuela, obviamente intentando distinguir a Daryl entre los hombres que trabajaban.

—Después de hoy, prácticamente he tomado mi decisión. —La mirada de Allis se desvió hacia atrás—. ¿Cuál es?

Inspiró profundamente.

—La próxima vez que Daryl me pida que me case con él... ¡le diré que sí!



Pasó otra semana casi antes de que Daryl pudiera asimilar el paso del tiempo. El ayuntamiento había programado el comienzo de las clases para dentro de dos días y, en la semana transcurrida desde que se levantó la escuela, se había esforzado por pasar más tiempo con Gina antes de que la enseñanza se la llevara varias horas al día.

Bueno, no... no se había desviado de su camino. Más bien se había asegurado de que su camino coincidiera con el de ella en tantos puntos como fuera posible. La hora de comer simplemente no ofrecía tiempo suficiente para pasar en su compañía cuando él iba a perder la oportunidad tan pronto. El tiempo que pasaban en el salón leyendo ayudaba, pero Daryl de alguna manera se fijó en su cabeza que si no lograba convencer a Gina de que se convirtiera en su esposa antes del comienzo de las clases, nunca lo conseguiría. Y ésa era una lección que se negaba a aprender.

Sus días seguían una pauta que él no habría esperado. Cada mañana se levantaba más temprano, lo que le daba tiempo a ir a la casa, deslizarse escaleras arriba y afeitarse para tener el mejor aspecto posible. No es que Gina lo comentara nunca, pero Daryl sabía que se daba cuenta por la pequeña y reservada sonrisa que veía inclinar sus labios una vez que él empezaba a bajar recién alisado. Una cosa más que apreciar de Gina: la forma en que valoraba las pequeñas cosas.

Incluso le gustaba más afeitarse estos días, porque podía oír a Gina y a la abuela husmeando en la cocina de abajo, oler los tentadores aromas del desayuno y saber que todo le esperaba una vez que terminara. Además, aunque Daryl no se rebajaba a escuchar a escondidas, las dos mujeres a veces se animaban lo suficiente en su conversación como para que él pudiera oír partes de ella.

Discusiones agradables: eso era lo que la abuela le daba a Gina cada mañana. Era fácil ver que ambas esperaban con impaciencia sus debates matutinos.

No era tan fácil admitir que Daryl también los esperaba con impaciencia. Sobre todo cuando no podía dejar entrever que escuchaba lo que decían. Eso sería grosero. Pero le gustaba lo que oía. Le gustaba la forma en que Gina le daba la vuelta a las cosas, desafiaba a la abuela a salir e interactuar más con la gente del pueblo. Daryl no pensó mucho en el asunto antes de oír a Gina señalarlo, pero la abuela se guardaba demasiado para sí misma. Además, cuando hablaba más con otras personas, parecía estar de mejor humor.

Y lo mejor de todo, hacía mejor café.

En algún momento, Gina empezó a acompañarle después del desayuno para el ritual matutino de abrir la compuerta. Ella no hablaba mucho, pero él podía darse cuenta por la forma en que se inclinaba sobre la barandilla para ver cómo el agua hacía girar la rueda, ella disfrutaba de su potencia y precisión. Algo que tenían en común.

Había una belleza en la forma en que el agua que corría se derramaba sobre los listones de madera, empujándolos hacia abajo y haciendo girar la rueda una y otra vez. Todo un movimiento establecido, todo un propósito compartido mientras daba vida al molino. El propósito y el

aprecio compartidos es lo que hacía que las cosas funcionaran bien juntas, después de todo.

Es lo que haría de su matrimonio y el de Gina un sistema tan hermoso.

Daryl no habló mucho durante la cena, demasiado ocupado planeando la propuesta que le ganaría la mano de Gina de una vez por todas.

# CAPÍTULO 29

Después de cenar, Daryl le pidió a Gina que diera una vuelta por el estanque del molino. Como él esperaba, ella accedió de buena gana.

Acomodó su mano en el pliegue de su brazo, complacido al notar lo bien que le sentaba su estatura, cómo no tenía que hacer un esfuerzo consciente por ralentizar sus pasos para acomodarse a ella.

Se volvió para mirarla, bebiendo en las líneas de su perfil durante el escaso segundo que transcurrió antes de que ella dirigiera una mirada penetrante hacia él.

—¿Qué pasa, Daryl? —La preocupación sombreaba sus rasgos. Preocupación y algo más... algo a lo que él no podía poner nombre.

—No pasa nada.

—Apenas hablaste durante toda la cena. —La otra emoción se fortaleció hasta que pudo identificarla como ansiedad.

—Nada va mal, todo va bien, Gina. —Oyó el ruido de una gran carreta que se acercaba al molino pero la ignoró. El cliente podía esperar mientras Daryl se ocupaba de las cosas importantes de su vida.

—¿Oh? —Un destello de comprensión sustituyó a la ansiedad.

—Sí. Nos llevamos muy bien; las cosas nunca han ido mejor. Sé que querías que te demostrara mi deseo de construir una vida contigo, y creo que ya la estamos creando.

—¿Qué quieres decir? —Ella dejó de caminar, pero eso no lo detuvo. Como tantas otras cosas con Gina, parecía natural.

—Gina, —murmuró él, estrechando una de las manos de ella entre las dos suyas mientras hablaba, esperando que su repentina palidez fuera un buen presagio—, debes saber lo que quiero.

—¿Getty? —Susurró el nombre de su prima, una débil pregunta que ponía en duda el resultado de su propuesta.

—¿Cómo puedes pensar eso? —Una oleada de ira casi le impidió darse cuenta de que ella no le miraba a los ojos. Casi—. ¡Mírame, Gina! —Le soltó la mano, tratando de sujetarle los hombros.

—No. —Ella miró fijamente más allá de él como fijada.

—Es Getty. —Unos rápidos parpadeos y ella le apartó las manos, pasando a su lado.

Sólo cuando él la cogió por el codo para impedir que se fuera, Daryl vio lo que Gina había visto momentos antes.

El sonido que había oído no era una carreta. Su visitante no era un cliente. En su lugar, detenido ante el molino, estaba parado un gran carruaje negro brillante de la talla de uno que no pertenecía a la pradera. Y junto a él se encontraba alguien que pertenecía aún menos allí.

—¿Getty?



*Polvoriento. Seco. Desolado.* Éstas eran las palabras que Getty utilizaría para describir el gran y mítico Oeste americano.

Alternaba entre asomarse por las ventanas del carruaje y mantenerlas cerradas para que la menor suciedad posible obstruyera el aire viciado del interior.

Después de lo que había hecho Reginal, los días enteros sin nadie con quien hablar y la creciente sospecha de que su huida sería más bien decepcionante, Getty se sentía peligrosamente cerca del desánimo.

Aunque no podía olvidar que parte de ese desánimo provenía también de los surcos en la tierra que se hacían demasiado molestos y no le permitía dormitar. Sin embargo, durante todo el trayecto, se aferró a la esperanza de que Ainsworth resultara ser una especie de oasis resplandeciente en el Camino de Oregón, un refugio para los viajeros cansados donde pudiera esperar un entretenimiento animado y la simpatía tonificante de su prima mientras se recuperaba de los abusos de Reginal.

Pero Ainsworth, cuando por fin llegaron al pueblo, era sólo eso. Un pueblo. Para estar seguros, presumía más que cualquier otro puesto de avanzada que ella hubiera visto en días, con una iglesia, herrería, almacén general, cafetería y lo que parecía ser una escuela. En conjunto, bastante adecuado si alguien quería... subsistir. O hacerse un hueco en la implacable pradera. Getty no quería ninguna de las dos cosas.

En realidad, en ese momento quería dos cosas: una buena charla con Gina y un baño. Aunque tras bajar del carruaje y entrar en el calor seco que siempre le esperaba, tal vez el baño debería ser lo primero.

No obstante, esbozó una sonrisa alegre para el conductor, como siempre hacía, y miró a su alrededor. El molino dominaba la zona. También había visto una bonita casita cuando llegaron en coche, así que quizás el Sr. Sanders había creado aquí un rincón de civilización. Pero lo mejor que tenía a la vista era la figura que la miraba desde el otro lado del estanque del molino.

—¡Gina! —Getty no perdió ni un momento más. Agarró a puñados su traje de viaje verde mar para levantar el dobladillo y alejarlo del peligro y echó a correr—. ¡Gina!

Era extraño que Gina no se moviera. No importaba. Cuando había recorrido casi la mitad del camino, su prima volvió en sí y empezó a correr a su encuentro. Daryl se quedó donde estaba, pero a Getty eso le gustó. El marido de su hermana no pertenecía realmente al momento de su reencuentro, después de todo.

Entonces el tiempo para pensar terminó misericordiosamente, y ella se encontró con el abrazo de Gina. Envuelta en la familiar comodidad del abrazo de su prima, Getty respiró profundamente por primera vez en semanas. Olía ligeramente a limones.

Se aferró a aquel abrazo durante más tiempo del que quizá debería, pero Getty necesitaba un momento para recomponerse. Simplemente no serviría enfrentarse a Daryl con los ojos enrojecidos. Ya había llegado sin anunciarse y, aunque Getty sabía que Gina la recibiría con los brazos abiertos, los huéspedes no invitados no eran los más queridos del mundo. Las lloronas se hundían en el fondo de la lista, así que respiró hondo unas cuantas veces más antes de soltar a Gina.

Sólo ahora Daryl empezó a acercarse a ellos. Ninguna sonrisa calentaba su rostro. La inquietud se retorció entre los hombros de Getty. ¿O tal vez era uno de los efectos secundarios de viajar tanto tiempo? En cualquier caso, la sensación no le pareció agradable.

Peor aún, Gina tampoco parecía muy contenta. Oh, su prima sonreía, evidentemente contenta de verla; pero algo ensombrecía el color avellana de sus ojos. Como Gina no tenía por costumbre desahogar su corazón y buscar consuelo para lo que la preocupaba, Getty sabía que tendría que arrancárselo.

Pero entonces, podría ser bueno centrarse en los problemas de otra persona durante un tiempo. El cielo sabía que había tenido demasiado tiempo para reflexionar sobre los suyos, atrapada en aquel carruaje.

—¿Gina? —Extendió la mano y agarró una de las de su prima—. ¿Qué pasa?



Gina parpadeó, tratando de procesar la repentina aparición de su prima, aún intentando comprender qué significaba todo aquello. *Estás aquí... para empezar.*

Pero no podía decir eso y herir los sentimientos de Getty. Sonaba todo mal, porque la verdad del asunto era que Gina quería ver a su prima. *Algo así.* Hay que admitir que ahora no era el mejor momento.

Resistió el impulso de volver la vista hacia Daryl, de quien sabía que aún no se había unido a ellas. De algún modo, siempre sabía dónde estaba él -a qué distancia, sin necesidad de verlo realmente para verificarlo. Si estuviera directamente detrás de ella, esperando su turno para saludar a Getty, Gina sentiría un agradable pinchazo en la nuca.

En lugar de eso, un siniestro revuelo en las proximidades de su estómago le decía que Daryl aún no se había recuperado de la sorpresa de la llegada de su prima.

*¿Se alegró de verla? ¿Estaba contento de que ella apareciera antes de que él se lo propusiera de nuevo?* Porque si Gina no se equivocaba al adivinar y, después de todo, rara vez se permitía a sí misma equivocarse, eso era lo que él estaba haciendo cuando divisó a Getty.

De repente, la apariencia de Getty la golpeó. No sólo las repercusiones para ella y Daryl, sino el momento. Lo que significaba. Gina arqueó el cuello, dándose cuenta de que la tía Portia ya debería haberse unido a ellas. Pero nadie más salió del carruaje. Nadie.

—Debería hacerte esa misma pregunta, Getty. —Buscó en aquel bello rostro, notando mucho más tarde de lo que debería la tensión que tensaba la frente de Getty, la ligera hinchazón alrededor de sus ojos, la huella más oscura a lo largo de su labio inferior que delataba su nervioso mordisqueo....— ¿Qué ocurre?

Un pronunciado resoplido precedió a la respuesta.

—Te he echado de menos, Gina. —Pero los ojos verdes de Getty miraban hacia abajo como siempre hacían cuando intentaba ocultar algo.

—Yo también te he echado de menos. —El consuelo de Gina se ganó una sonrisa demasiado breve. — ¿Pero dónde está la tía Portia ¿Y dónde está tu prometido?

*¿Por qué está aquí, cuando debería estar en Baltimore preparándose para convertirse en la esposa de Reginal Hayden III?* Las preguntas se agolpaban en su mente; todas ellas sugerían un escenario que Gina no quería contemplar.

—¡Te vas a casar este fin de semana! ¿Cómo es que estás aquí?

Sólo se presentaban dos posibilidades. O bien Getty se había escapado, abandonando su compromiso sin decir una palabra a la tía Portia o al Sr. Hayden, decidiendo evitar lo desagradable de romperlo, o bien Getty ya se había casado con él y había descubierto que no le gustaba la compañía de su marido.

Lo que significaría que Getty estaba soltera. En Ainsworth. Delante de las narices de Daryl.

# CAPÍTULO 30

Getty Spencer salió de aquel lustroso carruaje privado negro con un aspecto lo bastante elegante como para visitar a la reina.

Bueno, quizá no, pero aquella tela verde, y desde luego parecía que habían utilizado muchísima para confeccionar un vestido para una mujer tan pequeña, tenía que ser cara. El encaje decoraba las mangas y el cuello, y cintas a juego revoloteaban a lo largo del ala de su sombrero. Excepto que algunas de esas cintas seguían enganchándose en algo que parecía, un nido de pájaros posado entre ellas.

Aparte de eso, sin embargo, Getty Spencer tenía un aspecto perfecto, desde sus perfectos tirabuzones negros hasta las puntas de sus botas negras que mantenían su brillo a pesar del polvo que levantaba su carruaje. Perfecta, y perfectamente fuera de lugar.

Daryl mantuvo la distancia mientras las dos primas se abrazaban, intentando ordenar sus pensamientos. No tanto pensamientos como preguntas en cantidad para atascar los engranajes de su mente.

*¿Qué la trae por aquí? ¿Dónde está su tía? ¿Y su prometido? ¿No se supone que se casa esta semana?*

Las sospechas cabalgaban con fuerza sobre los talones de esas preguntas.

*¿Le escribió Gina y le contó a Getty la confusión?* A pesar del calor del verano, el frío recorrió su espina dorsal. *¿Está aquí para ocupar el lugar que le corresponde como mi futura esposa, cuando he estado cortejando a Gina todo este tiempo?*

Pero no. Incluso si no recordaba la repentina palidez de Gina cuando vio a su prima, una mirada a la confusión y preocupación en su rostro le decía ahora que ella no esperaba a Getty más de lo que él lo había hecho. No lo solucionaba todo, pero el darse cuenta le permitió acercarse y comportarse con cierta apariencia de normalidad.

Se acercó lentamente, dando a las mujeres un momento para sí mismas -y a sí mismo un tiempo extra para decidir cómo manejar este nuevo acontecimiento. Daryl sabía muy bien que no podía acercarse y exigir saber por qué había venido Getty.

Afortunadamente Gina preguntó por él. Oh, lo hizo como una prima preocupada y de una forma que no podía ofrecer ningún insulto -en resumen, mucho mejor de lo que él se las habría arreglado-, pero aun así soltó la pregunta justo al mismo tiempo que él se unía a ellas.

—Te *he echado de menos*, Gina. —Una respuesta desolada, acorde con la mirada abatida de Getty, generó una nueva serie de sospechas.

*No puede ser sólo eso. No cuando llega sola a escasos días de su boda.*

Daryl se tiró del ala de su sombrero tanto como un caballeroso reconocimiento de su

llegada como para ocultar la forma en que sus ojos se entrecerraban.

No necesitaba molestarse. Getty ni siquiera le dirigió una mirada. Parecía demasiado ocupada procesando la andanada de preguntas que Gina le lanzaba. Daryl sonrió por primera vez desde que apareció su inesperada visitante. Deja que su Gina le pregunte todo lo que tiene en mente. Todo a la vez.

—Mamá y el Sr. Hayden permanecen en Baltimore, por supuesto.

Ella seguía sin encontrar la mirada de Gina, en su lugar dirigió su sonrisa hacia él. Deslumbrante y llena de encanto, la sonrisa de Getty podía cegar a casi cualquier hombre.

Daryl lo sabía: él había sido uno de ellos.

*¿Cómo no me di cuenta de lo vacía que está?* Porque la triste verdad que le miraba a la cara era que la sonrisa de Getty era sólo para aparentar. No le llegaba a los ojos ni le iluminaba la cara como lo hacía la de Gina.

Su falta de respuesta -unida al silencio expectante de Gina- debió de incomodar a Getty. De repente, un torrente de palabras brotó de su boca. Una explicación confusa de palabras tropezando unas con otras, bloqueándose unas a otras, impidiendo que nada tuviera sentido mientras ella seguía amontonando más explicaciones.

En algún momento, Daryl la desconectó en favor de esperar a que terminara. Observando a las dos mujeres, no pudo evitar hacer comparaciones. No porque fuera justo hacerlo, ni siquiera correcto, sino porque no podía evitarlo.

Allí estaba Getty, resplandeciente y perfecta como una imagen, los tirabuzones rebotando, las manos agitándose, los ojos desorbitados y la boca a mil por hora. Estaba preciosa, como siempre, pero su parloteo la hacía mucho menos atractiva de lo que Daryl recordaba. También se dio cuenta de que, por lo que pudo captar de lo que ella decía, no preguntaba nada sobre cómo le iba a Gina.

Por el contrario, todo en Gina parecía sencillo. Desde las esbeltas líneas de su falda azul oscuro y su blusa blanca, los botones de nácar su único adorno, hasta la forma en que se mantenía quieta, ladeando la cabeza para asimilar las palabras de su prima, Gina destilaba calma y cuidado. No llevaba tirabuzones alrededor de la cara. Aseguraba sus ondas castañas en un práctico moño en la nuca. El polvo moteaba las puntas de sus botas marrones, muda evidencia del paseo que habían estado disfrutando antes de que Getty descendiera sobre ellos.

A Daryl le gustaba ese polvo. Le gustaba pasear con ella. Le habría gustado terminar aquella conversación. En lugar de eso, allí estaba él, esperando a que la inoportuna visitante terminara de hablar para que Gina le tradujera lo que significaba todo aquello. Esperó mucho tiempo antes de que Getty terminara y Gina le mirara.

—¿Qué? —No necesitó ser más específico, Daryl sabía que Gina entendería exactamente lo que le preguntaba.

—Getty decidió que ella y el Sr. Hayden no congeniarían y rompió el compromiso, y él ha hecho un espectáculo de todo el asunto para castigarla.

Miró a su prima, que asintió con la cabeza de una forma que a Daryl le habría parecido demasiado entusiasta para un tema tan sombrío, pero él no pretendía entender a las mujeres.

—Así que decidió que necesitaba un cambio de aires y vino a visitarnos, sin el acuerdo ni

el conocimiento de la tía Portia. —La voz de Gina adoptó el filo cortante de la protesta -como bien debía ser—. Sabes que estará preocupadísima.

—Le dejé una carta. —Getty se retorció las manos—. Y en la última parada le envié un telegrama haciéndole saber que todo estaba bien. Mamá no se preocupará demasiado.

—Sí, lo hará. —Daryl no conocía demasiado bien a Portia Spencer, pero adoraba a su hija, lo que en parte podía ser tanto por necesidad como por devoción.

—No una vez que sepa que estoy a salvo aquí contigo y con Gina. —Ahí no hay nada que malinterpretar—. Mamá sabe que puede confiar en Gina, y no hay nada que pueda dañar mi reputación mientras me quede con mi prima y su marido.

Daryl lanzó a Gina una mirada que ella no encontró. Obviamente Getty no tenía la menor idea del verdadero estado de las cosas.

*¿Marido?* Dejó escapar una sonrisa. *Gina no puede zafarse de ésta. Cuando Getty sepa el estado de las cosas, me ayudará a llevar a su prima al altar....*

—Pero, Getty... yo no soy su marido.



—No soy su marido.

Las palabras de Daryl la golpearon con la fuerza de un golpe físico, pero de algún modo Gina permaneció en pie. Su sonrisa mientras informaba a Getty de que seguía soltero hizo que ondas secundarias de dolor recorrieran su magullado corazón.

*Descubre que Getty está disponible y su primer paso es asegurarle que él también lo está.* Gina cerró los ojos, aunque no amenazaba ninguna lágrima. Era extraño cómo el dolor parecía demasiado profundo para provocar lágrimas.

*Llegó justo a tiempo. Incluso un día más tarde y habría aceptado su propuesta....*

Ahora el dolor se elevaba para arañarle la parte posterior de la garganta, escociéndole detrás de la nariz. *Porque Daryl quería pedírmelo hoy. Justo ahora. Y yo habría dicho que sí.* La vergüenza por su estupidez quemó parte de la pena. *Creía que habíamos llegado a un punto en el que formaríamos un matrimonio sólido. Me convencí de que podía hacerle feliz...*

Pero una mirada a la sonrisa que se dibujó en su rostro cuando le dijo a Getty que no se había casado con ella puso fin a esa idea. No podía ser más obvio lo que realmente le hacía feliz.

—¿Gina? —Su prima sonaba algo estridente, como siempre lo hacía cuando se veía obligada a repetirse—. Te estoy preguntando si esto es verdad. ¿Aún no te has casado?

—Es verdad.

*Aún no. Nunca.*

Getty miró de uno a otro, mostrando confusión en su bonito mohín.

—Pero... ¿por qué?

*Porque no soy la mujer con la que quiere casarse.*

Gina quería gritar las palabras. Quería quemarlas y enterrar las cenizas de su verdad. *Tú lo eres.* Tal como estaban las cosas, la confesión se le quedó atascada en la garganta, un bulto crudo que no podía desalojar. Bien podría haberse quedado así, congelada en un marasmo de autocompasión, de no ser por la reacción de su prima.

—¡Tú! —Getty se abalanzó sobre Daryl, la indignación la puso a su altura -si no imponente- mientras se quitaba los guantes y avanzaba—. Qué… has… hecho... —Una lluvia punzante de golpes cayó sobre un desconcertado Daryl mientras Getty agitaba los guantes contra sus hombros y su sombrero, su voz se elevó hasta el chillido al continuar—. ¿A… mi… prima?

—¡Getty! —Gina le arrancó los guantes de las manos—. ¡Deja eso ahora mismo!

—Devuelve me los guantes, Gina. —Con la barbilla puesta en una expresión de rabia absoluta, Getty extendió una mano—. Yo me encargaré de esto.

Mantuvo un agarre firme de los guantes con una mano y agarró el codo de Getty con la otra para asegurarse de que su prima no lanzaba otro ataque.

—¿Ocuparte de qué? —Preguntó Gina.

—De reñirme por no haberme casado contigo todavía. —Daryl, por su parte, no había perdido la sonrisa. Obviamente, al desgraciado le resultaba hilarante toda la escena: la mujer a la que realmente se había declarado dándole la tabarra por no haberse casado con otro.

—Si lo quieres, se casará contigo. —Getty sacudió el codo de la mano de Gina pero no se movió. Su voz bajó tanto que Gina casi no pudo oírla—. Si él ha hecho algo para que cambies de opinión, no tienes por qué hacerlo.

—¿Qué? —Daryl hizo la pregunta resonando en la mente de Gina.

—Dije, —repitió Getty con voz exagerada—, que si ella te quiere, te casarás con ella. Si no lo hace, nos iremos a casa.

—Getty, no lo entiendes, —Gina se dio cuenta de que tenía que decirle la verdad a su prima. Inmediatamente.

—Sí, lo entiendo. —Su ceño permaneció fruncido—. Está claro que no eres feliz, Gina. Nos vamos.

—No. —Daryl se movió para colocarse justo delante de Getty cuando ella hubiera pasado a su lado, una determinación como Gina nunca había visto endureciendo las líneas de su mandíbula—. No irás a ninguna parte.

# CAPÍTULO 31

-Puede venir conmigo o quedarse aquí, pero tengo ganas de visitar a Gina. —Allis recuperó la cordura en cuanto el carruaje negro se perdió de vista.

Se había detenido en la herrería sólo un momento -ni siquiera lo suficiente para que se asentara el polvo- y luego había partido en dirección al molino. Dado que no había nada más en esa dirección, y que se bifurcaba del Camino de Oregón, nada podía ser más obvio que el conductor había preguntado direcciones y pretendía llevar a su pasajero al molino. Para Gina, si Allis no erraba el tiro.

Y, por supuesto, ella pretendía averiguar que no lo había hecho.

—¿Visitar a Gina o seguir a ese carruaje? —Nick sabía lo que ella pretendía y se lo hizo saber.

—Ambas cosas. ¿Me acompaña? —Tenía la mano de ella acurrucada en el pliegue de su brazo, donde, admitió Allis para sí misma, se sentía bastante cómoda. Incluso se empezaba a acostumbrar a que la tuteara, aunque ella aún se negara a hacerlo.

Pero el obstinado de Nick no mostraba signos de moverse en la dirección que había tomado el carruaje.

—¿Y si no quiero animarte a ser entrometida?

—Me vería obligada a recordarle que la hipocresía hace a los hombres mucho menos atractivos. —Ella le dirigió una mirada arqueada. —Y teniendo en cuenta la forma en que seguía haciendo preguntas sobre mí cuando no mostraba ningún interés en responder, tiene una buena dosis de entrometido.

—No me permito ser entrometido. —Sus cejas se alzaron tanto que se le subió el ala del sombrero—. Cuando tengo un interés personal en los asuntos, puedo, sin embargo, investigar.

—Muy bien.

Verdaderamente el hombre merecía un sinfín de burlas por su juego de palabras, pero estaban perdiendo el tiempo mientras discutían.

—Tengo un interés personal en el bienestar de Gina y me gustaría investigar. O me suelta o me acompaña, pero haga su elección, Nick Turner.

—¿Qué te hace pensar que quien viaja en ese carruaje puede representar una amenaza para el bienestar de la señorita Spencer? —Comenzó a caminar. Lentamente. Demasiado, demasiado despacio para el gusto de Allis.

—Un instinto, podría decirse.

—No es razón suficiente—. Si era posible, aminoró el paso.

—Estoy al tanto de más cosas que usted cuando se trata de mi amiga, —le recordó Allis, avanzando como si la pura determinación le obligara a moverse más deprisa—. Y si su visitante es la mujer que sospecho, las cosas podrían ponerse muy difíciles para ella y el Sr. Sanders en poco tiempo.

—Eso es asunto de ellos. —Se detuvo por completo, su mano se aferró a la de ella para asegurarse de que se detuviera a su lado.

Allis frunció el ceño e intentó zafarse.

—Puede que me necesite. No dejaré que se enfrente sola a un shock como éste.

—No está sola. Si, como sospechas, es su familia la que está en el carruaje, los tiene a ellos y a Daryl. —Nick no mostró signos de ceder—. Además, no te corresponde aparecer cada vez que los problemas te llaman. Incluso tus amigos más cercanos tienen que aprender a valerse por sí mismos.

—La gente no debería tener que valerse por sí misma.

—Nunca lo hacemos. El apoyo más importante y la mejor amiga a la que puede llamar la Srta. Spencer siempre está disponible.

Dio un fuerte tirón pero no ganó ni un centímetro.

—¡No contigo reteniéndome en la ciudad!

—Tonta. —Su sonrisa cariñosa podría haberla encantado en cualquier otro momento—. Me refería a su prometido, y no te corresponde entrometerte en cualquier asunto familiar que se desarrolle allí esta tarde.

—Hablas en serio. —Allis se quedó inmóvil—. ¿Esa es tu respuesta cuando un amigo se enfrenta a problemas, dejarlo en paz?

—En paz no, con su familia.

Allis se tragó una mueca de desprecio.

—Sé práctico, Nick.

—Lo soy. —Algo en su tono debió captar su atención, porque su sonrisa desapareció.

—¿Crees que puedo alejarme de ella, así sin más? ¿Sobre todo cuando sé que me necesita?

—No sé si ella te necesita. Solo sé que no está sola.

Allis suspiró.

—Pues yo solo sé que quiero ir a visitar a Gina y tú me lo impides.

—No puedes retenerla aquí. —Si el hombre no se movía, Getty lo apartaría de su camino. Después de su último encuentro con Reginal, había tomado la decisión de que ningún hombre volvería a intimidarla, y eso valía doble para Gina.

La sola idea de que hubiera atraído a su prima hasta aquí con la promesa de matrimonio

sólo para mantenerla atrapada en medio de la nada sin boda ni esperanza de escapar enfurecía a Getty más allá de toda medida. Ella no había pretendido que esta visita a Ainsworth fuera una misión de rescate, pero obviamente eso era precisamente lo que se necesitaba.

—No me retiene en Ainsworth contra mi voluntad, Getty. —El tono seco de Gina contribuyó mucho a convencerla—. Hay dirigencias que pasan por aquí regularmente; podría haber elegido volver en cualquier momento.

—Parece que el Sr. Sanders no está de acuerdo con esa apreciación. —Getty no debería haber tenido que señalar la expresión prohibitiva que se apoderó del rostro del hombre ante la mera mención de Gina de marcharse, pero algo le decía que era importante.

—Así es. —Se cruzó de brazos—. He traído aquí a Gina para que sea mi esposa. No puede salir corriendo a la primera señal de que las cosas no serán un cuento de hadas.

—¿Seguro que no te refieres a mí? —Getty le igualó resplandor por resplandor—. No he huido de mi prometido, Sr. Sanders.

—Eso parece.

—Daryl… —Gina se adelantó—. No sabemos qué pasó con Getty y Reginal, pero pensaría que te alegrarías de verla. —Una mirada extraña que Getty no pudo interpretar del todo pasó por el rostro de Gina—. Por mi parte, nunca me ha gustado ese hombre.

—En realidad no huí, Sr. Sanders. Reginal Hayden me echó. Hay una diferencia.

—Hace que uno se pregunte si el Sr. Hayden ve las cosas bajo la misma luz. —La desaprobación irradiaba de Daryl con tanta fuerza, que Getty casi se preguntó si él sospechaba la verdad del asunto.

Ella resopló.

—Por supuesto que no, aunque no creería ni una palabra de lo que diga si alguna vez tiene la desgracia de hablar con él.

—Parece que los hombres no son propensos a admitir cuando han cometido un error. —Esa vez, la mirada que Gina lanzó a Daryl lo dijo todo. Quizá Gina no quería huir, pero su prometido aún tenía mucho por lo que responder.

Y Getty se proponía asegurarse de que lo hiciera.

—He reconocido mis errores.

—En privado, quizá. —Algo brillaba en los ojos de Gina, pero Getty no podía saber con seguridad si era humedad o determinación—. Públicamente es otro asunto, ¿verdad, Daryl?

Getty aspiró un suspiro. *Algunos errores nunca deben hacerse públicos. No cuando no hay nada que hacer al respecto...*

—Algunas verdades sirven mejor como secretos. Protegen a la gente. —respondió él.

—¿De la vergüenza? —Gina no dio cuartel—. Las cosas serán peores ahora por haber esperado a contarles a todos la confusión. Se preguntarán por qué no dijimos algo desde el principio. Por qué... —Parecía como si su prima se hubiera atrapado justo antes de soltar lo más interesante.

—No se preguntarán nada. No hay necesidad.

La cabeza de Gina se echó hacia atrás.

—Sé que no se lo preguntarán una vez que vean a Getty. Es obvio por qué un hombre querría ser su prometido. Se preguntarán las razones por las que las cosas no funcionaron.

—¿La gente de aquí sabe lo de Reginal? —Su corazón se desplomó. *¿A tantos kilómetros de distancia y aún no puedo escapar del pasado? ¿Son los cotillas realmente tan eficaces incluso en las zonas salvajes donde no hay telégrafos, ferrocarriles ni periódicos?*

—No me refería a eso...

—Lo sé, —interrumpió rotundamente Gina a Daryl -su boca seguía abierta y todo—. pero Getty no sabe de qué estás hablando. Ella piensa que estamos discutiendo chismes sobre ella dejando a su prometido en Baltimore-no la situación aquí mismo en Ainsworth.

—¿Qué situación? —Getty tuvo la clara sensación de que se le había escapado algo. Algo importante.

—Gina, —llegó su voz, conteniendo una advertencia que Getty, por su parte, habría sido demasiado cobarde para no atender—, no lo hagas.

Gina siempre había sido la valiente. El dolor y el orgullo se enfrentaron en los ojos de su prima.

—La razón por la que Daryl y yo no estamos casados, Getty, es que yo no soy la Georgina que él quería.

—¿Quieres decir? —Jadeó y miró fijamente de Daryl a Gina y viceversa—. La carta... —Getty no lo habría creído posible, pero de repente se sintió aún peor que antes.

Gina parpadeó y Getty supo con certeza que el destello habían sido lágrimas todo el tiempo.

—Daryl no me quiere.

—No. —Su gruñido fue ignorado por Gina, pero Getty oyó la vehemencia en él.

—Sí. Se te declaró.

# CAPÍTULO 32

Nick Turner no se consideraba un cobarde. Ni mucho menos. Cuando los problemas asomaban la cabeza, él los afrontaba. Cuando su familia necesitaba algo, se ponía en marcha para conseguirlo.

Pero por primera vez desde la muerte de su padre, Nick se encontró tentado a evitar algo, a ignorar las advertencias que retumbaban en su mente. Desear que desapareciera o, como mínimo, tomar prestado el truco del avestruz de enterrar la cabeza en la arena hasta que pasaran los problemas.

El único problema es que no podía. El plomo bien podría recubrir sus pies por todo lo que se movían. Desde luego, sentía como si algo tan espeso y pesado le obstruyera el pecho, estrangulando la satisfacción de la que había disfrutado la última semana a medida que avanzaba su cortejo.

La miró, leyendo la obstinación y la impaciencia que salpicaban sus pensamientos tan claramente como esas pequeñas pecas que salpicaban su nariz y sus mejillas.

—¿Y bien? —Exhaló la palabra. Obviamente, Allis no quería hablar de las cosas importantes más que él. Lo más probable es que ambos supieran adónde conduciría una conversación así.

Algo del peso se alivió de su pecho, aunque no mucho.

—Dejemos que Gina maneje a su visitante como crea conveniente. Esto es más importante. —La acompañó hacia un banco fuera de la iglesia.

—¿Qué es? —Cuanto más se acercaban a la iglesia, más pesados se hacían sus pasos—. ¿Nick? —El miedo no teñía su voz, pero la vacilación matizaba cada sílaba, diciéndole tan claramente como si lo hubiera gritado que no quería esta conversación.

—Tienes razón. —Nick no se sentó a su lado, sino que se colocó delante. Tenía dos razones para esa postura: en primer lugar, mantenía su atención en él, lo que dificultaba en exceso que se levantara de un salto y se marchara corriendo, y en segundo lugar, sabía muy bien que no podía sentarse tranquilamente con sus pensamientos tan agitados.

—Por supuesto. —Ella levantó una ceja como incitándole a continuar. Cuando él no lo hizo, ella suspiró—. ¿Sobre qué esta vez?

—Fui un entrometido a la hora de aprender todo lo que pude sobre ti. Lo que no pudiste contarme, te lo intentaba sonsacar. Si eso no funcionaba, solía preguntárselo a otros.

—No hace falta que lo admitas. Ya lo sabía.

—El caso es que… —continuó Nick, alejándose unos pasos y retrocediendo mientras intentaba expresar mejor lo que le rondaba por la cabeza—, nunca pensé en investigar el aspecto

más importante de tu carácter. Cuando se trataba de asuntos cruciales, hice suposiciones. Suposiciones que empiezo a pensar que eran erróneas.

—Es peligroso hacer suposiciones. —Levantó la mano y jugueteó con el maltrecho medallón que siempre llevaba—. Supongo que ahora que has pasado tiempo conmigo, has encontrado defectos en mi carácter que te llevan a creer que sería una mala esposa para ti.

Nick consiguió esbozar una pequeña sonrisa.

—No he desenterrado ningún defecto que me haga dejar de cortejarte, Allis. Pero las preguntas han salido a la superficie, y no puedo ignorarlas o fingir que las respuestas no importan.

—Si no has encontrado los defectos, es que no has buscado lo suficiente. —El ligero movimiento de su mandíbula le indicó que rechinaba los dientes entre frase y frase—. Es sólo cuestión de tiempo que lo hagas, así que quizá lo más sensato sería separarnos ahora.

—El fatalismo es tan poco atractivo como la hipocresía.

—Me parece que el destino nunca ha sido bonito. —Ella se puso de pie, su nariz casi tocando su barbilla cuando él no dio un paso atrás. —Así que no hay razón para que te sorprendas.

Le puso una mano en el hombro y la presionó para que volviera al banco.

—¿Por qué no dejas que sea yo quien juzgue eso?

—¿Yo? —El chillido de Getty hizo que Gina diera un respingo.

—Sí, tú. —Como Daryl parecía haber decidido no decir ni una palabra, Gina confirmó la horrible verdad.

Horrible para ella, al menos. No tan horrible para Getty, cuya encantadora vida no mostraba signos de desaceleración. Perder a un prometido, venir a visitar a su prima, encontrar a uno que ni siquiera sabía que tenía....

*Me pregunto cómo debe ser tener tantas opciones.* Una pequeña burbuja de risa apenada se hinchó, pero Gina no la dejó salir. Si dejaba salir alguna emoción, todo podría desbordarse en una inundación masiva.

—¡Pero yo ya había aceptado la propuesta de Reginal! —protestó Getty como si añadir unos hechos pudiera cambiar otros—. No podía tener la intención de proponerle matrimonio a una mujer comprometida.

—No sabía que habías aceptado otra proposición. —El enfado de Daryl se oyó alto y claro. De hecho, aunque no puso los ojos en blanco, Gina pudo ver cómo resistía el impulso.

Casi no le culpó. Al menos, ¡no le culparía si todo el desgraciado embrollo no fuera *culpa suya!*

Cerró los ojos, esperando borrar la verdad. O, si no la verdad, al menos la mirada horrorizada de Getty.

—Oh, Gina. Lo siento muchísimo. —La voz de su prima sonaba... derrotada—. Esperaba tanto que una de nosotras encontrara la felicidad con nuestros prometidos. En vez de eso, ninguna de las dos se casará.

—No nos precipitemos. —Daryl se aclaró la garganta—. Aunque tiene mis... condolencias... por que las cosas no funcionaran con el Sr. Hayden, eso no invalida en absoluto mi compromiso.

—Pero... no estamos comprometidos. —El parpadeo de Getty bien podría haber sido el golpe de un martillo en el corazón de Gina—. Nunca le he aceptado, Mr. Sanders. Gina lo hizo. Equivocadamente, pero...

—La propuesta del Sr. Sanders no era mía para aceptarla. —*Realmente, esta conversación es peor que una tragedia de Cheltenham... o una farsa.*

—Gina, ya hemos hablado de esto. —Daryl sonaba como si apenas se aferrara a la delgada capa que le quedaba de paciencia—. Usé tu nombre, tú aceptaste, yo acepté tu aceptación -sin importar los tecnicismos de la intención, sigues siendo mi prometida.

—Ya lo hemos hablado. —Ella soltó las palabras, negándose a fingir una calma que ni remotamente sentía—. La intención comprende mucho más que un tecnicismo cuando se trata de una proposición. Getty era tu prometida prevista.

—¿Por eso no te has casado con él?

—Sí. —Por una vez, Daryl y ella tuvieron la misma respuesta... al mismo tiempo.

—Aun así, ¿se ofreció a casarse con ella, una vez que quedó claro lo que había pasado? —La boca de Getty colgó abierta en lo que, incluso para Getty, clasificó como una manera poco atractiva. Probablemente se dio cuenta, porque cerró la mandíbula al cabo de un momento—. ¿Por qué?

—Llevo semanas preguntándome lo mismo y no estoy más cerca de entenderlo.

Su rugido fue inmediato y ensordecedor.

—¿Os habéis vuelto locas las dos? ¿Todas las mujeres carecen de sentido común, o se limita a las que llevan el nombre de Georgina?

—Bueno, resulta que las Mildred tenemos fama de sensatas. —Medio acechó, medio cojeó en medio de ellas, haciendo que Gina se preguntara cómo no se había percatado de la aproximación de la anciana—. Pero en nombre de las mujeres, yo diría que son los hombres que vociferan insultos a las dos mujeres a las que han ofrecido proposiciones los que quizá carezcan de ingenio.

A Getty se le escapó un chorro de risa, aunque lo sofocó rápidamente.

—Estoy de acuerdo, y aunque no parecía ser el caso, quería preguntarle a Gina por qué se negó a casarse con usted. Ahora, por supuesto, no necesito preguntar. No eres tan agradable como recordaba.

—Supongo que tú, por supuesto, eres Getty. —Mildred miró de la recién llegada a Gina como buscando similitudes. Encontraría muy pocas, Gina lo sabía.

—Así es. Encantada de conocerla, Sra. Sanders. —Getty hizo una reverencia informal.

—Me temo que no puedo afirmar lo mismo, señorita. Su llegada no viene en buen

momento. —Como de costumbre, Mildred no se detuvo a endulzar sus pensamientos con una capa de diplomacia—. Mi nieto hizo grandes progresos con eso —señaló con su bastón hacia Gina— hasta que usted apareció. Ahora todo eso se ha ido por la ventana.

De algún modo, Gina se las arregló para mantener su expresión impasible, aunque por dentro estaba vehementemente de acuerdo con la anciana.

No le importaba el ramalazo de dolor que le venía cada vez que se imaginaba a Daryl pronunciando los votos matrimoniales ante su prima o el dolor sordo y palpitante que parecía haber tomado residencia permanente en su pecho. Eso se aliviaría con el tiempo, al igual que el dolor de todo tipo de pérdida. Sin embargo, a Gina le pareció oír un extraño crujido en las proximidades de su corazón mientras los tres se dirigían hacia la casa.

No fue hasta después de que le hubiesen dado algo de comer al cochero y le hubiesen enviado de vuelta que Gina consiguió identificar de qué se trataba.

*Con Getty aquí, hasta la esperanza me ha abandonado.*

# CAPÍTULO 33

-¿Por qué debo dejar que decidas tú? —Allis se sentó a pesar del desafío de sus palabras.

—Porque no siempre tomamos las mismas decisiones, tú y yo. —Esta vez, se sentó a su lado, con las rodillas inclinadas hacia las suyas en una muestra silenciosa de que no tenía intención de marcharse todavía—. Puede que te guste más la mía.

—Estoy acostumbrada a depender de mí misma.

—La mayoría de la gente admira la autosuficiencia.

—¿Tú no? —Ella levantó una ceja—. Extraño, ya que pareces notablemente autosuficiente y capaz en la mayoría de las cosas que haces.

—Ah, pero eso no es cierto. —Se inclinó hacia atrás, pero de algún modo sus hombros llenaron aún más espacio.

—Te he observado durante el tiempo suficiente para saberlo.

—Si como dices me has estado observando, sabrás que necesito de la gente. De mi familia, mis amigos… De ti. Pueda que sea autosuficiente en muchas cosas, pero en otras tantas necesito a los demás.

—¿Y si yo no necesito de los demás? —El hecho de que sonara como una petulante niña de doce años le dio que pensar, así que modificó su tono. —No quiero depender de nadie. Me han fallado personas que me importaban y, al hacerlo me dañaron y me enseñaron a no confiar en nadie. Así nadie ni nada puede dañarte.

—Ahora suenas como la hija de un médico. —Su sonrisa irónica alivió parte del escozor de sus palabras.

Aunque, en realidad, el aguijón no provenía de su opinión de que sonaba como la hija de Saul, sino del hecho irrefutable de que no lo era.

—Tomaré eso como que suena a sensatez.

—Hasta cierto punto, pero deja demasiadas cosas sin explicar. — Estiró las piernas como si se dispusiera a mantener una larga conversación -lo cual, pensándolo bien, es muy probable que estuviera haciendo.

—Personalmente, prefiero dejar las cosas en el aire, antes que asignar crédito donde no lo hay.

—Hablas de la gente como si todos fueran a dañarte.

—¿Lo hago? —Se recostó contra el banco, resignada a seguir la conversación hasta su final natural—. Aunque nunca lo había pensado así, es una buena forma de decirlo.

—No, no lo es. —Se enderezó, plantando sus botas en la tierra—. Estás descartando muchas cosas buenas que tienen las personas. Hay muchas cosas que pueden ofrecerte, Allis.

—¿He dicho yo tal cosa? Sé que hay personas buenas en el mundo, Nick. Pero no quiero depender de ellas y sentirme vacía si, por algún motivo me dejan. Algo que espero que hagan si lográn saber todo sobre mi. —Ya está. Ella lo dijo. En cualquier momento se levantaría y se marcharía, como ella siempre había sabido que haría.

Claro que le había llevado más tiempo del que ella esperaba darse cuenta de la verdad sobre ella, pero se había dado cuenta. Y lo que era más importante, su nueva comprensión le daría la razón...

—Así que, no sólo no crees en la gente. ¿Tampoco crees en ti? —Si las palabras pudieran ahogarse en el dolor, las suyas lo harían.

—No seas ridículo, Nick. Por supuesto que creo en mí, como creo en Dios, pero mantengo la fe fuera de mi vida.

La confusión frunció sus cejas.

—Entonces, ¿en qué crees, Allis, además de en ti?

—No he dicho que no crea en un montón de cosas. Es como si te negaras a escucharme. —Se levantó y empezó a dirigirse a la casa.

*Visitaré a Gina mañana. Puede que tenga razón en lo de que ella tiene que arreglárselas sola.*

—En pocas palabras, ¿has decidido mantenerte alejada de las personas para que no te dañen? —La voz de Nick llamó tras ella, haciéndole saber que había empezado. Ya no la seguía.

Allis se preguntó por qué no sentía nada de la sombría satisfacción que había estado esperando.

—Exactamente.

—¿Qué estás haciendo? —Daryl esperó a que Getty se excusara para un —momento privado — antes de apartar a Gina. Tal y como estaban las cosas, la única forma que tenía de pillarla a solas era acechar en el vestíbulo a que volviera de acompañar a su prima al escusado.

—Supuse que Getty y yo compartiríamos la habitación de invitados. —Ella le miró fijamente con una frialdad que a él le pareció desconcertante—. Sencillamente, no sería apropiado que una de nosotras durmiera en el dormitorio principal, aunque tú siguieras durmiendo en la litera del molino.

—No me refería a eso. —Aunque por un momento fugaz cruzó por su mente la idea de que con Getty allí como carabina adicional, le sería posible volver a la casa sin provocar chismorreos indebidos—. ¿En qué estabas pensando al decirle a tu prima que la carta era originalmente para ella?

—Pensé que lo mejor era decir la verdad. Después de todo—, declaró ella, cerrando los

ojos y haciendo una pausa antes de continuar, —fuiste tú quien le dijo que no estábamos casados. Seguramente sabías que ella preguntaría por qué.

—Sí, pero podríamos haberle dicho lo mismo que al resto del pueblo: que esperamos hasta que te sintieras cómoda y segura de querer hacer una vida aquí en Ainsworth. —Eso sonó débil dicho en voz alta, pero Daryl no podía retractarse ahora—. O que hasta que tengas la escuela en marcha, eso ocuparía la mayor parte de tu atención.

—Es mi prima, estoy harto de medias verdades, y esto le concierne directamente.

Su protesta dio en el blanco, haciéndole sentir incómodo por la forma en que habían estado engañando a todos en el pueblo.

—Las medias verdades son mejores que las mentiras enteras, sobre todo cuando uno trabaja para hacerlas cada vez más reales.

—Espera. Si querías contarle a Getty toda la verdad, ¿por qué omitiste la parte más importante? —Su expresión le dijo claramente que no sabía a qué se refería—. Omitiste el hecho de que sabías mi intención de casarme contigo antes de que ella viniera. Le contaste a Getty todo sobre la forma en que le había escrito originalmente pero no le dijiste cómo te he cortejado desde entonces.

—Ella sabe que te ofreciste a seguir adelante con el acuerdo. No te preocupes. Getty no piensa mal de ti por no casarte conmigo. Sabe que intentaste mantener tu palabra, incluso cuando no la habías dado. —La confusión desapareció de sus facciones, sustituida por esa mirada apagada e imprecisa que a él le resultaba tan inquietante.

—Eso no es lo mismo, y lo sabes.

—¿Qué quieres de mí, Daryl? —Durante una fracción de segundo, la máscara inexpresiva se desvaneció, revelando el conflicto que rugía debajo. Feroz, orgullosa, desesperada, ella encarnaba todas esas cosas y más mientras lo acorralaba, lo suficiente como para dejar sin aliento a un hombre.

Su falta de respuesta la devolvió a la impasibilidad, haciendo que Daryl deseara haber pensado con más rapidez.

—Getty sabe que inicialmente te le declaraste. Sabe que una vez que descubriste el error estabas dispuesto a hacer lo honorable y casarte conmigo para mantener tu palabra —Sonaba casi como si tachara cosas de una especie de lista mental. Conociendo a Gina, lo más probable es que así fuera—. Ella ve la casa y el molino, te conoce de Baltimore y comprende que no te dejaría casarte conmigo por sentido del deber.

—Nada de eso importa. —Le tendió la mano, pero ella la metió en uno de esos bolsillos siempre presentes que se esconden entre los pliegues de sus faldas—. Lo que importa es que ella no sabe cómo *te* he perseguido, Gina.

—Eso no significa nada. —Ella sacudió la cabeza, su suave moño apenas se movió con el movimiento—. Ella no necesita oír mis historias sobre tu consideración, Daryl.

—Mientras las recuerdes, me doy por satisfecho.

—No me debes nada. —Ella enderezó los hombros como si desechara todos sus esfuerzos, una impresión verificada por sus siguientes palabras—. Eres libre de cortejar a Getty, como siempre quisiste.

# CAPÍTULO 34

Gina casi consiguió pasar a su lado cuando la mano de él se cerró en torno a su antebrazo. El dolor de su pecho resonó en sus sienes cuando el pensamiento la martilleó. La vivaz belleza de su prima le arrebató la atención, la admiración y las aspiraciones matrimoniales del único hombre que Gina deseaba. Parecía un engaño cruel que, a pesar de todo lo arrebatado, Gina se quedara con los remordimientos y las decepciones de todo lo anterior.

—¿Cómo puedes pensar que transferiría mis atenciones a tu prima tan rápidamente? —El agarre de Daryl se tensó una fracción antes de aflojarse, como si luchara contra el impulso de sacudirla.

Gina puso su mano sobre la de él y apartó sus dedos. Por una vez, el contacto no envió espirales de calor en cascada a través de ella. En todo caso, se sintió más fría una vez que él la soltó.

—¿Por qué esperar, Daryl? Planeaste casarte con ella hace semanas. No pospongas las cosas por orgullo.

—¿Orgullo? —Un músculo saltó en su mandíbula—. ¿Crees que decido no perseguir a tu prima por un orgullo mal entendido? Nos vendes mal a los dos, Gina, si no se te ocurre otra razón.

—Algunos miembros del pueblo pensarán que eres inconstante. —La admisión le trajo una patada de reivindicación que cuidadosamente no mostró—. Hasta que expliquemos lo sucedido. Entonces nadie te verá mal. Me aseguraré de que no tengan dudas sobre tu integridad, Daryl. Te lo prometo.

—¿Qué hay de tu integridad, Gina? En lo que a todo el mundo concierne, *eres* mi prometida.

—Hay algunos que estarán descontentos, quizá incluso dolidos porque no les confié nada, pero Clara y Opal me perdonarán dadas las circunstancias.

—No me refería a eso. —La ira recorrió el conjunto de su mandíbula mientras la miraba fijamente.

—Allis ya sabe la verdad, al igual que Mildred. El ayuntamiento ha sido consciente desde el principio de que tal vez no nos convirtamos en marido y mujer. De hecho, esto me convierte en una mejor opción para maestra a muchos ojos. —Si Gina hubiera podido esbozar una sonrisa, lo habría hecho, pero resultó imposible.

Dio un paso adelante, sus botas rozaron sus faldas, su cabeza inclinada para que ella no pudiera evitar sus ojos ni sus palabras.

—Olvídate del resto del pueblo, Gina. Ellos no importan. ¿Qué hay de ti?

Su corazón se apretó y se desplomó ante la intensidad que leyó en su rostro, ante lo ferozmente que preguntaba por su bienestar.

—No te culpo, Daryl. —Dio un paso a un lado, apretándose contra la pared para pasar junto a él hacia la seguridad del salón... de la compañía de Mildred.

—No deberías. Hice todo lo que pude para que funcionara. Eres tú quien se rinde y me envías con tu prima. —Cuanto más suavemente hablaba, más profunda se volvía su voz y más oscuro sonaba su humor—. Si tienes que culpar a alguien, Gina, es a ti misma.

Ella se quedó helada.

—¿Qué?

Getty cruzó la puerta

—Gina, estoy cansada después de tanto viaje. ¿Podrías mostrarme nuestra habitación para descansar un poco antes de cenar?

—En absoluto, —contestó Daryl por ella, girando sobre sus talones y entrando en el salón —. Gina estará encantada de mostrársela. Se lo haré saber a la abuela antes de volver al trabajo.

Gina le observó marcharse, luchando contra el impulso de detenerle y exigirle lo que había querido decir al culparla de algo, cuando no había forma posible de que fuera más comprensiva. *¿Qué bien puede salir de ello?* Reprimió el nuevo resorte de resentimiento y condujo a Getty escaleras arriba hasta la habitación que había llegado a considerar su refugio.

—¡Qué encantadora! —Getty se paró en el centro de la habitación e hizo una pequeña pirueta—. Pequeña, aunque estoy segura de que nos las arreglaremos.

—Es una habitación de buen tamaño cuando no está llena de equipaje. —Gina no se refería sólo al suyo; para una chica que se había escabullido delante de las narices de la tía Portia, Getty se las arreglaba para empacar una cantidad asombrosa—. Entre las dos, debemos haber traído medio Baltimore a Ainsworth.

—Bien. —Getty rebotó sobre la cama—. Por lo que he visto, al lugar le vendrían bien unos toques más de civilización.

—Si por civilización entiendes calles abarrotadas, aire lleno de hollín y olores de demasiada gente apiñada, prefiero con mucho el salvaje Oeste. —Gina se hundió en la silla colocada ante el escritorio delantero caído que ocultaba unas cuantas margaritas moradas ya secas.

—No seas tan negativa. Hablo de calles pavimentadas, tiendas y negocios, parques y cosas así.

—El almacén general de aquí es enorme, y lo que no tengan se puede encargar por catálogo. Con el molino, la herrería, una iglesia, la nueva escuela e incluso una cafetería, Ainsworth tiene todo lo que podríamos necesitar. Además. —Gina señaló hacia la extensión de tierra y cielo que se veía a través de la ventana—, la pradera avergüenza a cualquier parque.

—No hay modistas ni zapateros ni mercerías ni confiterías ni bibliotecas de préstamo... —Getty frunció el ceño—. Me alegro de que te contentes con tan poco, Gina, pero no me convencerás de que un lugar como éste no tiene nada que envidiar a las comodidades del hogar.

—Pero... te acabas de enterar de que Daryl se te ha declarado. —Un débil aleteo señaló el

retorno de una esperanza de la que Gina empezaba a sentir que estaba mejor sin ella—. ¿Cómo puedes decidir no quedarte cuando sólo llevas aquí una hora?

—No seas tonta, Gina.

—¿Cuándo me has conocido por ser tonta?

—Nunca. Así que no empieces ahora. Puede que Daryl me escribiera esa carta hace semanas, pero ambas sabemos que ya no soy la Georgina con la que quiere casarse.

Gina parpadeó pero no dijo nada, lo que podía ser una buena señal o una terrible. A decir verdad, Getty nunca había visto a Gina quedarse muda, así que no podía decir con certeza en qué sentido. Decidió ser optimista.

—Sólo tenemos que asegurarnos de que se da cuenta.

—Getty, Daryl te quería a ti. Se llevó la sorpresa de su vida cuando me bajé de la dirigencia, y aunque no ha actuado más que como un caballero y se ha ofrecido a cumplir con su deber, —su prima hizo una mueca, y Getty no podía culparla, —casándose conmigo, yo lo rechacé. Ese significa que es más que libre de conseguirte. Como ya no estás comprometida, es la situación perfecta.

—No puedo creer que intentes convencerme de que salte de un compromiso fallido a otro compromiso fallido, Gina. —Cuando todo lo demás fallaba, Getty aprendió hace tiempo que las lágrimas funcionaban. Eso resultó ser una suerte, ya que brotaban con mucha facilidad estos días —. Daryl y tú no funcionasteis, ¿así que intentas endilgármelo, cuando aún me estoy recuperando de lo que pasó con Reginal?

—Oh, Getty. —Gina se levantó de la enjuta silla del escritorio y se acercó para sentarse junto a ella en la cama—. Qué desconsiderada he sido. Lo siento. Cuéntamelo todo.

En un instante, Getty se dio cuenta de su error al sacar a colación el fiasco que había sido su compromiso abandonado. Había sabido que Gina le preguntaría por sus razones para romper con Reginal, pero no había planeado sacar el tema directamente. Evitarlo habría sido lo mejor durante el mayor tiempo posible. Sobre todo porque aún no había decidido cuánto contarle a Gina.

—Es que todo es tan perturbador—. Se permitió un satisfactorio y sonoro resoplido.

—Estabas tan enamorada de él. ¿Existe... existe alguna posibilidad de que estés disgustada con él ahora pero que le perdones más tarde? —Gina habló despacio, suavemente, como tanteando el terreno.

—¡No! —La respuesta de Getty fue lo suficientemente aguda como para hacer saltar a su prima—. De ninguna manera. Nunca volveré con él, no importa lo que diga, haga o prometa.

Gina deslizó un brazo alrededor de su cintura y le frotó la espalda.

—Nunca te había visto tan... apagada. ¿Qué ha hecho?

La amabilidad de su prima resultó ser la perdición de Getty. Todos los demás habían exigido saber, o preguntado de tal manera como haciéndola pasar por una especie de tonta huidiza en busca de atención. Gina no... Gina lo entendía como siempre lo había hecho.

—No te lo creerías.

Las lágrimas estallaron, ya no resbalando suavemente por sus mejillas, sino derramándose

en grandes borbotones que la hicieron gastar los pañuelos de ambas en cuestión de minutos.

—Finge ser todo un caballero, tan íntegro, tan considerado y atento, como si fuera a ser un marido perfecto. ¡Pero todo es una actuación, Gina! Si supieras cómo es en realidad, lo terrible que es el monstruo que acecha bajo lo que muestra a los demás, estarías horrorizada por lo cerca que estuve de casarme con ese hombre.

—¿Entonces es un fraude? —El tono de Gina indicaba que lo había sospechado.

*No... yo soy el fraude.* Pero también lo era Reginal. De hecho, ¿no le había advertido Gina a Getty que Reginal parecía demasiado bueno para ser verdad?

—Es un mujeriego horrible, Gina. No puedo vivir con eso.

—No tienes por qué. Deberíamos haberlo sabido, Getty. Reginal era demasiado liso y pulido para ser otra cosa que una anguila escurridiza.

Su prima no dudó ni un instante en consolarla.

—Es un sinvergüenza. Sospechaba que no era un buen hombre, pero estabas tan prendada de él que me pareció mezquino señalarlo en ese momento.

—No olvides su débil barbilla. —Luchó contra una sonrisa al recordar a Reginal derrumbándose en el suelo bajo el puño del Sr. Lindner.

Gina le entregó un cuarto cuadrado de lino, aunque Getty no creía que lo fuera a necesitar.

—Ahora me siento mucho más yo misma. —Dejó escapar una pequeña sonrisa—. Venir a Ainsworth fue la elección correcta.

# CAPÍTULO 35

—Así que se dio cuenta. —El doctor Saul Jordan hizo pasar a Nick a su sala de exploración y diagnosticó el problema de un vistazo—. Me preguntaba cuánto tardaría. Me pareció un hombre muy observador.

—Ella tiene serios problemas de autoestima. —Entró pero no tomó asiento en el lugar que le indicó el hombre mayor—. No es el tipo de cosa que esperaba descubrir, doctor Jordan. Es el tipo de cosa que esperaría que un hombre revelara a otro que le pide permiso para cortejar a su hija.

—Como señaló en su momento, cuando comenté que parecía una conversación que debería haber abordado conmigo en privado, no estaba buscando su mano. —Jordan enarcó una ceja—. Buscaba permiso para pasar tiempo con ella y llegar a conocerla lo suficiente como para determinar si sería o no una buena pareja. Tenga por seguro que, si las cosas hubieran progresado más allá de este punto, me habría asegurado de que conociera sus… problemas.

—Se encierra tanto en si misma que dudo que mucha gente sepa lo que ella cree o piensa.

—Eso es cierto. Su corazón y la forma en que trata a los demás no indican que por dentro se sienta vacía o decepcionada.

—Quiere decir que asumen, como yo hice, que ella está perfectamente.

—Allis es una chica buena y generosa, nada en ella indica como se siente realmente. —Jordan tomó asiento frente a él—. Sin embargo, cuando la conoces, empiezas a ver el dolor que guarda en su interior y le impide ser feliz.

—Ya veo. —*Entonces el problema es más grabe de lo que pensaba.*

—No estoy seguro de cuánto de su pasado ha discutido con usted, Sr. Turner, pero hay mucho guardado en el corazón de Allis. —El doctor Jordan se inclinó hacia atrás—. Y apenas se ha abierto durante los cuatro años que está con nosotros.

—No hemos hablado de su pasado. Cualquier indicio de que la conversación iba en esa dirección, ella la cerraba o cambiaba de tema. —Nick se inclinó hacia delante para apoyar los antebrazos en las rodillas.

—A menudo pasamos por alto lo que no buscamos. Allis cuenta con eso para mantener su lugar en esta ciudad y proteger mi posición. Es a lo que creo que se refería Doreen cuando mencionó que era bueno que Allis intentara evitarte. Usted ve más que la mayoría.

—No lo suficiente.

—Todavía no. Pero te importa lo suficiente como para seguir preguntando. Eso es bueno. —El doctor Jordan se puso en pie—. Empiezo a pensar que usted podría ser la pareja por la que hemos rezado.

—No me uniré en yugo desigual, doctor Jordan. —Siguiendo la indicación del hombre mayor, Nick se puso en pie. En realidad, el doctor Jordan no le llevaba ni una década, pero su profesión y su familia le conferían una madurez innegable. —La incertidumbre de Allis es un obstáculo imprevisto.

—Los obstáculos se crean para ser superados. —El médico abrió la puerta—. La única cuestión es si cree que la recompensa merece la pena.

Nick no dudó.

—Sin duda alguna. Lo acepto. —Miró la puerta mientras preguntaba—: ¿Eso significa que no tiene intención de ilustrarme sobre el pasado de Allis?

El Dr. Jordan negó con la cabeza.

—No es mi historia y no le haré ni a usted ni a Allis el flaco favor de interferir de esa manera. Mejor encuéntrela y convénzala para que confíe en usted.

—Lo haré. —Nick cruzó la puerta y cogió su sombrero de donde colgaba de una percha en el vestíbulo—. Puede estar seguro de ello.



—¿Quieres venir conmigo a visitar a Gina? —A la mañana siguiente, Allis lanzó una mirada dudosa a Nick—. ¿Por qué?

—Para ser sincero, estoy más interesado en que me muelan este saco de grano. —Nick señaló el saco que llevaba al hombro—. Te dejaré la socialización a ti.

Ella ignoró la sonrisa atrayente.

—¿Por qué estás aquí, Nick? Pensé que habíamos decidido que yo era una pérdida de tu tiempo.

—No eres una pérdida de tiempo.

—Si no te has dado cuenta de que soy una pérdida de tiempo, es sólo porque no me conoces lo suficiente.

Ella arrancó en dirección al molino.

Él se puso a su paso.

—Estoy de acuerdo en que no te conozco lo suficiente, pero estoy intentando arreglar eso.

—Has visto todo lo bueno, y a partir de ahí todo va cuesta abajo. Es mejor cortar por lo sano, Nick.

—La única forma en que puedo salir perdiendo es si te dejo ir sin saber todo sobre ti, —Sus palabras le clavaron agudas punzadas de pavor y anhelo en el corazón.

Una risa entrecortada se filtró a través de sus defensas.

—¿Todo?

—Todo. —Ninguna duda empañó su respuesta. Sólo certeza, tan pura e íntegra como el

hombre mismo: lo contrario de cualquier cosa que Allis pudiera ofrecer.

—¿Qué tal si te lo resumo? —Se desvió hacia la derecha, donde sabía que encontraría un bosquecillo de nogales negros silvestres en unos instantes. —Sígueme y te mostraré lo que necesitas saber sobre Allis Travers.

Él no dijo una palabra, simplemente incrementó su paso para igualar el de ella mientras se apresuraba a terminar con esto. Lo que pasaba por su mente no podía ni empezar a adivinarlo, pero en poco tiempo entendería que debía mantenerse lejos, muy lejos de ella.

—Aquí. —Ella aminoró la marcha cuando llegaron a los árboles. Eran las plantas más viejas y grandes de la zona, casi los únicos árboles aparte de unos cuantos robles de matorral y álamos. La única razón por la que se habían dejado en pie en lugar de ser talados por algún pionero para obtener madera eran las nueces que proporcionaban cada otoño.

—¿Donde? —Nick dejó su saco de grano, mirando a su alrededor como si esperara que algo se aclarara—. Todo lo que veo son nogales sin ninguna nuez.

Allis señaló un tocón en el extremo izquierdo, donde el viento y las langostas hicieron estragos hasta que el tío Josiah lo taló y se lo llevó.

—Te gusta observar e investigar. Mira de cerca y dime qué ves, Nick.

Se dirigió hacia el árbol aserrado, se agachó ante el tocón estéril y pasó la mano por la superficie desgastada por la intemperie.

—Es un tocón. De nogal, igual que los otros, pero uno de los más viejos, o lo habría sido si no lo hubieran talado. Parece que las raíces son profundas, y quien se molestó en llevárselo no vio la necesidad de quitar el resto. Lleva aquí así un par de años, por lo menos. Las marcas oscuras muestran que la gente ha puesto nueces aquí durante la cosecha de otoño.

—Cierto. Todo cierto. Pero eso no es lo más importante. —Allis se movió para colocarse a su lado. Extendió la mano, la cogió y la posó sobre la corteza muerta que se desprendía en escamas quebradizas a lo largo del exterior—. Las langostas lo infestaron, así que tuvieron que talarlo para salvar a los demás.

—Esto no tiene nada que ver contigo, Allis. —Empezó a enderezarse, pero ella le puso una mano en el hombro.

—Te lo estoy explicando. —Ella guió su mano de la corteza a la superficie plana—. ¿Ves lo desgastado, descompuesto, corrompido que está el exterior, pero cuanto más se adentra en él, más intacto se vuelve? —Ella deslizó sus manos hacia el centro. —El mal atacó y destruyó el exterior, haciéndolo feo, pero cuando talaron el árbol, mostraron que lo que era bueno y correcto llegaba hasta el núcleo.

—Ahora lo entiendo—. Giró su mano en un rápido movimiento, enhebrando sus dedos entre los de ella—. Ambos tenéis buen corazón. Allis, no necesitaba mirar el tocón de un árbol para saberlo.

—¡No! —Ella le arrancó la mano, pero él no se soltó. Lo único que consiguió fue desequilibrarse, así que se sentó pesadamente en el tocón al que le había llevado—. No me dejaste terminar, Nick. —Ella se tragó la rabia y el orgullo y la tristeza por lo obtuso que él insistía en seguir siendo, que la obligaba a deletrearlo.

—Termina entonces.

Él permaneció agachado ante ella, su pulgar frotando círculos en el punto del pulso de su muñeca, haciéndola desear inclinarse hacia delante y alejarse de golpe.

—No me parezco en nada a este árbol. Soy su opuesto exacto. —Una bola de calor se posó en el puente de su nariz, presionando el fondo de sus ojos—. La gente no se da cuenta cuando me mira. Por fuera parezco estar bien, pero por dentro no soy como los demás. No pueden eliminarme ni revelar lo que realmente soy, porque destruiría a los Jordan. Así que en lugar de eliminar la parte del grupo que está podrida, me quedo.

—Allis, eso es mentira. —La ira apretó con más fuerza su mano y su voz se hizo más grave—. Una asquerosa mentira que eres demasiado inteligente para creer, y mucho menos esperar que yo lo haga.

—Es la verdad. —Para su horror, la bola caliente se rompió en gotas de lágrimas saladas que no pudo parpadear—. Estoy podrida por dentro, arruinada por las cosas malas del mundo desde muy pronto. Las partes bonitas y las sonrisas son sólo para aparentar, Nick. La mayoría de la gente no se molesta en mirar de cerca para darse cuenta de la verdad.

—Nadie ha mirado tan de cerca como yo, y te digo que te equivocas. —Apoyó su mano libre en el otro costado de ella, cerrándola—. La forma en que te ves a ti misma está equivocada. Nadie que haya sido corrompido y viva con el alma podrida es capaz de amar a los demás como tú lo haces, Todo lo que haces demuestra que te preocupas por los demás más que por sí misma, y eso hace que tu núcleo sea hermoso.

—Las hojas del pecado manchan igual que las cáscaras de las nueces negras. —Ella levantó las rodillas en el espacio que había entre ellos, apoyó los talones en la superficie del tocón y se apartó de su alcance, poniéndose de pie y bajando de un salto con la mayor rapidez posible—. Y ya sé cómo pensáis los hombres, Nick. —Siguió caminando hacia el molino, sabiendo que él tendría que volver a por su saco de grano antes de alcanzarla.

—No lo sabes todo, Allis. —Habló lo suficientemente bajo como para que ella fingiera no oírlo, pero su insistencia en utilizar ese apodo hizo que ella cerrara las manos en puños.

—Sólo crees que un corazón es hermoso si es capaz de amar. Pero yo no soy capaz de amar.

# CAPÍTULO 36

-¿Sigue en la cama esa prima tuya? —Mildred levantó la vista de su bordado cuando Gina bajó las escaleras con uno de sus libros después de guardar los platos del desayuno.

—Ha sido un largo viaje para ella y no está acostumbrada a lidiar con algo tan agotador. —Gina luchó contra la sensación de que estaba poniendo excusas y se sentó en su sillón favorito.

—Por supuesto, acomodarse en un carruaje privado lujosamente acolchado durante días y días debe ser absolutamente agotador.

—También está cuidando un corazón roto.

Una preocupación roedora le oprimía el fondo de la garganta cada vez que recordaba la expresión de pánico en el rostro de Getty cuando le había preguntado qué había ido mal.

—Un corazón roto, a diferencia de un miembro roto, no deja a un cuerpo postrado en la cama. —El bufido de Mildred casi provocó una sonrisa en respuesta, pero Gina no estaba de humor para la algarabía.

—Getty está acostumbrada a los horarios de la ciudad, donde permanece despierta hasta altas horas de la noche y no se levanta hasta mucho después del sol.

—Tonterías. Me he dado cuenta de que vienes de Baltimore -en una diligencia contratada- y no te permites ese comportamiento. —La aprobación sonó en la voz de su amiga—. Yo digo que la novia adecuada llegó a Ainsworth a la primera. Además, —prosiguió, alzando la voz cuando se hizo evidente que Gina pretendía interrumpir—, creo que mi nieto comparte mi opinión.

Gina decidió ignorar por completo la última parte.

—Como siempre he enseñado en la escuela, incluso en Baltimore, las horas de campo no son un cambio para mí. No es justo juzgar a Getty por mi horario.

—Vas a evitar la declaración importante, ¿verdad?

—Voy a buscar la historia que le mencioné a Allis el otro día. Mañana después de la iglesia es la celebración del día de campo para marcar el comienzo de la escuela el lunes. Debería estar aquí en cualquier momento para repasar nuestras lecciones. —Con eso, Gina enterró la nariz en un libro. La página familiar que tenía ante ella pasó sin leer mientras su mente se agitaba con mil cosas.

—Es difícil leer sin pasar páginas.

—Planificar las lecciones requiere una reflexión. —Su réplica a la insistencia de Mildred carecía de convicción, sobre todo porque no había estado leyendo ni planificando lecciones en absoluto.

En realidad, había bajado los libros para tenerlos a mano cuando llegara Allis y sólo los abrió para evitar una conversación incómoda con Mildred. Obviamente necesitaba una treta más ingeniosa si quería engañar a la anciana.

—Si puedes concentrarte en la gramática cuando crees que has perdido a mi nieto, entonces nunca lo mereciste.

—Me conoces demasiado bien, a pesar de que nos conocemos desde hace poco tiempo. —Gina cerró el libro, lo dejó a un lado y se levantó para ir a colocarse junto a la ventana—. Debes saber que no deseo discutir la posibilidad de que Daryl corteje a mi prima, y mucho menos que se case con ella. En cualquier caso, parece que esas cosas quedarán en suspenso hasta que el corazón de Getty se recupere de la desilusión que sufrió a manos de su último prometido.

—¿Por qué ponerlas en suspenso? Deja que tu prima duerma todo el día, para recuperarse, mientras tú te casas con mi nieto. —Su mecedora crujió a un ritmo más rápido mientras la anciana exponía sus planes—. Entonces todos seremos felices, y la Bella Durmiente no tendrá que ser molestada.

Afortunadamente, Allis apareció en ese momento, lo que permitió a Gina excusarse sin tener que decirle a Mildred precisamente lo ridícula que sonaba. Después de todo, la habían educado para respetar a sus mayores, incluso cuando esos mayores no mostraban mucho respeto a cambio.

—¡Allis! —Gina salió corriendo por la puerta y se reunió con su amiga a varios metros de la casa, encantada de emprender la huida. Emocionada hasta que vio de cerca la cara de Allis—. ¿Por qué has estado llorando?

—Nick. —Levantó la mano y se frotó los ojos con rabia, haciendo que el rojo se acentuara aún más—. Ese hombre simplemente no sabe cuándo aceptar la derrota y dar por terminado el día.

—Conozco a unas cuantas personas así.

Gina condujo a Allis hacia el granero, no quería volver a la casa ni, peor aún, aventurarse cerca del molino... donde Daryl pasaba el tiempo.

*Ojalá Daryl me quisiera así... que me eligiera, se decidiera por mí y se negara a rendirse hasta ganarme como su esposa. Pero mira adónde me han llevado mis esperanzas hasta ahora. Estoy mejor sin ellas.*

—Deprisa. —Allis lanzó una mirada contrariada a lo lejos, detrás de ellos, donde una figura se acercaba a paso rápido—. Me está alcanzando y no estoy de humor para hablar con él ahora.

—Aquí.

Gina se agachó detrás del molino y siguió recto hasta el pequeño granero, donde Daryl guardaba dos bueyes para tirar de su carreta y una vaca lechera para Mildred. Recordó haber pensado en lo dulce que era para él haber comprado esa vaca y tomarse el tiempo cada día para ordeñarla simplemente porque su abuela prefería la leche fresca y quería un suministro regular. Pero aquellos eran tiempos más felices, cuando ella había llegado por primera vez. Cuando aún había pensado que las cosas podrían funcionar. Parpadeó y señaló la escalera apoyada en el pajar.

—Podemos hablar allí arriba un rato, y a nadie se le ocurrirá venir a buscarnos.

—Bien, —Allis correteó por delante de ella, acomodándose en el heno dulcemente perfumado y ligeramente espinoso—. Ahora, odio ser entrometida.... —empezó, haciendo reír a Gina por primera vez desde que Getty llegó el día anterior.

—Nadie odia ser entrometido. La gente sólo odia que la consideren entrometida. —Sacudió la cabeza—. Como quiero saber qué hizo Nick para molestarte, soy tan culpable como tú. Adelante.

—El hermoso carruaje negro que pasó ayer por el pueblo se dirigía en esta dirección; todo el mundo te preguntará por él mañana en la iglesia—. A la mayoría de la gente se le enrojecían los ojos después de exponerse a manojos de heno suelto, pero en Allis parecía tener el efecto contrario. Los signos de sus lágrimas casi desaparecieron mientras esperaba a que Gina se explicara.

—Era Getty.

—Me lo imaginaba. —Las dos se sentaron en silencio durante un momento. Allis comprendió la magnitud de lo que significaba la llegada de Getty para Gina y su incipiente relación con Daryl sin que Gina necesitara exponerlo o lamentar el cambio—. ¿Ha llegado con su prometido... o marido? Olvidé cuándo era la fecha de su boda.

—Era hoy—. Gina cerró los ojos y no añadió nada a la naturaleza condenatoria de esas palabras.

—Ah. —Si una mente fuera un laberinto y los pensamientos viajaran a través de él, el mapa de su curso estaría impreso en las líneas de la frente de Allis. Su ceño se arrugó, se levantó, se arrugó, se alisó y se arrugó mientras intentaba resolver un dilema imposible. Finalmente su amiga se encogió de hombros y dijo lo último que Gina podría haber esperado.

—Nick conoce ahora mis secretos y ya no quiere casarse conmigo.

—¿Dónde está? —Nick Turner entró en el molino con una bolsa de grano al hombro y el ceño fruncido.

—¿Cuál de las dos? —Daryl murmuró la respuesta antes de considerar que Nick no tenía forma de saber de la llegada de Getty.

—Allis, por supuesto. —Tiró el saco al suelo, donde se desplomó como abatido por que lo dejaran allí. Si un hombre podía parecerse a un saco de harina, Nick encajaba a la perfección mientras se encorvaba contra una de las vigas de madera de soporte del molino. —No atiende a razones.

—Es una mujer. —Daryl ató el saco de harina que acababa de llenar, ajustó la abertura al fresco y probó la molienda entre el pulgar y el índice. *Perfecto*—. No parecen tener costumbre de atender a razones. Al menos, no por aquí. Parece que las cosas no son muy diferentes para ti.

—Allis decidió que no quiero casarme con ella.

—Gina decidió lo mismo. —Daryl se enderezó y devolvió la confianza de Nick con una propia. Se sentía bien, teniendo en cuenta que se encontraban en el mismo barco—. ¿Me pregunto si será una característica de las maestras testarudas? —Compartieron una risa apenada por su broma, a pesar de que no tenía ninguna gracia.

—Me vendría bien un consejo sabio, y eres lo más cerca que he estado de un amigo en quien confiar desde que llegué a Ainsworth. —La admisión de Turner no le sorprendió.

—Yo pienso lo mismo.

Como Nick había sido el que había ayudado con el molino, Daryl pasó suficiente tiempo con él como para confiar en que el otro hombre tenía una buena cabeza sobre los hombros.

—Ambos hemos estado demasiado ocupados con el trabajo para charlar como hacen las mujeres. Gina sólo lleva aquí unas semanas y ya tiene una pandilla de amigas.

—Las mujeres se encargan de eso. Las mujeres y los niños.

Permanecieron un momento en silencio, preguntándose por el paralelismo pero negándose a decir otra palabra al respecto.

—Entonces, ¿cuál parece ser el problema con su señorita Travers?

Daryl recordó la noche de la cena en casa de los Jordan, cuando todos dieron la bienvenida a Gina a la ciudad, y cómo le había disgustado la forma en que la mirada de Turner se posaba en Gina. Más tarde se había dado cuenta de que el interés del otro hombre residía en la amiga de Gina, algo que él estaba encantado de apoyar.

—Allis cree que es malvada por algo que le atormenta de su pasado. Por ese motivo cree que no debe casarse conmigo. Porque no es buena para mí.

—¿Allis cree que no es buena? —Daryl oyó el asombro en su propia pregunta pero no intentó suavizarlo—. Eso no tiene sentido. Es una de las mujeres más dulces y generosas que conozco.

—Lo sé.  Es evidente que posee un gran corazón. —La frustración cubrió las palabras del otro hombre. —No tengo dudas al respecto, pero parece ser que ella si las tiene.

—Lamento oír eso, amigo mío—. Daryl se agachó y cogió el saco de grano de cincuenta libras.

—Lo sé. —Turner le siguió escaleras arriba hasta el almacén, donde vertieron el contenido en el cubo que llevaba a la tolva.

—Esto no llevará mucho tiempo una vez que termine el último lote de Speck ahí abajo.

—Bien.

Volvieron a bajar al piso principal. Nick ocupó su puesto junto a la viga de soporte y Daryl comprobó el progreso de la harina.

Efectivamente, el lote estaba a punto de terminar; después de todo, la capacidad del molino era de trescientas libras por hora. Daryl tiró de la palanca para liberar el grano de Turner en la tolva.

Respirar aire mezclado con harina le hacía parecer que todo estaba bien en el mundo, incluso cuando no era así.

Justo cuando ese pensamiento cruzó su mente, sonó un ominoso rasguño, simultáneo al abrasador destello de la pólvora quemada al prenderse una chispa que incendió el molino.

# CAPÍTULO 37

Decir que la tierra tembló con su pronunciamiento podría ser algo exagerado, pero no tanto como a Allis le hubiera gustado. Apenas llegó al fondo de lo que la carcomía, un horrendo y chirriante raspón, seguido de una especie de explosión retumbante, rompió la quietud de la pradera.

Si no hubiera sido porque Gina se interpuso en su camino y se le adelantó, Allis habría bajado la escalera y salido por la puerta del granero antes de que el sonido dejara de resonar en sus tímpanos. Así las cosas, las dos salieron corriendo, con Allis tirando al lado de Gina en una carrera desesperada hacia el molino.

—¡Daryl! —El grito ahogado de su amiga hizo sonar la nota de desesperación que latía en el propio corazón de Allis, aunque el nombre era distinto. Llegó a la puerta en el mismo momento que Allis, su mano se cerró alrededor del picaporte con la irreflexiva determinación de abrirla de un tirón.

—¡No! —Allis se lanzó entre su amiga y la puerta—. ¡Así! —Las empujó a ambas hacia un lado, detrás de la barrera de madera mientras abría el portal, la única forma de ofrecer algo de escasa protección contra la posibilidad de que el aire fresco hiciera que un fuego voraz saliera por la puerta con nueva furia. No había pasado tanto tiempo leyendo sobre seguridad contra incendios sólo para dejar que Gina sucumbiera ahora a una lesión innecesaria.

No estalló ninguna llama, lo que tranquilizó a Allis al comprobar que la piedra tostada del molino había hecho su trabajo minimizando el impacto de las llamas. Miró alrededor de la puerta, sintió el calor y olió a harina quemada y algo peor, algo más fuerte que la piedra chamuscada que las rodeaba mientras Gina la empujaba.

—¡Nick! —El humo cubrió la habitación, cegándola por un momento.

Las llamas subían ávidamente por los soportes de madera hasta las vigas que sostenían el suelo del nivel superior.

*Si esto continúa, el piso superior se derrumbará sobre todos nosotros*

—¡Nick! —Gritó su nombre, oyendo a Gina llamar a Daryl, oyendo a Daryl responder.

El frío la apretó en un puño cuando Nick no le devolvió la llamada ni acudió a ella.

—¡Por aquí! —Siguió la voz de Daryl -la equivocada, pero la única pista que tenía- con los ojos rasgados por el humo y su miedo. Allis sintió más que vio a Gina moverse hacia la derecha, y la siguió, evitando la gran forma oscura que debían ser las piedras de molino en el centro del edificio.

—Tenemos que sacarle de aquí. —Daryl sólo podía estar hablando de Nick. Apareció a la vista, agachado sobre una figura tendida.

—¿Nick? —Allis cayó de rodillas, metiendo las manos bajo sus axilas mientras Daryl le levantaba los tobillos—. ¡Despierta, Nick! —Incluso mientras hablaba, sabía que lo mejor para él sería quedarse quieto mientras lo movían. Pero mientras él permaneciera quieto, la asaltó el temor de que la vida ya le hubiera abandonado.

Un gemido bajo, crudo y lleno de dolor, provocó un nuevo torrente de lágrimas.

—¡Está vivo!

Juntos, los tres lo levantaron, llevándolo alrededor de las piedras del molino y hacia la puerta.

Con los ojos desorbitados, Allis no vio la cara de Nick hasta que lo tuvieron a una buena distancia del molino. La piel de sus mejillas, frente y barbilla ardía de un rojo lívido bajo vetas ennegrecidas de polvo quemado; al menos, lo que Allis supuso que era polvo quemado. Harina. Sus ojos, cerrados, parecían desnudos sin su espesa espolvoreada de pestañas arenosas y sus desaliñadas cejas pobladas por encima.

Agujeros ennegrecidos rasgaban su camisa, mostrando más quemaduras debajo. Sus manos, donde descansaban a los lados, ya mostraban signos de ampollas. Pero inhalaba y exhalaba con regularidad, y su pulso, cuando ella lo encontró, latía fuerte y regular bajo las yemas de sus dedos.

—Oh, Nick. —Le pasó una mano por el pelo, haciendo una mueca de dolor ante el crujido de los mechones delanteros.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que Gina y Daryl se habían marchado; lo más probable era que se hubieran apresurado a extinguir las llamas que devoraban las estructuras de madera del interior del edificio de ladrillo. Durante un breve instante, se debatió entre ir a ayudarles o no. Pero no tenía elección-no con Nick yaciendo indefenso e inconsciente ante ella.

—¿Allis? —Sus ojos se abrieron un momento, aturdidos pero decididos—. Corazón... —Aspiró y cerró los ojos. —Hermoso.

—Te pondrás bien. —Una de sus lágrimas goteó sobre su frente, pero ella sabía que no debía secársela. Ella tragó un sollozo mientras él volvía a caer en la inconsciencia—. Tienes que estarlo.



—¡No vas a volver a entrar! —Su grito salió más como un graznido, cortesía de la harina chamuscada que cubría su garganta, pero eso no disminuyó la determinación de Daryl mientras detenía a Gina frente a la puerta del molino.

—Si tú vas, yo voy.

—No hay tiempo para discutir.

La empujó fuera del camino de la puerta, se deslizó dentro y la cerró de golpe, atrancándola desde dentro para alejarla del peligro. Si la mujer no hacía caso al sentido común, él se encargaría de que no tuviera más remedio que acatar sus decisiones.

Se apresuró hacia la derecha, donde esperaba el segundo barril de agua. Un humo espeso obstruía su visión y llenaba la habitación, aliviado sólo por el siniestro naranja de las llamas que subían y cruzaban las vigas hasta su techo, deslizándose hacia el grano almacenado arriba. Agarró una manta de algodón que mantenía sumergida en uno de los barriles de fuego, la tela se hizo pesada con el agua mientras la lanzaba alrededor de la parte superior de un pilar de madera, su peso y la fuerza de su lanzamiento la envolvieron alrededor de la parte superior.

Daryl tiró de ella hacia abajo, sofocando las llamas en ese puntal, y luego se apresuró a repetir la maniobra. El humo se colaba en sus pulmones, haciéndole cosquillas en la garganta, provocándole toses para las que no tenía tiempo mientras tiraba de la tela empapada hacia atrás para golpear una y otra vez el techo de madera que tenía encima.

Si hubiera podido dejar la puerta abierta, quizá habría tenido más aire. Pero Daryl respiró más tranquilo sabiendo que se había asegurado de la seguridad de Gina. La puerta del canalón permanecía abierta, dejando salir parte del humo, al menos. Hasta que la escasa luz solar que permitía esa abertura quedó bloqueada por algo. O alguien.

Una mujer, que se movía lentamente, como si la agobiaran unas faldas extraordinariamente pesadas, se dirigía hacia otro barril de agua.

—¡Gina! —Mientras Daryl observaba, ella levantó un cubo y salpicó su contenido sobre las vigas, ignorándole mientras se centraba en las llamas. Perdió unos segundos preciosos intentando determinar cómo había llegado hasta allí y, decidiendo que no podría obligarla a salir, volvió a luchar contra el fuego con renovada desesperación.

Ya no se trataba sólo de salvar el molino.

*Si el edificio se hundía, perdía a Gina.*

Trabajaron en silencio, empapando y sofocando todo indicio de llamas y fuego antes de que Daryl se tomara la molestia de volver a abrir la puerta principal. Lo habría hecho mucho antes si no hubiera temido quitarle tiempo a sofocar el incendio. Fue entonces, observando los restos humeantes de cada trozo de madera de la sala, desde los diezmados engranajes y el molino hasta la ahora inexistente tolva y los restos carbonizados de los soportes que conducían al piso superior, cuando otro calor se desplegó en su interior.

Intentó ahogar una tos, pero no sirvió de nada. Lo oyó. ¿Cómo podía no hacerlo? ¿Cómo podía pensar que él no sabría exactamente lo ampollada, en carne viva y dolorida que sentía la garganta? ¿Que saber que ella experimentaba igual lo empeoraba diez veces?

Daryl alargó la mano, la agarró -una mano áspera por quemaduras leves y rasguños cubiertos de hollín y harina quemada, una mano que él recordaba como suave y dulce apenas unos días antes- y la condujo fuera.

—¿Cómo has entrado?

El negro manchó sus mejillas, mechones de pelo se soltaron de su habitualmente ordenado moño para ondear ferozmente alrededor de su cara, y su barbilla se levantó desafiante.

—Vadeé y trepé por la riostra hasta la pasarela de la compuerta.

—¿Vadeaste el estanque del molino y trepaste por la pasarela?

Quería sacudirla. Quería gritarle hasta que no volviera a ponerse en peligro. Daryl la miró, orgullosa, despeinada e irresistible. Y pensó que ahora, más que nunca, quería casarse con ella.

Pero ella no le miraba. Se volvió para ver a Allis Travers arrodillada al lado de su amiga, el Dr. Jordan a su lado con su fiel bolsa negra. Obviamente, la chica había corrido a buscar a su padre adoptivo. Nick descansaba ahora en las mejores manos.

Eso significaba que Daryl era libre de enfrentarse a Gina con las consecuencias de sus actos.

Tan pronto como Getty liberara a su prometida de un abrazo que parecía que iba a estrangularlo.

Tosió en su pañuelo ya manchado mientras la abuela se acercaba, con la esperanza de evitar la inevitable muestra de afecto. No sirvió de nada. Antes de que pudiera hacer nada al respecto, la abuela los tenía a él y a Gina en un apretón que habría enorgullecido a un carcelero.

Para entonces, ya no podía esperar más a saber cómo le había ido a Nick. Daryl se acercó a consultar con Saul Jordan mientras las mujeres celebraban su propia reunión improvisada, con Allis dispensando información.

—Vivirá, —ofreció el Dr. Jordan—. Tiene buenas constantes vitales y las quemaduras no son tan graves como podrían haber sido, teniendo en cuenta lo que sospecho que ocurrió. —Las palabras de Jordan aliviaron mucho la mente de Daryl—. Mientras mantengamos a raya la infección y no sucumba al trismo, Nick Turner debería recuperarse totalmente. Aunque me pregunto qué descubriremos cuando recupere la conciencia.

—¿Qué teme, doctor?

—Depende de lo que haya pasado ahí dentro. —Saul Jordan movió la cabeza hacia el molino aún humeante—. He leído que el polvo de centeno puede ser diez veces más explosivo que la pólvora, pero no había dado crédito a los rumores hasta que Allis corrió a buscarme y me describió lo que sabía, aunque no presenció el incidente. —No había duda de la expresión de gratitud aliviada en el rostro del hombre.

—No he tenido la oportunidad de investigar, pero este tipo de cosas ocurren cuando un pequeño trozo de metal encuentra su camino en un saco de grano y pasa por la tolva. Chispea contra las piedras del molino, enciende el polvo que yace espeso en el aire del molino y estalla en una explosión instantánea. —Daryl cerró los ojos al recordar la intensa luz blanca.

—Así que se trata de una quemadura relámpago. Entonces es probable que el Sr. Turner sufra ceguera. —El médico levantó una mano—. En la mayoría de los casos, es temporal y no permanente. Le vendaré la cabeza y le avisaré en cuanto despierte para que no se alarme por no tener la vista. Eso sería... desconcertante.

Daryl asintió. Sólo podía imaginar la sensación de pánico al perder la visión sin previo aviso.

—Aunque parece que usted no ha sufrido el impacto de la explosión en la misma medida que el Sr. Turner, el hecho de que su visión no se haya visto afectada más allá de los efectos del humo es muy alentador.

—Las circunstancias de este accidente son algo inusuales. Espero encontrar que el trozo de metal culpable es bastante grande. Resulta que yo estaba arrodillado sobre un saco de harina en el momento del incidente, a juzgar por la ubicación de las llamas en el molino, más o menos en el lugar donde las piedras chocaron una vez desprendidas. Habría actuado como una especie de barrera, protegiéndome de la peor parte de la explosión.

—¿Y dirigiéndola hacia el Sr. Turner? —El doctor se dio cuenta rápidamente—. En ese caso, no haré ninguna expectativa basada en su estado, Sr. Sanders. —En ese momento, dirigió su atención hacia el examen de cómo se encontraba Daryl después de respirar tanto humo, y repitió la inspección sobre Gina.

—Tome. —El Dr. Jordan le dio un enjuague para el escozor de sus ojos y un paquete de hierbas para hacer un té—. Esto ayudará a calmar la garganta irritada. Ambos respiran bastante bien. No intente detener la tos. Es la forma que tiene su cuerpo de expulsar el hollín. —Con eso, él y Daryl cargaron a un Nick aún inconsciente en la carreta del médico, y él y la señorita Travers lo llevaron de vuelta al pueblo para que recibiera más tratamiento.

—Gina, no sé cuándo llegará la próxima dirigencia, pero te garantizo que estaremos en ella, —sonó la voz de Getty, chillona y exigente en la quietud que quedaba tras médico y paciente—. No perteneces a este lugar abandonado, lleno de polvo y peligro y… y... ¡Molinos que explotan!

—¡El molino de Daryl no ha explotado! —El arrebato de Gina coincidía exactamente con sus pensamientos—.

—Si quieres irte, adelante, Getty. —Daryl deslizó un brazo a través de uno de los de Gina y comenzó a caminar, obligándola a mantener el paso junto a él—. Pero Gina se queda conmigo.

# CAPÍTULO 38

-¡Dejarla aquí, con usted...! —Getty corrió tras ellos, buscando la palabra adecuada— ¡Suéltela bruto! —Se acercó y trató de arrancar su brazo del de Gina, pero no pudo moverlo.

—No soy un bruto. —Mantuvo un agarre firme en la mano de Gina—. Díselo, Gina.

—¡No puedes ordenarle a alguien que diga que no eres un bruto !Sólo un bruto haría eso! —Getty sabía que estaba chillando pero no le importó. Si resultaba que su voz era la única arma a su disposición, la esgrimiría hasta que Daryl Sanders soltara a su prima y se tapara los oídos con las manos para bloquearla.

—Sabes, Daryl, ella tiene razón. —Gina intentó liberar su mano pero no tuvo más éxito que Getty en su favor—. Te has vuelto un bruto. Sobre todo porque no te decides con que mujer quieres casarte.

—¡No! —Getty descargó su ira golpeándole en la cabeza con su retícula, lo que le sobresaltó lo suficiente como para permitir que Gina se soltara. —No me quiere a mí, eso es seguro.

—¡De acuerdo! —Daryl volvió a agarrar a Gina—. Ahora que ya hemos resuelto eso, puede dejarnos en privado mientras su prima y yo llegamos a un entendimiento sobre lo que nos depara el futuro.

*¿Un momento en privado?*

—¡Nunca! —Getty se negaba a recordar los momentos privados que Reginal insistía en que compartieran—. Una mujer soltera nunca debe quedar desatendida.

—¡Soy su prometido! —Lejos de acobardarla hasta la obediencia, su rugido reforzó su determinación de no dejar sola a Gina.

—No, no lo es. —Gina se puso a su lado, lejos de él—. Usted no es el prometido de nadie, Sr. Sanders—. Getty enlazó los brazos con Gina para señalar la forma en que estaban juntas-contra él. *Gina y yo contra los hombres prepotentes...*

—Lo seré, si deja de meter las narices donde no le llaman. —Su ceño fruncido no dejó ninguna duda en la mente de Getty de que su prima había logrado escapar por los pelos de toda una vida bajo el pulgar de un ogro autoritario—. Gina y yo tenemos cosas que discutir.

—Gina necesita un baño, un poco del té que le recetó el médico y mucho descanso. —Getty se puso en marcha hacia la casa, tirando de su prima cuando vacilaba—. Cierto molinero la atrajo al medio de la nada, jugó con sus afectos y hoy casi la mata luchando contra un peligroso incendio.

—¡Yo no tengo la culpa de que ella volviera a colarse! —Su protesta no tenía sentido.

—No habría tenido que hacerlo si no me hubieras dejado fuera. —Algo del viejo espíritu de Gina volvió a parpadear—. No puedes controlarlo todo, Daryl Sanders.

—Vuelve aquí, Gina.

—No. —Ahora era Gina la que barría a Getty de vuelta hacia la casa—. ¡Porque sobre todo, tú no me controlas a mí!



*Ardiente.* El calor reclamaba su cara, su pecho, sus manos: un dolor abrasador que se hundía más allá de la superficie para incendiar sus mismos nervios. Nick se movió, tratando de escapar, sólo para enviar una nueva oleada de calor como un cuchillo a través de su piel.

Se quedó quieto, esperando a que remitiera antes de abrir los ojos. *Oscuridad.* Parpadeó, intentando disipar lo que fuera que bloqueaba su visión, sólo para no encontrar alivio. Sin pensarlo conscientemente, se llevó las manos a los ojos, conteniendo la respiración ante la sensación punzante que le causaba el movimiento.

—No te muevas. —La voz de Allis le llegó, fría y tranquilizadora. Cercana—. Te dolerán las quemaduras, aunque estoy segura de que ya lo has descubierto.

—Quemaduras... el molino. —El recuerdo de un fogonazo cegador y un calor intenso que le golpeó contra un muro de piedra le vino de golpe. Se sentó e inmediatamente deseó no haberlo hecho cuando el malestar se convirtió en náuseas—. ¿Daryl está bien?

—Sí, túmbate.

Sintió la presión de la mano de ella contra su hombro. De algún modo, parecía que ella había encontrado el único lugar que no le dolía. O tal vez no le dolía porque ella lo tocaba. Nick no podía decir con certeza cuál de las dos cosas era cierta, pero se echó hacia atrás lentamente, intentando no desencadenar más estallidos de ardiente castigo.

—Probablemente has descubierto que no puedes ver. Saúl te vendó la cara y los ojos.

—Vendas. —El alivio le recorrió—. Gracias a Dios.

—Pero si estás agradeciendo al Todopoderoso que sean vendas las que bloquean tu visión, —continuó ella, con un tono más suave—. tienes que saber que eso no es del todo cierto, Nick.

—Explícate. —Tragó saliva, incapaz de decirlo de otro modo mientras sentía el peso de ella hundirse en la esquina de la cama junto a él—. ¿Cómo es de malo?

—Esperamos que sigas sin poder ver durante un tiempo, incluso sin los vendajes, pero Saul dice que la ceguera causada por las quemaduras repentinas casi siempre se corrige sola en cuestión de semanas.

—Ceguera. —Nick parpadeó varias veces, como si quisiera alejar la oscuridad.

—¡Ceguera temporal! —Su énfasis de alguna manera lo hizo más tolerable—. Eres joven y estás sano. Puedes recuperarte en tan sólo dos semanas.

El suave borde de un vaso presionó sus labios.

—Bebe esto.

Tragó saliva. Le costó un esfuerzo responder «sí» en lugar de asentir cuando ella le preguntó si se sentía cómodo. No serviría para nada más que para poner en marcha el sistema de dolorosas alertas que le advertían contra cualquier movimiento. No es que fuera a estar cómodo durante mucho tiempo, pero él sabía que ella lo decía en un sentido relativo.

—¿Y las quemaduras?

—No es tan grave como parece. Tus manos se llevaron la peor parte y serán las más lentas en curarse. —Le tocó ligeramente la muñeca mientras hablaba, el ligero roce de sus dedos le proporcionó un consuelo único—. Te curarás, Nick.

Un retintín en su voz captó su atención.

—No respondiste cuando te llamé; te quedaste tan quieto cuando te sacamos del fuego... —Los recuerdos tiñeron sus palabras de miedo revivido—. Al principio no sabía si habías sobrevivido—. Inspiró rápidamente para que él no se diera cuenta, pero era demasiado tarde. Lo había oído.

—No te preocupes, pequeña Allis. —Quería verla, tenderle la mano, abrazarla... pero no podía ofrecerle más que la verdad—. Estoy bien.

—¿Qué estás bien? —Su peso se levantó de repente de la cama al levantarse ella de un salto—. Parece que te lo tomas a broma.

—No... ni muchos menos. —Escuchó los chasquidos entrecortados de sus botas mientras paseaba por el suelo de madera y supuso que debía de estar en casa de los Jordan.

—¡Estás quemado, ciego y podrías haber muerto!

—Exacto. —Sonrió y descubrió que la expresión apenas le escocía—. Estoy aquí, ni siquiera muy quemado, y sólo temporalmente ciego según toda expectativa razonable.

—Las cosas podrían ser peor, —La exasperación subrayaba cada palabra.

—¿Por qué? —Esperó un compás, luego dos, y finalmente contó siete largas respiraciones sin que ella respondiera. Y lo que era aún más revelador, sus faldas no se habían movido lo más mínimo, lo que indicaba a Nick que Allis no había movido un músculo desde que él le hizo la pregunta—. ¿Por qué deberían ir mejor las cosas, Allis?

—¿Qué clase de pregunta es ésa? —Allis seguía sin moverse—. Podrías haber muerto.

—Exactamente. —Un golpeteo rítmico le hizo saber que ella había empezado a inquietarse. —Pero no lo estoy. No tienes porqué pensar siempre que va a suceder lo peor.

—Es la única forma de… seguir adelante cuando…

—No debes precipitarte, Allis. Las cosas suceden cuando tienen que suceder, tanto las buenas como las malas. No puedes pasarte toda la vida esperando solo a que sucedan las cosas malas. Lo primero es porque nunca se está preparado para recibirlas cuando llegan. Y lo segundo, porque te pasarías toda la vida amargada ante la expectativa de las cosas desagradables que están por venir.

Él escuchó, dándose cuenta de que ella se había vuelto a quedar quieta.

—Debes aprender a vivir día a día. Disfrutando de las cosas buenas y resolviendo las cosas

malas cuando lleguen. —Ella empezó a pasearse de nuevo—. Además, tú no estás sola para enfrentarte a ellas.

—¿Cómo se supone que debo compartir mi preocupación por ti, Nick? —Sus pasos se alejaron, hasta que oyó el sonido de una puerta que se abría—. ¿Crees que solo compartiendo las penalidades la vida se vuelve de color de rosa y desaparece todo lo malo que te consume?

—No lo sé. —Su admisión la paró en seco—. ¿Pero que pierdes al intentarlo?



Allis cerró la puerta y regresó junto a su cama. Al mirarle allí tumbado, apoyado contra las almohadas, con la cara envuelta en vendas, Allis sintió que la rabia volvía a surgir.

—¿Qué no pierdo nada al intentarlo? Puedo perderlo todo.

—Por lo menos hay algo bueno que ha salido de todo esto. —Si no lo supiera, Allis juraría que sonreía bajo aquellos vendajes—. Hace un día o así te abrías marchado dando un portazo, en vez de quedarte a hablar conmigo.

Una sonrisa de mala gana tiró de ella hasta que se dio cuenta de que él no podría verla si ella la dejaba salir. Así que lo hizo y se sintió bien.

—¿Acaso siempre tienes que mirar el lado bueno de las cosas?

—¿Acaso no miras tú siempre el lado malo de ellas? —Su voz se hizo más grave, su habla empezaba a arrastrarse por la medicina que ella le había dado para ayudarle a dormir y aliviar el dolor.

—No sé cómo puedo interesarte si somos completamente diferentes. —Ella se hundió en la silla junto a su cama, repentinamente cansada más allá del recuerdo—. Incluso en lo más básico.

—Por ese motivo me gustas y pienso que somos perfectos el uno para el otro. —Parecía que luchaba por permanecer despierto—. Yo podría enseñarte a ver el lado bueno de la vida y tú me enseñarías a ver el malo. Así, dentro de unos años, lograríamos ver tanto lo bueno como lo malo.

Con eso, el sueño lo reclamó.

# CAPÍTULO 39

Aquella tarde había ganado una batalla contra su propio corazón, pero Gina sabía que la victoria era hueca. Incluso ahora, yacía en la cama junto a Getty, oyendo a su prima murmurar en sueños, como siempre había hecho; y sus pensamientos vagaban hacia Daryl.

—No hasta que estemos casados. —Getty lanzó una frase completa antes de caer de nuevo en la incoherencia. Sonaba como si estuviera recordando cómo se defendía de Reginal.

Gina se preguntó si debía despertar a Getty o si era mejor dejarla dormir. Aún no se había decidido cuando Getty volvió a hablar lo bastante alto como para que la entendieran.

—Lo prometiste.... —Incluso dormida, sonaba desolada. Hizo que Gina frunciera el ceño y escuchara con más atención.

Si esto contaba como escuchar a escondidas, ella no lo tendría en cuenta. Getty no había explicado la razón completa del abrupto fin de su compromiso y, obviamente, algo preocupaba profundamente a su prima, típicamente alegre.

Más murmullos se hundieron en el silencio. Entonces,

—¡No puedes dejarme ahora! —El lamento estalló tan de repente que Gina casi rodó fuera de la cama—. ¿Cómo has podido? —Esto llegó tan silenciosamente, que casi podía creer que lo había imaginado—. Arruinada...

*¿Arruinada?* Gina jadeó. *¡Seguramente ella no puede querer decir lo que yo creo que quiere decir!* Sin embargo, por más atentamente que escuchara, Getty sólo repetía esa única palabra de vez en cuando, como si fuera incapaz de superarla.

—Arruinada...

Se quedó tumbada, dándole vueltas al problema en su mente, una y otra vez, examinándolo desde todos los ángulos. Los hechos no cambiaban. Si sus sospechas resultaban ser ciertas Reginal había coaccionado u obligado a su prima a darle lo que sólo debía darse a un marido.

—Arruinada...

*Lo que significa que le será difícil encontrar un marido que acepte su pasado.*

Getty no era el tipo de mujer que encontrara su propio camino o que saliera adelante con determinación o agallas. La simple verdad del asunto se reducía a un hecho escueto: Getty necesitaba a alguien que la cuidara y la mantuviera. En resumen, Getty necesitaba un marido.

*Y Daryl necesitaba una esposa.* La resolución la inundó, barriendo la mayor parte del pesar que debería sentir ante el nuevo plan que se abría paso en su mente.

A ella no le gustaba. Ella no lo quería. Pero ante la necesidad de su prima, Gina sabía que podía soportarlo. Aunque la pequeña caja de su corazón se abriera de par en par, la esperanza

filtrándose en pequeñas bocanadas de necesidad, pareciendo hacerse eco de la única palabra en la mente de Getty...

—*Arruinada...*



Al entrar en su casa después del servicio, Allis se encontró a si misma deseosa de hablar con Nick. Se había pasado buena parte de la noche pensando en las palabras de él y quería comentarle una idea.

Nick aún dormía cuando ella entró, pero debió de percibir su presencia, porque en cuanto ella se sentó a su lado, él se revolvió.

—¿Cómo estás? —preguntó ella.

—Mejor ahora que te tengo a mi lado. —Allis se sonrojó y agradeció que él no pudiera verla.

—Si no estás muy cansado, me gustaría comentarte algo. —Soltó antes de acobardarse y guardar su duda.

—En realidad me harías un gran favor si me distrajeras. Estoy cansado de solo dormir.

Allis comprendió qué para un hombre tan activo y vivaz como Nick, debía ser difícil permanecer en cama todo el día. Y más aún si estaba solo.

—En ese caso… —Se animó a decir, pero calló al no saber como continuar—. Yo… bueno…

—Solo dilo.

—No es tan sencillo. —Allis comenzó a pensar que se había equivocado al querer compartir sus pensamientos con Nick. Era demasiado difícil abrirse a alguien, después de tanto tiempo callándose todo para sí misma.

—Está bien. Vayamos poco a poco. Quieres contarme algo. —No era una pregunta, pero Allis contestó con una afirmación—. ¿Es algo que te ha pasado o que has pensado?

—Que pensé anoche.

—¿Y…?

Allis sonrió y, se relajó tras dar un fuerte suspiro.

—Entiendo que no es bueno pensar en que siempre te van a pasar cosas malas. —Ella se calló, sobre todo para aclarar su mente—. Pero después de pasar por tanto malo, ¿cómo puedo no ser pesimista?

—Comprendo lo que quieres decir. —Nick se enderezó y se sentó en la cama—. ¿Has pensado alguna vez que todo lo malo de tu pasado te ha servido para hacerte más fuerte?

—No soy más fuerte, sino más precavida.

Nick sonrió ante su obstinación.

—Es prácticamente lo mismo. Has aprendido a tener cuidado, a ser más… precavida. Ahora estás más preparada para enfrentarte a lo malo. A no temerlo tanto. Te ha hecho más fuerte, y no más mala, como tú piensas.

Nick tanteó con su cama por la colcha hasta que Allis se percató que buscaba su mano. Sin darse cuenta de lo que hacía, se la acercó para que él se la sostuviera entre las suyas.

—Además, no sucumbiste al lado… malo de la vida. Sino que saliste adelante y decidiste ir por el buen camino.

Allis pensó en ello... examinó cada una de las palabras que Nick le decía, e intentó encontrar un punto débil... pero tenía sentido.

—A lo largo de nuestra vida luchamos por los que amamos, luchamos para hacer lo correcto. Y al hacerlo nos hacemos más fuertes.

—No.

—¿No a qué parte? ¿A todo? —Levantó la vista como si pudiera verla, o más bien, como si deseara poder verla.

—No quiero pasarme el resto de mi vida luchando. Estoy cansada de hacerlo. —Allis podía entender lo de luchar por los seres queridos y luchar contra tomar el camino fácil, al fin y al cabo lo llevaba haciendo toda su vida, pero desde que había comenzado a vislumbrar un futuro sin miedo, se sentía cansada de tanta amargura y soledad.

Las lágrimas le aguijonearon la nariz y los ojos, le obstruyeron la garganta e hicieron que su respiración se volviera áspera.

—Pero hasta ahora has luchado sola. Solo tienes que dejar entrar a la gente que te quiere. Así no será tan duro.

—No estoy segura de poder hacerlo, Nick. Me da miedo que la gente que amo me deje cuando se entere que vivía en un callejón y que Saúl apenas me salvó de una vida como prostituta. Que se enteren de como dejé que mis padres y mi hermana murieran. —Ella tomó una gran bocanada de aire y esperó.

Nick permaneció callado durante mucho tiempo.

—Te garantizo que cualquiera que te haya conocido y más aún, que te quiera, jamás te condenaría por tu pasado. Por muy duro que este fuera. —Sus palabras la sorprendieron lo suficiente como para secarle las lágrimas—. Yo desde luego no lo haría. Eres preciosa, Allis. Ante cualquier ojo que se aprecie a mirarte.

—Son palabras muy bonitas, pero no borran el temor a ser rechazada que he llevado conmigo durante tanto tiempo.

Nick se movió en la cama, girando ligeramente la cara para que pareciera que los vendajes la atravesaban.

—Porque lo primero de todo es que debes aprender a aceptarte. Y si quieres, yo puedo ayudarte con eso.

—¿Tú?

—Sí. —Cada línea del cuerpo de Nick parecía tensa, con una esperanza que Allis podía comprender—. Yo también pasé por algo parecido. Sé lo complicado que puede ser el estar

seguro de uno mismo. Pero si u rudo vaquero puede aprender a ver el lado bueno, tú, que eres por naturaleza dulce, puedes conseguir aún más.

Pudo ver cómo Nick tragaba saliva.

—En ese caso... —Allis se levantó y se colocó en la cama junto a Nick, apoyando la cabeza en el hombro que no se había quemado—. Quizás podría aceptar tu ayuda.

—¿Solo mi ayuda?

—No seas tonto, Nick. —Ella le alisó el pelo hacia atrás—. Te elegí a ti hace un año.

—Bien, porque sólo hay una cosa que quiero ver cuando recupere la vista, Allis Travers.

—¿Oh? —Su mano se detuvo—. ¿Qué cosa?

—Deberías haberlo adivinado. —Su sonrisa se burló de los vendajes que envolvían su cara —. Tus pecas.

# CAPÍTULO 40

La abuela lo acorraló unos días después del incendio del molino, mientras Getty hacía otra visita al mercantil y Gina trabajaba en la nueva escuela.

—¿Has decidido ya si te pareces a mi lado de la familia, o prefieres el lado voluble de la familia de tu padre?

—Ayudaría que me dijeras si te inclinas por uno o por otro. —Daryl mantuvo la cara seria mientras respondía—. A menos, por supuesto, que no tengas ninguna preferencia.

—Muy bien. —La anciana rió entre dientes y se acercó a su mecedora—. Si tienes cerebro suficiente para contestar con una réplica a tu abuela, confío en que tengas inteligencia suficiente para elegir a la Georgina adecuada. —Hizo una pausa lo bastante larga como para que Daryl se preguntara si lo dejaría así o no—. *Esta* vez, al menos. —El golpe final, cuando llegó, le valió una sonrisa.

—Puedes estar segura, abuela. Sé lo afortunado que soy de que Gina leyera mal la carta y viniera aquí. No pienso dejar que se vaya. —Con eso, cogió su sombrero y se dirigió hacia la escuela.

La verdad era que no podía culpar a la abuela por empezar a preguntarse con qué prima había decidido casarse. Gina le evitaba como a la peste, mientras que, en contraste directo, Getty parecía aparecer por todas partes. Como una mala hierba. Se había vuelto ridículo, la forma en que cazaba a una prima sólo para acabar atascado con la chica equivocada.

*La chica con la que creía que quería casarse.* Daryl sacudió la cabeza. *Estaba cegado por una cara bonita y una risa alegre, cuando el verdadero valor estaba justo al lado.*

No calculó bien el tiempo y resultó que había llegado pronto.

Daryl echó un vistazo a través de la puerta abierta a la veintena de alumnos sentados dentro -chicos y chicas de edades comprendidas entre los cinco y los doce años- y decidió esperar fuera. Entrar sólo alteraría las cosas, y él no quería que nada saliera mal esta tarde.

Deambulando por el lateral del edificio, oyó la voz de Gina a través de una ventana abierta y se detuvo a escuchar. Tardó sólo un instante en darse cuenta de que estaba leyendo un cuento a sus alumnos. Daryl apoyó un hombro contra el ladrillo rojizo de la escuela y se acomodó para escuchar.

Gina hilaba la historia de un niño llamado Henry Bond, cuyo padre había muerto y cuya madre luchaba con el coste de enviarle a la escuela. Su voz se volvió triste, su ritmo lento mientras contaba cómo Henry necesitaba un libro de gramática pero su madre no podía permitírselo. Una nota de esperanza entró en su lectura, que cobró velocidad, cuando Henry se despertó para encontrar nieve recién caída y tomó la iniciativa de despejar caminos para sus

vecinos hasta que hubo ganado suficiente dinero para su libro de texto.

La satisfacción brilló en las sílabas cuando leyó el final del cuento.

—'Desde entonces, Henry fue siempre el primero en todas sus clases. No conocía la palabra *fracaso*, y siempre tenía éxito en todo lo que intentaba.

Daryl se enderezó cuando oyó a Gina decir a sus alumnos que se retirarían por el resto del día. Expectante, observó cómo los niños salían por la puerta en grupos de dos y tres, algunos demorándose demasiado para su gusto, antes de que finalmente todos se hubieran marchado. Sólo entonces se aventuró a entrar en el aula, donde encontró a Gina limpiando la pizarra al frente de la clase. Se acercó detrás de ella y esperó.

—¡Daryl! —El gritito y el brinco le hicieron sonreír—. ¡Me has asustado!

—Me disculparía, pero la verdad es que lo he disfrutado. —Movió las cejas—. Nunca te había visto saltar antes.

—Acercarse sigilosamente a alguien suele tener ese efecto. —Con su sorpresa desvaneciéndose, se volvió enérgica y trabajadora, como si se lo quitara de encima—. ¿Qué le trae por aquí, Sr. Sanders?

—Debería pensar que eso sería obvio, Gina. —Por el momento, él ignoró la forma en que ella había vuelto a utilizar su apellido. Quizá tuviera algo que ver con su posición en la escuela —. He venido a buscarte.

—No hace falta que me acompañe a casa. —Gina jugueteó con la pila de libros de lectura sobre su escritorio, ganando tiempo.

—Quiero hacerlo, —De alguna manera, su complexión de anchos hombros se tragaba todo el espacio del interior de la escuela de una sola habitación que lograba acomodar a veinte niños —. Ha sido difícil pasar tiempo contigo estos últimos días.

—Con el comienzo de la escuela y Allis ocupada cuidando del Sr. Turner, he tenido mucho trabajo. —Bordeó el borde más alejado del escritorio, lejos de Daryl—. Además, ha estado reparando y sustituyendo cosas del molino y no ha tenido mucho tiempo que perder quedándose a hablar.

*Y el poco tiempo que has tenido, he hecho todo lo posible para que lo pasaras con Getty.*

Hasta ahora, sin embargo, Gina no veía señales de que su conspiración diera algún fruto. Para ser un hombre que había escrito y enviado para que Getty viniera al oeste y se casara con él, Daryl mostraba muy poca inclinación a cortejar a su prima. A la hora de la verdad, no mostraba el menor interés. Gina acarició con los dedos la cadena de sus gafas.

—¿Las llevas cuando enseñas? —La voz de él interrumpió sus pensamientos y tardó un momento en darse cuenta de que se refería a sus gafas.

—Sólo cuando leo. —Apartó la mano de la cadena.

*¿Cuántas veces me ha dicho Getty que no llame la atención sobre mis gafas, que no las*

*lleve a menos que sea absolutamente necesario? Los hombres las encuentran desagradables.* Excepto que... Daryl no parecía disgustado en absoluto por sus gafas. Incluso ahora, miraba hacia donde colgaban cerca de su cintura como deseando que se las pusiera.

Seguro que no puede ser. Gina parpadeó.

—Tengo una pregunta para la profesora. —Una sonrisa traviesa jugueteó en las comisuras de sus labios—. ¿Me explicarás algo que me pregunto desde hace tiempo?

—Haré lo que pueda, —Tardó un momento en identificar la sensación de hormigueo en el estómago como nerviosismo.

—¿Por qué —empezó él, golpeando con un nudillo su escritorio con cada palabra, abriéndose paso hacia ella mientras formulaba su pregunta— cada vez que me doy la vuelta, me estás endilgando a tu prima? —Para cuando terminó, se cernía directamente frente a ella, con las cejas levantadas esperando su respuesta.

—¿Endilgando? —chilló ella. Realmente no había otra palabra para ello—. No sé a qué se refiere.

—Respuesta equivocada. —Él se acercó un paso, un paso que ella no podía permitirse darle sin retroceder ella también un poco—. Inténtalo de nuevo, profesora.

Ella jadeó.

—¿Cuánto tiempo ha estado a fuera? —El calor subió por sus mejillas ante la idea de que él la hubiera estado observando sin que ella lo supiera. Parecía tan... íntimo.

—Te estaba esperando. —Daryl se comió el paso que ella había retrocedido—. Aún lo hago.

—Getty es la Georgina que quieres. —Gina no podía creer que tuviera que deletreárselo—. Ella no cree que quiera quedarse en Ainsworth, pero tú puedes hacerla cambiar de opinión.

—¿Quién dice que quiero hacerla cambiar de opinión? —Esta vez, él no avanzó. Parecía... desconcertado—. Getty no es la esposa que yo quiero. Deberías saberlo, Gina.

El débil aleteo de la esperanza renacida la mareó, pero pronto murió ante la posibilidad de que Getty le hubiera confiado su secreto a Daryl, y por ese motivo este se negara a tomarla como su esposa.

—¿Es por lo que pasó con Reginal? —Soltó la horrible sospecha antes de considerar las ramificaciones si él no lo sabía—. Porque...

Apoyó un dedo rugoso por el trabajo contra sus labios, acallándola eficazmente.

—Es por lo que pasó contigo, Gina. No quiero a Getty. Quiero que la Georgina que vino a Ainsworth me encuentre más que a mitad de camino.

—Getty está en Ainsworth. —Salió ligeramente amortiguado, las palabras dando vueltas en su dedo antes de que Gina inclinara la cabeza hacia atrás—. Seguro que eso cuenta para algo.

—No me interesa contar. Dejaré la aritmética a tus alumnos. —Un paso de gigante por su parte la hizo retroceder contra su escritorio—. Me importan más otras cosas.

—¿Como por ejemplo? —De repente le costó respirar.

—La lectura. —Metió la mano entre ellos, le arrancó las gafas del broche de la cintura,

desplegó con cuidado las monturas de alambre y se las colocó en la nariz con una ternura que Gina nunca hubiera esperado—. Quiero que me leas la cara y veas claramente qué novia quiero.

—No. —Ella sacudió la cabeza, las gafas resbalando por su nariz hasta que él las volvió a colocar en su sitio con un dedo—. No puedes haber cambiado de opinión, Daryl. Soy...

—Piadosa, amable, inteligente. Lo suficientemente valiente y tonta como para vadear un estanque y escalar los muros de un esclusero para estar a mi lado y luchar contra un incendio. —Su mirada no se apartó de la de ella, fija con una intensidad que daba la inquietante impresión de que veía más allá de sus gafas y hasta la mujer que había debajo—. Eres muchas cosas, Gina. No debería haber tardado tanto en verlo.

Ella parpadeó.

*Getty es la bella y vivaz que todo hombre desea.*

—Pero yo no soy...

—Mía. —Apoyó las manos en el escritorio, acorralándola—. Todavía no.

Entonces sus labios encontraron los de ella, cálidos y firmes mientras acallaban sus dudas. Sus manos se deslizaron desde el escritorio para curvarse alrededor de su espalda, estrechándola. Cuando por fin la soltó, apoyó su frente contra la de ella.

—Gina, sólo tengo una pregunta más que hacerte.

—¿Hmm? —Ella realmente debería reunir sus ingenios, pero se habían revuelto sin remedio—. ¿Cuál es?

—¿Cuánto tiempo más me harás esperar antes de convertirte en mi esposa?

Su sonrisa comenzó lentamente y se extendió hasta que pareció que cada centímetro de ella brillaba con ella.

—Exactamente el tiempo que tardes en organizar la boda.

—Hecho. —Daryl inclinó la cabeza para darle otro beso—. Serás mía antes de que acabe la semana.

# CAPÍTULO 41

-Me encantan las bodas, —Allis se quedó quieta en el banco junto a Nick, esperando a que empezara la ceremonia.

—Bien.

Su sonrisa casi podría convencer a alguien que no le conociera mejor de que sus ojos veían algo más que los distintos tonos de gris que aclaraban el negro absoluto en el que había caminado durante unos días después del incidente en el molino. La oscuridad aún esquivaba sus pasos, pero ahora Allis sabía que no duraría.

Le habría apretado la mano pero sabía que las quemaduras allí no se habían curado tan rápido como las de su cara, así que se conformó con acariciarle el hombro.

—A mí también. —Getty Spencer, la prima que Allis apenas podía creer que estuviera emparentada con Gina, y mucho menos que compartiera su nombre, soltó una risita desde justo detrás de ellas, donde estaba sentada junto a los Lindner. Allis no sabía con exactitud por qué los Lindner habían seguido a Getty a Ainsworth, pero si las miradas de admiración que el señor Shane Lindner lanzaba en dirección a Getty le servían de algo, suponía que tenía el matrimonio en mente.

El párroco Carter se aclaró la garganta.

—Antes de comenzar con los votos, Gina y Daryl han decidido añadir algo propio. Así que tengan paciencia con nosotros mientras hacen algo que quieren llamar… Reunión en el medio.

Todo el pueblo empezó a murmurar cuando se dieron cuenta de que Daryl y Gina estaban de pie en la parte delantera de la iglesia, en lados opuestos del púlpito del párroco Carter.

—Lleva un vestido de seda azul cielo de líneas sencillas; nada de esas tonterías exageradas y extravagantes, —Allis susurró los detalles para que Nick no se sintiera excluido—. Ella está de pie en el extremo derecho del púlpito, él en el extremo izquierdo, y se miran el uno al otro en lugar de caminar por el pasillo.

—Dije que quería una esposa que estuviera dispuesta a encontrarse conmigo en el medio, —Daryl habló lo suficientemente alto como para acallar a la multitud—, y como yo fui quien dio el primer paso para acercarnos, ahora también me corresponde a mi darlo. —Con eso, dio un paso de gigante hacia el centro de la iglesia.

—Como eres un hombre que está dispuesto a dar tanto como recibe, doy otro paso. —El vestido de Gina brilló al moverse—. Y añado un segundo sabiendo que lo igualarás.

—Dos pasos son un pequeño precio a pagar cuando la recompensa es una esposa que permanecerá a mi lado el resto de nuestros días. —Daryl avanzó de nuevo, alcanzando el púlpito mientras hablaba—. Y añado un tercero en agradecimiento por haber llegado hasta aquí.

—Doy un paso para decirle que no se necesitan agradecimientos, sólo la promesa de continuar como hemos empezado. —La zancada más pequeña de Gina hizo que se quedara un poco más rezagada—. Y tres más para representar a los tres miembros de este matrimonio. Yo misma. —Dio un paso adelante con cada nombre—. Mi marido. —Otro paso, y casi llegó al púlpito, y a un Daryl que la esperaba—. Y el Señor, que nos ha unido. —El último paso la llevó al lado de su prometido.

—Y así nos encontramos en el centro. —Daryl sonreía mientras pronunciaba unas palabras que debían de tener un significado especial para la pareja.

Allis pensó en lo encantador que era todo aquello mientras intercambiaban unos votos más tradicionales, esperando a que el párroco Carter los pronunciara marido y mujer antes de susurrarle a Nick una vez más.

—Siento que no pudieras verlo.

—Me gustó lo que oí. —Se encogió de hombros—. Además, sólo me preocupa ver una boda.

—¿Ah, sí? —Allis no podía apartar los ojos de él, incluso mientras Gina y Daryl caminaban por el pasillo—. ¿Cuál?

Por primera vez, él deslizó su brazo alrededor de sus hombros, manteniéndola en la iglesia por un momento después de que todos los demás siguieran a los recién casados al exterior. Se inclinó hacia delante e, incluso sin la ventaja de poder ver, encontró infaliblemente sus labios con los suyos en un breve y dulce beso antes de responder a su pregunta...

—La nuestra.

Sin decir una palabra más, y manteniendo su brazo alrededor de sus hombros, la guió hacia el exterior. Hacia un nuevo futuro, donde se tendrían el uno al otro y donde formarían parte de una amplia familia que, con el tiempo, crecería con sus propios hijos.